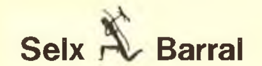
Jacqueline de Romilly

ALCIBÍADES

«Un libro muy actual que muestra cuán necesario es el conocimiento del pasado para el análisis lúcido del presente» (*Paris-Match*)



Alcibíades (*Alcibiade*, 1995), que ha obtenido un extraordinario éxito de público en Francia, no es una biografía novelada, sino un riguroso y a la vez ameno ensayo biográfico que, sobre bases documentales muy sólidas, estudia una figura emblemática, odiada y amada a la vez, tan fascinante como peligrosa: la de Alcibíades, cuya aparición y auge señalaron el declive del poderío de Atenas al mismo tiempo que el quebrantamiento de su democracia. En palabras de la propia autora: «A través de Alcibíades se entiende que la ambición es uno de los males de la democracia… Cuando se prefiere la lucha en favor de uno mismo a la gestión para terceros, el principio democrático queda viciado.» Con razón se ha señalado: «La gran helenista resucita en este libro el esplendor del imperialismo ateniense, pero también nos pone en guardia contra los defectos de la demagogia. Al leerla, vemos, detrás de Alcibíades, a Kennedy, Berlusconi, Tapie y otras mentes brillantes, capaces de servirse de la libertad con la mejor o peor intención. Bruscamente el destino de un hombre cuya carrera queda destrozada por sus escándalos rebasa el marco del siglo v antes de Cristo para convertirse en el símbolo de los desvíos amorales que invalidan la democracia. Esta lectura tan moderna de una aventura tan antigua explica que en un mes esta obra haya llegado a la cabecera de las listas de libros más vendidos» (Gilles Martin-Chauffier, *Paris-Match*)





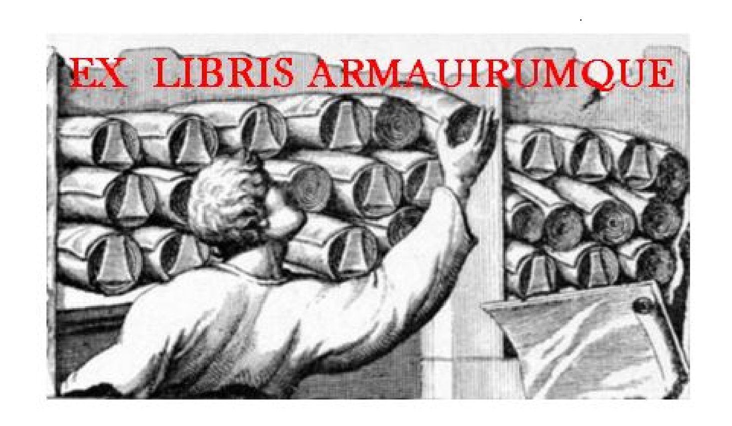
Foto: Irmeli Jung

Jacqueline de Romilly nació en Chartres el 26 de marzo de 1913. Profesora de griego clásico en las universidades de Lille (1949-1957) y París-Sorbona (1957-1973) y en el Collège de France (1973-1984, y honoraria desde esta fecha), en 1971 ingresó en la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres y en 1989 en la Academia Francesa. Traductora de Tucídides al francés, ha publicado estudios sobre Esquilo, Eurípides y Homero, entre otros; pero quizá de modo especial se ha interesado por la relación entre la Grecia antigua y los grandes problemas de la política, en libros tales como *Tucídides y el imperialismo ateniense* (1947), *Problemas de la democracia griega* (1975), o *Grecia y el descubrimiento de la libertad* (1989).

JACQUELINE DE ROMILLY
de la Academia Francesa

Alcibíades
o los peligros de la ambición

Traducción del francés por
ANA M.ª DE LA FUENTE





SEIX BARRAL

Cubierta: Ánfora panatenaica

Título original:
Alcibiade
ou les dangers de l'ambition

Primera edición: junio 1996

Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-322-4762-6

Depósito legal: B. 22.800 - 1996

Impreso en España

A Bernard de Fallois
en testimonio de agradecimiento
y amistad

PRÓLOGO

La vida de Alcibíades es una serie de impresionantes aventuras y peripecias. Este joven, ahijado de Pericles, cuyo trato cultivaba Sócrates, estuvo en el centro de toda la vida política de finales del siglo V a.C. Empujado por la ambición y dotado de un talento extraordinario, determinó primero la política de Atenas; después, la de Esparta y, por último, la de los sátrapas persas. Su vida tuvo altibajos dignos de una tragedia griega: en Atenas, Alcibíades marcaba la pauta en todo, pero pronto tuvo que huir de la ciudad, que lo condenó a muerte; al cabo de varios años, regresó como salvador, entre honores y homenajes, para ser exiliado de nuevo por una decisión política, en una aldea de la Alta Frigia donde acabó asesinado. Siguiendo su trayectoria, pasamos de una ciudad a otra, de Sicilia a Lidia, y de un proyecto a otro, acompañados de la pertinaz piedra de escándalo que sus amores e insolencias ponen en su carrera.

Esta vida de aventuras no se desarrolla en un ambiente normal. La guerra del Peloponeso, en la que él desempeñó un papel decisivo, fue uno de los principales puntos de inflexión de la historia griega: empezó cuando Atenas estaba en la cúspide de su poderío y de su esplendor y terminó en una derrota aplastante: Atenas perdió su imperio y su flota, y aquí acabó el siglo de los grandes trágicos y de la gloria. Pues bien, Alcibíades influyó en todas las decisiones, tanto en un bando como en el otro; le cabe, pues, una responsabilidad innegable

en el desaguisado. Por otra parte, murió el mismo año de la derrota de Atenas. Desde todos los puntos de vista, su aventura personal pasa por los momentos cruciales de la historia de Atenas. Por esta misma razón, su figura centró la atención de los más grandes espíritus de la época, a los que movió a la reflexión. Nada más empezar, hemos mencionado a Pericles y a Sócrates: el que dio su nombre al siglo y el fundador de la filosofía occidental, ¡casi nada! Pero pueden agregarse otros muchos nombres. Alcibíades es uno de los personajes de Tucídides, el gran historiador de la época. Platón lo menciona con frecuencia. Aparece en los escritos de Jenofonte, tanto en las obras históricas como en sus recuerdos de Sócrates. Otros, como Aristófanes o Eurípides, hacen alusiones o transposiciones del personaje y otros, como Isócrates y Lisias, disertaron sobre su trayectoria y su carácter inmediatamente después de su muerte.

En efecto, existía el problema de Alcibíades. Porque este pupilo de Pericles parecía haber seguido en política el rumbo opuesto al de su maestro. Y, durante veinticinco años, se observó que este cambio de rumbo coincidía con la ruina de Atenas. ¿Existía alguna relación? ¿En qué consistía? ¿Se trataba, simplemente, del relevo generacional, cuestión de personas y temperamentos? ¿Había que ver en ello una degeneración más amplia del sentido cívico y de la moral en los comportamientos políticos? ¿Y esta decadencia era señal o era causa de una crisis de la democracia y de su funcionamiento? Si, tal como sugiere la visión del momento, esta última hipótesis es la válida, la cuestión nos interesa sobremanera, e interesa a todo el que defienda la idea de democracia.

Podemos añadir, incluso, que la vida de Alcibíades planteó en el siglo v dos problemas de política que hoy siguen siendo de actualidad.

En primer lugar, Alcibíades encarna el imperialismo ateniense en su forma extrema y conquistadora, y en las imprudencias que provocaron su caída. Este personaje, que iluminan los análisis de Tucídides, nos permite, pues, hacer unas reflexiones sobre el espíritu de conquista.

Por otro lado, Alcibíades es la figura que antepone la

ambición personal al interés común. En esto es exponente del análisis de Tucídides que muestra cómo los sucesores de Pericles, incapaces de imponerse por méritos como hiciera él, se vieron reducidos a la necesidad de halagar al pueblo y recurrir a las intrigas personales, nefastas para la colectividad. Así pues, toda reflexión sobre los problemas de la democracia en general gana con el examen de las rocambolescas aventuras de Alcibíades, que iluminan los análisis de Tucídides y de los filósofos del siglo IV.

Alcibíades es un caso único y extraordinario, pero también es un ejemplo típico que a cada instante puede servirnos de modelo.

Por ello, sin duda, descubrimos tanto parecido con la actualidad de nuestro tiempo. En la vida de Alcibíades encontramos ambición y lucha por el poder; encontramos victorias deportivas que tanto contribuyen a la popularidad de los campeones, pero que acarrean procesos de índole financiera. Encontramos «casos» en los que, de la noche a la mañana, aparecen comprometidos todos los grandes. Encontramos virajes de la opinión pública en uno u otro sentido. En algunos momentos, tenemos la impresión de que el célebre texto en el que Tucídides compara a Pericles con sus sucesores podría aplicarse al general De Gaulle y los suyos.

Sin duda, hay que guardarse de las comparaciones, que siempre son odiosas, pero uno siente que se le aviva el interés por esta vida de Alcibíades al descubrir que se sitúa en una crisis que nos la hace sentir muy próxima.

Por ello se me ocurrió escribir este libro.

A Alcibíades lo conozco desde siempre. Es imposible dedicarse durante toda la vida al siglo V ateniense, como he hecho yo, sin tropezarse con él a cada paso. Es imposible dedicar años a Tucídides y al imperialismo ateniense sin cobrar afecto por el que fue uno de los grandes personajes de Tucídides y uno de los hombres que dio al imperialismo ateniense su forma más ambiciosa. Por añadidura, fui alumna de Jean Hatzfeld en la École des Hautes Études cuando, año tras año, él trabajaba en desenmarañar, para dos o tres alumnos ya especializa-

dos, cada uno de los grandes procesos de la época. Aquello era erudición. Y, durante dos o tres años, consagré mis cursos en la École Normale Supérieure de Sèvres, a la explicación de textos sobre Alcibíades. ¡Siempre Alcibíades! A pesar de todo, nunca me hubiera puesto a escribir este libro de no ser porque un día, casi por sorpresa y con una fuerte impresión, no hubiera reparado en que aquellos textos respiraban actualidad. Antes de una hora ya estaba escribiendo.

* * *

Estas diversas circunstancias explican el tono adoptado en este libro.

En primer lugar, no es una biografía novelada. No se encontrará en él ni una sola palabra puesta en boca de un personaje que no esté contrastada por los textos originales. Ni se encontrarán diálogos, escenas reconstruidas ni monólogos interiores de nadie. Es el libro de una helenista formada en el respeto a las fuentes y al rigor crítico. Me parece que, al citar y al decir a quién cito, pongo en lo que digo un sello de autenticidad. Además, admiro estos textos; me gusta citarlos, no sólo a título de garantía, sino por placer, por pura admiración y porque se valora su sutileza y su profundidad. Con frecuencia, también, dejo hablar a Plutarco, a Tucídides o a Platón. Quizá sorprendan ciertas peculiaridades de su estilo, pero estos textos aportan la marca de la autenticidad; porque no podemos conocer la verdad sobre Alcibíades más que a través de ellos.

Incluso señalo los problemas que se plantean, las divergencias que se aprecian entre los textos y las inquietudes que éstos han suscitado en algunos especialistas. Esto forma parte de la investigación de la verdad. Y me ha parecido que, a veces, para nosotros, la aventura de la investigación agregaba interés a la aventura política, la de Alcibíades.

Vaya, dirán algunos, ¿un libro «de griegos» destinado a los helenistas? Pues tampoco.

En general, los helenistas ya conocen a Alcibíades;

yo he escrito este libro para los que no lo conocen o lo conocen mal, y he tomado muchas precauciones para no cansarlos.

He seleccionado, podado y simplificado.

Ante todo, he suprimido todas las discusiones de detalle que no interesan más que a los eruditos, que se encontrarán fácilmente en los libros especializados. He suprimido también un buen número de nombres propios. Por la lectura de las novelas rusas sé lo mucho que se prestan a confusión los nombres propios que no nos son familiares. Además, crean la impresión de un tecnicismo muy desalentador. Por lo tanto, con frecuencia digo «un adversario», «el general lacedemonio» o «un allegado de Alcibíades» en lugar de nombrarlos, a pesar de que sus nombres me son familiares, como lo son a muchos helenistas. También este dato podrá verificarlo o completarlo fácilmente quien lo desee. Espero que estas omisiones agilicen la lectura.

Por el contrario, he procurado no mencionar instituciones ni situaciones políticas sin explicar sucintamente lo que eran (ya se trate de funciones como la del estratego, de usos como el del ostracismo u otros datos cuyo nombre conocemos pero no quizá su exacta naturaleza).

Si esta obra tiene el inconveniente de ser un libro de un profesor, que tenga por lo menos la ventaja de dar a conocer, a propósito de este personaje singular, cierto número de textos y realidades de la civilización a la que perteneció. Ello dará mayor relieve a las reflexiones que pueda inspirarnos.

* * *

Es costumbre que el autor de una biografía cite las fuentes en las que se inspira. Puesto que aquí se trata de textos griegos y de nombres que cito con frecuencia, deseo, para terminar, dar una lista de los autores en que me he inspirado y la relación que mantienen con Alcibíades.

En primer lugar, entre los historiadores, tenemos, por orden cronológico, a los siguientes:

TUCÍDIDES, que tenía unos veinte años más que Alcibíades y lo conoció personalmente. Escribió la historia de la guerra del Peloponeso y conoció su final, en el 404, pero se detiene en el 411. Alcibíades aparece en su obra desde el libro V hasta el final, es decir, del año 420 al 411.

JENOFONTE era más joven. Escribió la continuación de la historia que Tucídides dejó inacabada. Se titula *Las Helénicas*. Alcibíades aparece entre los años 411 y 404. También habla de Alcibíades en sus recuerdos de Sócrates, en *Los Memorables*.

Con DIODORO DE SICILIA saltamos varios siglos: nació en el 90 a.C. Escribió una gran obra de síntesis titulada *Biblioteca histórica*, cuyo interés por lo que respecta a Alcibíades reside en que el autor se inspiró en Éforo, un historiador del siglo IV a.C., cuya obra se ha perdido.

PLUTARCO se sitúa en el siglo I d.C. Para sus *Vidas paralelas* consultó numerosas fuentes. Existe una *Vida de Alcibíades*,[1] valiosísima, que se completa con la *Vida de Lisandro* (el lacedemonio que venció a Alcibíades).

CORNELIO NEPOTE es un historiador latino del siglo I d.C., autor de *Vidas de hombres ilustres*. Su testimonio puede valer todavía ocasionalmente.

Entre los filósofos, citamos, además de Jenofonte, a PLATÓN. Pudo conocer a Alcibíades, aunque era bastante más joven (más de veinte años). Lo menciona o lo pone en escena en numerosos diálogos, principalmente en el *Alcibíades mayor* y en *El Banquete*.

Los diversos discípulos de Sócrates, menos conocidos, se citan en el capítulo XII.

Finalmente los oradores que intervienen aquí son los siguientes:

ANDÓCIDES, algo más joven que Alcibíades. Interviene sobre todo porque desempeñó un papel importante en los asuntos que provocaron el exilio de Alcibíades. Narra los hechos en su discurso *Sobre su regreso*. Un discurso apócrifo se refiere al ostracismo que implicó a Alcibíades; se titula *Contra Alcibíades*, y no es más que un ejercicio literario con una retahíla de críticas más o menos gratuitas.[2]

ISÓCRATES, maestro de retórica y autor de discursos no pronunciados en los que da consejos políticos. También pudo conocer a Alcibíades. Tenía, aproximadamente, quince años menos. Escribió un alegato en favor del hijo de Alcibíades, en el que hace el elogio del padre.

LISIAS era un poco más joven que Alcibíades, pero no escribió hasta después de la muerte de éste. En su obra encontramos dos discursos *Contra Alcibíades*, el XIV y el XV, en los que la emprende con el hijo de Alcibíades. En el primero, ataca también al padre. Su autenticidad es discutida, pero hay quienes la admiten.

De todos estos autores, sólo los historiadores Diodoro, Plutarco y Cornelio Nepote no pudieron conocer a Alcibíades. Pero incluso éstos pudieron, directa o indirectamente, nutrirse de testimonios contemporáneos auténticos[3] perdidos en el naufragio de tantos textos.

No citaré aquí, junto a estas fuentes, las obras modernas sobre Alcibíades. Si procede, aparecerán en las notas. Pero deseo mencionar, por lo menos, la gran obra, muy precisa, de Jean Hatzfeld titulada *Alcibíades*, publicada en 1940 por las Presses Universitaires de France. Desde entonces ha habido diversas ediciones, en distintas lenguas.[4] Por lo que se refiere a las discusiones, éstas se han centrado con frecuencia en cuestiones de detalle, como cuando los eruditos polemizan sobre si Alcibíades dejó embarazada o no a la esposa del rey de Esparta, cuestiones que no siempre son fáciles de resolver, incluso sin el obstáculo de una pantalla de veinticinco siglos. Más provechosos son los comentarios sobre los autores, empezando por el gran comentario histórico a Tucídides, en cinco grandes volúmenes, en inglés, editado en Oxford de 1945 a 1981, obra empezada por A. W. Gomme y terminada por A. Andrewes y K. Dover.[5]

Además, en el caso del personaje histórico que fue Alcibíades, la brillantez de los textos literarios hace que se vuelva sobre él una y otra vez. Porque ellos son los que dan a Alcibíades su relieve inmarcesible y nos ayudan a ver en él un significado que lo sitúa en nuestro tiempo.

I

TODOS LOS DONES, TODOS LOS MEDIOS...

No es necesario presentar a Alcibíades : Platón se encargó de hacerlo en páginas inolvidable. En *El Banquete* imaginó una reunión de hombres eminentes que, alrededor de una mesa, hablan del amor. Son unos cuantos. Hablan, escuchan, el diálogo progresa. Pero, avanzada la discusión, llega, mucho después que los otros, un último personaje. Su entrada se ha demorado hasta el final, para mayor efecto, y súbitamente todo se anima. Suenan golpes en la puerta acompañados de algazara y del sonido de una flauta. ¿Quién llega tan tarde? Es Alcibíades, completamente ebrio, sostenido por la flautista.

«Allí estaba, en el umbral de la sala, llevaba una guirnalda de violetas y hiedra con numerosas cintas» (212 e).

Todos le saludan y se instala al lado del dueño de la casa. Al otro lado está Sócrates, al que en un principio no ve el recién llegado. Luego entran en conversación el joven coronado de hiedra y el filósofo: a partir de este momento el diálogo se desarrolla entre los dos.

Triunfal y espectacular es la entrada en escena del personaje, y en ella está contenida ya, en germen, toda su seducción y también todos sus defectos, más o menos escandalosos.

Se le aclama, se le da la bienvenida; ¿por qué? Todos los presentes en el banquete lo saben; pero, veinticinco siglos después es necesario puntualizar. En realidad, el recién llegado lo tiene todo.

Su primer atributo salta a la vista: Alcibíades es bello, excepcionalmente bello. Lo dicen todos los autores que evocan los asedios amorosos de que fue objeto. Es el rasgo que Jenofonte señala en primer lugar en *Los Memorables*, afirmando, con su candor característico, que «a causa de su belleza, Alcibíades era perseguido por muchas damas de renombre».[1] Se le llamaba normalmente «el bello Alcibíades». Al principio del *Protágoras* de Platón, cuando se hace burla de la admiración que le tiene Sócrates y se le encuentra un tanto indiferente, se le pregunta: «¿Qué cosa extraordinaria ha podido ocurriros a vosotros dos? Supongo que no habrás conocido en Atenas a nadie más bello que él?» No había hombre más bello: sólo podía existir una belleza distinta de la belleza física, y éste es el significado de la respuesta que da Sócrates, que dice que él ha conocido a Protágoras, el más sabio de todos los hombres del momento. Es ésta una distinción sobre la que volverá con frecuencia.[2]

Ahora bien, hay que recordar que en aquel tiempo la belleza era un mérito, abiertamente reconocido y celebrado. La belleza, combinada con las cualidades morales, constituía el ideal del hombre cabal, *kalós kaiagathós*. También podía suscitar admiraciones menos virtuosas, que no se disimulaban, como atestiguan las pinturas de los vasos en los que, para celebrar a algún efebo, no se emplea más término que el de «bello». A veces, en las crónicas costumbristas de la época encontramos la evocación casi lírica del embeleso que inspiraba la belleza de uno u otro mancebo. Así se ve en *El Banquete* de Jenofonte, en el que el tema aparece varias veces, y, muy especialmente, en el fervor con que el joven Critóbulo celebra su propia belleza y la de su amigo Clinias: «Yo aceptaría ser ciego para todas las cosas, antes que serlo sólo para Clinias.»[3] Este joven Clinias era primo hermano de Alcibíades.

Volviendo a nuestro héroe, nos gustaría contemplar aquella belleza suya, pero tenemos que contentarnos con

imaginar su perfección por las reacciones de sus contemporáneos. No hay descripciones físicas de Alcibíades, ni poseemos de él una imagen auténtica. Se nos dice[4] que, después de sus victorias en los grandes Juegos, se hizo pintar en el momento de recibir la gran corona, pero los dos cuadros se han perdido. Existieron varias estatuas en las que se le veía conducir una cuadriga, pero eran muy posteriores. De modo que cada cual puede imaginar el rostro más puro y la figura más gallarda: ése será él.

Sabemos, sí, que su belleza iba acompañada de donaire y del arte de la seducción. Plutarco se admira de ello desde el comienzo mismo de su biografía: «En cuanto a la belleza de Alcibíades, no hay más que decir sino que floreciendo la de su semblante en toda edad y tiempo, de niño, de adolescente, de hombre adulto, le hizo siempre amable y gracioso. Pues lo que dijo Eurípides, que en los que son hermosos es también hermoso el otoño, no es así. Éste fue el privilegio de Alcibíades y de algunos otros. Él se lo debe a un buen natural y a una excelente constitución física. En cuanto a su forma de hablar, se dice que hasta su defecto de pronunciación le agraciaba y prestaba a su lenguaje un encanto que contribuía a la persuasión.»

Sabía engatusar, incluso a los que le habían ofendido. Otro bello pasaje de Plutarco nos lo muestra seduciendo a un sátrapa persa hasta conseguir moverlo a su antojo.[5]

Él no podía ser ajeno a este poder de seducción, y se complacía ejerciéndolo. Una anécdota: aunque el pequeño Alcibíades aprendía todo lo que tenía que saber un joven de buena familia, se dice que se negó a aprender a tocar la flauta: porque deformaba la cara y estorbaba la buena pronunciación. Cuentan las crónicas que la indignada negativa del niño fue tan celebrada, que la flauta se suprimió del programa de estudios libres.

El joven Alcibíades, presuntuoso y provocativo, se paseaba por el ágora con túnica de púrpura que le llegaba hasta el suelo. Era la *vedette*, el niño mimado de Atenas, al que todo se le permite y se le ríen todas las gracias.

Las estrellas del cine y la televisión son hoy para no-

sotros un poco lo que aquel apuesto joven era para Atenas, con la particularidad de que en aquella pequeña ciudad todos lo trataban y conocían.

Nobleza

Lo conocían porque no era un cualquiera, ni mucho menos. Alcibíades pertenecía a una familia de las más nobles, lo que no era poco, ni siquiera en la democracia igualitaria que entonces imperaba en Atenas. A mediados del siglo v a.C., las grandes familias gozaban todavía de renombre y autoridad considerables. Pues bien, Alcibíades descendía de las dos familias más aristocráticas. Clinias, su padre, pertenecía a la familia de los eupátridas, que, según la tradición, se remontaba al héroe Áyax, y uno de sus miembros, llamado también Alcibíades, estaba asociado políticamente a Clístenes, fundador de la democracia ateniense. También Clinias, por su matrimonio, entró a formar parte de la familia de Clístenes, la más célebre de Atenas, la de los alcmeónidas. Se casó con la hija de un tal Megacles, un político importante, objeto de ostracismo, medida destinada a apartar a un personaje que adquiría excesiva preeminencia. ¿Y eso es todo? ¡Ni mucho menos! El abuelo de Megacles era hermano de la madre de Pericles, el que durante tanto tiempo permanecería a la cabeza de la democracia ateniense y daría su nombre al siglo.[6] ¡Cuántos títulos y cuánta gloria! Los periódicos de hoy, que con tanto empeño siguen las peripecias de princesas y herederos de grandes títulos, pueden darnos una idea de la importancia que se daba, en plena democracia, a una ascendencia semejante, que constituía una baza preciosa y una formación muy útil para la vida política.

Pero, para Alcibíades, estos brillantes orígenes no lo eran todo: a la muerte de su padre, que tuvo lugar en el 447, Alcibíades, niño todavía, fue adoptado por su tutor, que no era otro que Pericles. Imposible llegar más alto.

Todos estos grandes nombres forman como una brillante aureola en torno a Alcibíades.

¡Y cuánta promesa! Porque por todas partes encontramos alrededor de él a hombres habituados a regir la política ateniense, hombres pertenecientes a la alta aristocracia que, en muchos casos, habían promovido la democracia. Imposible imaginar mejor patrimonio para encaminar a un joven hacia la política.

Esta ascendencia ilustre podía ayudarle, incluso, fuera de Atenas. Porque las familias de tanto abolengo se relacionaban con otras ciudades. A veces, vínculos oficiales. Alguno de estos personajes era nombrado proxeno en una ciudad extranjera —es decir, encargado de proteger sus intereses y los de sus compatriotas, algo así como los cónsules de nuestro tiempo—, con la particularidad de que esta actividad no los convertía en funcionarios. En otros casos, podía tratarse de relaciones de hospitalidad que, en el siglo v, conservaban el valor de una fuerte obligación. Otras veces las relaciones podían ser personales, como las que en el mundo moderno unen a los aristócratas o a los grandes empresarios con sus homólogos extranjeros. Alcibíades, por su familia, tenía muchos vínculos de este tipo. Por ejemplo, en el momento en que Atenas concertó la paz con Esparta, en el 421, Alcibíades se ofende porque los lacedemonios no han solicitado su mediación ni le han otorgado, dice Tucídides, una consideración a la altura de la antigua proxenia; porque, aunque su abuelo había renunciado a ella, él tenía el propósito de restablecerla, ocupándose de los prisioneros lacedemonios (V, 43, 2). Y es que no se trataba de relaciones insignificantes. El abuelo, Alcibíades el Viejo, había renunciado a sus funciones con motivo de unos incidentes surgidos entre Esparta y Atenas. Pero uno de los personajes más importantes de Esparta —en el que Alcibíades se apoyará con fuerza, un tal Endios— era hijo de un Alcibíades. Este Endios acogería en Esparta a Alcibíades más tarde, durante su exilio.

¡Y, casi en todas partes, lo mismo! Cuando piensa en volverse a Argos, Alcibíades envía un «mensaje privado». La historia nos dice quiénes eran «los anfitriones que Alcibíades tenía en Argos», pero también descubrimos que «tenía vínculos con los más preeminentes melinos».[7]

La política extranjera se hace con frecuencia a golpe de relaciones personales, y la familia de Alcibíades no carecía de ellas...

La familia de Alcibíades no carecía de nada.

Riqueza

Efectivamente —y esto también cuenta, qué duda cabe— una y otra rama eran gente rica. Del lado paterno, destaca un Clinias, que equipó de su peculio una nave de guerra. Del lado de los alcmeónidas, se sabe que, después de haber sufrido el exilio a consecuencia de un sacrilegio, se aliaron a los sacerdotes de Delfos y contribuyeron generosamente a la reconstrucción del santuario. Pericles poseía sin duda importantes bienes: al principio de la guerra del Peloponeso, el rey de Esparta, que mandaba las tropas encargadas de invadir y saquear el Ática, tal vez tuviera intención de respetar las tierras de Pericles, puesto que entre ellos existían lazos de hospitalidad, pero semejante excepción hubiera suscitado suspicacias contra Pericles, por lo que éste se adelantó a la maniobra declarando que, si tal cosa sucedía, haría donación a la ciudad «de sus tierras y propiedades».

Alcibíades se encontró, pues, en la cuna, valga la expresión, todo lo que el dinero puede aportar para una carrera, desde una brillante educación al lado de los mejores intelectos, hasta los diversos medios de acción que el éxito pueda requerir en cualquier democracia.

Pero Alcibíades no se conformó con este patrimonio heredado. Cuando llega el momento de contraer matrimonio (el año 422), ¿con quién se casa? Con una hija de Hipónico, quien, a su vez, pertenecía a una familia importante, célebre sobre todo por su riqueza. Cada vez que se menciona a un miembro de esta familia, se dice «el rico Hipónico», «el rico Calias». Es en casa del «rico Calias» (cuñado de Alcibíades, por tanto) donde tuvo lugar el diálogo de Platón titulado *Protágoras*. Y es que, gracias a su riqueza, Calias podía recibir y agasajar en su

casa a todos los sofistas con que se topaba: Protágoras, Hipias, Prodico y, en torno a ellos, a todos los hombres de moda que iban a escucharlos; Platón nombra a una docena. Por cierto, entre ellos figura Alcibíades. En realidad, no salimos del mismo círculo: la esposa de Pericles había estado casada antes con Hipónico y era madre de Calias. En la antigua Atenas, en seguida tienes la impresión de encontrarte en terreno conocido, porque es un mundo muy restringido. Lo mismo podría decirse de la aristocracia en general. Y es que ésta conservaba un papel privilegiado en la ciudad democrática por excelencía.

No obstante, hay que abrir un paréntesis a propósito de la riqueza de Alcibíades. Porque era tanto lo que gastaba que siempre estaba falto de dinero. Poseía una lujosa cuadra de caballos de carreras. Y tenía a gala mostrarse pródigo con el pueblo. Asumía el cargo de trierarca y la función de corega. Aún se hablaría de ello en el siglo siguiente, y Plutarco cita «sus donaciones al Estado, sus coros, su munificencia sin igual para con la ciudad».[8] Aparte de otros rasgos de generosidad. Se cuenta que Fedón —el filósofo que da nombre a un diálogo de Platón— había sido capturado y vendido como esclavo, y que Sócrates hizo que Alcibíades lo rescatara. Esto, según ciertas tradiciones.[9] Nuestro hombre, como buen gran señor, gustaba de los grandes gestos tanto como del fasto.

No falta quien haya dicho que, en sus momentos de opulencia, gastaba demasiado. Lo mismo sucede en todas las épocas. Y es posible que en su conducta influyera el afán de consolidar sus finanzas. El mismo Tucídides, tan sobrio él, lo dice así: «Sus gustos le hacían ir más allá de lo que le permitían sus recursos, tanto en el mantenimiento de su cuadra de caballos como en sus otros gastos» (VI, 15, 3).

Pero también se han exagerado las dificultades ocasionadas por esta tendencia a la prodigalidad. Durante su exilio, se hizo una venta pública de sus bienes, que habían sido confiscados. Se han encontrado fragmentos del acta de venta, grabada en piedra. En un principio se

creyó que era muy poco lo que había. Por lo tanto, se podía pensar que se había arruinado, o que había podido mandar retirar en secreto algunos bienes antes del embargo (esto ocurre aún en nuestros días, como es bien sabido). Pero han aparecido más fragmentos, y podemos estar tranquilos: en ellos figuran camas, cobertores, mantos, cofres, etcétera.[10] Y podemos seguir tranquilos: la ciudad le compensaría por esta venta ofreciéndole una corona de oro y una finca. Aunque hubiera dilapidado sus bienes, Alcibíades nunca fue pobre.

Era, como puede verse, un príncipe.

Ahora bien, conviene puntualizar lo que esto significaba. Durante mucho tiempo, la política ateniense había estado en manos de esta clase aristocrática y culta. Ahora estaba escapando de ella y muchos atenienses lo lamentaban. Se habían ampliado los derechos democráticos y se había implantado un mínimo de enseñanza general: nuevas clases sociales adquirían importancia. Mientras vivió Pericles todo iba bien; pero, a su muerte, la autoridad pasó a Cleón, un rico curtidor, de quien todos los autores señalan su ordinariez, brutalidad e incultura. Al parecer, en toda democracia las gentes sencillas son propensas a sentirse atraídas por una vulgaridad que les parece familiar y estimulante. En cualquier caso, cinco años después de la muerte de Pericles, Aristófanes escribió una comedia en la que denuncia este reino de mercaderes. Los servidores de Demos, el Pueblo, se remiten a un oráculo inventado, según el cual al frente de la ciudad había un comerciante de estopas, después un tratante de corderos y, al fin, llegaría un individuo todavía más vil, un comerciante de morcillas (*Los caballeros*, 126-145). Naturalmente, éste no es hombre instruido, ni mucho menos: «Me sé las letras, aunque, en verdad, bien poco y bien mal. —Tu único fallo es saberlas, ni que sea "bien poco y bien mal". Conducir al pueblo no es tarea de un hombre instruido y de buenas costumbres, sino de un ignorante, de un pillo» (188-194). No nos extenderemos sobre este cambio social que siempre amenaza con aca-

rrear, como ocurrió en Atenas, el desarrollo de una demagogia desastrosa. El mal ha sido denunciado por todos, desde los cómicos y los trágicos al análisis de Tucídides y de Aristóteles. Importa recordarlo, ya que así se comprende la superioridad de que gozaba, frente a estos nuevos demagogos, el joven descendiente de las grandes familias, con su elegancia, su clase y su seducción. Hubiera debido ser para Atenas un nuevo Pericles.

Porque ha llegado el momento de decirlo: los privilegios de Alcibíades no acababan en los bienes materiales ni en los medios de orden práctico. Poseía también todo lo demás.

Superioridad intelectual

¡Imaginaos tan sólo la formación del joven Alcibíades, pupilo de Pericles! Desde su infancia estaba habituado a oír hablar de política a personas competentes. A su lado, su intelecto se había aguzado. De niño y de adolescente, conoció en casa de Pericles a las mentes más ilustres de la época. Sin duda aprendió retórica, ya que su tutor era amigo de los grandes sofistas. Sabemos además el afecto que siempre le demostró Sócrates. Con tales maestros y tales ejemplos, ¿cómo no iba a desarrollarse la brillante inteligencia por la que se habían distinguido tantos miembros de su familia?

Por otra parte, es evidente que nadie cuestionó su visión política ni su amplitud de miras. Tucídides, que no hace del personaje un elogio sin ponerle pegas, dice que la ciudad, al privarse de él, perdió mucho, porque él había «tomado las mejores disposiciones relativas a la guerra».[11] Y frente a una dificultad Alcibíades sabía imaginar en seguida, en cada caso, la solución, la combinación, las medidas a adoptar.

También era persuasivo. ¡Y qué maestría la suya! Sabía convencer a la multitud con su elocuencia y sabía convencer también al individuo, mezclando sus argumentos con promesas y seducción. Incluso autoridades en la materia como Demóstenes o Teofrasto dicen que ha-

blaba admirablemente. Teofrasto precisaba, según Plutarco (10, 4), que Alcibíades era «de todos los hombres el más capaz de encontrar y de imaginar lo que convenía en cada circunstancia»; a veces, se interrumpía, en su esfuerzo por hallar la palabra justa (un leve defecto de pronunciación incluso añadía encanto a su habla...). En resumen, Alcibíades abordaba la política con una superioridad social acompañada de una superioridad intelectual indiscutible. Y es que, en realidad, la una ayudaba a la otra.

Nada más esbozar su retrato, resulta evidente que todo lo supeditaba a la política. Tenía los medios y las dotes. Tenía también la vocación. Acostumbrado como estaba desde su juventud a ser el primero en todo, ansiaba apasionadamente desempeñar un papel político. Así lo vemos en los diálogos de Platón en los que aparece y, muy especialmente, en el titulado *Alcibíades* (llamado también *Alcibíades mayor*, para distinguirlo de otro diálogo que lleva el mismo título). Más adelante volveremos sobre el *Alcibíades*.[12] Pero importa retener desde ahora la imagen de esta ambición que impulsa al joven hacia el éxito político y que Sócrates evoca con brillantez: «¿Cuál es, pues, la esperanza que te hace vivir? Piensas que si, un día, tomas la palabra ante el pueblo —y cuentas con hacerlo muy pronto— convencerás a los atenienses, de inmediato, de que mereces más consideración que Pericles y que todos los que fueron antes que él, y te dices que, a partir de ese momento, serás todopoderoso en esta ciudad. Y, si eres poderoso aquí, lo serás también en tierras de los otros griegos; pero, ¿qué digo?, no sólo de los griegos sino también de los bárbaros que habitan el mismo continente que nosotros...» (105 a-c). Naturalmente estas ambiciones no se limitan siquiera a un continente: la verdadera ambición no tiene límite. Y el texto dice bien a las claras la fuerza que lo anima.

Es una fuerza que, muy pronto, lo empujará a la acción. Lo encontramos, primero, en la guerra —¡también poseía el valor!— y a no tardar hará su aparición en la

política y desempeñará las más altas funciones en cuanto la edad se lo permita.

Pero hemos encontrado ya en dos ocasiones el nombre de Sócrates. Y, en este cuadro de los privilegios de toda clase que le concedieron al joven Alcibíades, sería mucho simplificar si omitimos este privilegio excepcional, que no le viene de familia ni puede asimilarse a los otros: su apertura al ideal filosófico y a la influencia de Sócrates.

La amistad de Sócrates

Desde luego, la amistad entre el joven y el filósofo se desprende ya del diálogo de Platón que abre este capítulo, *El Banquete*, y todos, diálogos y biografías, la confirman. Es una realidad, Sócrates quería a Alcibíades y Alcibíades quería a Sócrates. Aun dejando aparte, por el momento, el aspecto erótico de esa relación, ésta denota que el joven, por lo menos durante un tiempo o a intervalos, estaba profundamente compenetrado con aquel otro ideal que encarnaba Sócrates, el deseo de seguirle por el camino del bien, una cualidad excepcional para la comprensión y la admiración. Al fin y al cabo, a él, el discípulo fallido, confió Platón, *a posteriori*, la misión de hacer el retrato de su maestro.[13]

Efectivamente, el apuesto joven de *El Banquete* entra y se instala al lado del anfitrión. Entonces, estupefacto e intimidado, descubre que el comensal de al lado es Sócrates. Intercambian frases galantes. Alcibíades se informa de qué hablan los comensales y decide hacer el elogio de Sócrates. Empieza inmediatamente y traza las famosas imágenes relativas a Sócrates que han conmovido a generaciones y generaciones de lectores. No hay en todo Platón texto más personal ni más profundo acerca del maestro.

En otras palabras, Alcibíades era capaz de describir de forma vívida la personalidad de Sócrates. Y, a juzgar por lo que dice, era capaz de sentirse conmovido, emocionado e inspirado por ella.

Empieza por compararlo a las estatuas de los silenos. Al igual que el sileno, pero sin la flauta, Sócrates encanta a quienes le escuchan. Y Alcibíades describe el efecto de sus palabras: quienquiera que sea el oyente o el que repite sus frases «el influjo que causan en nosotros nos estremece y nos sentimos poseídos por ellas».[14] Después precisa, hablando sólo en nombre propio: «Porque, cuando le escucho mi corazón late con más fuerza que el de los coribantes en sus transportes, sus palabras me hacen brotar lágrimas, y veo a una multitud experimentar las mismas emociones.» Después de oír a Sócrates, «no me parece posible vivir comportándome como me comporto [...]. Él me obliga a confesarme a mí mismo que, cuando tantas cosas me faltan, persísto en no preocuparme sólo de mí sino a intervenir en los asuntos de Atenas».

Sócrates es, en fin, como las estatuillas de los silenos porque, en su interior, él adivina una sabiduría más preciosa que cuanto pueda haber en el mundo: «Cuando se pone a hablar en serio y el sileno se entreabre, ¿ha visto alguien alguna vez las figuritas que hay en su interior? No lo sé. Yo las he visto, y me han parecido tan divinas, de una sustancia tan preciosa, de una belleza total y tan extraordinaria, que no hubiera podido sino entregarme con todo mi empeño a hacer al momento todo lo que Sócrates me ordenara.»

Sigue un elogio extenso de la templanza de Sócrates,[15] de su independencia respecto de las cosas externas, y de su valor.

El elogio describe admirablemente a Sócrates; pero, por lo mismo, retrata al propio Alcibíades. Nos lo muestra vibrante por la evocación de un ideal moral, conmovido por la idea del bien, dispuesto a cambiar de vida, el más sensible, más estremecido, más apasionado de los discípulos.

Porque el joven ebrio del principio también podía embriagarse de exaltación ante el descubrimiento del bien: «Yo las he visto...»

Es un hermoso regalo el que le hizo Platón. Ninguno de los que habían hablado antes, ni ninguno de los dis-

cípulos presentados en los otros diálogos, ha sido más regiamente servido. Cualesquiera que fueran las razones de esta distinción, que no se explicarán sino al final de este libro, debemos admitir que reflejan una relación real y una impresión vívida: Alcibíades hubiera podido someterse realmente a una influencia que tan poderosa seducción ejercía sobre él.

En el capítulo siguiente volveremos sobre esta seducción y el contexto amoroso que sugiere; aquí, en un capítulo que se inicia con *El Banquete* de Platón, importa sólo agregar esta otra cualidad, tan distinta de las otras, que revaloriza al personaje con nuevo esplendor. El joven que contemplamos al principio no era sólo el prototipo de una juventud dorada.

Pero la misma expresión «el joven» sugiere una última observación. En Alcibíades se piensa como en un joven. Y Platón tiene su parte de culpa en que este atributo haya quedado unido a su persona para siempre y acrecentado su encanto.

Juventud

Alcibíades nunca fue viejo: murió antes de cumplir los cincuenta años. No obstante, cuando tiene lugar *El Banquete*, ya no era joven. Nació entre el 452 y el 450. Al empezar la guerra del Peloponeso acababa de emanciparse de la tutela de Pericles. A partir de entonces tiene su casa y sus esclavos. Pronto podrá asumir responsabilidades políticas. Pero el carácter del hombre sigue siendo el de un adolescente brillante, audaz y un poco irresponsable, y así se le imaginará siempre. La escena de *El Banquete* se ha situado en el 416: Alcibíades tiene, pues, treinta y cinco años; pero aún se le trata como a un «amado» al que los hombres persiguen con sus atenciones [16] y como un niño mimado que puede decir lo que se le antoje, porque se le perdona todo. En cierto modo, la imagen de este adolescente se ha proyectado en nuestras impresiones y se nos ha impuesto para siempre.

Hay que decir que, en el 416, Platón tenía doce años.

Él no conoció al joven Alcibíades. Había entre uno y otro una generación de diferencia. Pero la leyenda de Alcibíades dominaba la imaginación. Y, en relación con Sócrates, siempre se le vio adolescente. Platón, que nunca fue muy respetuoso con la cronología, así nos lo muestra, a expensas de la verosimilitud.

Pero es preciso agregar que Alcibíades, que poseía la belleza hasta rondar la cincuentena, nunca vaciló en encarnar a la juventud.

En cuanto la edad se lo permitió, empezó a desempeñar su importante papel en la política, haciendo bandera de su juventud. Precisamente en el año 416, cuando, al oponerse a Nicias, es tachado de joven, reivindica para los jóvenes el derecho a hablar para dar consejos útiles.

Esto ocurre durante el debate sobre la expedición a Sicilia. Nicias, que se opone a la expedición, ataca con virulencia al joven ambicioso que a sus ojos es Alcibíades. Nicias tiene poco más de cincuenta años y no se muerde la lengua: «Porque si alguien, jubiloso de haber sido elegido para mandar, os aconseja la expedición, sin pensar más que en su propio beneficio, siendo como es aún demasiado joven para detentar el mando...» Y generaliza: «A mí, el ver a esta juventud aquí reunida a la llamada de este mismo personaje, me asusta; y a mi vez hago un llamamiento a los hombres de edad...»[17] Aquí, en la Atenas del siglo V, encontramos ya la oposición entre «jóvenes» y «viejos» que tan familiar nos es. En el teatro hallamos también muchas alusiones al respecto. Evidentemente, era lo que llamaríamos un «fenómeno social». Pero Alcibíades no se deja intimidar. Es joven, sí. Cita sus éxitos y declara: «Ahora bien, esta política es mi juventud, es lo que en mí se ve como una locura *contra natura* y que, con las palabras adecuadas, creó contactos en el seno del poder del Peloponeso, inspiró confianza por su vivacidad y se impuso. Que hoy no os asuste, pues, esta misma juventud...»[18] Más adelante, vuelve sobre el mismo tema con desdén: «Que la inactividad que preconiza Nicias y sus discrepancias entre jóvenes y viejos no os aparten de la empresa. Aquí tenemos una buena tradición: deliberando juntos jóvenes y viejos, nuestros pa-

dres situaron nuestra política en el más alto nivel [...]. Juventud y vejez nada podrán la una sin la otra.»

Lo mismo que en *El Banquete*, la juventud sigue siendo el signo de este hombre de treinta y cinco años. Juventud que, en sus manos, se convierte en un triunfo más, en un arma de seducción de individuos y de multitudes, en un nuevo medio de atracción.

Lo tenía todo. Tenía demasiado. ¿Cómo no había de pensar que estaba por encima de los demás? Por lo tanto, resulta un motivo de reflexión, perenne y clamoroso. Porque en todas las épocas ha habido jóvenes brillantes y privilegiados. Todos conocemos a jóvenes que cuentan con todas las ventajas posibles para abordar la política. Pero Alcibíades las tenía en grado superlativo. Su nobleza, su encanto personal, su audacia no tienen parangón. Es más, su patria está en el apogeo de su poderío y de su cultura. Y su ambición no tiene límites. Por otra parte, el hombre que pretende atraerle hacia el bien es el maestro más estricto en sus exigencias de rigor y justicia. La vida de Alcibíades tiene, pues, un valor modélico que la hace simbólica e inolvidable. En todas las épocas adquiere sentido. En la nuestra también, y quizá más que en ninguna otra. Alcibíades, figura de la ambición individualista en una democracia en crisis, ilumina con sus seducciones y sus escándalos nuestras propias crisis, a pesar de que pocos Alcibíades podemos distinguir entre los políticos modernos.

En realidad, como en una proyección esquemática, vemos cómo su destino lo arrastra y arrastra también a Atenas. Empieza por los pequeños escándalos de un individualista insolente y continúa con las intrigas de una política audaz... hasta el día en que los escándalos repercutan sobre él con violencia. En una democracia, el escándalo es peligroso y siempre lo ha sido.

Los escándalos de Alcibíades empezaron pronto y llegaron lejos...

II

INSOLENCIAS Y ESCÁNDALOS

La juventud privilegiada nunca fue amiga del orden. Alcibíades tenía muchos dones como para que no se le subieran los humos a la cabeza: la insolencia era inherente en su talante y su situación la hacía casi obligada. Estaba muy seguro de sí mismo y no se dejaba frenar por cualquiera.

Ello imprimía en su carácter rasgos que, si bien menos amenazadores para el futuro que su ambición, combinados con ésta, al principio, la fomentaron y, después, a fuerza de escándalos, la perjudicaron y la hicieron fracasar.

Porque Alcibíades no era en sus defectos más moderado que en sus méritos. Mientras que de Alejandro se alaba el autodominio, la discreción y la piedad, la posteridad dedica a Alcibíades todo un rosario de superlativos reprobadores. En un latín que ni siquiera hoy es necesario traducir, Cornelio Nepote lo declara «*luxuriosus, dissolutus, libidinosus, intemperans*» (1, 1).

Nosotros no iremos tan lejos: el lector tendrá que conformarse con menos. Pero las anécdotas que recoge Plutarco bastan para revelar todo un carácter... con los peligros que eso supone.

Las cita desordenadamente, y es posible que algunas carezcan de fundamento, porque un personaje como Alcibíades suscita pasiones, leyendas y fábulas, pero todas concuerdan entre sí, y son congruentes con el carácter de este hombre.

Por otra parte, hay que confesar que son anécdotas divertidas. Se leen con esa indulgencia que las personas sensatas muestran a veces por las calaveradas de los jóvenes, porque ven en ellas un matiz de valor, desenfado y libertad. Pero no habría que disculparlas, porque, poco a poco, se pasa de una insolencia alegre a un verdadero atentado contra las personas y al desprecio de toda norma. La indulgencia no procede, visto lo resbaladiza que puede ser la pendiente. Como lo fue para Alcibíades.

Se adivina ya en la presentación del personaje que nos hace *El Banquete*. ¿No estaba borracho nuestro Alcibíades? ¿No llegaba vociferando? ¿No tenía que sostenerlo la flautista? Sí, era la dorada juventud. Sí, inspiraba admiración, pero habría que distinguir lo que en el bello Alcibíades anunciaba ya al insoportable Alcibíades: su doble inseparable.

Su insolencia se remonta a la infancia y a su primera adolescencia.

Una de las primeras anécdotas que relata Plutarco ocurre en la calle, es un incidente de circulación que podría ocurrir hoy en cualquier pequeña ciudad. Alcibíades es un niño *(mikrós)* y está jugando a las tabas en el arroyo cuando de pronto se acerca un carro cargado de mercancías. «En un principio, ordenó al conductor que parara, porque las tabas caían en las rodaderas por donde pasaba el carro. El carretero, un rústico, no le hizo caso y siguió avanzando. Los otros niños se apartaron.» ¿Qué hace Alcibíades? Se tiende en el suelo delante del tiro y grita: «Pasa, si quieres.» El carretero, asustado, tiró de las riendas y todos se precipitaron sobre el niño, gritando horrorizados (2, 4).

Hubiera debido dejar pasar el carro, por supuesto. ¡Pero qué presencia de ánimo! ¡Qué valor! A Alcibíades no ha de faltarle nunca. Siempre plantará cara al peligro, tanto en la guerra, como en la política, como en el momento de su muerte. Pero esta primera imagen da una idea de su valor casi temerario; y quizá muchos lec-

tores de hoy evoquen la imagen de un muchacho solo, plantado delante de un tanque, en una gran plaza de China. Lo cierto es que el corazón de los atenienses que aquel día presenciaron el incidente vibró por el muchacho, a pesar de su arrogancia y su indisciplina.

Después lo encontramos, mozalbete ya, ejercitándose en la lucha. Un día, muerde al adversario, que exclama: «¡Muerdes como una mujer, Alcíbíades!» ¿Y él se avergüenza? ¡Ni por asomo! Él responde, ufano: «¡No! ¡Como los leones!» (2, 3). ¡Bonita frase! Plutarco la cita además de como frase célebre de Alcibíades, también como frase célebre de un lacedemonio.[1] En cualquier caso, encaja en el personaje. Desde luego, Alcibíades hubiera debido abstenerse de morder, pero la arrogancia de su respuesta despierta admiración. ¡Y qué, si es violenta! Muchas de las «salidas» de Alcibíades se harán célebres. Le ayudaba la inteligencia, pero también una total falta de timidez y de consideración.

Lo cierto es que, con un temperamento así, el joven Alcibíades prometía distinguirse por su insolencia. Y, en efecto, comprobamos que todos sus privilegios dieron lugar a defectos que tuvieron consecuencias cada vez más graves en la vida cotidiana.

Sabiéndose guapo, noble y rico, creyó que todo le estaba permitido y descuidó el respeto hacia los demás.

Esta actitud se manifestó, primero, en sus modales. Ya hemos aludido a sus largas túnicas de púrpura. Pero esto no era todo. Sabemos que lanzó unos zapatos de forma nueva llamados alcibíades;[2] se dice que criaba gallos de pelea; en resumen, se había erigido en el espejo en que se miraba la dorada juventud de la época.

En su trato con los demás, adoptaba una actitud arrogante que daba lugar a pequeñas ofensas, unas simpáticas y otras odiosas, que revelan un desprecio total del prójimo.

Como el día en que encuentra a un maestro de escuela y le pide un texto de Homero. El hombre no lo tiene. ¿Qué hace Alcibíades? ¿Le pide perdón y le da las gracias? Sencillamente, lo abofetea.[3] No todos podemos defender de este modo el estudio de Homero, aunque a

veces sintamos la tentación de hacerlo. La diferencia está en que Alcibíades no se resiste a ninguna tentación: tiene la mano larga.

Otro día es un corega el que rivaliza con él: ¡otra bofetada! (16, 5).

O el pintor al que secuestra hasta que termine su trabajo (también en esto le envidiamos, pero no por ello nos parece aceptable su conducta...).

Alcibíades critica, insulta. De él se ha dicho[4] que estaba tan seguro de sí mismo que hubiera criticado a los doce dioses...

Lo que es más preocupante, su insolencia le lleva incluso a transgredir las mismas leyes de la ciudad. Una anécdota, un tanto sospechosa, desde luego, relata que arrancó y destruyó un acta de acusación contra uno de sus protegidos.[5] Este episodio, aunque sea inventado, no dejar de ser simbólico de la actitud del que se cree libre de hacer lo que le plazca.

A fin de cuentas, uno comprende la virulencia de los ataques de sus adversarios. Así el autor del *Contra Alcibíades*, texto falsamente atribuido a Andócides, se exagera: «Despoja a unos, golpea, secuestra, rescata a otros; demuestra que la democracia no es nada, ya que habla como un consejero del pueblo y actúa como un tirano» (27).

Esta falta de respeto hacia las normas se hace más patente en los casos en los que la riqueza o la belleza desempeñan un papel determinante. La primera da lugar a la soberbia; la segunda, a los atentados contra las buenas costumbres.

Alcibíades era rico. Como le gustaba que se hablara de él, también era pródigo. Por consiguiente, en todo momento tenía que procurarse dinero y quizá más de una vez abusó sin escrúpulos de su prestigio y de su renombre.

Tres anécdotas ilustran esta afición al derroche y a la falta de escrúpulos, que a veces confiesa para provocar.

La primera de las anécdotas es inocente y casi enter-

necedora. Según Plutarco, su entrada en la vida pública se hizo durante una asamblea en el curso de la cual el pueblo recibía donativos y aclamaba a los donantes. ¡Ah, qué hermoso canto el de las aclamaciones! Alcibíades se precipita a la tribuna y hace su contribución. Debió ser importante, pues «el pueblo aplaudió y profirió gritos de alegría».[6] Alcibíades, embelesado, suelta la codorniz que lleva bajo el manto y todos corren a recuperar el ave del hombre de moda. El caso de la codorniz evoca su ligereza, el donativo, la generosidad y las aclamaciones nos recuerdan su gusto por la popularidad y el revuelo que levantaba su persona.

Pero pronto hemos de pasar a cosas más graves.

Por ejemplo, la anécdota relativa a las cuentas de Pericles. Un día en que Alcibíades quería ver a su tutor, le dijeron que estaba ocupado: buscaba la forma de rendir cuentas a los atenienses (los magistrados debían hacerlo al final de cada año, y había quienes decían que Pericles se había tomado ciertas libertades). Al parecer, Alcibíades respondió: «¡Más valdría que buscara la forma de no tener que rendirlas!»[7] ¿No es ya toda una promesa de su futuro político? En todos los momentos de la vida de Alcibíades se observa en él una inquietante desenvoltura para alcanzar sus fines: mentiras diplomáticas, juegos de manos financieros. El joven elegante no siempre se comporta con elegancia.

La tercera y más célebre de las anécdotas es también reveladora. Es la del perro del rabo cortado. Alcibíades poseía un perro de gran valor al que cortó el rabo, que llamaba la atención por su hermosura. ¡Estupor y reprobación! Pero él está encantado: «Eso es —les respondió— lo que yo quiero; que los atenienses hablen de esto.» ¿Por qué? ¿Porque le gusta que hablen de él? ¿Porque desea llamar la atención? Desde luego, pero hay más. Alcibíades tiene siempre un propósito, y también tiene siempre algo que hacer olvidar. Y concluye: «Porque quiero que los atenienses hablen de esto, para que no digan de mí cosas peores» (9, 1).

Le gusta el escándalo porque halaga su vanidad; también le gusta porque le sirve de cortina de humo

para disimular las pruebas de su ambición y de su mala conducta.

¿Lo hacemos nosotros mejor, en nuestro siglo XX?

Lo cierto es que, con razón o sin ella, había rumores de malversación. Plutarco, en el paralelismo que hace entre Alcibíades y Coriolano, escribe: «En lo que se refiere al dinero, se dice que, con frecuencia, Alcibíades lo recibía fraudulentamente de gentes que pretendían corromperlo y que él lo utilizaba también fraudulentamente para sus lujos y sus excesos» (3). ¿Calumnia? Nunca se han lanzado calumnias semejantes contra otros hombres de Estado. La democracia ateniense ya se dejaba minar por la corrupción. En este sentido, no hemos inventado nada.

Ya sabemos adónde llevaría a Alcibíades su afán de lujo y de fama. Como se ha hecho en otras épocas, él buscó la fama por la brillantez de las victorias deportivas. Poseía una cuadra de caballos de carreras y tuvo dificultades con la justicia a causa del dinero invertido en ella. Más adelante volveremos a hablar de este asunto, pero este contexto le imprime ya su significado.

Antes debemos referirnos a otro tema de escándalo, pero no el escándalo asociado con la riqueza de Alcibíades sino con su atractivo físico: las relaciones amorosas.

Aquí proliferan las anécdotas. Algunas quizá sean falsas, pero la impresión de conjunto es inequívoca. Por otra parte, no tiene nada de sorprendente que su belleza le hiciera llegar muy lejos en este campo. En sus relaciones tanto con mujeres como con hombres acumula escándalo tras escándalo. Se diría que también en esto quería ser el campeón.

Le fue fácil.

Normalmente en Atenas las relaciones con las mujeres daban poco que hablar. El matrimonio mantenía a las mujeres sometidas al marido, recogidas en casa, sin ver a nadie. A las relaciones con prostitutas, nadie les prestaba atención. Se habló de ellas en el caso de Alci-

bíades por su número y por el revuelo que, en ocasiones, las envolvía.

Pero nuestro hombre llevó el escándalo hasta su matrimonio.

Primeras habladurías: siendo muy joven todavía, Alcibíades fue a Abidos, a orillas del Helesponto, con un tío suyo. Se dice que allí tío y sobrino se casaron con la misma mujer, que ésta tuvo una hija de la que no se supo de cuál de los dos era y cuyos favores compartieron después ambos, de forma incestuosa. Muy fuerte, ¿no?, demasiado para ser verdad.[8] Pero cuando el río suena... Después se diría que Alcibíades había cometido incesto con su madre, con su hija y con su hermana.[9] Las invectivas que nos han sido transmitidas con el nombre de Antifonte indican, en todo caso, que Alcibíades fue a aprender de las mujeres de Abidos prácticas acordes con sus instintos viciosos y depravados.[10]

No obstante, tuvo un matrimonio normal. La elección no podía ser más digna, ya que se casó con una mujer discreta y virtuosa, hija de un hombre muy rico y conocido. Pero genio y figura...

Para empezar, abofeteó a su futuro suegro... ¡por una apuesta! Al día siguiente, invitó al hombre a castigarle y flagelarlo. Y... fue perdonado.

La novia llevaba buena dote. Muy pronto nuestro joven esposo reclamó mucho más, alegando que así se había acordado, caso de que hubiera hijos. La familia de la esposa temió verse arruinada...

¿Fue, por lo menos, buen marido? No, por supuesto. Su esposa, viendo que Alcibíades «frecuentaba a cortesanas extranjeras y atenienses, abandonó el hogar y se retiró a casa de su hermano. Como Alcibíades no se diera por enterado y persistiera en sus excesos»,[11] ella presentó una demanda de divorcio. Era raro y estaba muy mal visto que la mujer pidiera el divorcio, pero se daban algunos casos. Ahora bien, el día de la comparecencia, cuenta Plutarco, Alcibíades «se arrojó sobre ella y tomándola en brazos se la llevó a casa cruzando la plaza pública, sin que nadie osara arrebatársela» (8, 5). Por más que convengamos con Plutarco en que no tenía

nada de ilegal, fue otro gesto de audacia del bello Alcibíades.

Hubo en su vida otras mujeres: después de la conquista de Milo por los atenienses en el 416, los hombres de la isla fueron pasados a cuchillo y las mujeres reducidas a esclavitud: Alcibíades tomó a una de ellas por compañera y educó al hijo que le dio (16, 6). No hay razón para dudar del hecho (con W. M. Ellis). Pero, aunque Plutarco lo cita como un rasgo de humanidad, es evidente que él satisface sus pasiones a expensas de un pueblo pequeño cuyo destino será siempre una vergüenza para Atenas. Y parece que Alcibíades apoyó la proposición que preveía tan duras medidas de represión contra la isla, por lo menos, la que condenaba a las mujeres a la esclavitud.[12] Preñar a una de ellas después de esto no parece muy ético.

Pero, al hilo de sus aventuras amorosas nos hemos deslizado hasta su carrera política. No importará, pues, que nos deslicemos un poco más: dos episodios de su carrera muestran con claridad la importancia que, con el tiempo, tendrían sus relaciones con mujeres de todas clases y países.

Alcibíades, exiliado en Esparta, todo lo debe a sus nuevos amigos. ¿Y qué hace? Según los textos, se aprovecha de que Agis, rey de Esparta, está en campaña, para seducir a su esposa y dejarla embarazada (¡otra más!). ¡Y tan poseída por la pasión estaba la reina que, cuando nadie la oía, llamaba al niño Alcibíades! ¡Menudo escándalo...! ¡Y nuestro héroe se jactaba de haber obrado de esta manera para que un día sus descendientes fueran reyes de Esparta! Menos ufano debió de sentirse el rey de Esparta cuando sus cálculos le confirmaron su infortunio (durante un terremoto, ocasión fácil de datar, se vio salir al bello ateniense de los aposentos de la reina).[13]

Uno de tantos incidentes, se dirá. Sí, pero el lance contribuyó a que Alcibíades rompiera con Esparta y se aproximara a Persia que, en lo sucesivo, arbitraría en el conflicto. El resultado de la guerra se resintió de ello. Atenas salió ganando. Pero quizá, indirectamente, ello

afectó al destino de Europa respecto de Asia. Un seductor, cuando actúa entre los grandes, influye en la política, lo quiera o no lo quiera.

Saltemos unos años y vayamos al final. Alcibíades vuelve a estar en el exilio. Se halla en una aldea de Frigia en compañía de una cortesana llamada Timandra.[14] Allí muere asesinado. La última imagen del joven dios de Atenas es la de un cuerpo acribillado por flechas y venablos que una cortesana cubre con sus propios vestidos y para el cual improvisa, allá lejos, muy lejos, las más honrosas exequias posibles. Esta mujer fue la madre de otra cortesana, la célebre Lais.

Todas estas mujeres fueron fieles a Alcibíades. Él no lo fue a ninguna. De ahí que la vida escrita por Plutarco termine con una pirueta que muestra lo fácilmente que nacen las leyendas a partir de los rasgos conocidos de los personajes: según Plutarco, los asesinos no habían sido contratados por adversarios políticos sino por las víctimas de otro escándalo: «Había seducido a una joven de buena familia, a quien tenía consigo, y los hermanos de la mujer, exasperados por el ultraje», una noche pusieron fin a los días del seductor.

¡Qué moraleja! ¡Y cómo invita a la reflexión este final! Plutarco no parece muy convencido. Pero nos deja con la duda, sin agregar conclusión ni comentario alguno. Nosotros podemos optar entre estas dos figuras de mujer que flanquean la muerte de Alcibíades.

Así pues, Alcibíades era un mujeriego, y sus conquistas femeninas levantaban gran revuelo en Grecia. Pero practicaba también, como era cosa corriente en Atenas, la otra clase de amor. Su belleza atraía a muchos admiradores, que le hacían la corte con más o menos éxito.

Plutarco nos lo muestra en ocasiones duro e insolente. Por ejemplo, con Anito, el que más tarde sería el acusador de Sócrates, pero que por aquel entonces frecuentaba a todo el grupo y estaba prendado de Alcibíades. Una noche dio una cena a la que invitó al amado. Alcibíades rehusó la invitación, se embriagó en su propia

casa y, acompañado de un alegre cortejo, se presentó en casa de Anito y ordenó a sus esclavos que se llevaran la mitad de la vajilla, toda de oro y plata. Los invitados de Anito se quedaron atónitos, pero el enamorado no se lamentaba sino muy al contrario: «Decid mejor que me ha tratado con moderación y benevolencia, porque, dueño como era de llevárselo todo, nos ha dejado una parte» (4, 5). Es otra célebre y reveladora anécdota que nos muestra hasta dónde puede llegar la sumisión que impone el amor; pero muestra también la insolencia con que podía tratar Alcibíades a aquellos a los que esclavizaba con su belleza.

Contrariamente, en otro episodio se nos aparece generoso, no con sus favores, sino con el dinero. ¡Y no es que lo regalase, sino algo mejor! Cierto meteco (esta palabra no tenía nada de peyorativo en Atenas), enamorado de Alcibíades, vendió todos sus bienes y le ofreció el producto. Esto divirtió a Alcibíades, que invitó al meteco a cenar, le devolvió su oro y le aconsejó que al día siguiente pujara a los arrendadores públicos. Él lo acompañó y salió garante del meteco. Y es que tenía un pleito con los hombres asentistas en reclamación de algunos intereses propios, ofrecieron dinero al hombre para hacerle desistir. Alcibíades le indujo a regatear... y el hombre se marchó con un talento, que era mucho más de lo que en un principio había ofrecido a Alcibíades. Una argucia hábil y provocativa del joven. La perspicacia y la artimaña dan la impresión de que Alcibíades se burla de todo y de todos, del pretendiente y de los personajes más o menos turbios a los que hace pagar.

Evidentemente, no decía siempre que no. Y tampoco en este campo temía el escándalo. Se cuenta que, siendo niño, un buen día desapareció. Los de la casa, inquietos, pensaron iniciar la búsqueda oficial. Pericles se opuso: el niño estaba en casa de Demócrates, uno de sus *erastai* o amantes, y el gran hombre estimó que valía más no llamar la atención y no comprometer al muchacho (3, 1). El propio Alcibíades nunca observó tanta prudencia.

Los textos aluden con frecuencia a estas relaciones.

Se habla de los amantes de Alcibíades. Al parecer, envolvía al joven un ambiente de asedio y voluptuosidad. Más arriba hemos relatado la anécdota de la entrada de Alcibíades en la Asamblea y de la codorniz que levanta el vuelo. Para poder estar en la tribuna, tenía que haber dejado de ser un niño, y sabemos que estas aves domésticas, gallos o codornices, solían ser regalo de enamorados. Aristófanes, en *Las aves* (707) se refiere a los bellos efebos que «han sido ganados y han cedido a sus amantes por haber recibido quién una codorniz, quién una focha, quién una oca, o quién un gallo». El vuelo del ave bien podía trazar en torno al joven donante la marca de las relaciones amorosas en las que se complacía.

Todas estas alusiones, todos estos perfiles de amantes, aceptados o rechazados, bastan para demostrar que Alcibíades no era más discreto ni moderado en este terreno que en otros. Más adelante veremos cómo pueden explicarse las relaciones entre Sócrates y Alcibíades. Pero ya desde ahora, unidas a todas las anécdotas, verdaderas o falsas, que citamos aquí, bastan para justificar la severidad de ciertos juicios sobre el bello Alcibíades. Jenofonte, en *Los Memorables* (I, 2, 12), le otorga la palma por tres defectos especialmente odiosos para la moral griega: carecía de autodominio *(akratéstatos)*, era dado a los excesos y a las ofensas *(hubristótatos)* y también a la violencia *(biaiótatos)*. El autodominio le hubiera permitido resistirse a las tentaciones de los placeres de la carne, de la popularidad y del lujo; y el *húbris* y la violencia hacían que se mostrara tan insolente siempre que le venía en gana.

El expediente sería abrumador si, al contemplar sus excesos, pudiéramos olvidar la seducción con que Alcibíades los cometía. ¡Cómo era este diablo de hombre! Podía ser ambiguo en asuntos de dinero y, al momento, mostrar una generosidad asombrosa. Podía entregarse a aventuras amorosas de toda especie, ser provocativo y seguir siendo el guapo muchacho al que todos quieren. Y, sobre todo, podía ofender, abofetear e insultar, y hacerse perdonar por su gracia y su desenvoltura. Como dice Plutarco, «incluso algunos de sus defectos encon-

traban una acogida indulgente y favorable». También dice que «no fue odiado por sus conciudadanos, ni cuando les causaba daño», mientras que Coriolano «a pesar de ser admirado, no consiguió hacerse querer».

Toda la reprobación que, indiscutiblemente, Alcibíades se mereció en grado sumo, se suavizaba con una indulgencia que se le otorgó durante mucho tiempo y que también nosotros sentimos hoy, a pesar de condenar sin reservas unos defectos que nadie niega.

Esta particularidad nos invita a detenernos, finalmente, en dos episodios que han llamado la atención desde la antigüedad. En ellos se hacen patentes tanto la simpatía del hombre como sus reprobables costumbres. El primer hecho al que nos referimos es a sus relaciones con Sócrates, en la medida en que las costumbres amatorias de la época influyeron en ellas; el otro nos sitúa ya en su vida de hombre responsable, entregado a la política.

En todas partes se nos presenta a Sócrates como uno de los admiradores de Alcibíades. Plutarco habla de su amor por Alcibíades (*éros*, en varias ocasiones) y menciona a sus rivales. El *Alcibíades mayor* empieza por una declaración de Sócrates, que se dice el primero que lo ha amado *(erastés)* y el único que le permanece fiel. Las primeras palabras del *Protágoras* son para apostrofar a Sócrates: «¿De dónde vienes, Sócrates? Apuesto a que de perseguir al bello Alcibíades.» En el *Gorgias*, Sócrates dirá tener dos amores: Alcibíades, hijo de Clinias, y la filosofía. En todas partes —una muestra: la entrada de Alcibíades en *El Banquete*—, las relaciones entre los dos hombres se presentan a esta luz de asedios y coqueteos matizados de una ternura homosexual confesada abiertamente, quizá, un poco, por juego y también tratada con ironía, quizá, porque es sincera.

No vamos nosotros a intentar definir aquí, después de tantos otros, y sin asomo de prueba, lo que realmente sentía Sócrates. Pero de todos los testimonios se desprende una certeza: cualesquiera que fueran sus senti-

mientos, Sócrates no buscaba la unión corporal sino una relación de orden espiritual. En este ámbito, como en todos los que se evocan en *El Banquete,* su firmeza *(kartería)* era legendaria. Resistía las tentaciones como resistía el frío, la fatiga y el sueño. Más aún, tiene palabras de indignación para toda exigencia sexual respecto de los seres amados.[15] Diversos textos nos lo muestran contraponiendo el amor de los cuerpos al de las almas, la belleza física a la belleza interior. Es fácil la confusión, a causa del vocabulario que se emplea. En ocasiones ha inducido a los críticos a interpretar mal un bellísimo texto de Esquines de Esfeto en el que Sócrates compara lo que él siente por Alcibíades con la experiencia de las bacantes. A muchos les ha faltado tiempo para ver en esto delirio y pasión. Pero, si leemos la frase hasta el final, descubrimos que significa todo lo contrario. ¿Por qué precisamente las bacantes? «Porque las bacantes, cuando están poseídas por el dios, extraen leche y miel de pozos de los que otros no pueden sacar ni agua. Del mismo modo, también yo, pese a no poseer ningún saber con cuya enseñanza poder serle útil, pienso que, frecuentándolo, podría mejorarlo por mi amor.»[16] Extraer leche y miel de un alma que parece poco apta para producirlas: he aquí en qué puede compararse el amor de Sócrates al de las bacantes.

Mas, ¿cómo no iban a engañarse los sabios, si el primero en engañarse fue el propio Alcibíades? Siendo como era tan perspicaz, no cometió la tontería de tomar a Sócrates por un enamorado corriente. Se sentía turbado, asombrado. Comprendía que Sócrates poseía algo que a él le faltaba. Pero pensaba que bastaría con que se entregara a él como hubiera podido entregarse a otro. Por lo menos, esto es lo que Platón le hace explicar, con una plasticidad, una ironía para consigo mismo y un encanto inigualables.

Alcibíades se reúne con Sócrates; ha despedido a los criados; espera las insinuaciones a las que está decidido a ceder: ¡nada! Entonces invita a Sócrates a compartir sus ejercicios sin testigos: ¡nada! «Así pues, lo invito a cenar conmigo, buenamente, como el amante que quie-

re intentar algo con el bien amado.» Sócrates tarda en aceptar y quiere marcharse inmediatamente después de la cena. Alcibíades insiste, le obliga a quedarse... El relato es delicioso y casi cándido. Pero el resultado es que Sócrates y Alcibíades yacen juntos, tapados con la misma manta, sin que medie entre los dos nada más que un noble coloquio acerca de la belleza interior y la belleza exterior. La belleza interior de Sócrates había triunfado.

Incluso es posible que, desde este momento, se trocaran los papeles. Porque, en *El Banquete*, Alcibíades confiesa, con la franqueza que da la embriaguez, lo que siente cuando escucha a Sócrates, «el corazón me palpita con más fuerza que el de los coribantes en su frenesí; sus palabras me hacen derramar lágrimas» (215 e). La emoción ha cambiado de campo y el amor, de naturaleza.

Para confesar esta aventura se necesitaba toda la audacia del bello Alcibíades, por cuanto que revela el recurso a unos procedimientos que su fracaso hacía ridículos. Era una aventura para callársela. Pero Platón supo descubrir la valiente táctica de Alcibíades, que consistía en decirlo todo, ayudado por el vino, burlándose de sí mismo. Sus éxitos dejaban a salvo su fama... y no era hombre que se dejara coartar por el pudor.

Y es una bella historia, porque muestra el descubrimiento de otro significado del amor. Si la hemos citado es porque demuestra lo ajena que era esta revelación al carácter de Alcibíades.

Pero, por lo demás, sin duda ya llegaba tarde para modificar su carácter. Cualquiera que sea la supuesta fecha de su noche con Sócrates, *El Banquete* en el que la refiere se sitúa en el 416. Alcibíades ya estaba volcado en la vida política, en la acción, en la conquista de la gloria.

El segundo episodio, con el que deberíamos terminar, tiene lugar también una vez iniciada con brillantez la carrera de Alcibíades. En él se combinan una gloria deslumbrante con esa falta de escrúpulos de la que tantas pruebas hemos visto.

Cuando una persona quería dar que hablar, llamar la atención del pueblo, destacar, uno de los mejores medios para conseguirlo consistía en obtener victorias en los grandes Juegos. Evidentemente, las pruebas atléticas propiamente dichas estaban reservadas a los especialistas. Pero también el que poseía una cuadra de caballos podía competir en la carrera de cuadrigas, lo cual procuraba una inmensa popularidad, casi tanta como pueda tener hoy el entrenador de fútbol que prepara a un equipo para una de las grandes competiciones; era el medio infalible para conquistar la fama y el fervor de la ciudad sobre la que recayera el honor de la victoria. Con un poco más de fasto en el siglo V a.C. y una nota un poco más popular en el siglo XX, el principio es rigurosamente comparable.

En la familia de los alcmeónidas, a la que pertenecía Alcibíades, era tradición brillar por las victorias en los grandes Juegos. Él quiso continuar la tradición. Y, en el año 416, consiguió una victoria, mejor dicho, varias victorias memorables.

Como dice sobriamente Plutarco, «adquirió gran notoriedad por su cuadra de caballos de carreras y número de carros. Ningún otro, ni particular ni soberano, lanzó siete carros a la vez a la carrera de Olimpia: fue él el único» (11, 1).

Era grandioso. Y no lo fue menos el resultado: Alcibíades se llevó tres premios, entre ellos, el primero y el segundo.

Respecto al otro premio, las crónicas difieren: Tucídides dice que era el cuarto e Isócrates, que el tercero, y la misma indicación se hace en una oda que Plutarco atribuye a Eurípides:[17] bonito ejemplo de la manera en que tienden a simplificarse los relatos por la exageración. En nuestros días, si una persona consigue el primer premio de latín en un concurso y el segundo de griego, toda la prensa le atribuirá los dos primeros premios: lo digo por experiencia.

De todos modos, fue un triunfo. Tucídides, Plutarco e Isócrates hablan de ello y coinciden en calificarlo así. Y las fiestas que siguieron a los Juegos fueron inolvida-

bles. Da el tono la oda que Plutarco atribuye a Eurípides: «A ti te cantaré, hijo de Clinias. Es bello vencer, pero más bello lo que ningún otro griego alcanzó jamás: ganar en la carrera de carros el primero, el segundo y el tercer premios y marchar coronado de olivo dos veces sin haber sufrido percance, proclamado vencedor por el heraldo.»[18] Las distintas ciudades griegas lo colmaron de honores: Éfeso le regaló una tienda magníficamente decorada, Quíos le ofreció alimento para los caballos y víctimas para sus sacrificios, Lesbos, vino y vituallas para su mesa y para las recepciones que daba en Olimpia.

Él mismo dio a este triunfo todo el esplendor que cabe imaginar. Entre las fiestas que ofreció figura una procesión en Olimpia, para la cual fue autorizado a tomar prestados los vasos de oro de la ciudad: según el *Contra Alcibíades*, erróneamente atribuido a Andócides, Alcibíades debía utilizarlos en una fiesta particular; pero se los guardó para la procesión que se celebró al día siguiente, una procesión organizada por él, aparte de la procesión oficial que se hizo después. Resultado: los forasteros creyeron que los vasos pertenecían a Alcibíades, y no faltaron los que quisieron ver en ello el afán de ostentación propio del personaje, «se reían de nosotros, al ver que un hombre solo era más poderoso que toda la ciudad» (29).

La brillantez de estas victorias y sus fiestas permanecería en la memoria de la gente: todos los autores aluden a ellas. Se sabe también que se hicieron pinturas (citadas por Ateneo) y una escultura del siglo III que menciona Plinio. Se ha representado a Alcibíades más de una vez conduciendo una cuadriga. Pero ¿qué decir de la falta de escrúpulos? Que es evidente, y no sólo por el incidente del uso indebido de los vasos prestados. Una vez más, en nuestro hombre se mezclan una desenvoltura desvergonzada con una gesta fabulosa. Y es que en el deporte, como vemos también en nuestros días, las cosas no siempre son muy transparentes en el aspecto económico.

Alcibíades tenía un amigo, Diomedes, un hombre honrado que también deseaba distinguirse en las carre-

ras de carros. Diomedes supo que en Argos había un buen carro perteneciente al Estado que podía ser adquirido, y solicitó a su influyente amigo Alcibíades (influyente, sobre todo, en Argos, y después se verá por qué) que lo comprase «por cuenta suya, de Diomedes». ¡Muy bien! ¿Qué hace Alcibíades? Compra el carro... y se lo apropia. Indignación de Diomedes, demanda, proceso. El discurso *Contra Alcibíades* que ha llegado hasta nosotros y, como ya hemos dicho, se le atribuye a Andócides, habla de un tronco de caballos «sustraído» y de una carrera hecha «con caballos ajenos» (26-27). Ya hemos visto que el discurso de Isócrates sobre Alcibíades se titula «Acerca del tronco de caballos» y trata precisamente de éstos. Ciertamente, el asunto fue largo. El proceso incoado por Diomedes a propósito de este incidente ocurrido el año 416 fue interrumpido por el exilio de Alcibíades y, a pesar de una tentativa hecha por Diomedes en el 408, no se vio hasta el 396, es decir, veinte años después. Entonces figuraba como demandante un tal Tisias, cuyo vínculo con Diomedes[19] se ignora y tuvo que responder el hijo de Alcibíades que acababa de cumplir la mayoría de edad. Las irregularidades asociadas con la obtención de victorias deportivas pueden causar muchos disgustos... El hijo de Alcibíades adujo, por supuesto, que el asunto era perfectamente correcto y que la acusación respondía a una vil intriga.

A pesar de todo, en este momento de gloria, único en todo el siglo V, se proyectaron unas sombras a las que la vida del personaje daba especial consistencia.

* * *

Estas insolencias y escándalos pueden distraer y hasta divertir. Pero, a partir del instante en que el hombre entra en política, adquieren peso y desempeñan un papel, a propósito del cual no han dejado de reflexionar los historiadores, empezando por Tucídides.

Puede ser útil levantar tanto revuelo. El prestigio conduce al poder. Incluso puede repercutir en beneficio de la ciudad. Tucídides pone en boca de Alcibíades un

análisis brillante de esta posibilidad que no podemos pasar por alto.

Nicias ha prevenido a los atenienses contra la ambición desmesurada de Alcibíades quien, explica su detractor, «lo que pretende es deslumbrar por el lujo de su cuadra y encontrar en el desempeño de su cargo el medio de sufragar sus enormes gastos». A lo que Alcibíades responde: «Ante la brillantez excepcional de mi participación en las fiestas olímpicas, los griegos han llegado a hacerse una idea exagerada del poderío de nuestra ciudad, a la que creían aniquilada por la guerra: yo lancé a la arena siete carros —más de los que hubiera lanzado hasta entonces cualquier particular—; yo conseguí la victoria, y el segundo, y el cuarto puestos; yo tomé disposiciones en consonancia con esta victoria. Si bien, según los usos, esto no son sino títulos honoríficos, la gesta es una prueba de poder. Por otra parte, el lustre que me doy en la ciudad como corega puede ser motivo de envidia para mis compatriotas; pero los extranjeros también ven fuerza en todo esto. Y dista mucho de ser inútil la locura del que, a sus expensas, sirve no sólo a sus intereses sino también a los de la ciudad» (VI, 16, 2-3).

Huelga agregar comentarios a este texto vigoroso y contundente. Son argumentos que se han utilizado en todo tiempo y lugar para justificar las grandes obras de prestigio, las fiestas con mucho dispendio y las conmemoraciones espectaculares.

Pero existe una contrapartida. Esta política es cara y da pábulo a la envidia. Y, si intervienen los escándalos, genera desconfianza y hostilidad. La política de Alcibíades hubiera podido ser excelente, hubiera podido tener éxito; pero muy pronto fue socavada por los rencores y la irritación que él mismo había sembrado. Y las causas de su desastre fueron menos sus propuestas que el recuerdo de esta negativa a respetar las reglas, esta libertad de fondo y formas, esta *paranomía*, como dice Tucídides.[20]

Este historiador lo explica en un texto profundo, que da sentido a la larga serie de truhanerías y extravagancias a las que acabamos de pasar revista. Se trata de una

reflexión de carácter general. Tucídides recuerda el mantenimiento de la cuadra de caballos de carreras y los otros gastos que excedían de los medios de Alcibíades y agrega: «No fue esto, justamente, lo que menos contribuiría a la ruina de Atenas. Las masas populares, asustadas tanto por la extrema independencia que observaba en su vida personal como por el alcance de las miras que se manifestaban sucesivamente en cada una de las empresas a las que se entregaba, se convencieron de que aspiraba a la tiranía y se hicieron enemigos suyos; y, a pesar de que hubiera tomado, para la ciudad, las mejores decisiones relativas a la guerra, como no podían soportar su manera de obrar en lo privado, no tardaron en perder la ciudad confiando a otros sus asuntos» (VI, 15, 3-4).

Este texto ha sido muy discutido, puesto que parece fundir en uno solo dos momentos diferentes. Fue escrito a propósito de los acontecimientos del año 416 y de las hostilidades que provocaron el primer exilio de Alcibíades; pero a renglón seguido se refiere al desastre final que sobrevino después del segundo exilio.[21] Este salto en el tiempo, que no vamos a discutir aquí, no deja de ser revelador: demuestra que, en la vida de Alcibíades y en la historia de la guerra, las cosas se repiten. En realidad, toda su participación en la vida pública puede leerse como un diálogo en el que se oponen sus virtudes y sus defectos, tan llamativas las unas como los otros.

Una lección se desprende ya, que aún hoy interesa, porque muestra la temible interacción que se establece entre los escándalos privados y las empresas públicas o, si se prefiere, entre la moral y la política.

Primera pausa

ALCIBÍADES ENTRE DOS FORMAS DE VIDA

Al albur de las anécdotas, los primeros escándalos de Alcibíades nos han llevado hasta un punto muy avanzado de su vida. Pero no revisten gravedad —así lo indica el texto de Tucídedes— hasta el día en que se combinan con la acción política.

¿Hubiera sido posible evitar esta combinación? ¿Podía esperarse que, antes de entrar en política, Alcibíades se hiciera más sensato, que meditara sobre el verdadero fin de la política y que se empapara de las lecciones del hombre al que tanto admiraba y cuyas palabras le hacían vibrar? Aquella escena de la seducción fallida de Sócrates, ¿hubiera podido abrirle los ojos, de haberse producido a tiempo?

Preguntas son éstas puramente teóricas, porque todo el mundo sabe que Alcibíades nunca se dejó arredrar, que su carrera le llevó de la intriga al éxito, del éxito al escándalo, de la traición a la rehabilitación, sin volver a pensar en las lecciones de su maestro. Platón, no obstante —sin duda con el afán de justificar a Sócrates—,[1] nos obliga a detener, por lo menos con el pensamiento, esa corriente que va a arrastrarle y a interrogarnos acerca de aquel momento en que, situado en la encrucijada de dos caminos, el de la filosofía y el del éxito inmediato, Alcibíades no sólo no se planteó la elección sino que no supo ver qué podía elegir.

En la obra de Platón, dos de los diálogos se titulan *Alcibíades*. Para distinguirlos, se les ha llamado primer

Alcibíades o *Alcibíades mayor* y segundo *Alcibíades*, que es un diálogo sobre la oración. Este último no es auténtico, desde luego, y la autenticidad del prímero ha sido puesta en duda, pero me dolería tener que negárselo a Platón. En cualquier caso, expone el problema admirablemente.

Se trata de un dilema similar al que trataba Pródico mostrando a Heracles el cruce de dos caminos, uno de los cuales conducía a la justicia y el otro al placer. Es el dilema que todos los días se propone al hombre que se dispone a entrar en acción. Es cierto que Sócrates sitúa inmediatamente a Alcibíades (joven todavía[2] y extraño a la política) ante esa disyuntiva. Lo que Alcibíades desea es el éxito rápido. En una frase ya citada, Sócrates dice de la ambición de Alcibíades que abarca Atenas, Grecia y más allá (105, a-c).

Ahora bien, para satisfacer tales ambiciones, Alcibíades necesita a Sócrates. Si no, ¿qué sabe él? ¿Dónde ha aprendido lo que es justo? ¿Y cómo meterse en política sin saber lo que es? Sólo el justo es útil. Por lo tanto, hay que poner las miras muy altas: los verdaderos rivales de Alcibíades, los únicos dignos de él, son los reyes de Esparta o de Persia: una rivalidad semejante exige aplicación y un aprendizaje riguroso, en el que se obtiene el conocimiento de uno mismo. Conclusión: «¡En adelante, si has de administrar los asuntos de la República como es debido, lo que tienes que dar a nuestros conciudadanos es integridad!» (134 b). En lo que Alcibíades conviene: «Sin duda alguna» y formula buenos propósitos: «Decidido: a partir de ahora, empezaré a ejercitarme en la justicia» (135 e).

Sócrates expresa dudas, que los hechos justificarán más tarde: cuando se escribió el diálogo, Platón (o un autor posterior, si no creemos en la autenticidad del texto) sabía ya que Alcibíades no se ejercitó en la justicia sino que se lanzó a la política, utilizó todos los medios para servir a sus fines personales y, después de muchos altibajos, terminó vencido y solo.

El autor del *Alcibíades*, evidentemente, señala que las enseñanzas de Sócrates no tuvieron ningún efecto, pues-

to que Alcibíades no las siguió. Señala también que este joven brillante hubiera podido tomar otro rumbo, prestar oídos a su maestro, pararse a reflexionar... Justamente antes de verlo lanzarse a su carrera política, este compás de espera que marca Platón nos ayuda a medir la gravedad del fenómeno. Los desastres de la vida de Alcibíades y los desastres de Atenas, de los que él fue responsable en gran medida, dimanan de la negativa del discípulo a escuchar al maestro y del funesto divorcio entre moral y política.

La misma idea sería objeto de varios diálogos, auténticos o no. El segundo *Alcibíades* nos presenta a un Alcibíades que ignora lo que es el bien, lo cual vicia la oración: no puede ofrecer un sacrificio hasta que se disipe su ignorancia. También aquí Alcibíades promete esperar e instruirse... Pero no lo hace, y ya se sabe que fue condenado a muerte por sacrílego.

Al final del libro volveremos sobre la reflexión que el personaje y la vida de Alcibíades inspiraron a Platón. Pero, después de evocar esta oportunidad que se ofrece al joven ambicioso, este momento en el que se escucha lo que podríamos llamar la tentación del bien, resulta emocionante detenerse en una última imagen, que nos ha sido transmitida por un discípulo de Sócrates muy unido al maestro, llamado Esquines de Esfeto. Nadie puede garantizar su autenticidad, pero nadie puede permanecer indiferente a su valor simbólico. Al igual que en el *Alcibíades* de Platón, Esquines de Esfeto muestra a Sócrates avergonzando a Alcibíades: lo compara a Temístocles y le muestra cuán distinto es del modelo, indigno e ignorante. Entonces, nos cuenta el autor, «Alcibíades tuvo que apoyar la cabeza en las rodillas de Sócrates y llorar».[3] Alcibíades llora de pesar, porque teme no haberse preparado debidamente para la carrera de sus sueños...

Este desaliento, si realmente existió, debió de durar poco. Pero, en el umbral de una carrera política, llena de peripecias y desengaños, apunta el destello de lo que pudo haber sido.

Lo que pudo haber sido no fue. La entrada de Al-

cibíades en política, con su cortejo de escándalos, es la línea divisoria de las aguas: a partir de aquí, la corriente arrastra a Alcibíades hacia su destino, lejos de las lecciones del maestro.

Debemos, pues, despedirnos de Sócrates y de Platón: ahora tienen la palabra los historiadores, el primero, Tucídides. Alcibíades entra en acción.

III

LA ENTRADA EN POLÍTICA: LA ALIANZA CON ARGOS

La primera aparición de Alcibíades en la obra de Tucídides, es decir, en la Historia, se sitúa en el año 420 y en el capítulo 43 del libro V, donde es objeto de una primera presentación, que no posee la concreción ni la seducción de la que hace Platón, pero va directamente al fondo del carácter del personaje.

Por el momento, dejaremos a un lado la ocasión de la intervención para centrarnos en lo que importa.

«Con ellos estaba, entre otros, Alcibíades, hijo de Clinias; su edad lo convertía únicamente en un joven, según criterios de otros lugares, pero el nombre de sus antepasados le daba lustre. Y sin duda era también opinión suya que era conveniente el acercamiento a Argos, pero una ambición ligada al orgullo le dictaba oponerse a ello.» Siguen las explicaciones, precisas y coherentes; pero retendremos sobre todo la palabra ambición, lanzada desde el primer momento, y la existencia de dos series de motivos, unos racionales y otros dictados por el egoísmo. Con el agravante de que estos últimos priman sobre los primeros, que no se manifiestan sino como una especie de concesión, o la comprobación de una feliz coincidencia.

La palabra «ambición» es grave si recordamos el juicio emitido por Tucídides a propósito de Pericles, en el que explica que los sucesores de Pericles, excesivamente iguales entre sí, se dedicaban a halagar al pueblo y a

«practicar intrigas personales, sobre quién sería el jefe del pueblo» (II, 65, 10-11).

Esta yuxtaposición de objetivos, unos beneficiosos para el futuro de Atenas y otros que favorecían intereses egoístas, acompaña, en la obra de Tucídides, todas las intervenciones importantes de Alcibíades: tanto la expedición a Sicilia como la acción en Asia Menor. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre esto. Alcibíades nunca actúa sin que entre en juego su interés personal.

La nota se da, pues, con claridad, y todos los acordes siguientes le hacen eco.

Agregaremos que Plutarco (que, evidentemente, ha leído a Tucídides) suscribe también esta interpretación. Después de mencionar los desórdenes de la vida privada de Alcibíades, señala: «No obstante, fue más bien por su ambición y su sed de gloria por lo que sus corruptores lo lanzaron prematuramente a las grandes empresas, persuadiéndole de que, desde su entrada en la carrera política, no sólo eclipsaría de inmediato a los otros generales y oradores sino que superaría incluso el poder y la fama de los que el propio Pericles gozaba en Grecia» (6, 4).

Desde el momento en que abordamos la política, todos los defectos e insolencias de Alcibíades pasan a segundo plano ante esta ambición que lo llevará a los más brillantes triunfos y a los peores desastres.

* * *

¿Cómo utilizar esta ambición? ¿A qué aplicarla?

Primeramente, tenía que consolidar su posición en Atenas y conquistar el poder. Pero, ¿cómo?

Atenas tenía una democracia directa. Todos los ciudadanos podían hacer uso de la palabra en la Asamblea. Para el que, como Alcibíades, perteneciera a una familia importante, ello era todavía más fácil y normal. Él debió de hacerlo. Sabemos que intervino para ofrecer a la ciudad un donativo de dinero (fue en esta ocasión cuando soltó la codorniz): se le aplaudió y consiguió popularidad. Sabemos también que apoyó el proyecto de

Cleón, que aumentaba el tributo aportado por las ciudades del imperio.

Pero, ¿que podía esperarse de tales intervenciones? Quien quisiera desempeñar un papel influyente debía ejercer un cargo. Ahora bien, no lo olvidemos, en Atenas todas las funciones públicas se sorteaban y además eran colegiadas y no renovables. Jamás una democracia ha hecho tanto para evitar la influencia de los individuos y la constitución de un «personal político» (algo que, al parecer, hoy nos aqueja). Ninguna función ni administración podía proporcionar la menor influencia.

Había una excepción: la más alta magistratura era electiva y renovable, porque comportaba responsabilidades militares. Era la que ejercían los diez estrategos, elegidos a mano alzada para un año. Había también varias funciones financieras, pocas y de escasa relevancia. Los verdaderos jefes de la democracia eran los estrategos: Pericles había dirigido la ciudad siendo estratego y había sido reelegido quince veces. Además, entre los diez estrategos (cuyas atribuciones respectivas diferían ligeramente) existía una prioridad de hecho para uno de ellos. En Tucídides encontramos con frecuencia la fórmula: «siendo Pericles estratego con otros nueve». A veces, no siempre, un personaje célebre o popular conseguía hacer elegir, consigo, a amigos personales.

Lo cierto es que Alcibíades quería ser estratego y no tardaría en serlo, ya que fue elegido aquel mismo año 420.

Ni en las elecciones ni en las intervenciones en la Asamblea se configuraba la actuación en un esquema de partidos, puesto que los partidos no existían. Había, eso sí, amistades políticas y tendencias predominantes. Incluso había, en aquel régimen democrático, opositores secretos que permanecían adictos a la oligarquía y esperaban verla restaurada: años después desempeñarían cierto papel; y se sabía que se agrupaban en sociedades, o «heterías» en torno a personajes importantes. Pero todos los que aspiraban a intervenir en la vida política activa

eran demócratas: la diferencia residía principalmente entre demócratas a ultranza y demócratas moderados. Alcibíades oscilaba entre las dos tendencias. En realidad, la política ateniense se preocupaba poco de programas y principios generales; y Alcibíades —como demostraría su ulterior conducta— se preocupaba menos todavía: él prefería el oportunismo a los principios.

Ahora bien, en este terreno, contaban las rivalidades personales, y así lo dice Tucídides. En aquel entonces, se hablaba mucho de Nicias convertido en el rival natural de Alcibíades. Sus ideas no diferían mucho en política interior; pero adoptaron posturas diametralmente opuestas en la cuestión que en aquel entonces tenía importancia capital, es decir, la política exterior y la guerra.

Atenas y sus aliados estaban en guerra contra Esparta y la liga del Peloponeso desde el 431. La guerra había empezado bajo la jefatura de Pericles y se desarrolló durante los años de juventud de Alcibíades.

La guerra, por otra parte, daba ocasión de distinguirse, y Alcibíades no la dejó escapar. Él mismo relata en *El Banquete*, o Platón le hace relatar, cómo había intervenido con Sócrates en la batalla de Potidea, en Calcídica, al norte del Egeo. Era el año anterior a la guerra; Alcibíades fue herido y salvado por Sócrates. Pidió que se concediera a Sócrates la «insignia del honor»; pero, a instancias del mismo Sócrates, se la otorgaron a él. El joven aristócrata había servido en la batalla como soldado de infantería. Más adelante, en el año 424, interviene en la batalla de Delión como jinete. Todo esto le hacía acumular méritos.

Pero la guerra era más que la ocasión de distinguirse para un joven como Alcibíades; comportaba la adopción de una actitud decisiva en el planteamiento de los asuntos.

Hemos de representarnos el mundo griego de entonces dividido en dos grandes bloques: a un lado, Atenas, con su democracia y su imperio marítimo; al otro, Esparta, con su oligarquía y sus aliados continentales.

La oposición se había desarrollado poco a poco, desde la victoria conjunta de los griegos en las guerras médicas, a principios de siglo. En cincuenta años, Atenas había acrecentado su autoridad, transformando a sus aliados en súbditos y ampliando su flota con el dinero que recibía de ellos en forma de tributo anual. El esplendor de la Atenas de Pericles, su poderío, la construcción de la Acrópolis, todo ello estaba estrechamente ligado a su fuerza naval. Y la guerra del Peloponeso estalló, precisamente, por el temor que suscitaba esta hegemonía.

Así pues, desde hacía diez años, se enfrentaban dos grupos: de un lado, Atenas, que dominaba casi todas las islas en las que se encargaba de que reinara, lo mismo que en la metrópoli, el régimen democrático; al otro lado, Esparta, la ciudad oligárquica, que presidía la liga del Peloponeso y sostenía a las oligarquías; la liga comprendía a todos los pueblos del Peloponeso menos dos: argivos y aqueos tenían alianzas con uno y otro bando.

Desde hacía diez años, se guerreaba por todo el mundo griego; los peloponesios invadían el Ática regularmente y los atenienses, tras dura lucha, habían conquistado una cabeza de puente en Pilos, en el Peloponeso. Ambos grupos habían intervenido contra los respectivos aliados. La guerra civil se había instalado en diversas ciudades: los atenienses apoyaban a los partidarios de la democracia y los lacedemonios, a los de la oligarquía, lo que daba a los conflictos una violencia y una tenacidad monstruosas.

Ello hizo que acabara por nacer, tanto en Atenas como en Esparta, un deseo de paz: el 421 es el año de la paz.

Hay que decir que ambas ciudades tenían razones para querer negociar. Los atenienses habían conseguido hacer prisioneros, en Pilos, a cierto número de espartanos (espartanos puros, a distinguir de la familia más amplia de los «lacedemonios») mientras que los lacedemonios habían logrado la defección de varios aliados de Atenas de la zona de la Calcídica; y Atenas, que ya había tenido que atajar varias deserciones, temía esta ola cre-

ciente de abandonos. Entonces, en una y otra ciudad, entraron en acción los partidarios de la paz: en Atenas fue Nicias, y los historiadores de hoy aún llaman a la paz del año 421 «la paz de Nicias».

La relevancia que adquiría Nicias en el esfuerzo por la paz no podía menos que impulsar a Alcibíades a decantarse por la guerra. De principio a fin de su carrera, Alcibíades se identificará con la ambición y el imperialismo atenienses; para empezar, se opondrá a Esparta; después, y siempre por oposición a Nicias, insistirá en la idea de nuevas conquistas...

Desde el principio pudo explotar la fragilidad y las ambigüedades de la paz. Que existían. Naturalmente, había problemas de restituciones recíprocas que dieron lugar a demoras y protestas diversas; problemas de fecha y orden de restitución. Pero las complicaciones se debían, sobre todo, a que los aliados de Esparta estaban descontentos. Algunos se habían negado a votar la paz. Además, el tratado preveía la posibilidad de modificaciones, si eran aceptadas conjuntamente por Esparta y Atenas: en esta cláusula no se hacía mención de los aliados, y éstos se ofendieron.[1] Ello tuvo dos consecuencias: la primera, que los aliados multiplicaran los retrasos y negativas en las restituciones y, la segunda, que pensaran en reagruparse contra Esparta.

Esto, que en cualquier momento hubiera sido grave, lo era todavía más en el año 421, a causa de Argos.

Hemos visto que Argos no había intervenido en la guerra con la liga del Peloponeso: en el 451, había concertado con Esparta una paz de treinta años que expiraba precisamente ahora, por lo que tenía libertad para aproximarse tanto a Atenas como a Esparta, es decir, desempeñar un papel importante reagrupando en torno a sí a los aliados de Esparta descontentos de los tratados.

Todos los ojos se vuelven, pues, hacia Argos. Desde el momento del acuerdo de paz, los corintios entablan conversaciones con ciertos dirigentes de la ciudad: Argos, les

dicen, ha de «velar por la salvación del Peloponeso». Por ello debe hacer saber «que toda ciudad autónoma y respetuosa de los derechos podía, si lo deseaba, aliarse con los argivos en un convenio defensivo»; y debía designar a magistrados habilitados para negociar con estas ciudades. Los corintios esperaban que se aliasen muchos, por hostilidad a Esparta.[2]

¿Qué debía hacer Atenas? Según Nicias, optar por la paz y llegar a un acuerdo con Esparta. Él había dado el ejemplo ordenando la devolución a Esparta de los relevantes prisioneros que tanto deseaba recuperar. Ello le había valido el descontento de muchos atenienses.[3] Alcibíades adoptó la tesitura contraria. Desde el principio declaró que Esparta «no era de fiar»: quería aprovecharse del tratado para acabar con Argos y después volverse contra Atenas. De inmediato, una vez trazada su línea de acción, Alcibíades jugó con decisión la carta de la alianza con Argos.

La alianza argiva era una gran idea, y tenía ilustres precedentes. A principios del siglo, Temístocles, víctima del ostracismo se refugió en Argos. Quizá por influencia suya, Argos, conjuntamente con Mantinea, adoptó la democracia. Un poco después, cuando fracasó la política de amistad con Esparta, Atenas recurrió a la alianza argiva. Argos era el aliado que podía oponer resistencia a Esparta en pleno Peloponeso.

Pero recurrir a Argos implicaba una elección irrevocable. Mientras que Pericles había fomentado con energía la superioridad del poderío marítimo, mientras que, desde las guerras médicas y desde Temístocles, la tradición ateniense había sido la de «vincularse al mar» (ἀντέχεσθαι τῆς θαλάσσης, Tucídides, I, 93, 4), Alcibíades, en sus intentos por asentar el pie y afianzarse en el Peloponeso, propugnaba la política de «vincularse a la tierra» (ἀντέχεσθαι τῆς γῆς, Plutarco, 15). Era la ruptura con la tradición, una novedad, una audacia.

Plutarco agrega, incluso, que Alcibíades apoyaba este programa en el juramento de los efebos, que reconoce

como fronteras del Ática los trigales y cultivos, como si toda la tierra cultivada les perteneciera. ¡Argumento atractivo pero falaz! Hace varias décadas fue hallado, grabado en piedra, el texto del juramento de los efebos, y no dice tal cosa.[4] ¿Error de transmisión? ¿Mala interpretación deliberada de Alcibíades, deseoso de dar una base a su política? Quién sabe. Una cosa es cierta: la alianza argiva, al renunciar a la oposición entre poderío marítimo y continental, representaba una actitud original que exigía un esfuerzo de propaganda considerable.

Alcibíades no perdió el tiempo.

Los primeros movimientos de descontento entre los aliados de Esparta habían acercado rápidamente a Argos las ciudades de Mantinea y Élida. Aquí había habido dificultades entre Atenas y Esparta a propósito de las restituciones: ésta fue la ocasión.

Y, en efecto, es ahora cuando Tucídides nombra a Alcibíades por primera vez y lo presenta en el texto que citamos al principio de este capítulo. Y no sin razón, pues es ahora cuando toma iniciativas.

Alcibíades, que tiene amigos en diversas ciudades, especialmente en Argos, les envía un mensaje privado invitando a las gentes de Argos, de Mantinea y de Élida a presentarse en Atenas lo antes posible, para ofrecer su alianza: «El momento, dicen ellos, era oportuno, y él mismo serviría a su causa con todas sus fuerzas.» Y... él los convence.

Las gentes de Argos, convencidas por Alcibíades, se decantan del lado ateniense, diciéndose que «así, una ciudad amiga de mucho tiempo que vivía como ellos en democracia y poseía un poderío marítimo considerable, estaría a su lado en caso de hostilidades» (44, 1). Envían delegados: el asunto marcha.

La entrada de Alcibíades en la política está marcada, pues, por la audacia y la decisión. Parece que ha de ser un éxito. Y hay que observar que ha actuado por iniciativa propia, a través de sus amistades y de forma particular: Tucídides es categórico.

En lo sucesivo le veremos utilizar métodos más dis-

cutibles todavía, tanto que aún hoy desorientan a los historiadores.

* * *

Desde luego, el episodio es insólito. Tucídides hace un relato detallado pero desconcertante; y se adivinan unas intrigas tan sutiles que resulta difícil distinguir entre realidad y fantasía.

Así pues, Argos envió a sus delegados. Pero, al mismo tiempo, llega una embajada de Esparta, cuyos componentes habían sido elegidos entre los amigos de Atenas; se les envía apresuradamente, con una doble misión: impedir el acercamiento entre Argos y Atenas y solventar del mejor modo posible ciertos problemas de restitución importantes para Atenas. Son recibidos por el Consejo y declaran tener plenos poderes para zanjar las restituciones. Alcibíades, nos dice Tucídides, se asusta e idea una estratagema. ¡Y no es una trivialidad! «Se compromete con los lacedemonios, a cambio de que ellos no confirmen ante el pueblo que poseen plenos poderes, a devolverles Pilos (interviniendo personalmente para convencer a los atenienses, del mismo modo en que lo hace ahora en sentido contrario) y a liquidar todo el resto.»[5]

¡Extraño consejo! Con una docilidad más extraña todavía, los lacedemonios acceden. Se contradicen ante el pueblo, con lo que se desacreditan. El pueblo pierde la paciencia; y, mientras Alcibíades ataca violentamente a Esparta, la Asamblea se muestra dispuesta a concertar la alianza con Argos.

Mala suerte: se produce un terremoto. Hay que señalar que los atenienses, incluso en el siglo de las luces, seguían respetando estas señales divinas (a veces, se llegaba a invocar un terremoto dudoso para suspender una Asamblea), y la Asamblea se aplaza hasta el día siguiente.

Para entonces, Nicias volvía a dominar la situación. Hizo decidir el envío de embajadores a Esparta (entre los que figuraba él) para conseguir que los lacedemo-

nios concretaran sus intenciones, habida cuenta de que Atenas no se había aliado (o no se había aliado todavía) con Argos.

Era un último recurso, y fracasó. Nicias obtuvo ciertas satisfacciones de poca importancia que no afectaban a lo esencial. Resultado: el pueblo ateniense, furioso, concertó sin tardanza dos tratados de paz y alianza con Argos y sus aliadas Élida y Mantinea. Corinto no se adhirió. Pero era un buen triunfo para Alcibíades. Un triunfo personal. A la primavera siguiente, era estratego y enviaba una expedición militar al Peloponeso, instrumentaba la alianza y mandaba construir fortificaciones dondequiera que podía.

Éstos son los hechos que narra Tucídides. De todos modos, hay que reconocer que no dejan de suscitar cierta desconfianza, y algunos buenos historiadores se han preguntado si Tucídides no habrá cargado un poco las tintas, describiendo la acción de Alcibíades con una severidad precipitada. Se ha aducido también la circunstancia de que el libro V esté inconcluso.

Algunos han dicho: ¡Qué curioso! Alcibíades da a los lacedemonios un consejo absurdo, ¡y ellos lo aceptan, aun a sabiendas de que se desacreditan a sí mismos al decir un día blanco y al otro, negro! ¿Qué ventajas podían esperar? Además, también saben que Alcibíades no es partidario suyo, que nunca ha apoyado la paz ni la alianza con ellos. ¿Cómo no desconfían? Pues bien, no sólo no desconfían sino que, después de haber sido engañados, no parecen guardar ni el menor rencor a Alcibíades. Cuando, algún tiempo después, él tenga que huir de Atenas, se refugiará en Esparta. Más aún, será acogido por un tal Endios, con el que le unen estrechos lazos de hospitalidad heredados por ambas familias;[6] este Endios era precisamente uno de los embajadores a los que él había engañado con su estratagema para conseguir la alianza con Argos. ¿Cómo iba a perdonarle este hombre un engaño tan vil? No; la historia no es verosímil.

Así pues, se ha tratado de corregir a Tucídides.[7] Se ha

apuntado que los lacedemonios, efectivamente, no tenían plenos poderes (puesto que tampoco Nicias obtuvo satisfacción) y que Alcibíades sólo les obligó a reconocerlo públicamente. Y se ha admitido que, en este caso, Tucídides había adoptado una versión de los hechos hostil a Alcibíades y poco coherente.

Lo malo es que ni esta injusticia ni esta hostilidad de Tucídides para con Alcibíades tienen continuación en otros pasajes de su obra —como tampoco la tiene esta ligereza—; y, si hacemos una reconstrucción rigurosa de la creación de la obra, la evolución de sus sentimientos hacia el personaje no parece ser la que cabría esperar.

Cierto, el libro V no es uno de los mejores de Tucídides, antes al contrario: son años confusos en los que la guerra se interrumpe y el relato es más fluido que en otras épocas. También hay intrigas, y la negativa del historiador a ocuparse de la política interior constituye un grave inconveniente. Todo esto es verdad. Pero, si bien estas razones pueden justificar defectos de forma o ambigüedades, no nos autorizan a rechazar su versión de los hechos por simple coherencia psicológica. Al contrario, el mismo asombro que suscita el relato bien podría ser revelador de la especial idiosincrasia de Alcibíades.

Examinemos detenidamente cuáles son esas incoherencias en nombre de las cuales se pretende, parcialmente al menos, enmendar la plana de los historiadores. Se dice que es inverosímil que los lacedemonios se dejaran convencer por Alcibíades y cambiaran sus declaraciones; y se dice también que es inverosímil que perdonaran a Alcibíades que los engañara. Pero ¿estamos seguros de que se debe juzgar a Alcibíades según el patrón corriente?

Con lo persuasivo, seductor, brillante, embaucador y audaz que era Alcibíades, ¿cómo pretender que no pudiera dar gato por liebre a los lacedemonios? ¿Cómo pretender que, incluso después del fracaso, no pudiera echar la culpa a las circunstancias y decir que su consejo era bueno, que había cometido tal o cual torpeza o había tenido mala suerte, pero que había hecho cuanto estaba en sus manos? Los lacedemonios ansiaban la restitución de Pilos, ciudad que Atenas seguía ocupando y

desde donde durante años continuaría fomentando rebeliones contra Esparta. Cuando se desea algo apasionadamente, uno puede seguir un consejo arriesgado y dejarse engañar. Alcibíades pudo decirles, como apunta Plutarco, en 14, 8-10 (y como se ha admitido en general), que la Asamblea se mostraría mucho más exigente y vehemente que el Consejo si los lacedemonios reconocían tener plenos poderes. También pudo decirles que, si se zanjaban inmediatamente las otras diferencias, la restitución de Pilos podía quedar comprometida. Pudo esgrimir muchos argumentos. Al fin y al cabo, estamos en Atenas, donde en todo momento se practica con maestría el arte de la persuasión, y donde cierto adversario de Pericles se lamentaba de que, si alguna vez había vencido a éste en el combate, Pericles había sabido convencer a los atenienses de que el vencedor había sido él. Y Alcibíades tenía menos escrúpulos y más audacia que su ilustre tutor...

En el campo de la crítica de textos históricos o literarios, ocurre con frecuencia que una reprobación injustificada llama la atención sobre un rasgo original que, a fin de cuentas, resulta revelador. Lo mismo puede ocurrir en la crítica histórica que no se apoya más que en la verosimilitud: llama la atención sobre aquello que el relato tiene de inverosímil, pero cierto, lo que tiene de extraordinario, de único. Y es posible que Tucídides, que no gusta de entrar en el detalle de la anécdota y el hecho particular, se haya permitido aquí este pequeño cuento un tanto elaborado para hacer creer, desde el principio, que Alcibíades disponía de medios asombrosos para engañar a los suyos con tanto éxito. ¿Inverosímil? ¡Pues sí! Y es que Alcibíades no se parecía a nadie.

Además, sus lazos con Endios eran muy estrechos: recordemos que el padre de Endios se llamaba Alcibíades. Ni siquiera es necesario suponer, como alguien ha supuesto,[8] que existiera una especie de entendimiento secreto entre los dos hombres: esta clase de lazos bien podían considerarse como la más segura de las garantías. Sí, Endios podía confiar en el joven Alcibíades: para convencerlo debieron de influir tanto las relaciones

familiares como las reconocidas dotes de persuasión del ateniense.

No hay qué decir, pues: este relato es inverosímil y, por lo tanto, lo descartamos; sino: este relato es insólito y demuestra de lo que era capaz Alcibíades.

¡Y qué revelador, al mismo tiempo! En la primera acción pública de nuestro personaje, nos conduce al corazón mismo de las intrigas y maniobras, donde impera el doble juego: Alcibíades entra en la política con un éxito arrollador, pero apoyado en una falta de escrúpulos que será hasta el fin su marca distintiva.

La marcha de los acontecimientos confirmó, en un principio, el éxito de Alcibíades, pero no tardó en revelar su precariedad.

En un principio, la alianza con Argos tuvo el inconveniente de mezclar a Atenas en los conflictos internos del Peloponeso. Argos tenía diferencias con Epidauro (a la que Alcibíades quizá pensaba agregar al grupo recién formado): había movimientos de tropas, expediciones y campañas diplomáticas; y Atenas se vio envuelta en lucha contra Esparta sin resultado positivo alguno. Y, a medida que se prolongaban los conflictos, se vio que la situación no era muy estable, ni en Atenas ni en Argos.

En Atenas cundía el descontento al ver que en el Peloponeso la situación se estancaba y deterioraba: el año 418, Alcibíades no es reelegido estratego (y Nicias, sí). Aunque no se le aparta del todo: Tucídides nos lo presenta actuando de embajador (61, 2), pero lo cierto es que su popularidad decae. Y aquí se ve lo nefastos que resultan estos cambios de orientación. Toda política necesita coherencia y buena voluntad. Nicias no estaba dispuesto a entusiasmarse por ayudar a unos aliados que él no había deseado asociar a la suerte de Atenas, contra un pueblo con el que deseaba mantener buenas relaciones. En estas campañas encontramos unos efectivos atenienses poco numerosos y poco rápidos: para terminar, en la batalla de Mantinea, que fue la única gran batalla de aquellos años, los atenienses no tenían más

que mil hoplitas y trescientos jinetes, y sin embargo Tucídides dice que «allí se encontraba la más granada concentración de tropas griegas que se había reunido hasta entonces» (60, 3): Atenas debió de comprenderlo así, ya que, después de la batalla, un nuevo contingente de mil hombres se unió a las fuerzas ya concentradas (75, 5). La pugna entre Nicias y Alcibíades y las vacilaciones de Atenas que seguía ora a uno ora a otro, eran, pues, causa de debilidad. Y acaso se pagaba también el precio de una alianza precaria, concertada entre maniobras y malos entendidos.

Pero lo peor era que en Argos la situación no era ni más estable ni más segura. También allí había titubeos y disensiones. Con ocasión de un primer ataque de Esparta, dos argivos (uno de ellos, proxeno de Esparta) intervienen a título privado cerca del rey Agis, que mandaba el ejército lacedemonio, para convencerlo de que se retirase. Su iniciativa es nefasta para ellos. Pero la tendencia persiste, y pronto Argos parece dispuesta a ceder. Cuando llegan los refuerzos atenienses que acabamos de mencionar, los argivos les niegan el acceso a la ciudad, temerosos de una ruptura con Esparta. Después, una vez que la batalla de Mantinea se decanta a favor de Esparta, los argivos amigos de esta ciudad levantan la cabeza y se disponen a actuar. Tucídides cuenta que «en principio, querían concertar un tratado de paz con Esparta, después, una alianza y, finalmente, una vez hecho esto, atacar a la democracia» (76, 2); Esparta les hace llegar propuestas de «conciliación». Se entablan conversaciones (en las que toma parte Alcibíades «que justamente también estaba allí»). Pero la situación da un vuelco y los amigos de Esparta se imponen. Argos abandona su alianza con Élida y Mantinea; abandona la alianza con Atenas; concierta la paz y una alianza con Esparta, con la que ahora está en perfecta armonía, y de un golpe, derroca la democracia e instaura una oligarquía favorable a los intereses de Esparta.

Esto nos muestra lo inestable de la situación y lo inseguro del éxito.

¿Es, pues, un fracaso? No lo creo así. Y, por lo que

atañe a la vida de Alcibíades, conviene precisarlo. En realidad, la democracia se restableció en Argos rápidamente y, a finales del verano de 417, se concluyó un nuevo tratado entre Atenas y Argos. Hubo diversos movimientos de uno y otro lado, incluida una pequeña expedición naval de Atenas a Argos que provocó la deportación de cierto número de oligarcas. En definitiva, las aguas volvieron a su cauce, y Argos permanecería fiel a Atenas hasta el fin. Argos aportó contingentes a la expedición ateniense a Sicilia, lo mismo que Mantinea;[9] y su presencia contribuyó al prestigio de Alcibíades; sus enemigos no se atrevían a atacarlo, dice Tucídides, porque pensaban que tenía al pueblo de su parte «porque, gracias a él, se habían sumado a la expedición los argivos y algunos mantineos».[10] Más adelante, cuando él se encontraba a la cabeza de las fuerzas atenienses instaladas en Samos, donde mantenían un régimen democrático, delegados argivos acudieron a ofrecer su ayuda a esta democracia. Salvo algún que otro alboroto,[11] la alianza y la democracia argivas subsistieron.

Pero este éxito, aunque notable, no era lo que esperaba Alcibíades. La alianza con Argos no sería el desencadenante de una acción contra Esparta en el Peloponeso. Y, en el período en que alentaban estos afanes, se reveló frágil, inestable y poco eficaz.

El responsable de esta ineficacia no era Alcibíades. Las divisiones en Atenas y en Argos restaban coherencia y eficacia a la acción política. Y aquí se demuestra que en un Estado las disensiones internas entorpecen la gestión de su política exterior. En la Europa contemporánea abundan los ejemplos.

En todo caso, este gran proyecto y estos sobresaltos iluminan dos hechos de la historia literaria y de la historia política de entonces: el primero se refiere a la historia de Tucídides y el segundo, a los acontecimientos que siguieron en Atenas y acarrearon una aplicación del ostracismo.

* * *

Aún hoy hablamos de la «guerra del Peloponeso»; con este término, al igual que Tucídides que la contó, entendemos la guerra que enfrentó a Atenas y sus aliados de un lado con Esparta y los suyos del otro, entre los años 432 y 404, guerra que terminó con la total derrota de Atenas, que perdió su imperio, fue ocupada y vio sus fortificaciones arrasadas. Pero en el 421 hubo una paz, la famosa «paz de Nicias» a la que acabamos de referirnos. Muchos hablaron, pues, de una primera guerra, que se ha llamado la «guerra de Arquidamo» o «guerra de los diez años» (431-421). Si hacemos esta distinción, hemos de considerar por separado la expedición de los atenienses a Sicilia y, posteriormente, una nueva guerra entre Esparta y Atenas. La originalidad de Tucídides reside en haber percibido que, en realidad, se trataba de una sola guerra y que los años que siguieron a la paz de Nicias —años de fricciones, choques y disputas— no fueron sino un paréntesis. Así lo explica el historiador en su «segundo prólogo» al libro V, 25 y 26: «El que se resiste a incluir en la guerra el período de tregua que se sitúa en el ínterin cometerá un error de apreciación. No hay más que observar en la práctica sus rasgos distintivos para darse cuenta de que no es legítimo ver aquí un período de paz: en realidad, las dos ciudades no procedieron ni a todas las restituciones ni a todas las recuperaciones convenidas. Además, tanto la una como la otra incurrieron en falta...» (26, 2). El análisis prosigue, firme, lúcido, original. Y, desde entonces, todo el mundo ha admitido su tesis: la paz de Nicias no fue una verdadera paz. De haber sido más corto el intervalo, algunos incluso hubieran podido pensar en agrupar, por la misma razón, las guerras de 1914 y 1940. Lo cierto es que el análisis de Tucídides, que prescinde de los siete años de interrupción, denota originalidad y perspicacia.

El cuadro que acabamos de pintar de las vicisitudes y vuelcos de la alianza con Argos ilustra el carácter artificial e inestable de la paz que reinaba entonces. Y, con esta perspectiva, se comprenden mejor tanto las esperanzas que engendraba la alianza como su precariedad.

Tucídides no dice que la paz hubiera sido posible si se hubiera dado carta blanca a Nicias y más solidez a una alianza sincera con Esparta; tampoco afirma que la paz hubiera estado más segura si Atenas hubiera dejado hacer a Alcibíades y conquistado en el Peloponeso bases capaces de inspirar respeto a Esparta. Tucídides no es hombre de hipótesis gratuitas ni reconstrucciones caprichosas. Pero lo cierto es que las divisiones y las indecisiones fueron nefastas. Así lo da a entender Tucídides. Y los atenienses de la época tampoco se equivocaban. De ahí el caso del ostracismo.

El ostracismo es un uso específicamente ateniense. Consiste en exiliar a un político durante diez años; pero este exilio no tiene nada de infamante ni es un castigo. Clístenes, el fundador de la democracia, instauró esta medida, según la tradición, para apartar a los amigos de los tiranos; en realidad, su uso es posterior; pero el objetivo, efectivamente, es el de apartar al que entorpece o contraría la política ateniense, porque adquiere excesiva relevancia o porque hay conflicto entre dos jefes o dos políticas. A este respecto, en ocasiones, incluso en nuestros días, no falta quien valore la prudencia de una institución aparentemente brutal y arbitraria y que, por lo demás, no debía durar. En la práctica, el pueblo votaba anualmente a mano alzada si había lugar a proceder a un ostracismo; si la respuesta era afirmativa, otra votación (para la que era necesario un quórum importante) decidía contra quién. Hombres preclaros de Atenas, como Temístocles o Arístides, fueron objeto de ostracismo. Dos antepasados ilustres de Alcibíades lo fueron también.

Ahora bien, hay que reconocer que la situación, tal como acabamos de describirla, con sus fluctuaciones y sus intrigas entre Nicias y Alcibíades planteaba una ocasión típica para la aplicación del ostracismo. Se apartaba a uno, y el otro quedaba con las manos libres. Al parecer,[12] en la primavera del año 417, un tal Hipérbolo consiguió que se aceptara la propuesta de proceder a un

ostracismo. La votación acerca de la persona debía tener lugar en marzo.

Este Hipérbolo era un demócrata. Tucídides habla de él despectivamente y lo tacha de hombre despreciable y vil (VIII, 73, 3); los cómicos no son más benévolos. En *Los caballeros,* Aristófanes lo llama «mal ciudadano, Hipérbolo-vino aguado».[13] Se observa aquí una severidad a un tiempo moral y social, algo parecido a lo que ocurre con Cleón. Y es que Hipérbolo era un simple comerciante de lámparas.

La cuestión que se planteaba era: ¿quién sería alejado, Nicias o Alcibíades? Pero el episodio tuvo un final sorprendente y de una ironía sublime.

Alcibíades no tenía muchos argumentos para movilizar Atenas contra Nicias. Al parecer, en un principio, el personaje contra el cual dirigía su campaña era otro, un tal Feaces, miembro de la aristocracia que había desempeñado cierto papel político y al que, al parecer, se involucró en diversos procesos políticos. Varios testimonios dicen que se le asoció también a esta campaña de ostracismo.[14] Pero no sabemos nada en concreto. ¿Había sido apoyado en un principio por Alcibíades? ¿Era, por el contrario, el testaferro de Nicias? ¡Misterio! Poseemos, eso sí, un discurso, transmitido en las obras del orador Andócides y titulado *Contra Alcibíades* que habla de un ostracismo. Pero es evidente que se trata de un discurso ficticio que no pudo haber sido escrito ni en esta época ni por Andócides. Aparentemente es un ejercicio literario en el que se hace hablar a Feaces. Ahora bien, el ataque es bastante violento y se refiere tanto a la vida privada de Alcibíades como a su vida pública. Durante algún tiempo quizá Alcibíades quiso atacar a este personaje. Pero no era ni lo bastante conocido ni lo bastante peligroso; y entonces se le ocurrió otra maniobra.

¿Cómo dudar del talento diplomático del bello Alcibíades? ¡Llegó a un entendimiento con Nicias! Si hemos de creer lo que dice Plutarco en su *Vida de Alcibíades*, 13, la idea partió de él: «Cuando ya parecía seguro que el ostracismo afectaría a uno de los tres oradores, Alcibíades reunió a las diferentes partes y, después de po-

nerse de acuerdo con Nicias...»[15] ¿Qué hizo? Pues convencer a Nicias; cada uno de ellos se puso al habla con sus amigos y, llegado el día de la votación, la víctima no fue otra que... Hipérbolo, el autor de la moción a favor de un ostracismo, que fue expulsado por más de seis mil votos.

Hipérbolo ya no volvería a Atenas: reaparece en la historia de Tucídides cuando los adversarios de la democracia lo asesinan en Samos.[16]

El ostracismo de Hipérbolo es una de las grandes sorpresas de las votaciones populares. Es también una nueva prueba de la extraordinaria habilidad de Alcibíades. Pero los dos personajes principales permanecen cara a cara, y pronto los veremos enfrentarse en el que fue el episodio más importante de la historia ateniense de la época: la expedición a Sicilia.

IV

EL GRAN PROYECTO

En la primavera del año 417, Alcibíades había esquivado el peligro del ostracismo con una hábil maniobra. Ahora empieza para él un período especialmente fausto y glorioso. Es el de la gran empresa a la que arrastrará a Atenas.

Todo marchaba bien para él.

La política seguida con Argos, tras muchos contratiempos, parecía que por fin iba a dar fruto: un nuevo acuerdo entre Argos y Atenas[1] se concluirá en la primavera siguiente.[2]

Por otra parte, en este mismo año de 416, Atenas se apodera de la pequeña isla de Milo, situada muy cerca del Peloponeso; y, si bien carecemos de datos concretos acerca del papel que pudiera desempeñar Alcibíades en este asunto, este gesto de audacia apunta indirectamente a Esparta, cuyos habitantes eran antiguos colonos de la isla y, por lo tanto, tenía que complacerle. Es también la primera manifestación de un imperialismo que él desarrollaría muy pronto.

El principio en sí de una expedición contra Milo se justifica mal. Sus habitantes, explica Tucídides, «no querían obedecer a Atenas como los otros isleños; en un principio, se mantuvieron neutrales, tranquilamente»; pero esto no bastaba a los atenienses, que atacaron la isla con treinta y ocho naves.[3]

Tucídides pone énfasis en este episodio. En su relato, introduce un diálogo entre representantes de Atenas y

de Milo, en el que los primeros explican a éstos que les conviene ceder inmediatamente, ya que nadie acudirá en su ayuda, ni los espartanos ni los dioses que, les dicen, reconocen la ley del más fuerte: «Una ley natural hace que, siempre, el más fuerte, mande» (105). Y, como los melinos se asombren de que no se les permita ser neutrales, los atenienses responden que ello no es posible: «Vuestra hostilidad nos causa menos daño que vuestra amistad: ésta, a los ojos de los pueblos del imperio, parecería una prueba de debilidad y vuestro odio, una prueba de fuerza» (95). El diálogo prosigue a lo largo de varias páginas, en réplicas vivas, densas, abstractas: nunca el derecho del más fuerte, en el que se fundará a partir de ahora el imperialismo ateniense, será enunciado ni denunciado con más vehemencia.

No podemos menos que pensar que no es casualidad que este análisis se formule a modo de preludio, inmediatamente antes de la gran empresa del imperialismo ateniense que será la expedición a Sicilia.

Lo que es más, a la gratuidad de la empresa se sumó la dureza de la represión. La isla fue conquistada. Todos los hombres en edad de portar armas fueron ejecutados. Las mujeres y los niños fueron reducidos a la esclavitud. Y en el país se establecieron los propios atenienses.

Esta severa decisión tenía sus precedentes: análogas medidas de represión se habían impuesto en Torona (V, 3, 4) y, muy especialmente, en Esquiro (V, 32, 1). Otro tanto se había pensado hacer en Mitilene, pero se desistió. El imperialismo se recrudecía sin duda a causa de la irritación que suscitaban las sublevaciones. Pero Milo no era una ciudad sublevada.

Ahora bien, aquí se asocia a Alcibíades a los hechos.

No a la empresa propiamente dicha. Nada sabemos del papel que pudiera desempeñar en ella. Y Tucídides, que opta por juzgar el episodio como característico del imperialismo ateniense en general, no lo nombra. Pero, por lo que atañe a la represión, otros se han encargado de nombrarlo.

El discurso falsamente atribuido a Andócides declara, con un alarde de elocuencia, que él había «propues-

to reducir a la esclavitud a la población» (21); y Plutarco afirma que «habló a favor del decreto contra los melinos» (16, 6); este autor dice, incluso, que fue el «principal responsable» de la matanza de los melinos. Ya hemos dicho que Alcibíades tomó por esclava a una mujer de Milo, con la que tuvo un hijo.[4]

Si bien no está demostrado que él influyera en la decisión de la expedición, sí que pudo animar al brutal expolio de la isla. Y sin duda debía de felicitarse de esta política osada que confirmaba el poderío de Atenas y la apatía de Esparta.

¡Y no era eso todo! Porque mayores razones tenía para felicitarse de sus éxitos particulares. Este mismo año de 416 es casi con toda seguridad el de sus grandes victorias olímpicas, que tanto revuelo levantaron en toda Grecia.[5] Y sin duda su recuerdo estaba todavía muy fresco en el verano de 415 cuando Tucídides nos presenta a Nicias despotricando contra estos éxitos y la arrogancia que entrañaban: «Lo que pretende es deslumbrar por el lujo de su cuadra...»

A finales de 416, Alcibíades tiene razones para sentirse contento de la vida y lleno de confianza en el porvenir.

¿Demasiado contento quizá? ¿Demasiado confiado?

En cualquier caso, es ahora cuando surge su gran proyecto, y él se entrega sin reservas a la empresa que consiste en que Atenas se lance a la conquista de Sicilia.

* * *

La idea nos parece casi disparatada. ¿Cómo podía la pequeña ciudad de Atenas, con los medios de la época, pretender someter a una isla tan grande y tan lejana? El que se contemplara tan sólo una idea semejante nos revela cuál era entonces el poderío naval de Atenas y su autoridad en el mundo griego.

La atención que Atenas prestaba a la gran isla no era nueva. Hay que recordar que a la sazón Sicilia estaba ocupada por numerosas colonias griegas, llegadas de distintas ciudades y pertenecientes a familias étnicas di-

ferentes, que por cierto se peleaban entre sí con frecuencia. Y una ciudad como Atenas, reina de los mares, no podía permanecer indiferente a aquellas disputas, habida cuenta de que la isla era la mayor productora de trigo del mundo griego. Si bien el imperialismo ateniense no obedecía sobre todo a necesidades económicas, éstas también tenían su peso en un caso semejante.

Ya a principios del siglo v, Temístocles, el iniciador de la política de expansión marítima de Atenas, había vuelto la mirada hacia Sicilia. No para conquistarla, desde luego, sino para informarse y entablar relaciones. Una vez más, Temístocles pudo servir de inspiración y modelo a Alcibíades. Dos de sus hijas llevaban los elocuentes nombres de Síbaris e Italia. Al parecer, luchó contra el tirano de Siracusa y, cuando tuvo que abandonar Atenas, pensó en ir a refugiarse en Sicilia. Más adelante, también Pericles se interesó por Sicilia, con la que concertó alianzas, para no mencionar la fundación, promovida por él, de una gran colonia panhelénica en Turios, al sur de Italia.

Este interés no se extinguió a la muerte de Pericles, todo lo contrario. Atenas tenía aliados en Sicilia, como Segesta (o Egesta, cerca de Palermo) y Leontini (entre Catania y Siracusa). Estos aliados la llamaron, dándole un pretexto para intervenir. Además, Atenas desconfiaba de Siracusa, la gran ciudad del este de Sicilia, fundada por corintios. Al mismo tiempo que Atenas derrotaba a los persas en Salamina, Gelón, tirano de Siracusa, obtenía la gran victoria de Himera a expensas de los cartagineses. Los tiranos de esta ciudad habían mantenido una corte brillante en la que habían recibido, entre otros, a Píndaro y Esquilo. Himera ya no tenía tiranos, pero conservaba su poderío, y Atenas recelaba de su ambición.

Ni siquiera durante la guerra Atenas se había desentendido de Sicilia. Y la primera expedición que envió patentiza de modo elocuente lo que debía de ser, en 415, la ambición ateniense, sus posibilidades y sus riesgos.

Esta primera expedición se sitúa en el año 427.[6] Los atenienses enviaron a Sicilia veinte naves. Los habían

llamado los habitantes de Leontini que eran jonios y estaban en conflicto con Siracusa. Pero Tucídides puntualiza: «En realidad, los atenienses enviaron [estas naves] so pretexto de parentesco, pero en realidad porque querían que el Peloponeso no recibiera trigo de allá y para hacer un ensayo preliminar, a fin de ver si les era posible hacerse los dueños de la situación en Sicilia.»

El mecanismo es simple, y resulta fácil comprender cómo se combinan la ocasión, que brindan las luchas locales, y la ambición, siempre presente en el corazón de los atenienses.

Pero también se aprecian fácilmente los riesgos inherentes en esta clase de empresas.

La primera expedición empieza bastante bien. Los atenienses se instalan en Rhegium, frente a Sicilia, y realizan operaciones locales, aliándose con Mesina (III, 90)[7] y apartando de Siracusa a los sikeles o sicilianos, que eran los pueblos no griegos (III, 103). A finales del invierno siguiente, los atenienses, a petición de sus aliados, deciden incluso el envío de cuarenta naves de refuerzo. Estas naves quedaron retenidas en otro lugar, y Siracusa se aprovechó de ello para reanudar la ofensiva (IV, 24). Se hicieron varias tentativas en el estrecho de Mesina y un poco más al Norte, hacia Naxos. Pero no ocurrió nada decisivo hasta el verano del año 424, en que esta primera tentativa ateniense terminó de un modo muy interesante. Tucídides le dedica mucha atención y todo un discurso. Siracusa no había descuidado la diplomacia. Muy pronto todas las ciudades sicilianas que guerreaban entre sí celebraron un gran congreso en Gela, al sur de la isla, donde Hermócrates, el representante de Siracusa, hizo uso de la palabra y fue muy escuchado. Hermócrates regiría durante mucho tiempo los destinos de Siracusa y sería uno de los enemigos más firmes y eficaces de Atenas. En el congreso de Gela (casi nos tienta escribir «la cumbre de Gela»), Hermócrates abogó por la unidad. Condenó las guerras en las que las ciudades de Sicilia se destrozaban entre sí y demostró que estas divisiones hacían el juego a los atenienses, cuya presencia debía ser una advertencia y una exhortación a la reconciliación.

El tema es claro, insistente, preciso. «Puesto que es Sicilia entera la que, a mi entender, se encuentra amenazada por los atenienses, hemos de ver si somos capaces de asegurar su salvación, y hay que pensar que, para movernos a zanjar nuestras diferencias, menos valor tienen mis palabras que esos atenienses que, dueños de la mayor fuerza de Grecia, acechan nuestros errores, con varias naves en nuestras aguas y, amparándose en el título de aliados, explotan en beneficio propio y bajo una apariencia amable lo que es una hostilidad natural.»[8] O también: «No es la oposición entre dos razas lo que les trae aquí, hostiles a una de ellas; es la atracción de las riquezas de Sicilia, que son nuestra propiedad común.»[9]

Bienes comunes, una Sicilia unida, éste es su programa; y Hermócrates proclama este parentesco de vecindad y de intereses al hablar de «gentes que, como nosotros, habitan un mismo país, rodeado por el mar, y llevan el mismo nombre de sicilianos» (64, 3).

Vemos que, si las ambiciones atenienses respecto a Sicilia no eran cosa nueva, las posibilidades de resistencia habían aumentado. Y Tucídides no insistiría tanto si no hubiera visto en ello una advertencia, que Atenas echó en saco roto en el 415.

¿El resultado? En Gela se escuchó y se hizo caso a Hermócrates. Las ciudades se pusieron de acuerdo. Se informó de ello a los atenienses, que no tuvieron más remedio que mostrar su aprobación y... hacerse a la mar.

Pero, a su regreso, fueron condenados al exilio o se les impusieron multas: «La razón era que, en lugar de someter, como hubieran podido hacer, al mundo siciliano, se habían dejado convencer de que debían marcharse. Y es que los atenienses, en su buena fortuna, estaban habituados a no encontrar ningún obstáculo: tenían que conseguir cuanto se proponían, tanto si la empresa era factible como sobremanera difícil, tanto si los medios eran importantes como si eran insuficientes: la culpa la tenían los increíbles éxitos que habían obtenido en tantos casos y que daban alas a sus expectativas.»[10]

Al final del relato de esta primera expedición, se repite la idea del principio: aparte del interés que pudiera

suscitar esta isla grande y rica en trigo, había otra motivación, siempre la misma:[11] la necesidad de expansión, propia del imperialismo ateniense.

El imperio de Atenas había nacido de forma espontánea y natural. Atenas, con su flota, había desempeñado un papel importante en la guerra contra el bárbaro. Después permaneció a la cabeza de los aliados que con frecuencia preferían dar dinero a participar en las acciones. Resultado: Atenas creció. Pronto la mayoría de aliados se convirtió en poco más que vasallos. Y, cuando trataban de separarse, la desproporción de fuerzas les imponía la sumisión y quedaban más sometidos todavía. Así, cuando empezó la guerra del Peloponeso, Atenas dominaba, con distintos grados de obediencia, sobre casi todas las islas, y debía procurar constantemente mantenerlas a raya. Pericles lo sabía: hablando del imperio, había dicho a los atenienses que ya no podían renunciar a él: «De ahora en adelante, constituye en vuestras manos una tiranía cuya adquisición puede parecer injusta pero cuyo abandono sería peligroso» (II, 63, 2). Por ello Esparta no desperdiciaba ocasión de utilizar esta arma, incitando a la deserción. Y también por ello los atenienses, temerosos de estas deserciones, habían endurecido las represiones de año en año.

Pero Pericles no hablaba de conquista. Al contrario, ponía en guardia a los atenienses, prometiéndoles la victoria con una condición, «si consentís en no extender vuestro dominio mientras estéis en guerra ni ir a buscar deliberadamente peligros nuevos (porque temo más nuestros propios defectos que las maquinaciones del adversario)» (I, 144, 1). Él conocía esta tentación. Él sabía, como lo explican los delegados atenienses en el libro I, que un poder envidiado inevitablemente tiende a reforzarse. Y él conocía el carácter de los atenienses, «innovadores, vivaces para imaginar y para realizar sus ideas», «practican la audacia sin medir sus fuerzas, el riesgo sin pararse a la reflexión y el optimismo en los casos graves».[12] Es decir, desconfiaba.

Pero Pericles había muerto hacía quince años. Desde su muerte, el imperialismo ateniense, aunque limitado por la guerra, se había reforzado y endurecido. Además, ahora se podía pensar que la guerra había terminado...

Así pues, ¡qué ocasión para nuestro Alcibíades! Gracias a sus victorias olímpicas, era el gran hombre del momento. Deseaba ser todavía más admirado, superar al mismo Temístocles. Y con esto se entusiasmó ante la idea de una expedición allá lejos, una gran expedición que ofreciera a la dominación ateniense un campo nuevo, lejano e infinitamente prometedor.

Y, en esta Atenas, siempre apasionada por la gloria y las aventuras, sus palabras encuentran eco. Con él están los jóvenes, pero no son los únicos. Un texto de Plutarco [13] evoca con vívida plasticidad a los numerosos atenienses que, «sentados en palestras y hemiciclos, dibujaban la forma de la isla y la situación de Libia y de Cartago...». Más adelante volveremos sobre Libia y Cartago, cuya mención en este capítulo tiene su importancia. ¡Y qué tangible se hace ese sueño colectivo en los humildes dibujos en la arena! A favor o en contra, en aquel momento, todo el mundo debía de hablar de la posible expedición e interesarse por la isla lejana. En *Las troyanas* de Eurípides, obra que se representaba precisamente entonces, el poeta condena de forma explícita las guerras ofensivas; pero incluso aquí se percibe la idea de Sicilia: la «tierra del Etna» está entre los lugares a los que las cautivas piensan ser conducidas.[14]

Esta curiosidad daba lugar a discusiones, sin duda alguna; pero en la mayoría se asociaba a ella el vivo deseo de partir. Lo dice Tucídides, y expone las razones en las explicaciones que da de la votación que finalmente determinó la decisión. En ella se refleja la efervescencia de deseos diversos: «Todos sentían el mismo afán de partir: los hombres de edad, porque pensaban que o se conquistaba la región hacia la que se embarcaban o que, por lo menos, una poderosa fuerza militar no corría riesgo alguno; los jóvenes en edad de servir, por el afán de viajar, ver mundo y adquirir conocimientos, con la confianza de volver sanos y salvos; la gran masa de los

soldados, con la esperanza de obtener dinero rápido y adquirir [para el Estado] un poderío que les garantizara la soldada de manera indefinida» (VI, 24, 3).

Y, para Alcibíades, además de estos intereses materiales, ¡la gloria! La gloria de dar a Atenas su mejor conquista, de ser el primero, de triunfar y de eclipsar a todos definitivamente.

¿Conquista? Pues sí; ésta es la palabra. Marca la diferencia con empresas anteriores. Pero hay que puntualizar. En primer lugar, para los griegos de entonces, no se trataba de una conquista en el sentido que hoy se da a la palabra: los griegos jamás pretendieron anexionarse un territorio lejano para convertirlo en parte de su propio país: la noción de ciudad y la dimensión de las ciudades hacían inviable esta idea. Así pues, no se trataba sino de imponer su autoridad, o su soberanía, de servir sus intereses, de hacerse ayudar y respetar. Pero ni siquiera bajo esta fórmula se reconocía de forma oficial la idea de conquista. Púdicamente se manifestaba que el objetivo de la expedición era el de acudir en ayuda de los habitantes de Segesta, amenazados por Selinunte y, a poder ser, hacer regresar a los habitantes de Leontini, expulsados de su territorio por Siracusa; también, según una fórmula cuya vaguedad apreciará el lector, «de forma general, resolver los asuntos de Sicilia de la mejor manera posible, según lo que juzguen conveniente para el interés de Atenas» (VI, 8, 2).

Pero este eufemismo no engañaba a nadie. Por si acaso, Tucídides se encargó de dejar las cosas claras: su relato de la expedición empieza con un recuerdo de la importancia de la isla y la historia de sus ciudades, y agrega: «Y contra una isla de esta importancia los atenienses ardían en deseos de emprender una campaña. El verdadero motivo era el deseo de sometérsela por entero, con el pretexto aparente de acudir en socorro de sus hermanos de raza y de los aliados que éstos habían adquirido» (VI, 6, 1). «Sometérsela por entero» (της πάσης ἄρξαι): las palabras son claras. Y, más adelante, dirá a propósito de Nicias (que se oponía a la expedición): «Él consideraba que la ciudad había tomado una

decisión nefasta y que, bajo un pretexto aparente y ligero, se pretendía, dura tarea, someter a Sicilia entera» (8, 4: la palabra es *ephiesthai,* codiciar un bien).

Era, en verdad, «un proyecto ingente». Y, no obstante, más allá de este proyecto, Alcibíades ocultaba otro, más grandioso todavía, que no reveló a los atenienses y que no se conocería hasta después. Más allá del pretexto ostensible, había un proyecto de conquistar la isla; pero, más allá de este proyecto en sí, en el trasfondo, gravitaba el «gran designio». A la inversa de las muñecas rusas, en cada una de las cuales se encuentra siempre otra más pequeña, la ambición de Alcibíades se acrecenta en intenciones cada vez más grandes.

Pero, ante todo, necesitaba conseguir de la Asamblea del pueblo su expedición, la expedición a Sicilia.

* * *

Había en el ambiente una agitación febril. Atenas se jugaba su futuro. Y la obra de Tucídides, que consagra dos libros enteros a la expedición, no descuida nada, a fin de permitirnos revivir esta decisión y apreciar el envite en toda su dimensión.

En un principio, nada más simple: el proyecto fue sometido a votación y aprobado por amplia mayoría. El guión era el mismo que en 427: un aliado, Segesta, había pedido ayuda; había ofrecido dinero (por cierto, por una hábil maniobra, se hacía pasar por más rica de lo que era en realidad) y la Asamblea había decretado el envío de sesenta barcos al mando de tres hombres provistos de plenos poderes: Alcibíades, Nicias y Lamaco.

Estaba decidido. Pero Nicias, consciente de los peligros que ocultaba el elástico enunciado de los objetivos y temeroso del riesgo que asumía Atenas, aprovechó una nueva Asamblea, consagrada, en principio, a tratar de armamentos, para replantear todo el proyecto.

No era reglamentario, y él lo sabía;[15] pero, con un bello movimiento final, apela al presidente de la sesión en términos conmovedores: «Si te hace temblar el volver sobre una votación pasada, piensa que violar la ley ante

tantos testigos no podría ser causa de incriminación; que, por el contrario, la ciudad, que estuvo mal inspirada, encontraría en ti a un médico, y que el mejor magistrado es el que presta a su patria los mayores servicios posibles o, por lo menos, no le causa perjuicio deliberadamente» (VI, 14).

En estas últimas palabras, se percibe como un eco del juramento hipocrático; y no podemos menos que sentirnos conmovidos por la nobleza de esta apelación y por el patetismo que imprime en la situación. Es un patetismo que conmueve al lector de manera especial porque sabe de qué desastrosa manera acabó la expedición que Nicias quería impedir. Aparte el patetismo, esta apelación nos hace comprender dos cosas. En primer lugar, revela con qué habilidad había procedido Alcibíades, pillando desprevenidos a Nicias y sus partidarios y ganando una votación cuyo alcance no había revelado. Por otro lado, indica que esta vez Alcibíades tendría que desplegar todas sus dotes de persuasión; ahora tendría que discutir el fondo de la cuestión: la verdadera partida estaba planteada.

Tucídides presenta los dos grandes discursos de Nicias y de Alcibíades, seguidos de una última intervención de Nicias (VI, 8-24): evidentemente, no son las palabras textuales, pero, aun así, uno se siente en presencia no sólo de todos los argumentos que podían alegar uno y otro, sino de dos personalidades, cada cual con su tesitura, su talante, sus esperanzas.

No faltan las acometidas de hombre a hombre. Nicias ataca a Alcibíades por su juventud y su ambición. No se muerde la lengua: «Si, finalmente, alguien, contento de haber sido elegido para el mando, os aconseja emprender la expedición, sin tomar en consideración nada más que su beneficio personal, habida cuenta de que es todavía muy joven para ejercer el mando: lo que pretende es deslumbrar por el lujo de su cuadra de caballos y encontrar en el desempeño de su cargo el medio de sufragar sus enormes gastos... no proporcionéis

a ése la ocasión de darse lustre personal a expensas de la ciudad, decid más bien que las personas de esta índole perjudican los intereses del Estado y arruinan su situación personal, que además el asunto es grave y no admite que lo decidan los jóvenes conduciéndolo con precipitación» (12, 2).

Él señala a los jóvenes, que «han acudido a la Asamblea llamados por este mismo personaje». Y ya hemos visto con qué desenfadado orgullo acepta Alcibíades ser su representante.[16] Al igual que Nicias, utiliza un símil que toma de la medicina (concretamente, de las dietas equilibradas) para reclamar una mezcla armoniosa de jóvenes y viejos. No tiene sino desdén para las críticas de Nicias y sus «querellas entre jóvenes y viejos»; pero deja traslucir el desdén sin caer en la insolencia.

Igualmente, asume la cuadra de caballos de carreras y las victorias olímpicas. Lo que es más, empieza por ahí. Afirma categóricamente, ya lo hemos visto,[17] que el prestigio que él aporta a la ciudad la refuerza en el exterior. Incluso pone de manifiesto un sereno orgullo al declarar que «no es un crimen que quien tiene una alta opinión de sí mismo se niegue a situarse a la misma altura que los demás, puesto que el que fracasa tampoco encuentra con quién compartir su infortunio» (16, 4). ¡Asombroso Alcibíades, que se atreve a hacer tales declaraciones ante el pueblo! Sí, él admite ser el primero, ser superior. Y afirma que esta fama suscita, momentáneamente, la envidia, pero, después, la admiración.

Se trata de él, de su vida, de sus victorias deportivas y de su sentimiento de superioridad. Pero no podemos menos que observar que existe cierta identificación entre el orgullo de Alcibíades y el de Atenas, entre la ambición del hombre y el imperialismo de la ciudad.

En efecto, Pericles había dicho, según Tucídides: «Ser detestados y hacerse odiosos en un primer momento ha sido siempre el destino de los que han aspirado al imperio; pero el que es lúcido persiste en su empeño, a despecho del descontento y la envidia, si el objetivo es considerable. Porque el odio no dura mucho tiempo, mientras que el esplendor en el presente y la gloria para el fu-

turo permanecen en la memoria para siempre» (II, 64, 5). Alcibíades estaba impregnado de estos principios y aplicó su esencia a su propia vida. Él es, a escala individual, trasunto de Atenas.

Por esta razón, en el resto de su discurso puede erigirse en intrépido defensor del imperialismo ateniense.

Naturalmente, Nicias había adoptado su postura tomando en consideración las probabilidades de éxito y los riesgos de fracaso. Alcibíades conoce bien sus resortes y los mueve con precisión. Y ante el lector se perfila, lo mismo que entonces ante la Asamblea, una clara imagen de conjunto.

En primer lugar, los riesgos: Nicias hace hincapié en ellos. La paz es frágil; hay en el tratado puntos litigiosos, y no todos los aliados de Esparta lo han ratificado; la propia Esparta ha sido humillada y aprovechará la primera ocasión para enderezar su situación. Por lo tanto, es absurdo dejar a tantos enemigos en la propia Grecia para irse en busca de otros, a los que no se podría dominar realmente aunque se les derrotara. Que Siracusa domine en Sicilia no supone ningún peligro para Atenas:[18] más le valdría a ésta consolidar su imperio en sus puntos débiles y reparar fuerzas, minadas por la guerra y la epidemia. Y recuerda la bella máxima de la prudencia: «Nada triunfa más raramente que la pasión ni más frecuentemente que la previsión» (13, 1).

Nicias expone dificultades y habla como hombre de experiencia. Alcibíades responderá con energía y defenderá la confianza.

Analiza la situación y aporta sus razones. Recuerda que, gracias a la alianza con Argos, Atenas no tiene mucho que temer de los lacedemonios, a pesar de la victoria de éstos en Mantinea. Así ha quedado demostrado: «No tienen todavía, ni siquiera hoy, una confianza asegurada» (16, 6). Por lo que respecta a las ciudades de Sicilia, están compuestas de masas heterogéneas e inestables, incapaces de lograr una auténtica unidad. Además, se puede contar con los bárbaros de allí. A propósito de Esparta,

argumenta con la teoría, cara a Pericles, que los lacedemonios podrían, en el peor de los casos, invadir el Ática, «pero su flota no podría causarnos daño: la que nos queda vale tanto como la suya» (17, 8). En suma, discute, y con vehemencia. Pero, sobre todo, explica —y en esto radica todo el interés del discurso— que esta expedición, si es factible, se inscribe en la gran tradición ateniense. Y aquí tenemos a Alcibíades abogando de forma clara y terminante por el imperialismo. Y, para él, el imperialismo es progreso, acción, avance.

Si la expedición es posible, ¿por qué demorarse rezongando cuando un pueblo aliado pide ayuda? «A fin de cuentas, el imperio no lo hemos adquirido de otro modo, nosotros y todos los que lo han ejercido alguna vez, más que acudiendo con premura junto a quienes, bárbaros o griegos, han apelado a nosotros» (18, 2). Es la tradición de los inicios la que inspira las obras patrióticas de los primeros años de la guerra, como *Los heráclidas* de Eurípides e inspirará más adelante los elogios a Atenas. Al igual que ellos, Alcibíades habla de «nuestros padres» e, invocando este pasado, avergüenza a los vacilantes, recordando que los atenienses de entonces no sólo tenían que contar con la hostilidad de Esparta sino con la de Persia, lo que no les impidió actuar y acudir en ayuda de quienes se la solicitaron.

Evocando estas tradiciones, Alcibíades se inflamaba y debía de inflamar al auditorio. Pero pronto abandona la tradición para pasar a hacer un análisis más original y más audaz.

Declara, sencillamente, que Atenas no tiene alternativa. Invocando, con pequeñas modificaciones, la fórmula de Pericles, afirma que la misma existencia del imperio la obliga a multiplicar sus intervenciones: «Agrego que nos es imposible administrar toda la extensión de nuestro imperio como se administra una propiedad, pero, en el punto en el que nos hallamos situados, estamos obligados, aquí, a formular amenazas y allí a no ceder, porque corremos el riesgo de caer bajo el imperio de otros, si nosotros no lo ejercemos sobre los demás» (18, 3).

La alusión a Pericles es clara; pero Pericles decía que

no se podía renunciar al imperio, abandonarlo, deshacerse de él; Pericles no hablaba de conquistas. Después, Cleón extrajo de las mismas circunstancias la idea de que había que mostrarse firme en las represiones. Y, ahora, una nueva conclusión: Atenas no puede... renunciar a conquistar.

En realidad, éste es el principio que ha impulsado a todos los conquistadores a seguir adelante, siempre más allá, con los riesgos que ello acarrea. Desde Alejandro Magno hasta Hitler, pasando por Napoleón, con sus distintas formas de actuar, encontramos siempre el mismo principio. Pero nadie lo ha expuesto de forma tan contundente como el Alcibíades de Tucídides, para extraer de él una justificación y una norma de conducta.

Más aún, a sus ojos no se trata ya de una cuestión privativa del imperio sino de una regla de valor universal que rige en todos los ámbitos de la vida: Alcibíades es el primer teórico del activismo por el activismo. Y su pensamiento tiene la transparencia y el fulgor del diamante: «Además, en la inactividad, nuestra ciudad se atrofiará, se replegará en sí misma y sus conocimientos sobre todas las cosas decaerán; pero, con la lucha constante, aumentará su experiencia al tiempo que robustece el hábito de defenderse no con palabras sino con hechos. Permitid que os lo diga de una vez por todas, yo creo que una ciudad que no sabe lo que es la inactividad no puede perderse más rápidamente que renunciando a la acción y que no hay pueblo que disfrute de mayor seguridad que aquel que, en su política, menos se aparta de los usos y costumbres que se ha dado, aunque sean malos» (18, 6-7).

Éstas son palabras de Tucídides: del verdadero discurso de Alcibíades nada sabemos. Pero no cabe duda: esta filosofía audaz y audazmente proclamada era la suya. Aunque no la haya formulado en estos términos ni ese día, expresa su pensamiento.

Y es fácil imaginarlo lanzando estas reflexiones con una mirada de desprecio para la prudencia timorata de Nicias. Es fácil imaginar el entusiasmo con que los jóvenes hacían suyas sus palabras y, quizá, la turbación de

los mayores al recordar los tiempos de Pericles y el gran ideal de entonces.

Pero también habría quienes vieran el punto débil, pues bastaba sólo un poco de reflexión. Emprender una acción. ¡Muy bien! ¿Qué acción? Ir hacia adelante. ¡Bien! Pero, ¿en qué dirección? ¿Y hasta dónde? El imperio era acechado desde todas partes: no podía permitirse ni la menor debilidad, pero tampoco podía permitirse los fracasos. Y la conquista de Sicilia podía ser un fracaso, y un fracaso de consideración. Algunos debían de comprenderlo. Una minoría.

En efecto, la Asamblea, después de escuchar a Alcibíades, se mostró «todavía mucho más entusiasta que antes en favor de la expedición». Nicias lo vio. Y aquí se produce un nuevo episodio casi cómico, por la ironía que encierra, lo mismo que el caso del ostracismo.

Nicias hizo un último esfuerzo: dijo que la empresa sería difícil, que las ciudades de Sicilia eran fuertes, que podían unirse, que la distancia era grande y que, por lo tanto, se necesitarían fuerzas considerables... Con esto pretendía desanimar a los atenienses. Ocurrió todo lo contrario. Todos se sintieron enardecidos, y la idea de aprestar fuerzas considerables les infundió tranquilidad. Preguntaron a Nicias en cuánto calculaba él estas fuerzas considerables. Él titubeó, habló de cien naves por lo menos, enumeró armamento de todas clases... Nada podía detener a los atenienses: si esto se necesitaba, esto se conseguiría. Votaron todo lo que se les pidió y dieron a los estrategos plenos poderes para actuar como creyeran oportuno.

¡Qué sesión! En un principio, Alcibíades había conseguido que se votara el envío de veinte naves. Nicias había protestado. ¡Y ahora saldrían con una escuadra de cien naves! Nunca hubiera esperado tanto.

* * *

El día de la partida había incluso más fuerzas de las previstas. Fue un día excepcional, y Tucídides lo describe con un énfasis también excepcional. Nunca había

partido una expedición tan grande con un destino tan lejano. Y era viva la emoción de todos.

Al amanecer del día señalado, los hombres que debían embarcar bajaron al Pireo. Y con ellos todo el mundo. «Con ellos había bajado, por así decir, toda la muchedumbre que quedaba en la ciudad, tanto ciudadanos como forasteros. Gentes del país acompañaban quién a amigos, quién a parientes, otros, a sus hijos. Durante el trayecto, con las ilusiones se mezclaban las lágrimas: la conquista era segura; pero, ¿volverían los hombres? [...] Sin embargo, por la magnitud de cuanto se ofrecía a su mirada, les bastaba abrir los ojos para recuperar la confianza en su fuerza. Los forasteros y el resto de la muchedumbre habían acudido movidos por la curiosidad, con la impresión de que se trataba de una empresa de gran interés, difícilmente creíble...» (30, 2; 31, 1).

Había sesenta naves ligeras y cuarenta de transporte de tropas. Se había gastado con largueza lo que no está escrito, y la partida se convirtió en una especie de fiesta.

Cuando hubieron embarcado todos, la trompeta impuso silencio; se rezaron las oraciones en todas las naves al mismo tiempo mientras se hacían las libaciones por todos, soldados y jefes, en copas de oro y plata. Sonó el himno, y la inmensa flota se puso en movimiento, «en un principio, en fila y, después, rivalizando en velocidad, hasta Egina» (32, 2).

Alcibíades, por supuesto, iba a bordo de su barco. Él mismo lo había armado, sin duda, lujosamente.[19] Era su expedición, su proyecto, su partida hacia la gloria.

No pensemos aún en el destino de esta flota que zarpa de Atenas con grandiosas expectativas. Cuando describe esta partida esplendorosa, Tucídides sí piensa en él; y prepara el contraste que se establecerá al final del libro VII, con el lastimoso destino de este cuerpo expedicionario. Todos recordarán «en particular, con qué fasto, con qué orgullosa confianza zarparon, y para qué resultado, qué humillación: jamás ejército griego conoció un vuelco tan completo de las cosas» (VII, 75, 6-7).

Porque esta flota sin precedentes era ya, en suma, «la Armada Invencible».

Alcibíades no adivinaba nada de este trágico futuro. Tenía problemas personales y motivos de inquietud que descubriremos en el capítulo siguiente. Pero debía de pensar que su sueño iba a convertirse en realidad.

En Corcira (la actual Corfú) debía reunirse con el resto de sus efectivos: cuando se encontraron todas las fuerzas, había no cien sino ciento treinta y cuatro trirremes, más dos grandes navíos de Rodas, cinco mil hombres de infantería, caballería, honderos y avituallamiento...

Con todo esto, podría conquistar Sicilia.

Y quizá todavía más.

* * *

Sí, todavía más. Él no lo había dicho. Pero algo debió de filtrarse. Y, más adelante, revelaría la verdad a los espartanos: el gran proyecto era el pórtico de un designio en el que la ambición adquiría proporciones extremas.

Basta con escuchar lo que Tucídides le hace decir entonces para que tengamos la impresión de encontrarnos ante una puerta que se abre sobre perspectivas insospechadas. «Partimos para Sicilia, en primer lugar, para someter a los sicilianos, si podíamos, y, a continuación, también a los italianos; después, para hacer una tentativa contra el imperio cartaginés y la propia Cartago. Si la empresa tenía éxito, ya fuera total o parcial, atacaríamos el Peloponeso, trayendo con nosotros la totalidad de las fuerzas griegas que nos habríamos anexionado allí, más gran cantidad de bárbaros que tomaríamos a sueldo, iberos y demás, reconocidos por ser, de los bárbaros de por allí, los más belicosos, y las trirremes que habríamos construido en cantidad, además de las nuestras, con la abundante madera de Italia. Con ellas, tendríamos sitiado el Peloponeso por todas partes; al mismo tiempo, las fuerzas de infantería harían incursiones en tierra, y tomaríamos sus ciudades al asalto o levantaríamos fortificaciones contra ellas: esperábamos reducirlas fácilmente y, después, extender nuestro imperio a toda Grecia» (VI, 90, 2-3).

El sueño es portentoso, coherente, preciso. Alcibíades dice a continuación que obtendrían el dinero y los víveres de los territorios del Oeste anexionados: todo estaba previsto. El Mediterráneo sería ateniense.[20]

Ahora comprendemos por qué, sin que se manifestara la idea explícitamente, la gente trazaba en la arena el contorno de Sicilia señalando la situación de Cartago y de Libia.[21] El gran proyecto, más o menos secreto, no es una invención destinada a asustar a los espartanos *a posteriori*; no tomarlo en serio es no conocer a Alcibíades. Él no hacía comedia. Tucídides reconoce abiertamente, en su propio nombre, la existencia del gran proyecto; y lo hace en el capítulo 15, 2 del libro IV, con motivo de la intervención de Alcibíades en favor de la expedición. Escribe, efectivamente, que éste «se ufanaba de que conquistaría Sicilia y después Cartago». Esto da sentido a una frase del discurso tal como ha llegado hasta nosotros; Alcibíades describe las ventajas de la expedición y termina diciendo: «Y habiendo adquirido [efectivos] de estos lejanos dominios —como es probable— podremos extender nuestro imperio a toda Grecia, o por lo menos habremos asestado un golpe mortal a Siracusa, con lo que serviremos nuestros intereses y los de nuestros aliados» (18, 4).

Esta «probabilidad» era, pues, el gran proyecto. Y, aunque en el discurso no hablaba de él, muchos debieron de comprenderlo.

¿Podemos imaginar las consecuencias de este proyecto, si llega a realizarse? La unificación de Grecia bajo la autoridad de Atenas, la unificación del Mediterráneo, convertido en mar griego, hubiera cambiado la historia del mundo.

Ciertamente, oyendo estas frases, una vez que la expedición acabó en desastre, pensamos en la fábula de *La lechera* y su final: «Adiós, pollos, lechón, vaca y ternero...»[22] No obstante, hay que reconocerlo, este sueño no era irrealizable. Y, para empezar, tampoco lo era la conquista de Sicilia. Con la audacia y la inteligencia de Alcibíades, con estas fuerzas considerables... ¿quién sabe? Nadie puede afirmar nada, porque nada ocurrió como

hubiera debido ocurrir. Ya en el momento de esta partida triunfal y esplendorosa, Alcibíades estaba preocupado. Por lo menos, hubiera debido estarlo. Porque empezaba a perfilarse un asunto enojoso: después del gran proyecto, inmediatamente ligado a él, surgió el gran escándalo de ciertos «casos».

V

LOS «CASOS»

Mientras la flota zarpaba entre vítores rumbo a Sicilia, Alcibíades tuvo que distraerse momentáneamente de sus preocupaciones con la ilusión de las glorias venideras. Pero las preocupaciones existían, y tenían su fundamento. Porque en Atenas acababan de plantearse dos casos graves, precisamente entre el momento en que se había votado la expedición y el día de la partida.

Un buen día, quizá el 8 de junio, según los cálculos de los eruditos, todos los Hermes de la ciudad (o todos menos uno)[1] amanecieron mutilados. Tucídides dice púdicamente «en la cara anterior» pero sin duda se refiere al falo de aquellas rudimentarias imágenes. Los «Hermes» eran estatuas bastante toscas del dios, o bustos colocados sobre pilares cuadrangulares que marcaban lindes y umbrales, tanto de viviendas particulares como de santuarios, para atraer sobre la propiedad la protección divina. Tenían, pues, un valor religioso.

¡Y estaban mutilados, todos! La consternación fue general, y estalló uno de los «casos» más complicados y turbios de la historia de Atenas. Lo conocemos bastante bien, porque son muchos los autores que han hablado de él, entre otros, Tucídides, naturalmente, pero también uno de los que se encontraron involucrados y hasta implicados directamente, el orador Andócides que lo contó todo en dos discursos que aún se conservan.[2]

¿Por qué tanta consternación? Para comprenderlo hay que recordar la fuerza que conservaban, en la de-

mocracia ateniense, las tradiciones religiosas. Todas las manifestaciones políticas estaban acompañadas de plegarias, sacrificios y libaciones. Se tomaban en consideración todas las señales que podían ser indicios de la voluntad divina, desde un terremoto hasta un estornudo; y el racionalismo de los sofistas y de los sabios era aún muy reciente como para que lo hubiera aceptado la masa del pueblo: no hay más que ver los esfuerzos de Pericles para hacer comprender que un carnero con un solo cuerno era una anomalía y no una señal profética o que un eclipse podía explicarse científicamente. Por otra parte, la vieja noción de la mácula seguía desempeñando su papel: inmediatamente antes de la guerra del Peloponeso, entre lacedemonios y atenienses se hablaba de personas a las que había que apartar a causa de máculas hereditarias. Se comprenderá, pues, que, en este ambiente, una ofensa deliberada hacia un dios tutelar pudiera aterrorizar a la gente, tanto por su audacia como por sus posibles consecuencias.

Pero, además, ¿por qué? La circunstancia de que el daño afectara a todos los Hermes denotaba intención. Y su carácter general excluía la posibilidad de que fuera un acto de mozalbetes excitados o borrachos. Esto ocultaba algo. Era señal de una conjura, tanto más alarmante cuanto más secreta. ¿Se trataba de conjurados que, mediante un sacrilegio cometido en común, habían querido coaligarse con vistas a una acción ulterior? ¿Qué conjurados? ¿Y qué acción? El pánico se apoderó de la ciudad. La gente veía en el hecho una insidiosa amenaza para la democracia.

La democracia de la que tan orgullosos se sentían los atenienses nunca, ni en su mayor apogeo, estuvo libre de inquietud. El temor a las intentonas de subversión era constante. Existía una acusación o acción judicial, peculiar y temible, llamada *eisaggelía*, por la que cualquier ciudadano podía hacer juzgar sin demora a la persona de la que sospechara que había atentado contra la democracia. La idea se interpretaba en un sentido muy amplio y eran muy frecuentes estos procesos.

Evidentemente, cundía el temor de que se formara

un grupo que pretendiera hacer volver a Atenas a un régimen menos democrático o francamente oligárquico. Sin duda alguna, existían personas con tal pretensión. Y existía también un marco que les permitía agruparse. Era el marco de las heterías,[3] asociaciones de amigos o «compañeros» en las que se reunían hombres de opiniones análogas, capaces de dar su apoyo a uno del grupo y seguir sus consignas. Estas sociedades podían estar formadas por buenos demócratas, pero muchas representaban tendencias reaccionarias que suscitaban recelo. En el caso de los Hermes, o de los *hermokopídoi*, como se le llamó, hubo denuncias contra las *hetaireíai*. Reaparecen más adelante, con motivo de los disturbios del año 411, y Aristófanes, en *Lisístrata*, pone en boca de su heroína un hermoso parlamento sobre la unión cívica, en el que se utiliza el simbolismo de la elaboración de la lana y de otras labores femeninas: se recomienda en el párrafo varear la lana «sobre una superficie, golpeándola con una vara, seleccionarla, separar las fibras duras, las que se apelmazan y forman pelluzgones, abrir éstos con la carda y descadillarla...»[4] Estos «pelluzgones» eran causa de continuas sospechas entre el pueblo. Era posible que los Hermes hubieran sido mutilados por miembros de tal o cual hetería como preludio a algún movimiento político.

Pero no sólo había que temer a los reaccionarios atraídos por la oligarquía: curiosamente, en Atenas siempre hubo verdadero terror al peligro de la tiranía. Al fin y al cabo, la democracia se había instaurado contra la tiranía. Y las tragedias de la época exponen continuamente los horrores de este régimen. Aristófanes se burla también de este temor constante. En *Las avispas*, en 422, la prostituta pregunta al hombre si «quiere restaurar la tiranía de Hipias». En *Las aves*, en 414, se promete una recompensa «al que mate a uno de los tiranos muertos». En 411, también en *Lisístrata*, el coro declara, suspicaz: «Olfateo sobre todo la tiranía de Hipias.»[5] Si éste era el estado de ánimo de los atenienses, imagínense su reacción ante sacrilegio tan sospechoso.

Y, si se pensaba en una tiranía, ¿quién más sospe-

choso que Alcibíades, con todas sus dotes, sus ambiciones, su desprecio por las reglas y sus insolencias? De la noche a la mañana, sus enemigos se encontraron en condiciones de explotar unos temores naturales por demás. ¡Y empieza a murmurarse la acusación!

Tucídides lo dice claramente en el texto que se cita más arriba, del que conviene aquí hacer resaltar unas palabras: «Las masas populares, convencidas de que él aspiraba a la tiranía, se hicieron enemigas suyas y se privaron de su talento, para desgracia de la ciudad.»

No es sólo que aparezca aquí la palabra, clara y precisa; es que las sospechas habían adquirido tanta fuerza como para que Tucídides colocase en este contexto, después de las medidas adoptadas contra Alcibíades, su gran digresión sobre el fin de la tiranía en Atenas.[6] No enlaza muy bien con el relato y repite ideas enunciadas en el libro I; pero su relación con el estado de ánimo del año 416 queda patente cuando volvemos al relato: «Las reflexiones que estos hechos sugerían a la democracia ateniense, el recuerdo de lo que le había enseñado la tradición la hacían en este momento irritable y suspicaz respecto de las personas a las que estos casos habían puesto en entredicho: todo se atribuía a una conjura oligárquica y tiránica» (VI, 60, 1).

No sería ésta la única vez que se asociara esta sospecha al nombre de Alcibíades; incluso, a su regreso, al parecer, se le hicieron propuestas en este sentido.[7]

Más adelante, en el discurso *Contra Alcibíades*, falsamente atribuido a Andócides, se lee de nuevo que hay que desconfiar de los ciudadanos que se elevan a demasiada altura: «Éstos son los que establecen las tiranías» (24). La sospecha permanecía latente para reaparecer a la menor oportunidad. En realidad, nada llegó a confirmar la idea de que Alcibíades aspirara realmente a la tiranía. Simplemente su conducta y su tono hacían fácil la acusación.

En el ambiente político del momento, las suspicacias políticas exacerbaron la intranquilidad religiosa. La gente se asustó. Ello explica la reacción inmediata de los atenienses. Como escribe Tucídides: «el asunto adquiría

una gran importancia en la opinión pública: parecía constituir un presagio para la expedición al tiempo que apoyaba una conjura que tenía por objeto hacer una revolución y derrocar la democracia» (VI, 27, 3).

En medio de estas dudas y sospechas, por lo menos una cosa es cierta. La ciudad, en el momento de emprender la expedición más considerable que jamás hubiera acometido, se encontraba súbitamente desestabilizada. Y es más que probable que ello no se debiera al azar. Cualesquiera que fueran sus intenciones finales, los autores del atentado querían asestar un golpe al proyecto y, por extensión, a su autor y, sin duda, detenerlo todo sembrando el desorden.

¡Desorden hubo! Ante los hechos la reacción fue inmediata. Se ofrecieron fuertes recompensas a quien denunciara a los autores y se decretó, además, «que quienquiera que tenga conocimiento de cualquier otro sacrilegio debe denunciarlo, sin temor por su persona, sea ciudadano, forastero o esclavo» (27, 2).

En principio, hemos renunciado a utilizar oficialmente la denuncia y la delación, por lo menos en tiempo normal; pero Atenas sentía que su seguridad estaba en juego y la democracia ateniense estaba constantemente como movilizada para la defensa de la ciudad.

En todo caso, es fácil imaginar la serie de intrigas, denuncias, verdaderas y falsas, arrestos y maquinaciones a que esta decisión precipitaría a toda Atenas.

Y bruscamente empezaron los disgustos para Alcibíades.

No porque estuviera complicado en el asunto de los Hermes, que no lo estaba. Pero el decreto invitaba a denunciar «cualquier otro sacrilegio», y aquí se complicaban las cosas. ¿Tenían una intención concreta los que así habían redactado el decreto? Es posible. En todo caso, la primera denuncia presentada se refería, efectivamente, a otro sacrilegio. Un esclavo llamado Andrómaco, presentado por su amo, aseguró haber asistido en una casa particular (la casa de un tal Polutión a una parodia de los misterios en la que habría participado, entre otros, Alcibíades.[8]

¡Mal asunto! Y no faltaron los que se apresuraron a echar leña al fuego: Androcles, un orador del partido popular, pretendió establecer una relación entre los dos casos. Plutarco lo presenta como el autor de toda la escenificación de la denuncía;[9] y Androcles no dejó de apuntar que este doble sacrilegio era el preludio al derrocamiento de la democracia.

Calumnia, que algo queda, se ha dicho. La hipotética asimilación entre los dos casos que intentó Androcles ha subsistido a lo largo de los siglos; y en nuestro siglo XX, hasta las más escuetas entradas de diccionario siguen declarando que Alcibíades estuvo implicado en el caso de los Hermes. Un gran éxito el de Androcles.

De todos modos, ya en aquel momento las cosas empezaban a ir mal para Alcibíades.

¿Era, pues, culpable?

No en el caso de los Hermes, desde luego, al que no lo relacionó ninguna denuncia seria. ¿En el de los misterios? Quizá. Pero es difícil decir exactamente en qué forma. Posteríormente, las acusacíones se hicieron más graves, y no hay que descartar que se exagerara. Es posible que todo se redujera a una insolencia, a una imprudencia: Alcibíades solía incurrir en una y en otra. Además, le gustaba tomar parte en cultos extraños. En una comedia, se le representó participando en el culto orgiástico a la diosa tracia Cotis;[10] precisamente, se trataba de un culto con ritos de purificación, como los misterios de Eleusis. La obra se ha perdido, pero, al parecer, irritó mucho a Alcibíades, de quien una leyenda sospechosa cuenta que hizo arrojar al mar a Eupolis, su autor, durante la travesía hacia Sicilia.[11]

¿Se confundieron, voluntaria o involuntariamente, ritos de este género con una parodia de los misterios? Alcibíades, ansioso de escandalizar, ¿se dejó arrastrar del rito a la parodia? ¿Era una broma festiva o un verdadero sacrilegio? La verdad es que Alcibíades tenía enemigos deseosos de esgrimir cualquier cosa contra él y que nuestro hombre siempre se mostró un poco imprudente.

Nos gustaría ser más concretos y saber de quién partieron estos ataques o, por lo menos, de qué bando.

Es difícil adivinarlo, puesto que, en lo sucesivo, veremos a Alcibíades aliado tanto con los partidarios de la oligarquía como con los de la democracia. El hijo de Alcibíades, después de la muerte de su padre, afirmaría, en el discurso que le redactó Isócrates, que quienes se ensañaron con su padre con motivo de los asuntos que nos ocupan eran los mismos que, durante algún tiempo, harían triunfar la oligarquía.[12] Pero la relación así establecida es mero recurso retórico. Alcibíades tenía (o tenía también) muchos enemigos entre los demócratas: ¿no había hecho condenar al ostracismo al demócrata Hipérbolo? ¿No era puesto en entredicho por Androcles, otro demócrata a ultranza que sería asesinado el año 411 por los oligarcas?

Las rencillas personales, las envidias, la irritación causada por un exceso de provocaciones: esto era lo que, al parecer, movilizaba contra él a la opinión pública. Y la hostilidad era más viva entre los que sospechaban que no era partidario de la democracia.

Por otra parte, en general, tenían razón: Alcibíades, como se demostrará más adelante, sólo era partidario de sí mismo.

En cualquier caso, estaba en peligro; y sus enemigos, quienquiera que fueran, utilizarían contra él todos los recursos.

Solicitó ser juzgado inmediatamente, antes de la partida de la expedición, para marchar rehabilitado: no quería que rumores no refutados se interfirieran en sus funciones de mando: «Instaba a la gente a no esperar a que estuviera lejos para fiarse de las acusaciones calumniosas presentadas contra él.» Él insiste, reclama, pero en vano. Sus enemigos, dice Tucídides, temían que el ejército se pusiera de su parte, si se le juzgaba en ese momento, que el pueblo estuviera predispuesto en su favor, al pensar que a él se debía la presencia en la expedición de gentes de Argos y de Mantinea. Cuando estuviera lejos, aprovechando su ausencia, se podrían hinchar las calumnias. Sus peticiones fueron inútiles. Hoy es fácil decir que no supo ingeniárselas,[13] lo cual es desconocer la fuerza de las tensiones de entonces. Lo cier-

to es que sus enemigos triunfaron: se detuvo a los otros sospechosos y a él se le dejó partir. Según algunas fuentes, fue un golpe de Androcles.

¿Qué ocurriría, después de la salida de la flota?

A Alcibíades no le gustaba marcharse en estas condiciones, por supuesto. Pero los sucesos de los últimos días habían sido tranquilizadores: un meteco llamado Teucro había presentado otra denuncia que se refería tanto al caso de los misterios como al de los Hermes. Conocemos su tenor por Andócides (I, 15). En el atentado contra los Hermes denunciaba a dieciocho personas; en relación con los misterios, declaraba haber asistido a una parodia de la que daba once nombres, entre los que no estaba el de Alcibíades. Esta declaración debió de apaciguar un tanto su inquietud. Por otra parte, quizá pensaba también que los éxitos venideros cerrarían la boca a sus enemigos.

Pero no fue así.

* * *

En primer lugar, los éxitos tardaron en llegar. Después de reagruparse en Corcira, la armada puso rumbo al sur de Italia. Allí empezaron las decepciones. Las naves fueron hasta Rhegium (Reggio di Calabria) pero esta ciudad, a pesar de estar emparentada con Leontini y haber sido siempre amiga de Atenas, no quiso acogerlas y manifestó su intención de permanecer neutral. Otra decepción: la nave enviada a Segesta regresó con la mala noticia de que el dinero con el que se había contado no existía: sus habitantes habían engañado a Atenas como unos bellacos. Habían mostrado tesoros y deslumbrado a los delegados haciendo ostentación de vasijas prestadas que se pasaban de unos a otros. Hubo que desengañarse. Nicias no estaba sorprendido, pero fue un duro golpe para Alcibíades.

En estas condiciones, ¿qué hacer? Los tres estrategos se reunieron en consejo. Nicias opinaba que había que llegar hasta Selinunte, como se había prometido a los habitantes de Segesta: allí se vería lo que podían o no

pagar y, si se confirmaba que no tenían nada, regresar a Atenas. Alcibíades deseaba quedarse e iniciar una acción diplomática cerca de todas las ciudades de Sicilia, salvo Selinunte y Siracusa y, una vez conseguida su ayuda, atacar Siracusa. Lamaco hubiera preferido atacar Siracusa inmediatamente, con el ejército fresco todavía, pero se dejó convencer por Alcibíades. El hombre del gran proyecto volvía a imponer su decisión. Era de esperar que sus dotes de persuasión que una vez más se habían puesto de manifiesto en el Consejo, también surtieran efecto con los sicilianos.

Pero no era empresa fácil. En primer lugar, Alcibíades se dirigió en su nave personal a Mesina, pero no consiguió convencer a sus habitantes, que se negaron a acoger a las tropas. En Naxos pudieron entrar. ¿Y en Catania? En un principio, Catania se niega. Se intenta otra vez: Alcibíades es recibido con sus dos colegas, y habla. Pero no se trata simplemente de una acción diplomática. Mientras él habla y todo el mundo está absorto siguiendo el debate, los soldados atenienses derriban una poterna y se dispersan por toda la ciudad. Se vota la alianza con Atenas: en ocasiones, la elocuencia necesita el apoyo de argumentos de otra índole.

Así pues, se había ganado a Catania, lo cual era importante. A continuación, se anunció que también Camarina estaba de acuerdo. Allá se van, pero al llegar se enteran de que Camarina está dispuesta a recibir a los atenienses, pero sólo si van en un solo barco.

Se iban consiguiendo pequeños éxitos, pero con dilaciones y contratiempos. En cualquier caso, nada que pudiera intimidar a los que habían quedado en Atenas, volcados en cuerpo y alma en sus dos casos: si en Sicilia las cosas iban despacio, en Atenas los acontecimientos se precipitaban.

* * *

Cuesta trabajo imaginar lo que fueron, en Atenas, aquellos pocos meses. Proliferaban las denuncias. Los incriminados huían inmediatamente, aterrados. Muchos

de los que se quedaban eran ejecutados sin demora. Los golpes se abatían sobre todas, o casi todas las principales familias de Atenas. Además, ¡cuántas incongruencias! Había denuncias de personas que lo habían visto todo, a las que se otorgaba consideraciones mil, y cuyas denuncias resultaban falsas: habían mentido. ¿Por qué? ¿Instigadas por quién? La desconfianza era general y reinaba el terror. En ciertos aspectos, el ambiente se parecía más al de las «listas de proscritos» que al de los lentos procesos de hoy.

Tucídides, que no da nombres, ni de denunciantes ni de denunciados, ni cifras de personas ejecutadas o huidas al extranjero, describe muy bien el ambiente (él no estaba en Atenas en aquel momento, pero podemos hacernos una idea del número de relatos que debió de escuchar). Y escribe: «Sin reparar en la calidad de los denunciantes y dando crédito a todos los chismes, detenían y encarcelaban, fiándose de la palabra de individuos tarados, a ciudadanos de perfecta honorabilidad, considerando más útil examinar el caso a fondo y esclarecerlo que dejarlos fuera de la acusación, por un defecto del denunciante a un ciudadano —aunque de honorabilidad reconocida— que hubiera sido puesto en entredicho» (VI, 53, 2).

Para dar una idea de esta situación, al tiempo que explicar lo que ocurrió a Alcibíades, citaremos las denuncias de las que tenemos noticia. Dos de ellas fueron anteriores a la marcha de la expedición y las otras se produjeron con posterioridad a la misma. De las dos primeras, una partió (ya lo hemos dicho) de un esclavo y la otra, de un meteco. La primera se refería a los misterios y afectaba a Alcibíades. La segunda tenía relación con los dos casos y no lo implicaba. ¡Pero no se acabaron aquí las cosas, ni mucho menos!

Hubo, en primer lugar, una denuncia muy sonada acerca de los Hermes. Un hombre, un tal Dioclidas, dijo haber visto, al claro de luna, a unas trescientas personas que formaban grupos sospechosos. Reconoció a cuarenta y dos. Catástrofe: entre ellas había dos miembros del Consejo, representantes de familias aristocráticas como

Leógoras, un hermano de Nicias, Critias..., es decir, personas pertenecientes a la clase dirigente, lo que sugería la idea de una gran conjura oligárquica. Se decretó el estado de alarma y, por la noche, los ciudadanos se distribuyeron, en grupos armados, por distintos puntos de la ciudad. La tensión era fuerte, y la acrecentó el rumor de que tropas beocias marchaban hacia el Ática, en alianza con fuerzas de Esparta.[14] La conjura adquiría proporciones de ámbito internacional. Hombres importantes huyeron y otros fueron detenidos.

En realidad, Dioclidas mentía: hablaba de claro de luna, y el atentado había tenido lugar en luna nueva. Al ser interrogado, acabó confesando que había sido inducido a hacer esta falsa denuncia por dos personajes... ¡uno era un primo de Alcibíades! [15]

Pero no acabó aquí la cosa. Entre los acusados figuraban Leógoras y su hijo Andócides. Al ser arrestado Andócides, contra la promesa de impunidad, decidió hacer una confesión en forma de denuncia. Reconoció que su hetería era culpable.[16] Exculpó a su padre y a otros personajes acusados por Dioclidas, pero dio nombres: los mismos que había dado Teucro (la segunda denuncia). Más los de cuatro personas que consiguieron huir.

Andócides gozaría de impunidad, pero su falta no llegó a borrarse del todo. Fue desterrado por un decreto relativo a la impiedad y pasó años sin poder volver a Atenas: lo sabemos por sus discursos. Por la misma fuente sabemos algo más que da una viva impresión del drama que entonces vivió: su relato es uno de los primeros casos de conciencia de la literatura griega. Merece la pena citar algunos pasajes, a pesar de que la escena no afecta a Alcibíades sino muy indirectamente, porque da idea de las circunstancias del momento. Incluso puede recordar ciertas circunstancias que han conocido o que conocen, en varios países, los disidentes de nuestro tiempo. Andócides y los suyos están en la cárcel. Llantos y lamentos. Un primo, o un amigo,[17] va a verlo y le ruega; «Si sabes algo de este asunto, dilo y sálvate, en primer lugar, a ti mismo, después, a tu padre, al que debes amar más que a nada en el mundo, y a tu cuñado...» y

Andócides está trastornado: «¡Ay infortunado de mí, que me veo en la mayor de las aflicciones! ¿Debo consentir que mi familia perezca injustamente?» Describe su angustia, dice que tiene intención de hablar, apunta que su responsabilidad será menor porque, de los culpables, algunos ya han sido ejecutados y otros han huido. Echa la cuenta: quedan cuatro que, en cualquier caso, ya están amenazados; y, al término de su noche de angustia, decide que es su deber salvar a los inocentes.[18]

El caso de los Hermes parecía resuelto (aunque Tucídides tiene sus dudas) y la ciudad, en conjunto, había encontrado, por el momento, un alivio manifiesto.[19]

¿Ya ha terminado todo? El caso de los Hermes, sí; pero queda el de los misterios. Y una desagradable sorpresa: sabemos de dos denuncias más, las dos relacionadas con los misterios. La última no afectaba a Alcibíades, pero bastaba la anterior, que le fue fatal.

Venía de una mujer llamada Agaristé, que pertenecía a una familia noble. ¿Era sólo el amor a la verdad lo que provocó su intervención, con varias semanas de demora? Lo cierto es que intervino. Se presentó a declarar que tenía conocimiento de una parodia de los misterios que había tenido lugar no en casa de Polutión, sino en la de Cármides. Este Cármides (al que no hay que confundir con el Cármides de Platón) pertenecía a la hetería de Alcibíades. Y Alcibíades había tomado parte en la parodia, al igual que su tío Ajiocos. Más aún: según ella, se trataba de los misterios de Eleusis, y Alcibíades desempeñaba en la farsa un papel principal, nada menos que el de hierofante o sacerdote encargado de la iniciación final.

¡Esta vez la suerte estaba echada! Se levantó una nueva acta de acusación contra Alcibíades, y, por estimarse que debía ser juzgado inmediatamente, se envió al *Salaminiana,* el crucero oficial, a buscarlo a Sicilia para hacerle comparecer.

Como puede verse, todo este asunto no hace mucho honor a Atenas. Ni al pueblo ni a la ciudad, que se dejaron arrastrar por un vendaval de pánico y condenas precipitadas. Tampoco hace honor a los hombres de la opo-

sición, que al parecer intervinieron en muchos manejos turbios. Las heterías se ponían nerviosas. Había presiones de unos y de otros. Y no se reparaba mucho en los medios con tal de perjudicar a los enemigos y ayudar a los amigos. Las luchas eran políticas, sí, pero, sobre todo, personales. Y sórdidas.

No nos atrevemos a hacer comparaciones con épocas más modernas, léase, recientes. Pero podemos decir que este período de la historia ateniense ofrece una visión, como reflejada en un espejo de aumento, de los desórdenes que afligen a una democracia cuando las luchas entre facciones se anteponen a la noción del bien común y a las reglas de la simple moral.

Alcibíades no había hecho cosas peores que otros. Que fue imprudente, es cierto y audaz y provocativo. Y dio pie a los ataques. Pero nada más. Su mayor pecado fue el de haberse creado enemigos. Y ahora sus enemigos querían su cabeza.

¿Regresaría? ¿Podía dejar de regresar?

«Tenía su barco. Los otros acusados y él navegan en conserva con la *Salaminiana*, como para ir de Sicilia a Atenas. Pero, una vez en Turio, dejan de seguir, abandonan el barco y desaparecen: no tienen intención de regresar para ser juzgados por imputaciones calumniosas [...]. A partir de este momento, Alcibíades se convierte en exiliado.»[20]

Fue un exilio radical y sin perdón. En su ausencia, fue condenado a muerte, lo mismo que los otros; sus bienes, confiscados; su nombre, grabado en una estela de infamia y contra él se profirieron imprecaciones solemnes. Estaba condenado, arruinado, excomulgado.

Resulta conmovedor pensar que una piedra [21] guarda para nosotros el testimonio de la venta de sus bienes, que tuvo lugar un año después. En la inscripción figuran mesas y triclinios. ¿Cómo no pensar en el día en que Alcibíades invitó a Sócrates, decidido a ceder a unos intentos de seducción que no llegaron? El texto de Platón nos da acceso a una esfera que parece fantástica e intemporal, mientras que la inscripción de la piedra nos sitúa en el marco real y trágicamente frágil de la escena: una cama que se vende con otros bienes confiscados,

que perteneció a un hombre hasta ayer mimado por la fortuna y hoy proscrito.

Y bruscamente nos damos cuenta de que los hermosos relatos son reales, tan reales como el desastre que ahora se abate sobre Alcibíades.

* * *

¿Y su expedición? ¿Y el gran proyecto?

Imposible medir las consecuencias de este exilio de Alcibíades o adivinar la suerte que hubiera corrido la empresa en la que él creyó firmemente.

Sin duda, era bastante arriesgada. Como había dicho Nicias, la isla estaba lejos, las ciudades eran fuertes y existía el peligro de que se unieran. En la expedición anterior se había apreciado este riesgo. Hermócrates de Siracusa había sabido servirse de él. Este peligro se materializaría durante la gran expedición, a instancias del mismo hombre. Tucídides traza una imagen vigorosa de su acción haciéndonos asistir a las negociaciones de Camarina, poco después de la marcha de Alcibíades. Camarina era aliada de Atenas, y los atenienses esperaban su apoyo. Pero entonces se presenta Hermócrates con una delegación siracusana, al mismo tiempo que el ateniense Eufemos, rodeado de compatriotas. Hablan los dos hombres. Hermócrates clama de nuevo, lo mismo que en el congreso de Gela, citado anteriormente, que se encuentran en presencia de una tentativa imperialista, que la ayuda que Atenas pretende aportar a sus aliados no es sino un falso pretexto. En suma, acusa, denuncia, apela a una resistencia común. Resultado: los habitantes de Camarina, divididos e inseguros, siguen aliados a ambos bandos; pero, una vez Siracusa consolida su fuerza, Camarina envía tropas en su ayuda. No sería la única. El relato de Tucídides da la lista de las alianzas obtenidas por Siracusa. Y Gela, al igual que Camarina, también envía refuerzos, a lo que Tucídides comenta: «Ahora casi toda Sicilia —comprendidas todas las ciudades, que hasta ahora habían estado a la expectativa salvo Agrigento, que

se mantenía neutral—, acudía en ayuda y formaba un bloque con Siracusa contra los atenienses» (VII, 33, 2).

Pero esta fuerza de Siracusa, en torno a la cual se agrupaban, tenía su origen en las iniciativas tomadas en el ámbito marítimo y naval. Nicias había dicho ya a los atenienses que Selinunte y Siracusa eran ciudades bien provistas de barcos. Su experiencia les sirvió de mucho; ya sabemos que la escuadra ateniense, la gran escuadra tan orgullosamente preparada, sería bloqueada y aniquilada en la rada de Siracusa. No se equivocaba Nicias al señalar el peligro.

Sus advertencias resultaron proféticas en muchos otros aspectos. Él había insistido sobre todo en que dejarían en Grecia una paz inestable y a unos enemigos dispuestos a empuñar las armas con cualquier pretexto, a la menor ocasión. Porque lo que más contribuyó al triunfo de Siracusa fue la ayuda que le prestó Esparta. Poco después del comienzo de las hostilidades, Esparta ayudaría a Siracusa por partida doble: enviándole un jefe capaz y refuerzos y también reanudando la guerra en Grecia e instalando un puesto en el Ática.[22]

La expedición era, pues, una imprudencia, desde luego. Pero no olvidemos que nada ocurrió como Alcibíades había previsto: los «casos» complicaron la situación y las consecuencias del exilio de Alcibíades lo trastocaron todo.

Las ciudades no se aliaron con Atenas, es cierto, pero ¿quién tenía que convencerlas? ¿Quién había empezado a actuar con este objeto? ¿Quién era capaz de hacerse escuchar? Alcibíades y sólo él. Se había trazado planes y no tuvo más que unas semanas para intentar realizarlos.

Por otra parte, era él quien había ideado la expedición y la había creído posible. Cuando Nicias se quedó al frente de las fuerzas atenienses, al principio, con Lamaco y, después, solo, ¿cómo había de mandar con fe y arrojo una expedición que él había juzgado vana y condenada al fracaso? Sin contar con que la inculpación del principal estratego y de otros miembros del cuerpo expedicionario no podía dejar de tener un efecto moral nefasto.

Esta dualidad la comprende perfectamente Tucídides, que no se conforma con alegar causas únicas y dar explicaciones simplistas sino que distingue los distintos factores.

Tucídides ha dicho y repetido que la expedición era una grave imprudencia y que los atenienses no se daban cuenta de la envergadura de sus empresas. En las primeras frases del libro VI, declara: «La mayoría de los atenienses no tenían idea de la extensión de la isla ni de su número de habitantes, griegos o bárbaros, ni se daban cuenta de que suscitaban una guerra de una importancia apenas inferior a la del Peloponeso» (VI, 1, 1). Indica también que Alcibíades había lanzado a los atenienses a esta empresa, en parte para combatir a Nicias, su adversario, y también, lo que parece la mejor hipótesis, para «servir a sus intereses particulares, conquistando riqueza y fama» (15, 2). Queda, pues, condenada la imprudencia y denunciados los móviles de Alcibíades.

Pero este error, que tan caro había de pagar Atenas, no adquirió toda su gravedad sino en virtud de lo que hizo Atenas, una vez tomada la decisión. Y Tucídides nos ha dejado al respecto dos frases, claras y terminantes, que merecen reflexión.

Una se refiere directamente a Alcibíades. Analiza las razones que inspiraron la conducta de sus enemigos y anuncia las graves consecuencias que tal conducta había de tener: «No sería esto precisamente lo que menos contribuiría a la ruina de Atenas» (VI, 15, 3). ¿Se refiere a la imprudencia de la expedición? ¡Quiá! ¡Habla del exilio de Alcibíades! «a pesar de que hubiera tomado, para la ciudad las mejores decisiones relativas a la guerra, como no podían soportar su manera de obrar en lo privado, no tardaron en perder la ciudad confiando a otros sus asuntos» (15, 4). Ya hemos señalado en el capítulo II que este texto excede del ámbito de la expedición a Sicilia y, con un atrevido salto en el tiempo, alude al desastre final del año 404; pero lo que aquí nos interesa es, sobre todo, el rigor con que se distingue la imprudencia inicial de Alcibíades y el error cometido para con la ciudad por los

enemigos que privaron a Atenas de la ayuda que él hubiera podido darle.

Ahora bien, en el gran juicio sobre Pericles, escrito después de la derrota final del 404, encontramos exactamente la misma matización cuando Tucídides declara: «Resultaron de ello todos los errores que puedan esperarse de una ciudad importante situada a la cabeza de un imperio y, entre otros, la expedición a Sicilia.» Se utiliza la palabra «error». La condena es clara, como en el libro VI; y también aquí prosigue el correctivo, porque el texto continúa y concreta, a propósito de la expedición: «En ella hay que denunciar menos un error de juicio en lo que atañe a los pueblos atacados, que la actitud de los que la ordenaron que, en lugar de defender con sus decisiones ulteriores el interés de las tropas en campaña, practicaban las intrigas personales contra el que sería el jefe del pueblo; de este modo, debilitaron la energía del ejército y, por primera vez, llevaron a la administración de la ciudad el desorden de sus luchas» (II, 65, 11). Esta frase puede desorientar, ya que condensa los hechos y agrupa en un todo la expedición a Sicilia y lo que siguió: las luchas intestinas, el conato de guerra civil, las desventuras finales de Alcibíades, en suma, toda la vida política ateniense del 416 al 404. Pero la matización que hace respecto a la expedición a Sicilia queda, una vez más, perfectamente clara. La expedición fue una equivocación, pero no la peor: lo fue «menos... que» o, traduciendo al pie de la letra: «no tanto... como». Tucídides lo sabía: los desastres de la Historia (o de la vida) rara vez se deben a una circunstancia única. Le gustaba distinguir los distintos grados de causalidad: pocas veces han estado tan nítidamente definidos.

Todavía en ninguno de estos dos textos el historiador ha señalado qué hizo que este exilio de Alcibíades tuviera tan graves consecuencias. Ya es hora de confesarlo: Alcibíades, al que hemos dejado escabulléndose del barco ateniense que había ido a citarle a comparecer, podía vacilar sobre qué dirección tomar. Pero, ¿adónde fue? Se fue a Esparta y prestó su ayuda a los lacedemonios. En otras palabras, su exilio no contó únicamente como

un factor negativo para Atenas sino como un factor positivo para sus enemigos. Lo vamos a ver como el jugador empeñado en una partida contra sí mismo cambiando de bando para neutralizar, desde el lado A, lo que acaba de hacer desde el lado B, tomar la decisión de encabezar la resistencia a su propia expedición y a su gran proyecto. Esto era ya más que una imprudencia. Pero era, indiscutiblemente, el resultado de los «casos» que habían desgarrado a Atenas.

* * *

He optado por escribir «casos» entre comillas: hace cinco o seis años, ni se me hubiera ocurrido, y es que hoy la actualidad impone esta alusión a los diversos escándalos que a cada momento estallan en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Estados Unidos o en el Japón. Y no es el fácil guiño cómplice para interesar a toda costa a los lectores de hoy por el pasado de Grecia. En realidad, el paralelismo no es ficticio y la semejanza va más allá de lo que parece: y puede ser instructivo ver cómo se manifiesta uno de los peores peligros que en todo tiempo y lugar puedan amenazar a las democracias.

Aquí hay que volver al gran análisis del libro II de Tucídides del que acabamos de citar una frase. La idea que expresa es que los sucesores de Pericles, excesivamente iguales entre sí e incapaces de imponerse por una superioridad manifiesta, se dedicaron a halagar al pueblo: todos aspiraban al primer puesto y no se mostraban capaces de conquistarlo sin una lucha muy reñida. De modo que todos los medios les parecían buenos.

El desbarajuste que provocó el caso de los Hermes y el de los misterios puede servirnos de ejemplo. Ya las disputas entre Nicias y Alcibíades acerca de la política con Argos y las intrigas que condujeron al ostracismo de Hipérbolo eran un presagio. Durante estos años vemos a cada paso el afán de vencer al adversario aunque haya que recurrir a medios más que discutibles. En Alcibíades estas ansias parecen estar acompañadas de motivaciones de carácter financiero. Por lo menos, así lo indi-

ca Tucídides con insistencia.[23] En otras palabras, el deseo de obtener ventajas personales, sean del orden que sean, se antepone a la preocupación por el bien público.

Los «casos» no son sino el reflejo de esta pugna y esta codicia. Son, y lo fueron para Atenas, la señal anunciadora de la decadencia del civismo en los políticos que acarrea la decadencia del Estado en sí.

De todos modos, si bien la advertencia conserva hoy plena vigencia, vemos que en unas y otras épocas los «casos» cambian un poco de carácter. Aunque la política de Alcibíades estaba inspirada en parte por afán de lucro, los escándalos que provocaron su exilio son ambos de carácter religioso: es esto lo que conmueve a la opinión y provoca sobresalto. El «caso» que convulsionó a Europa a principios de nuestro siglo fue provocado por el nacionalismo. Nuestros «casos» de hoy suelen ser, directa o indirectamente, de índole financiera:[24] cada cual tiene el caso que se ajusta a su medida.

Y es alarmante que existan los «casos», porque son síntomas de una crisis profunda, tanto si las acusaciones son fundadas como si no lo son. Si lo son, ponen de manifiesto una crisis moral en el personal político; si no lo son, si se trata de un montaje arbitrario, muestran la dureza de las luchas egoístas que han venido a sustituir al debate leal, orientado al bien público. Los «casos» del año 415 admiten ambas lecturas. Quizá de los nuestros pueda decirse otro tanto.

* * *

Volviendo a Alcibíades y a los desórdenes que provocaron su exilio, de aquellos acontecimientos se desprende otra lección.

A fin de cuentas, en aquellos dramas, Alcibíades parece ser más víctima que culpable. Sí, dada su irreverencia habitual, pudo ser arrastrado a intervenir en una farsa que, de cerca o de lejos, parodiara los misterios, lo cual era una imprudencia; pero, ¿no era imprudente en todo, incluso en su gran proyecto? No obstante, en un momento en que no vivía sino para este gran proyecto,

no es fácil que estuviera implicado en oscuras conspiraciones (por otro lado, ¿qué conspiración podía haber en una farsa representada en privado?) Al contrario, es evidente que se le hace objeto de acoso. Sus enemigos encuentran por fin el pretexto para denunciarlo. Incluso, durante un momento, se intenta mezclar ambos casos. Le niegan la posibilidad de defenderse antes de la partida de la expedición. Es posible que se exageraran los hechos que lo incriminaban. Esto pesa mucho.

Entonces, ¿una injusticia? No, sin duda. Y es aquí donde la tragedia que se abate sobre él precipitándolo de la cúspide de la gloria a la ruina y el exilio adquiere su carácter ejemplarizante.

¿Por qué tanta hostilidad contra él? ¿Envidia? En parte, sin duda (y él nada había hecho para apaciguarla o evitarla). ¡Pero recordemos cuántos escándalos! Ese lujo, esa insolencia, esas frases tajantes, ese afán de asombrar. ¡Y también esa vanidad, con sus triunfos olímpicos! ¡Y todas las personas a las que había burlado o contrariado, desde el amigo que le encarga la compra de un tiro de caballos, hasta sus parientes políticos, pasando por el infortunado Hipérbolo, sin hablar de los amigos de los diputados lacedemonios! Hasta que, finalmente, su arrogancia se vuelve contra él. Se ha pasado. ¿Tenía que ser siempre el primero? ¿No sería verdad que quizá aspiraba a la tiranía? ¿Aunque así no fuera, se le podía tolerar tanto? La insolencia puede seducir a distancia pero suscita la irritación y provoca reacciones.

Escuchemos una vez más a Tucídides: «Asustada tanto por la extrema independencia que él afectaba personalmente en su manera de vivir como por el alcance de las opiniones que se manifestaban sucesivamente en cada una de las empresas en las que se ocupaba, la masa de gentes se convenció de que aspiraba a la tiranía y se hizo enemiga suya.» O, más adelante: «Como particularmente no podían soportar su manera de obrar, no tardaron en perder la ciudad confiando a otros sus asuntos» (15, 4). Los escándalos marcan la vida del joven Alcibíades desde el principio y pronto se vuelven contra él. En las injusticias que padece se revela una su-

blime justicia: la que dispone que el desprecio a las reglas morales o sociales provoque un descontento del que, por uno u otro medio, parte el contragolpe.

En esta idea fundaría Isócrates su exhortación un siglo después, cuando aconsejaba a todos los príncipes y gobernantes que se granjearan la buena voluntad, la abnegación y la aprobación de todos.

En realidad, los distintos rasgos del carácter de Alcibíades influyen entre sí. La misma ambición que le inspiró su proyecto de conquista se traducía, en su comportamiento, en una insolencia desenfrenada que levantaba ampollas y provocó rápidamente la ruina del proyecto y la del hombre : ocurre lo que en el billar, en que una bola choca con otra y, de carambola, golpea la tercera que parecía estar fuera de su trayectoria.

En este año de 416, se precipitan de tal manera los acontecimientos que hasta creemos sentir la percusión de estos choques sucesivos que terminan con la caída del héroe. La caída de la cúspide al abismo, como la del Edipo de Sófocles:

«Así pues, Edipo, tú fuiste proclamado nuestro rey, tú recibiste los más altos honores, tú reinabas sobre la poderosa Tebas.

»Y ahora, ¿quién más desdichado que tú? ¿Quién ha sufrido más atroces desastres y calamidades, con tan brusca virada...?»[25]

Pero Alcibíades, a diferencia de Edipo, no había dicho su última palabra. Ya no tenía cargo, ni bienes, ni patria: sería no conocerlo suponer que abandonaría la partida. La audacia con que reaccionó sorprendió a todo el mundo griego.

VI

EN EL EXILIO: LA APOLOGÍA DE LA TRAICIÓN

Alcibíades, al romper con Atenas, se había declarado prófugo. Su patria se había convertido en ciudad enemiga para él.

Antes de abandonar Sicilia había empezado a traicionarla: reveló a los partidarios de Siracusa, en Mesina, que las tropas atenienses marcharían sobre la ciudad y que ésta debía ser entregada. Ello hizo abortar la operación.[1]

Pero, ¿adónde podía dirigirse él? De Turio pasó a Élida y, después, a Argos: su política de alianza con Argos le sugirió la elección.[2] Pero en aquel momento aún no se sabía la severidad de las condenas que recaerían sobre él. Él recelaba, por supuesto. A uno que le preguntó si no se fiaba de su patria, respondió, según un testimonio que recoge Plutarco (22, 2), que, «en todo lo demás, sí; pero, tratándose de mi vida, no me fiaría ni de mi propia madre». Tenía razón en desconfiar: pronto llegó la sentencia de muerte y la orden de destierro de toda Grecia.[3]

A partir de este momento, los amigos de Alcibíades en Argos ya no podían ayudarle. Se encontraban debilitados e inquietos, porque sobre ellos pesaban sospechas de actividades antidemocráticas, y Atenas había entregado a los demócratas de Argos a todos los rehenes que tenía: era preciso encontrar otro refugio.

No lo pensó dos veces: con su audacia característica, Alcibíades se fue... ¡a Esparta!

Ciertamente esta decisión violentaría después a sus apologistas. Así, Isócrates hace hincapié en la crueldad de los enemigos de Alcibíades que obtuvieron de la ciudad una demanda de extradición: él no deseaba sino que le dejaran permanecer «tranquilo» en Argos. Pero ¿se lo permitieron? «No sabiendo qué hacer en su infortunio, expulsado de todas partes, no viendo medio de salvación, al fin se vio obligado a refugiarse entre los lacedemonios.»[4]

Pero esta bella proclama de inocencia no engaña a nadie; Alcibíades sabía muy bien a lo que se exponía al decidir irse a Esparta.

Plutarco explica claramente que la idea partió de él y que la acompañó de una oferta de servicios. «Escribió a Esparta pidiendo que se le garantizara la impunidad y dando palabra de que él les prestaría favores y servicios que excedieran con mucho a los daños que antes les había causado.» Tucídides no es tan explícito: dice sólo que Alcibíades había ido «por llamamiento formal de los lacedemonios y con garantías» (VI, 88, 9); pero no hay en ello contradicción alguna:[5] Plutarco se guía por la psicología de Alcibíades y Tucídides, por el desarrollo de los hechos. Los servicios que Alcibíades prometía prestar son expuestos en el relato del historiador y hasta son objeto de un discurso.

En Esparta, Alcibíades contaba con el apoyo de un hombre influyente que había sido éforo —es decir, uno de aquellos altos magistrados elegidos que ejercían control sobre los reyes— y que estaba ligado a su familia por relaciones de hospitalidad. Alcibíades le había engañado con motivo de la alianza con Argos, pero sabía disimular sus engaños con habilidad.[6] En realidad, este hombre, Endios, nunca dejará de apoyar a Alcibíades, quizá porque con ello esperaba aumentar su valimiento ante el rey Agis, quien no tenía ninguna razón para querer a Alcibíades; al contrario, pronto las tendría para lamentarlo.

Lo cierto es que el partido de Endios estaba dispuesto a acoger a Alcibíades, que no era un tránsfuga cualquiera. En cuanto a Alcibíades, ¿dónde iba a encontrar

un lugar en el que sus informaciones se apreciaran más y desde donde mejor pudiera vengarse de Atenas? Si Atenas era ahora una ciudad enemiga, Esparta, por lo mismo, se convertía en aliada. Una frase que Plutarco cita repetidamente da el tono de su deseo de lucha y de venganza: al enterarse de que ha sido condenado a muerte: «pues yo —repuso— les haré ver que vivo».[7]

Así pues, en el invierno de 415-414 le vemos llegar a Esparta donde es oficialmente recibido. Viene dispuesto a ayudar a Esparta contra Atenas, utilizando toda su información, hasta la más secreta, y toda su competencia, abiertamente reconocida. Habían transcurrido sólo unos meses, y el que dirigía las operaciones de los atenienses se había convertido en el artífice de la guerra librada contra ellos.

Ello implica un cambio de bando y —digámoslo abiertamente— una traición como se han visto pocas en la Historia. Sí, ha podido ocurrir, incluso en esta época, que ciudadanos atenienses se refugiaran en territorio de antiguos enemigos de Atenas y recibieran la ayuda de Esparta, a la que elogiaban en sus obras: tal fue el caso de Jenofonte, que hasta intervino en una batalla contra Atenas en el bando espartano, por lo que fue desterrado. Pero se le dio una pequeña propiedad en el Peloponeso, donde vivió tranquilo, sin pretender en modo alguno influir en la política de Esparta y menos aún en contra de Atenas. Por otra parte, aquélla no era una guerra larga y decisiva entre ambos pueblos.

Alcibíades, por el contrario, traicionó en plena guerra, pasándose al enemigo. Y Tucídides, con el discurso que pone en su boca a su llegada a Esparta, no sólo le hace desempeñar el papel de traidor y dar a los lacedemonios consejos de un valor incalculable sino que, además, le hace pronunciar una osada justificación de su cambio de bando y de la actitud moral que éste implica. Ha habido traidores en la Historia, pero sin duda ninguno ha hecho la apología de la traición con tanta lucidez, audacia y autoridad.

* * *

El discurso ocupa del párrafo 89 al 92 del libro VI. Están presentes embajadores llegados de Corinto y de Siracusa para pedir la ayuda de los lacedemonios. En un primer momento, como sus demandas coinciden con las de Alcibíades, Esparta empieza por responder a Siracusa que no trate con Atenas. De aquí a ayudarla media un abismo: es entonces cuando Alcibíades «se presentó en la tribuna» y pronunció el famoso discurso.

¡Así pues, no sólo se le da asilo, no sólo se escuchan sus consejos, sino que se le permite hablar en público, libremente!

En realidad, el discurso que leemos es de Tucídides, no de Alcibíades. Es posible que el historiador haya condensado en un brillante texto toda una serie de revelaciones, de justificaciones, de consejos que quizá no fueron expresados el mismo día ni todos en público. Quizá también Tucídides deduce argumentos que no se expresaron con tanta claridad. Pero es evidente que no inventa ni las revelaciones ni los consejos, ni los principios que se atribuye Alcibíades... ni la brillante insolencia del tono.

Dejando a un lado por el momento el aspecto práctico del discurso, vemos que las justificaciones constituyen un alegato dividido en tres partes. En un principio, dos justificaciones con respecto a Esparta: ¿cómo puede ayudarla Alcibíades, después de haberla combatido y cómo puede ayudar a una ciudad oligárquica habiendo formado parte de la democracia ateniense? Sigue una justificación moral, más general: ¿cómo puede él ayudar en la lucha contra su patria (92, 2-4)?

Todas estas cosas, desde luego, distaban de estar sobreentendidas.

Primero, ¿ayudar a Esparta después de haberla combatido? ¡Pues sí! ¡Porque, en aquel entonces, Esparta le había ofendido! Él deseaba asumir las funciones de proxeno que había desempeñado antiguamente su familia, se había esforzado por ayudar a los lacedemonios prisioneros en Pilos, lo había intentado todo. ¡Y Esparta, en lugar de solicitar su mediación, había acudido a Nicias! ¿No era para ofenderse, para tratar de vengarse? Él

había buscado venganza infligiendo golpes a Esparta en el Peloponeso...

Esta bonita justificación plantea dos observaciones. En primer lugar, es el típico argumento retórico que consiste en rehuir la responsabilidad remontándose en el tiempo: «Si he actuado de este modo es porque antes se me ha hecho tal o cual afrenta; en otras palabras, yo no empecé.»[8] Nuestro brillante ateniense, pupilo de Pericles, es ducho en esta clase de debates.

Pero, al mismo tiempo, ¡qué confesión! ¡Y con qué tranquila insolencia la hace! Porque la razón aducida corresponde al relato y análisis de Tucídides de V, 43, 2: también él habla de la antigua proxenia y de los prisioneros hechos en Pilos, y también él declara, hablando de Alcibíades, que su conducta estaba dictada, en parte, por una ambición nacida del orgullo, «porque los lacedemonios habían negociado el tratado con Nicias y Laques: a él le habían pasado por alto...».[9] Pero, aunque los hechos coinciden, su significado no es el mismo, según los enuncie Tucídides o el propio Alcibíades. La explicación, dada por el historiador, suena a crítica; dada por Alcibíades, se convierte en una profesión de fe audaz y provocativa. Porque Alcibíades reconoce, confiesa y proclama que sus ideas políticas se fundan en consideraciones puramente personales, ¡y su realismo parece pasar por alto que hubiera podido limitarse a buscar el interés de su patria!

Pero esto no es nada todavía, al lado de la explicación que viene ahora, con la que Alcibíades, ayer jefe electo de la democrática Atenas, ¡reniega de todo vínculo con la democracia!

Hay en sus palabras una parte de habilidad, pero también de razón. Recuerda que la oposición de su familia a la tiranía ha sido siempre proverbial: este reconocimiento podía conmover a los lacedemonios que, en todas partes, incluso en Atenas, habían combatido la tiranía, y era un punto de coincidencia entre oligarcas y demócratas. Por cierto, que los defensores de Alcibíades insistirían en este argumento después de su muerte.[10] Aquí Alcibíades va un poco lejos al declarar: «En pocas

palabras, todo lo que se opone al poder absoluto es democracia»; por un bonito malabarismo, suprime la oposíción entre uno y otro régimen.

Pero, en definitiva, a grandes rasgos, el argumento es a la vez hábil y veraz.

El otro argumento que aduce también es válido: al fin y al cabo, dice, la democracia era el régimen imperante: «Y, puesto que nuestra ciudad tenía un régimen democrático, era necesario que, de forma general, nosotros preserváramos lo que había.»

Tampoco le falta razón cuando manifiesta que ni él ni los suyos han sido nunca demócratas a ultranza (como lo eran Hipérbolo, Androcles y la mayoría de los que lo habían condenado). «Pero, en el desorden imperante, nos esforzábamos en guardar en política una mayor moderación. Había otros que, tanto en nuestros días como en los tiempos antiguos, extraviaban miserablemente a las masas: éstos son precisamente quienes me han perseguido.» Y Alcibíades pasa a justificar, con fórmulas dignas de Pericles, el verdadero espíritu democrático, que no es un espíritu de partido sino un auténtico sentido cívico: «Nosotros éramos jefes del pueblo en su conjunto,[11] y considerábamos un deber el contribuir a mantener una forma de gobierno con la cual la ciudad conocía el máximo de poder y el máximo de libertad y que era además, para cada uno, un patrimonio.» En realidad, Alcibíades describe bastante bien su tesitura política, que es la de un demócrata moderado; al mismo tiempo, revela en qué medida esta tesitura era realista y práctica más que doctrinaria. Sólo que después veremos sin sorpresa cómo los defensores de Alcibíades en Atenas asumen otro tono y hablan alto y claro de su entrega a la democracia...[12]

Pero las cosas se tuercen cuando, para halagar a Esparta, Alcibíades trata a la democracia con un desprecio que no hubiera mostrado en ningún otro momento ni en ningún otro lugar: «Nosotros, las personas sensatas, sabemos lo que vale la democracia, y yo más que nadie [puesto que tanto daño me ha hecho] podría denostarla. Pero, ¿cómo decir algo nuevo de una locura que es uni-

versalmente reconocida como tal? No obstante, nos parecía aventurado transformarla, estando vosotros acechando cerca de nosotros, como enemigos.»

«Una locura universalmente reconocida como tal»: en los textos griegos, hemos leído muchos ataques contra la democracia y sus defectos, ¡pero no una fórmula tan radical!

¿Hay que ver en ello el reflejo de lo que se decía entre las gentes ilustradas? ¿De lo que se decía en el entorno de Sócrates? Sería ésta una hipótesis muy frágil. Al contrario, en la brutalidad del tono, uno se siente tentado a percibir el deseo de complacer a Esparta y de hablar como un espartano. Al fin y al cabo, lo sabemos por Plutarco, el muy zorro de Alcibíades apostó a esta carta con decisión. Él, que estaba habituado al lujo, a todos los lujos, adoptó inmediatamente las costumbres espartanas, rasurándose, bañándose en agua fría y comiendo alegremente el triste «caldito negro», ¡como si en su vida no hubiera visto un cocinero ni un perfumista! [13] El propio Plutarco comenta: «Estaba más pronto a transformarse que el camaleón.»

Entonces, ¿por qué no había de adoptar también el tono del oligarca convencido? ¿Así, sin más, forzando un poco la nota? ¿Qué podía importar si con ello traicionaba un régimen al que había servido y al que volvería a servir, más adelante, con aparente convicción...?

Siempre es un placer ver con qué facilidad se mezclan, en un discurso de Tucídides, los elementos a favor y en contra, de una forma tan compleja como la realidad, pero mucho más irónica. Aquí, el argumento razonable está yuxtapuesto a la exageración hipócrita, el realismo se mezcla con la adulación. Quien lea el texto despacio se sentirá cautivado por estas sutilezas. Y es que nos pintan a Alcibíades mucho mejor que los más agudos análisis psicológicos.

Finalmente, la última justificación, y también la de carácter más general, se refería a una cuestión grave: en el discurso, resulta aún más reveladora que las dos primeras. Alcibíades tiene que demostrar que no hace nada

malo al ayudar a los enemigos de su patria, es decir, al traicionarla.

Es tan importante y tan impresionante el texto, que vale la pena citar todo el párrafo (92, 2-4). En él se hace una reflexión sobre la patria, a la que se describe como el lugar en el que una persona goza de sus derechos, y que deja de serlo en el momento en que te los niega; y entonces amar a la patria es querer reconquistarla con las armas en la mano.

«Y pido que ninguno de vosotros me juzgue desfavorablemente si yo, que no ha mucho pasaba por tener el amor del país, hoy marcho resueltamente contra mi patria al lado de sus mayores enemigos; que tampoco el ardor del exiliado suscite prevención contra mis palabras. Exiliado lo soy; y así eludo la maldad de quienes me han desterrado, pero no la posibilidad de seros útil, si me escucháis. Y, por otra parte, los mayores enemigos de Atenas no son aquellos que, como vosotros, veían en ella a su enemiga, sino aquellos que han obligado a sus amigos a convertirse en enemigos.[14] En cuanto al amor al país, yo no lo siento hacia el que me ha tratado injustamente, sino hacia aquel en el que yo podía ejercer mis derechos políticos con toda seguridad; a mi modo de ver, no es verdad que yo tenga una patria y que hoy me revuelva contra ella: al contrario, dejó de ser mi patria y quiero reconquistarla. Y se ama verdaderamente al país no cuando, después de haberlo perdido injustamente, uno se niega a marchar contra él sino cuando por todos los medios y con el mayor ardor del deseo se esfuerza por recobrarlo.»[15]

¡Asombroso Alcibíades! ¡Oyéndole, se diría que es un modelo de patriota precisamente porque se dispone a asestar contra su patria los más duros golpes!

Para medir el alcance del texto es necesario, desde luego, pensar en el eterno problema de los exiliados que vuelven «en los furgones del enemigo»: todo griego que se precie plantea los problemas en términos válidos para otras épocas. Pero, al mismo tiempo, hay que retroceder con el pensamiento hacia los siglos en los que la ciudad griega se encontraba continuamente ante el problema de los exiliados y de su afán por volver.

En las luchas políticas de los siglos VI y V, era frecuente ver condenados al exilio a todo un grupo de ciudadanos: unas veces se expulsaba a los partidarios de la oligarquía, o de los ricos, y otras les tocaba el turno a los demócratas. Y, naturalmente, ellos en seguida se ponían a tramar la manera de regresar y para conseguirlo solicitaban la ayuda de otras ciudades. Esparta y Atenas, o Atenas y Corinto solían hacer esta clase de mediación que, so pretexto de ayudar a los desterrados, les permitía hacer alarde de prestigio o de poder. La guerra del Peloponeso empieza por las luchas de Epidamnos y Corcira; y con frecuencia se leen frases como: «el pueblo expulsó a los aristócratas y éstos se unieron a los bárbaros...» (I, 24, 5), «Corcira se debatía en la guerra civil...» (III, 70, 1): precisamente a propósito de los desórdenes de Corcira, Tucídides hace un análisis general sobre las guerras civiles de Grecia (III, 82). Pero, es que, de igual manera, hemos visto cómo Argos se pasaba sucesivamente de un bando al otro y cómo grupos de hombres eran llevados de acá para allá y cómo surgían luchas contra tal o cual ciudad «que había dado asilo a los desterrados».[16]

Esta particularidad de la vida política de la antigua Grecia justifica, en cierta medida, la argumentación de Alcibíades. Pero hay diferencia, y es considerable. Alcibíades era el jefe, el máximo responsable, el que lo sabía todo: su paso al enemigo era, pues, mucho más grave. Además, él no pedía ayuda para regresar a su país, sino que la ofrecía, y grande, para arruinarlo, ya que su regreso no era sino una consecuencia posible, pero incierta, de esta ruina. Finalmente, lo hacía en un momento en el que Atenas lo había arriesgado todo (a causa de él) y se exponía a perderlo todo (a causa de él). El deseo de regreso adquiría visos de deseo de venganza sin piedad.

Por una circunstancia extraordinaria, varios años después el problema volvería a encender los ánimos. Atenas fue derrotada en el año 404 y Esparta le impuso un gobierno oligárquico. Los demócratas partieron hacia el exilio y después regresaron gloriosamente; lucha-

ron, vencieron y liberaron Atenas. Éste sería uno de los motivos de orgullo de la historia ateniense, en especial porque entonces los demócratas supieron hacer gala de moderación y sentido cívico y concertaron una reconciliación nacional que sería respetada.

Alcibíades ya no lo vio. Pero tenía un hijo que, al parecer, había heredado del padre el gusto por el escándalo, aunque no su genialidad. Este hijo tuvo procesos que, indirectamente, fueron procesos contra el padre. Y en ellos encontramos todo el debate del exiliado patriota.

El discurso de Isócrates, que aboga por el hijo, recuerda que Alcibíades, en el exilio, combatió contra su patria; y también hace mención de la liberación de Atenas por los demócratas: también ellos combatieron contra la ciudad: «¿No ocupasteis vosotros el Pireo? ¿No destruisteis las cosechas de los campos? ¿No saqueasteis las tierras? ¿No incendiasteis los arrabales? ¿No asaltasteis, en fin, las murallas?»[17] Todo esto está muy próximo al argumento del discurso que Tucídides pone en boca de Alcibíades: sólo se le agrega el reflejo halagador de un recuerdo glorioso.

Pero los adversarios del joven y, por consiguiente, del padre, distinguen la falla del razonamiento y protestan. Lisias,[18] en un discurso pronunciado contra el joven (en otra ocasión), declara: «Alcibíades, tiene la audacia de decir, no hizo algo tan grave al marchar contra su patria: vosotros mismos, durante vuestro exilio, tomasteis File, cortasteis árboles, asaltasteis las murallas y, lejos de legar con ello oprobio a vuestros hijos, ganasteis la consideración de los hombres. ¡Como si no hubiera diferencia entre los desterrados que marchan contra su país al lado del extranjero y los que regresan a su ciudad ocupada por los lacedemonios! Pienso yo que está claro para todo el mundo que los primeros pretendían entrar en Atenas para entregar a los espartanos el imperio de la mar, mientras que el pueblo que volvía del exilio expulsó a los enemigos y liberó a aquellos ciudadanos que habían aceptado la esclavitud...»[19]

Indudablemente, la comparación con los exiliados

del año 404, tentadora y halagadora, ayudaba a medir, por lo menos en parte, la diferencia. Y aquí tenemos otro ejemplo de la manera en que, entre los griegos, los problemas se plantean y concretan al ras de la experiencia y a la luz del debate.

El discurso que nos ofrece Tucídides no puede establecer comparación con unos hechos que no se producirían hasta diez años después. Pero, con su concisión y su fuerza, nos da el principio teórico en su forma pura. Sin duda, ello es característico de Tucídides: también lo es de la inteligencia y de la insolencia sin escrúpulos de Alcibíades.

Pero lo que imprime gravedad a su traición y poder de persuasión a su discurso es que, entre estas diversas justificaciones, figuran proposiciones, revelaciones y consejos que cambiarán el curso de la historia griega. Cualesquiera que sean los ejemplos en los que hoy podamos pensar o que podamos imaginar —espías del Este que se pasan al Oeste y viceversa, investigadores atómicos y generales tránsfugas— nunca ha habido traición que aportara tanto al enemigo.

Lo menos que puede decirse es que Alcibíades no llegaba con las manos vacías.

* * *

Entre los consejos que tanto debían contar, hay dos que figuran en el discurso de Alcibíades en Esparta. Dejando aparte la revelación del «gran proyecto» que Alcibíades había mantenido en secreto en Atenas pero cuyos detalles explica minuciosamente en Esparta, para estimular el celo de los lacedemonios, hay que pararse a examinar estos dos consejos, que fueron seguidos y resultaron extraordinariamente eficaces. El primero, evidentemente, es el de ayudar a Siracusa para hacer fracasar la expedición ateniense. Pero, ¿cómo? Nada de enviar una pequeña tropa más o menos eficaz. ¡Quiá! Alcibíades quiere más y sabe lo que puede ser útil allí: «Enviar un ejército de desembarco formado por hombres que sirvan de marinos durante la travesía y, después del de-

sembarco, de hoplitas; además —algo que considero todavía más útil que el ejército— el mando deberá ostentarlo un espartano, que organice los apoyos adquiridos y obtenga por la coacción los que se resistan. De este modo, los amigos con los que contéis tomarán confianza y los vacilantes perderán el miedo a unirse a vosotros.»[20]

Así se hizo. El jefe designado fue Gilipo, a quien se encargó que preparara las tropas, de común acuerdo con los corintios. ¡La operación estaba en marcha!

Los últimos capítulos del libro VI de Tucídides y los primeros del VII muestran una carrera entre los esfuerzos de Nicias en Siracusa y la llegada de Gilipo. Varios pueblos se alían, a causa «de la fuerza que Gilipo parecía traer de Lacedemonia»: desde el primer momento, las ideas de Alcibíades se muestran eficaces. Por fin, llega Gilipo. Su llegada coincide con el momento en que los atenienses acaban de bloquear Siracusa, y, como comenta el sobrio Tucídides, «eso es decir lo cerca que había tenido el peligro Siracusa» (VII, 2, 4).

En lo sucesivo, todo se desarrollará como había previsto Alcibíades... para desgracia de Atenas. En el curso del libro VII vemos sucederse los combates en Siracusa y en la rada; vemos también que, a medida que se robustece la resistencia contra los atenienses, se multiplican las alianzas. Y siempre encontramos juntos a Gilipo y a Hermócrates, el espartano y el siracusano, tan enérgicos el uno como el otro, apoyándose y completándose. Atenas envía refuerzos a su vez, pero es en vano.

Imaginemos este último esfuerzo ateniense, esta terca esperanza. Al parecer, a ella alude Eurípides al final de su *Electra*, cuando hace aparecer a los Dióscuros que declaran, al término mismo de la obra: «Nosotros vamos de prisa al mar siciliano, para salvar las naves azotadas por las olas...» (1348-1349).

Pero, contra la acción organizada según los consejos de Alcibíades, nada prevaleció. Demóstenes, que manda esta nueva flota (y que nada tiene que ver con el célebre orador del siglo siguiente), a su llegada, no puede hacer más que comprobar la gravedad de la situación (VII, 42, 3-5). Quiere intentar una acción rápida, que aún podría

tener éxito: de lo contrario, habrá que reembarcar. Ya sabemos cómo acabó aquello: la acción rápida fracasó. Entonces, ¿reembarcar? Demóstenes así lo quería, pero Nicias, como siempre, vacila. El resultado fue una derrota sin precedentes. Ambas partes se jugaron el todo por el todo y Atenas llevó las de perder. El relato de esta batalla, en la obra de Tucídides, tiene mucha plasticidad y emoción. El resultado es que los atenienses no podrán ni regresar: se retiran a la desbandada, hay matanzas, prisioneros, unos se rinden previo acuerdo y otros sin acuerdo. Demóstenes fue hecho prisionero y condenado a muerte; Nicias, poco antes amigo de los lacedemonios, se entregó a Gilipo, pero no por ello dejó de correr la misma suerte. Son conocidos los sufrimientos de los prisioneros atenienses en los fosos de las canteras de Siracusa. De la flamante expedición conquistadora no quedó nada. Dejemos concluir a Tucídides: «Éste resultó ser el hecho más considerable de nuestra guerra y, en mi opinión, también de todos los hechos griegos de los que se guarda recuerdo, hazaña sin igual para los vencedores, obra maestra de infortunio para los vencidos. Derrotados en todas partes y de todas las maneras, puestos a prueba en la desgracia sin ningún miramiento ni ningún respeto, fue, como suele decirse, el desastre en grado sumo. ¡Infantería, navíos, nada que no pereciera! Y de tantos hombres como partieron muy pocos regresaron al hogar.»[21]

Durante este tiempo, Alcibíades, que había aconsejado la expedición y, dos años atrás, la había mandado, estaba en Esparta, muy orgulloso sin duda del efecto del consejo que había dado. De este «desastre en grado sumo» él era, por su inteligencia, el feliz responsable.

El segundo consejo contribuyó no poco a este resultado, por lo menos, indirectamente, y sus consecuencias se dejaron sentir mucho después de la expedición a Sicilia.

Cuando la expedición no era todavía más que un proyecto, Nicias había señalado que era grande el peligro de marchar tan lejos cuando en la misma Grecia no

estaba consolidada la paz: el segundo consejo de Alcibíades tuvo por efecto reavivar la guerra, de un modo especialmente peligroso para Atenas. Alcibíades aconsejó a los espartanos que hicieran la guerra en Grecia, para impedir que Atenas enviara refuerzos a Sicilia, y que se apoderasen de una fortaleza en el Ática, en Decelea. Decelea está a veinte kilómetros al norte de Atenas, en el camino de Beocia.

«Por otra parte, hay que fortificar Decelea en el Ática, es lo que más han temido siempre los atenienses, la única de las pruebas de la guerra, piensan, que no les es conocida [...]; en cuanto a las ventajas que os valdrá esta fortificación de un puesto de control y de las que privará al adversario, omitiré muchas para no citar en resumen más que las principales: de las riquezas en propiedades con que cuenta el país la mayor parte os corresponderá, ya sea por conquista, ya por cesión espontánea; las minas de plata del Laurión, el rendimiento que actualmente obtienen de la tierra y de los talleres lo perderán también y, sobre todo, las rentas que les aportan los aliados, que ya no les llegarán con tanta abundancia, porque éstos, al estimar que la guerra es conducida enérgicamente por vosotros, tomarán de ellas cuanto deseen» (91, 6-7).

Esto era imaginar un golpe directo contra los atenienses; con una mentalidad muy moderna, Alcibíades calculaba los distintos efectos económicos y financieros: pérdida de las fincas, de la pequeña industria y de las minas, y de las sumas que pagaban los aliados. Y había elegido el emplazamiento estratégico más propicio.

De hecho, fortificar una posición en territorio enemigo era uno de los medios de acción en los que se pensaba en tiempo de guerra. Pericles lo había evocado cuando se preparaba la guerra; a este respecto, había tranquilizado a los atenienses al mostrarles que no podía establecerse un puesto importante sin grandes dificultades y que un simple puesto haría menos daño que el que podía causar Atenas, a la que su marina permitía unas represalias mucho más eficaces.[22] Y, en realidad, fue Atenas la que, en el 424 levantó un fortín en Pilos,

en el Peloponeso,[23] causando graves daños a Esparta. Aquellas defensas de Pilos fueron objeto de múltiples controversias con motivo de la paz de Nicias: Esparta exigía que se le entregara el fortín y Atenas hacía oídos sordos. Pero ahora se habían trocado los papeles: ¡se trataba de un fuerte espartano en plena Ática!

Se había hablado de ello inmediatamente antes de la paz, pero sin precisar el sitio. El consejo de Alcibíades revelaría una extraordinaria sagacidad.

Los lacedemonios se sintieron tentados, pero seguramente también un poco asustados, y actuaron inmediatamente; pero cuando se supo que Atenas iba a enviar refuerzos a Sicilia, decidieron, presionados por sus aliados, que había que pasar a la acción. Estaban hartos de las amenazas atenienses y de la negativa a ceder Pilos; y, puesto que ya peleaban en Sicilia, había que seguir la lógica. Se dedicó todo un invierno a los preparativos y, en la primavera del año 413, los lacedemonios invadieron el Ática y empezaron a fortificar Decelea, de acuerdo con lo previsto.[24] La fortificación se terminó en el verano y en ella se sucedían las guarniciones, y seguirían sucediéndose durante toda la guerra así reavivada, la guerra a la que a veces se ha dado el nombre de «guerra de Decelea» (413-404).

Fue terrible para Atenas: ocurrió exactamente lo que Alcibíades había anunciado. Tucídides declara que esto fue «un golpe de primera importancia» para Atenas.[25] Puntualiza que Atenas «se veía privada de todo el país». Más de veinte mil esclavos y gran número de artesanos habían pasado al enemigo; los rebaños se habían perdido, los caballos, malogrado; los avituallamientos que llegaban de Eubea tenían que hacer costosos rodeos. Y Atenas vivía bajo una amenaza constante. «Ya ni era una ciudad, sino una plaza en estado de sitio: con guardias en las fortificaciones durante el día, por turnos, y por la noche, todos, excepto los de a caballo (unos aquí y allá, frente a los depósitos de armas, los otros en la muralla), los atenienses sufrían en verano y en invierno. Pero nada les abrumaba tanto como tener que librar dos guerras a la vez...»

Alcibíades había apuntado bien y acertado en la diana. No es de extrañar que la gente le guardara rencor: con motivo de un proceso póstumo, Lisias escribe: «El hijo de aquel Alcibíades que indujo a los lacedemonios a fortificar Decelea...» Habría nuevos motivos de queja, a causa del tercer consejo que dio a los lacedemonios;[26] pero éste seguiría provocando encono, y con razón.

A la vista de las consecuencias de estos dos primeros consejos, es indiscutible que Alcibíades prestó a Esparta considerables servicios. Después de ser el gran hombre de Atenas, se había convertido en el gran hombre de Esparta.

* * *

Apenas consumado para los atenienses el desastre de Sicilia, Alcibíades daría a Esparta su tercer consejo, que valía por los dos primeros: acabar de arruinar a Atenas separando de ella a sus aliados de Jonia, la fuerza de su imperio.

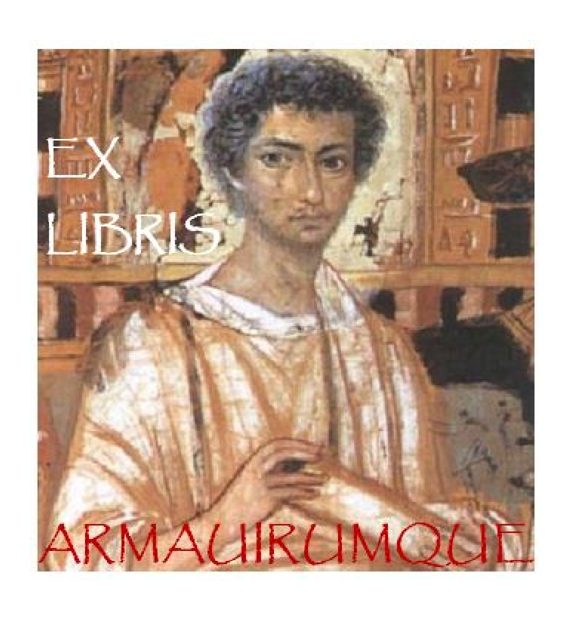
Pero, antes de seguirle por este camino, si nos anticipamos unos meses, veremos que el gran hombre de Esparta tropieza con los mismos obstáculos que el gran hombre de Atenas. ¡Otro escándalo! Y este escándalo, a pesar de todo, debilitará su posición.

¿Deseaba, realmente, como se desprende de una frase citada por Plutarco, tener descendientes que fueran reyes de Esparta? Lo cierto es que sedujo a la esposa del rey Agis[27] y la dejó encinta; durante un terremoto, se le vio salir de la habitación de la reina.[28] Plutarco, interpretando mal un texto de Jenofonte, se hace un pequeño lío con lo de la escapada nocturna y el terremoto; pero una cosa es segura: el escándalo fue público. Más adelante, pesaría en la historia de Esparta, porque este hijo, llamado Leotíquidas, llegado el momento de convertirse en rey, tropezó con la oposición de los que le reprochaban su nacimiento ilegítimo. Jenofonte narra todo el asunto en *Las Helénicas* (III, 3, 2 y ss.): Leotíquidas tuvo que ceder el puesto a Agesilao. En vano ciertos historiadores modernos han querido ver en todo ello un

infundio urdido precisamente para apartar a ese hijo de la línea de sucesión, y durante las últimas décadas se ha escrito y se ha hablado mucho de esta paternidad.[29] Pero el mismo número de artículos y discusiones es prueba suficiente de la falta de indicios seguros. Lo menos que puede decirse es que, en la Antigüedad, el relato fue admitido por todos y, por lo demás, no tiene nada de sorprendente. Alcibíades podía dárselas de perfecto espartano, pero seguía siendo Alcibíades, siempre tan seductor, tan imprudente y, evidentemente, tan desaprensivo.

Me complazco en las comparaciones con nuestro tiempo que a veces se imponen; pero aquí Alcibíades, a fuerza de ser él mismo, desafía cualquier comparación.

Por lo demás, ahora era un aliado precioso, y el rey, por lo menos oficialmente, no se dio por enterado. Alcibíades no tuvo contratiempos evidentes. Con la frente alta, pudo continuar con la puesta a punto de su tercer consejo que iba a marcar el nuevo rumbo de la guerra.



VII

EN EL ASIA MENOR

Tras el desastre de la expedición a Sicilia, el imperio de Atenas quedó muy debilitado. Era un imperio que se fundamentaba en la fuerza principalmente, y ahora Atenas había mostrado su debilidad. Pronto se produjeron movimientos en Jonia y en las ciudades griegas del Asia Menor e islas próximas.

Era aquélla una región de importancia capital para Grecia, puesto que el Asia Menor, en su conjunto, dependía de Persia y una antigua rivalidad enfrentaba a los dos pueblos. Las guerras médicas habían empezado por un levantamiento de estos países contra Persia, levantamiento que Atenas había apoyado. Después de la victoria griega, las islas y las ciudades de la región se contaban entre los aliados de Atenas y representaban pueblos muy ricos. Las grandes islas de Lesbos, Quíos, Samos, la célebre ciudad de Mileto y otras como Abidos al Norte o Halicarnaso al Sur, constituían, en su conjunto, el signo de la presencia griega en Asia Menor y la verdadera fuerza del imperio de Atenas. Así como las guerras médicas habían sentado la base de su independencia respecto de Persia, del mismo modo el golpe sufrido ahora por Atenas podía debilitar la autoridad de su dominio. Ya sabemos con qué apasionamiento los atenienses reaccionaron a la defección de los habitantes de Mitilene en la isla de Lesbos y con cuánta severidad quisieron reprimirla.

Agravaba el peligro la proximidad de los persas, que

estaban al acecho de los signos de debilidad que diera Atenas. Porque Persia seguía existiendo.

Durante la guerra del Peloponeso, Esparta, desde el primer momento, pensó en una alianza con los persas, porque sabía que los bárbaros estarían deseosos de perjudicar a Atenas. Arquidamo, rey de Esparta, había dicho que Esparta tenía que asegurarse alianzas «sean griegas o bárbaras»; incluso había puntualizado que, estando amenazados, podían sin reproche «procurarse, para su seguridad, ayuda no sólo griega sino bárbara». Y Persia era rica, consideración que primaba sobre cualquier otra. Por ello, ya en los primeros años de la guerra, los lacedemonios enviaron al Asia una embajada con la misión de averiguar si podrían convencer al rey para que les proporcionara subsidios y combatiera a su lado. Pero la embajada no llegó y el proyecto quedó en suspenso. Pero era de esperar que hubiera nuevas iniciativas a la primera ocasión propiciada por un eventual debilitamiento de Atenas.

Y así fue. Tan pronto como se conoció el desastre de Sicilia, empezaron las defecciones de las ciudades griegas y las negociaciones entre Esparta y los sátrapas persas.

Ahora bien, en Esparta había un hombre que sabía mejor que nadie lo que aquellas defecciones, unidas a la amenaza de un acercamiento entre Esparta y Persia, significaban para Atenas. Este hombre tenía un interés especial en inducir a Esparta a la acción, mostrándole que estos dos medios podían destruir el poderío ateniense. Este hombre era Alcibíades: la operación de Jonia fue su tercer consejo.

Por otra parte, hay que admirar el certero sentido geográfico con que Alcibíades pasa de un extremo al otro del mundo griego. De Atenas parte para conquistar, al extremo oeste de este mundo, la lejana Sicilia, para asegurar el imperio de Atenas. Exiliado a consecuencia de los «casos», regresa a Grecia propiamente dicha, a Esparta, desde donde se lanza él y lanza a Esparta al extremo oriental de este mundo, hacia el Asía Menor, para destruir el imperio de Atenas. Entonces nadie podía pre-

ver (salvo él mismo, ¿quién sabe?) que su camino lo llevaría otra vez a Atenas a donde regresaría como victorioso salvador.

Cada uno de sus movimientos por este camino fue un prodigio de habilidad, servida por una falta de escrúpulos que ya no nos sorprende.

* * *

En un principio, las cosas no fueron fáciles.

Ciertamente, las defecciones de las islas y ciudades del Asia Menor empezaron pronto. Ya nadie creía en la fuerza de Atenas. Tucídides llega a decir que los súbditos de Atenas no creían que la ciudad resistiera ni un solo verano.[1] Eubea fue la primera que entabló conversaciones con el rey Agis de Esparta (que ocupaba Decelea, en el Ática) para negociar una alianza. Después fue Lesbos la que se dirigió a Agis. Quíos hizo a Esparta una petición análoga. Así pues, todo parecía desarrollarse según las previsiones de Alcibíades. Pero la situación estaba menos clara del lado de Persia y de Esparta, ya que existían divisiones.

El rey de Persia —el Rey, como se decía— gobernaba por medio de sátrapas, que eran gobernadores de provincias muy extensas. Dos de estos sátrapas en seguida vieron la ventaja de un acercamiento a Esparta: la autoridad que Atenas ejercía sobre las islas y ciudades del Asia Menor les impedía exigirles tributo para el Rey, y el Rey esperaba aquel dinero; por lo tanto, sería beneficioso ayudar a Esparta a expulsar a los atenienses. Estos dos sátrapas, que desempeñaron un papel importante en la historia de la época, eran Tisafernes, sátrapa de Sardes, de quien dependía Jonia, y Farnabazo, sátrapa del Daskyleion, al norte del Asia Menor, de quien dependía el Helesponto. Después del desastre de Sicilia, Tisafernes se puso de acuerdo con los habitantes de Quíos que querían abandonar a Atenas, y envió una embajada a Esparta. Casi al mismo tiempo, Farnabazo enviaba otra. Tisafernes exigía una intervención de los peloponesios en su región y se declaraba dispuesto a mantener

las tropas, Farnabazo pedía una intervención en el Helesponto, y sus representantes llevaban dinero. ¡Había que elegir!

En Esparta existían dos tendencias correspondientes a una oposición latente entre el poderoso rey Agis y el leal Endios, el amigo de Alcibíades, que aquel año era éforo. Los éforos eran altos magistrados electivos que ejercían una autoridad soberana, que podía incluso ser superior a la de los reyes, a los que tenían la misión de vigilar. Así pues, podía entrar en juego una rivalidad de influencias.

En un principio, los dos partidos estaban de acuerdo en dar la preferencia a Tisafernes, y esto era lo que deseaba Alcibíades. ¿No tenía él relaciones personales en Jonia? Éfeso y Quíos habían participado en las fiestas de su victoria olímpica y él estaba, dice Tucídides «vinculado a los principales melinos».[2] El rey Agis aceptó la idea, y se preparó la expedición. Alcibíades debía formar parte de ella.

Entonces empezaron las dificultades. Los atenienses, más decididos de lo que cabía esperar, consiguieron bloquear las primeras unidades de la flota peloponesia en un pequeño puerto del territorio de Corinto. La cosa empezaba mal. Los lacedemonios se desanimaron: prontos a renunciar, decidieron no enviar las naves que debían seguir (naves a las que acompañaría Alcibíades) e incluso hicieron volver a algunas que ya habían zarpado.

¡Ahora interviene realmente Alcibíades! El texto de Tucídides muestra su firmeza y también su talento para la intriga: «Empezó a explicar de nuevo a Endios y a los otros éforos que no convenía suspender la expedición por dos razones: ellos llegarían a Quíos antes de la noticia del revés sufrido por esta escuadra y él mismo, cuando llegara a Jonia, convencería fácilmente a las ciudades de que abandonaran a Atenas mostrándoles tanto la debilidad de Atenas como la hegemonía de Esparta; porque a él se le creería antes que a otros. Además, hizo comprender a Endios la gloria que le valdría provocar la defección de Jonia y facilitar a los lacedemonios la alianza con el Rey, en lugar de dejar la hazaña para

Agis; porque existían desavenencias entre Endios y el rey Agis.»[3]

Aquí se ve la habilidad del personaje. Es un exiliado y se permite enemistar a las dos máximas autoridades de Esparta; él es el instigador y el inspirador de todo; también él será el héroe de la empresa, precisamente por su traición. ¡Y nada le detiene, en su afán de vengarse de la patria que no supo conservarlo!

Además, ¡qué magnífica manera de atacar al rey Agis, su antiguo adversario, el que fuera el enemigo a derrotar en el asunto de la alianza con Argos y la batalla de Mantinea y que, es de suponer, gracias a Alcibíades llevaba camino de convertirse en el más insigne marido burlado de Esparta!

Esta bonita intervención tuvo éxito. Y, por una paradoja que recuerda la votación de la expedición a Sicilia, Alcibíades sacó ventaja de tales dificultades. Porque, en un principio, él debía unirse a la expedición que se organizaba bajo el mando de Agis, mientras que ahora partía en calidad de jefe, a la cabeza de una pequeña escuadra que podía decidirlo todo por la sola acción del que la dirigía. Como concluye Tucídides: «Después de haber convencido a todos los éforos, incluido Endios,[4] se hizo a la mar con las cinco naves, en compañía de Calcideos de Lacedemonia, y la travesía fue rápida.»

En efecto, todo dependía de la rapidez, de una mentira por omisión y de aquel arte para la persuasión que parece haber sido en todo momento el sello personal de Alcibíades.

Aquí brilló como convenía. Y fue el triunfo.

Los dos jefes llegaron a Quíos de improviso, fueron recibidos gracias a sus amistades y consiguieron convencer al Consejo: la gran isla, dueña de una flota importante, se apartó de Atenas. La siguieron dos de las ciudades situadas en el continente frente a ella: Eritras y Clazómenes. Pese a una tentativa de los atenienses para impedirlo, la vecina Teos se unió a ellas. Y, lo más importante, Alcibíades consiguió la defección de Mileto. Al parecer, Éfeso se sumó al movimiento.

Para completar la operación, se concluyó un primer

acuerdo entre Esparta de una parte y «el Rey y Tisafernes» de otra.

Todo confirmaba las promesas de Alcibíades y demostraba la validez de su tercer consejo.

Pero Atenas no se amilanaba. Con un tesón admirable, encontraba medios para armar nuevas naves, para tratar de detener la acción enemiga, para intervenir en todas partes. Y, en una segunda fase, reconquistó terreno. Promovió una revolución democrática en Samos, y en esta importante isla, situada al sur de Quíos, encontraría una base valiosísima para la continuación de la guerra. También recuperó Clazómenes, consiguió ocupar Lesbos y hasta amenazó momentáneamente a Mileto.

Alcibíades había prometido tanto, se había mostrado tan seguro de sí, que estas noticias indispusieron a Esparta contra él. Ahora él era prácticamente el único jefe, porque el lacedemonio que le acompañaba en el mando había muerto frente a Mileto. Este arrojado aventurero empezaba a inspirar desconfianza (al rey Agis, el primero, sin duda). Aquí vuelve a dibujarse el esquema de lo sucedido en Atenas: Alcibíades, incluso cuando presta un servicio, acaba por inquietar y suscitar hostilidad. Como dice sobriamente Tucídides: «Además de su enemistad con Agis existían otras razones para que se le considerara poco digno de confianza»[5] (*apistos*, poco seguro). ¿Y cómo no iba Alcibíades a inspirar este sentimiento en algunos? Es el sino de los traidores. Se sumaba a ello el que el acuerdo concertado con Tisafernes (no por él, sino a instancias suyas) irritaba a los que deseaban preservar la autonomía de los griegos de Jonia respecto de los bárbaros. No era sólo que sus fracasos defraudaran, ni que su personalidad resultara inquietante, sino que hasta sus mismos éxitos políticos creaban descontentos...

¿Y entonces...? Pues entonces no tenemos más que leer las novelas de espionaje de nuestros días. ¿Qué se hace con el tránsfuga que te ha servido y del que desconfías? El nuevo comandante de la flota del Pelopone-

so recibió en Quíos, a principios del invierno, la orden de matar a Alcibíades. Simplemente eso.

Ahora no era una condena a muerte, como en Atenas, sino de ejecución discreta y rápida. Pero Alcibíades, al igual que la otra vez, supo escapar a tiempo. Aún le quedaban amigos en Esparta: quizá Endios, aunque ya no fuera el hombre influyente que esperaba aumentar su poder gracias a Alcibíades, o quizá, como sugieren románticamente historiadores de épocas posteriores, la esposa del rey Agis.[6] Lo cierto es que, por segunda vez, pudo ponerse a salvo.

¿Dónde refugiarse? Expulsado de Atenas y amenazado en Esparta, no le quedaba más que una solución, evidente y fácil: marchar a los dominios del sátrapa Tisafernes.

No debe sorprendernos que encontrara refugio. El sátrapa lo recibió, lo escuchó y se dejó seducir. Plutarco se muestra casi lírico, de manera que nos permite hacernos una idea de lo que podía ser el encanto de Alcibíades. Escribe: «Porque aquella suma destreza suya en plegarse y acomodarse aun al bárbaro, que no era hombre sencillo sino cruel y de malísima inclinación, le causó gran maravilla; y a sus gracias en los entretenimientos cotidianos y en el trato familiar no había costumbres que resistiesen ni genio que no se dejase conquistar. Incluso los que le temían y tenían envidia, en tratarle y conversar con él experimentaban placer. Por ello, con ser Tisafernes uno de los enemigos más declarados de los griegos más que cualquier otro persa, de tal modo se rindió a los halagos de Alcibíades, que llegó a excederle en sus recíprocas adulaciones. Por ejemplo, el sátrapa al más delicioso de sus parques o jardines a causa de sus praderías y sus aguas refrescantes, sus glorietas y sus pabellones decorados con un lujo regio y singular, ordenó que se llamara Alcibíades; y éste fue el nombre con que habitualmente le llamaron todos.»[7]

Qué distinto debía de encontrar Alcibíades este lujo, del «caldito negro» de Esparta; pero esta nueva vida comportaba también difíciles adaptaciones. Plutarco, en el texto que hemos citado, dice que Tisafernes era cruel

y enemigo de los griegos: no era hombre a cuyo lado pudiera sentirse a gusto un ateniense; con frecuencia debía de salir a la superficie el bárbaro que había en él. Más adelante, hablando de los habitantes de Delos, Tucídides cuenta que el persa Arsaces, lugarteniente de Tisafernes, maltrató a las gentes de Delos, expulsadas de su isla e instaladas en Atramyteion: «Con el pretexto de combatir a un enemigo misterioso, llamó a los mejores delenses y los llevó consigo, a título de amigos y aliados, y, aprovechando un momento en que estaban almorzando, hizo que fueran rodeados y aniquilados con los venablos» (VIII, 108, 4). Más adelante, Alcibíades experimentaría esta crueldad y alevosía de los sátrapas persas (ya no se trataba de Tisafernes).[8] Pero es fácil imaginar la ductilidad que tuvo que desplegar para mantener su ascendiente sobre su anfitrión y cerrar los ojos a ciertos hechos.

No sólo lo consiguió sino que, más allá de los halagos personales, llegó a ejercer sobre Tisafernes una verdadera influencia política. Tucídides no vacila en escribir que era en todo su monitor (su *didáskalos*). Efectivamente, Alcibíades decide, aconseja, y enseña la lección.[9]

Es más, esta lección, cuyo sentido e importancia veremos ahora, tiene como primer objetivo denigrar a Esparta y apartar de ella al sátrapa.

Evidentemente, Esparta había abandonado a Alcibíades. Pero la víspera él la servía. Había venido al Asia Menor en sus barcos para servir a sus intereses... No importa, otro viraje, no menos brusco que el que lo había vuelto contra Atenas, acompaña su llegada al Asia Menor. Una vez más, ha cambiado de bando.

* * *

Podemos preguntarnos si, desde el principio, al dirigirse al territorio de Tisafernes, Alcibíades tenía el propósito de preparar su futuro acercamiento a Atenas. Seguramente lo deseaba. En él debían de mezclarse el deseo de regresar y el rencor. Pero ahora empezaba a concretarse la posibilidad de regresar. Sin duda, los espartanos

habrían adivinado que su verdadero objetivo no era el de ayudarles (por ello lo habrían considerado «poco seguro»; o, por lo menos ésta era una de las razones). Lo cierto es que Alcibíades no tardaría en comprender que el aniquilamiento de Atenas era un propósito menos digno de sus afanes que el de la reconciliación, a fin de poder regresar un día como salvador.

En cualquier caso, así explica Tucídides los consejos que Alcibíades dio a Tisafernes y al Rey: «Veía en esto la mejor solución para aquellos en cuyo país se encontraba; pero, al mismo tiempo, deseaba preparar el regreso a su patria, sabiendo que, si no la arruinaba del todo, un día podría persuadirla para que lo llamara, y pensaba que el medio más seguro para persuadirla era justamente mostrar sus buenas relaciones con Tisafernes.»

Observamos aquí el uso magistral que hace Tucídides de la doble causalidad, en la que la segunda explicación nos remite de un juicio objetivo a un interés egoísta. Esta ambivalencia de móviles parece ser, a los ojos de Tucídides, una constante en Alcibíades. Se ha mencionado a propósito de la alianza con Argos, sobre la que escribe en V, 43, 2: «Sin duda era realmente su opinión que el acercamiento a Argos era lo más conveniente; pero una ambición debida al orgullo le dictaba también su oposición»; y aquí se manifiesta su envidia por Nicias. De igual modo, en VI, 15, 2, se encuentran dos móviles combinados: el deseo de combatir a Nicias y la convicción de poder realizar su gran proyecto. ¡Feliz coincidencia la que hace que, en cada caso, su juicio lúcido vaya de la mano con su interés! Quizá a tal coincidencia habría que llamarla optimismo.

De todos modos, a propósito de los consejos dados a Tisafernes, en el texto griego se utiliza la expresión «al mismo tiempo...» que indica el deseo de regresar a Atenas como salvador y hombre influyente.

Para ello Alcibíades procedió en dos etapas, netamente diferenciadas, como si nuestro hábil personaje hubiera querido marcar una transición.

Primeramente, lo que aconseja a Tisafernes es una política de balanza y equilibrio entre los dos beligeran-

tes. En Tucídides encontramos los bellos razonamientos realistas que Alcibíades desarrollaba ante el sátrapa: no había que dejar a uno de los dos adversarios la hegemonía en tierra y en mar; había que hacer que cada uno ejerciera su soberanía en su medio «y así el Rey podría actuar contra el que le molestara recurriendo al otro. Si, por el contrario, el imperio terrestre y marítimo llegaba a constituir un solo bloque, no sabría a quién aliarse para abatir a la potencia dominante, a menos que tuviera la intención de alzarse un día él solo, con gran dispendio y riesgo, para librar una lucha decisiva. La solución propuesta era más económica: utilizar a griegos contra griegos, con gastos limitados y sin comprometer su propia seguridad».[10] Un poco más adelante Tucídides cierra esta propuesta con un consejo categórico: «Le decía, pues, que utilizara a los unos contra los otros y entonces, y sólo entonces, una vez hubiera reducido todo lo posible a los atenienses, librara a su país de los peloponesios.»

Todas las políticas exteriores de equilibrio entre dos adversarios tienen aquí su primer modelo, expuesto con una realista lucidez que no hubiera desdeñado suscribir el mismísimo Maquiavelo.[11]

Era un consejo muy sabio que Tisafernes seguiría hasta sus últimas consecuencias.

No obstante, en las circunstancias del momento, una política de bisagra entre Atenas y Esparta exigía una marcada evolución en favor de Atenas que la víspera era todavía el enemigo.

Según el texto de Tucídides, antes del enunciado de principios que acabamos de citar, Alcibíades había esgrimido otros argumentos, más discutibles, en favor de Atenas. Había indicado que podía haber entendimiento entre Atenas, dueña del mar, y el Rey, dueño del continente: Esparta, por el contrario, había venido como liberadora y siempre aspiraría a defender a los griegos, tanto contra el poder persa como contra los atenienses.

El razonamiento es sutil. Lo es hasta el extremo de haber confundido a los copistas del historiador y, más adelante, a sus comentaristas. Pero el sentido general no

deja lugar a dudas. Se funda en una idea que había formulado Nicias para tranquilizar a Atenas respecto a las posibles ambiciones de Siracusa. Había dicho que no era razonable suponer que viniera a atacar a Atenas batiéndose «imperio contra imperio».[12] Así pues, se precisaba una solidaridad de hecho entre los pueblos que ejercían el imperio. Pero lo menos que puede decirse es que la situación del momento, en el Asia Menor, no parecía ajustarse mucho a este análisis. Era Esparta la que se había aliado con el Rey; era ella la que había buscado la alianza al principio de la guerra; y no era de ella de quien tenían queja los sátrapas de las regiones limítrofes con Grecia, sino de Atenas. Por otra parte, ¿no era Atenas desde siempre la ciudad liberadora que había redimido a los griegos de los bárbaros? Las opiniones de Alcibíades eran sorprendentes, desde luego. Tal vez, con su proverbial habilidad para la persuasión, pulsaba, sencillamente, todos los resortes.

En cualquier caso, Tisafernes estaba deseando dejarse convencer: así lo demuestran, todos sus actos.

Primeramente la soldada prometida a las tropas peloponesias. Debía dar un dracma a cada hombre y decretó que en adelante no pagaría más que medio (tres óbolos). Según Plutarco, y según las apariencias, éste había sido el consejo de Alcibíades.[13] La noticia provocó el descontento, en particular entre los hombres de Hermócrates que, después de la victoria de Sicilia, había venido a reunirse con sus aliados peloponesios. Pero Alcibíades lo tenía todo previsto. A instancias suyas (y así lo puntualiza Tucídides),[14] Tisafernes había tenido buen cuidado en dar dinero a los oficiales del ejército peloponesio, a cambio de su avenencia. Es ésta otra de las maneras de «convencer» tan vieja como el mundo; pero demuestra que Alcibíades sabía cómo hacer aceptar sus medidas. Además, a partir de ahora Alcibíades se arroga el protagonismo con decisión: cuando las ciudades vinieron a pedir dinero, «él fue el que las despidió y respondió, en nombre de Tisafernes»: les dijo que Quíos era lo bastante rica como para pagar su propia seguridad; en cuanto a las otras ciudades, antes pagaban tri-

buto a Atenas, por lo que ahora podían destinar el equivalente a su salvaguardia... Con habilidad, Alcibíades agregó que, si el Rey enviaba subsidios, entonces cada uno recibiría las sumas previstas en un principio. Llamamiento al honor nacional, esperanzas y promesas animando a la paciencia... no faltaban. Y el resultado fue que la disminución de la soldada se aceptó sin incidentes.

Después vino la cuestión de la flota. Tisafernes equipaba naves en Fenicia: que no se apresure, le aconseja Alcibíades. El consejo fue atendido; y aquellas vanas promesas hicieron perder a la flota peloponesia mucho mordiente.

En suma, Alcibíades ya había conseguido sembrar el malestar, cuando llegó a Jonia un grupo de hombres enviados por Esparta, a título de consejeros, con el encargo de tomar las medidas que consideraran oportunas: el jefe de la delegación era un tal Licas. Hubo una entrevista entre aquellos hombres y Tisafernes. Licas presentó quejas de todo, en especial del nuevo acuerdo recién firmado entre Esparta y el Rey; se mostró muy dolido y dijo que, en estas condiciones, Esparta, en lugar de liberar a los griegos, los esclavizaba a Persia y que, si éste era el precio a pagar, ¡no pediría subsidios! Tisafernes se enfadó y los delegados partieron hacia Rodas, a la que aliaron a su causa. En otras palabras, tal como quería Alcibíades, las relaciones entre Esparta y Tisafernes se enfriaron; y todo el mundo lo notaba.

Todo el mundo, y también los atenienses de Samos, que comprendían lo que debían a Alcibíades, y comprendían también cuál podía ser el precio que tendrían que pagar por esta ayuda.

* * *

Hubo negociaciones conducidas por Alcibíades, pero no con Atenas sino con el ejército ateniense que defendía la isla de Samos, mismamente enfrente, entre Éfeso y Mileto. Y aquí encontramos la primera señal de lo que caracteriza a esta época: en cierto modo, había dos Ate-

nas, que no siempre se entendían entre sí. Y aún se entendieron menos cuando, por culpa de Alcibíades, sus desacuerdos afectaron a la política interior.

Estamos a primeros del año 411. Alcibíades lleva sólo unos meses con Tisafernes. Este año será, para la democracia ateniense, año de dramas y casi de guerra civil.

Alcibíades tenía amigos en el ejército de Samos. ¡Pues no faltaba más! Y a ellos acude, para pedirles que hagan llegar su mensaje «a las gentes más honradas»;[15] y el mensaje era inequívoco: «Con una oligarquía en lugar de ese régimen de pillos, de esa democracia que lo había expulsado, él regresaría para vivir entre sus conciudadanos, a los que procuraría la amistad de Tisafernes.» Así de claro. Ya estaba lanzada la idea.

He aquí cómo, una vez más, Alcibíades se presenta con una bonita moneda de cambio. He aquí cómo este hombre, condenado a muerte, puede exigir, *de motu proprio*, un cambio de régimen sin parpadear.

¿Tanto le atraía la oligarquía? Ciertamente. Había tenido enemigos personales en el campo de los demócratas convencidos (Hipérbolo y Androcles); ciertamente: estaba resentido; y en Esparta había pronunciado frases de insólita violencia contra la locura de la democracia. Derrocar la democracia sería, pues, satisfacer un verdadero rencor; sería, también, una buena manera de asegurar su futuro. Porque sus viejos enemigos no aceptarían de buen grado su regreso...

Sin embargo... Sin embargo, hay que saber que Alcibíades regresó, en efecto, pero como amigo de los demócratas. Algunos han llegado a imaginar, incluso, que tenía intención de erigirse en jefe del pueblo contra esta oligarquía cuya instauración reclamaba explícitamente;[16] pero la sutil hipótesis carece de fundamento. En realidad, en las circunstancias del momento, los virajes políticos no son cosa sólo de Alcibíades. Todo puede ocurrir y todo ocurre cuando, en una democracia, los enfrentamientos responden más a luchas entre personas que al interés común. Veremos que Alcibíades no es el único al que se pueda hacer este reproche: el año 411 hubo sor-

prendentes trapicheos y deslealtades que Atenas corrigió en última instancia por un soberbio resurgimiento.

Mientras tanto, el mensaje secreto de Alcibíades llega a los notables atenienses de Samos. Éstos saben que él ejerce una autoridad decisiva sobre Tisafernes y, por lo tanto, sobre Persia. Y entonces vemos cómo, movidos también en gran medida por sentimientos personales, «los trierarcas y los más relevantes atenienses de Samos» se muestran decididos a derrocar la democracia. Algunos van a ver a Alcibíades para hablar del asunto. Éste agita ante sus ojos, a modo de señuelo, la posibilidad de conseguir la amistad de Tisafernes y del Rey, si rechazan la democracia; y nuestros hombres están de acuerdo. Una vez más Tucídides nos ofrece una bonita conjugación de móviles: están de acuerdo «a la vez en su propio interés, porque contaban con asumir ellos mismos la dirección de los asuntos [...] y porque pensaban vencer al enemigo».[17] Animados por esta esperanza, regresan a Samos y forman una conjura, pero no mantienen en secreto su proyecto sino que anuncian que el Rey les dará su amistad y dinero si Alcibíades regresa y la democracia es abolida. Evidentemente, la masa de soldados era hostil, pero las ofertas eran tentadoras y no rechistaron. El pequeño grupo tenía las manos libres y la partida estaba casi ganada, aunque había que estudiar la acción a emprender y los medios a poner en juego. Después de todo, no estaban en Atenas sino en Samos, y no tenían autoridad para modificar el régimen establecido.

El caso es que dio lugar a discusiones. Y entonces uno de los estrategos, un tal Frínico, de repente, se declara en contra.

Frínico era un hombre decidido. En otra ocasión ya se había opuesto él solo a todos sus colegas a propósito de un combate naval, declarando que él no libraría el combate «y que les impediría librarlo, a ellos y a cualquiera, por todos los medios a su alcance» (27, I). Su opinión había prevalecido. Y Tucídides señala con este motivo que, ni entonces ni en lo sucesivo, pareció carecer de inteligencia.

Ante las propuestas de Alcibíades, Frínico tiene la misma reacción: solo contra todos, se niega. Lo hace con lucidez y firmeza, fundándose en argumentos que Tucídides reproduce, punto por punto.

¿Alcibíades? Frínico pensaba que Alcibíades, como afirma Tucídides, «y era una gran verdad, no deseaba la oligarquía más de lo que deseaba la democracia, y que su único propósito era, de un modo u otro, cambiar el orden establecido en la ciudad, para volver a la llamada de su facción»; pero, a los ojos de Frínico, lo que importaba por encima de todo era evitar las luchas civiles (48, 4).

Esta preocupación por evitar las luchas civiles es y será durante todo este período la verdadera marca del civismo. Y, en definitiva, será lo que salve a Atenas. Es, pues, interesante observar que la oposición al proyecto de Alcibíades no partió de alguien que estuviera animado de celo democrático, sino de alguien que veía más allá. Si Frínico se hubiera limitado a esto, hubiéramos tenido que felicitarlo...

También era escéptico en relación con las promesas de Alcibíades. Comprendía que el Rey no debía de tener interés en un acercamiento a los atenienses, de los que desconfiaba, cuando los peloponesios siempre se habían portado correctamente con él.

Finalmente, se hablaba de ofrecer la oligarquía a los aliados, y con esto tampoco comulgaba: «No querrían la servidumbre, ni con la oligarquía ni con la democracia, sino la libertad con cualquiera de los dos regímenes.» Incluso analizaba las razones que tenían los aliados para no ser favorables a los oligarcas atenienses.

Esta cruda exposición tiene, entre otros intereses, el de no dejar la menor duda de que para Alcibíades, como para los aliados, las cuestiones de política interior siempre son secundarias respecto del deseo de poder y del ansia de libertad; el resto no son más que pretextos. Incluso en nuestra época, en la que las ideologías todo lo rigen y a veces parece que prevalecen incluso sobre el interés nacional, ¿quién se atreverá a afirmar que el análisis de Frínico no sigue siendo válido hoy en mu-

chos casos? ¿Se puede saber, cuando un pueblo pasa al campo de los demócratas, si es por amor a este régimen o por el afán de recobrar con él su independencia? ¿Y se puede afirmar que ciertas adhesiones individuales al comunismo, pongamos por caso, se deben a una preferencia ideológica antes que a un interés práctico... como el súbito celo de Alcibíades por la oligarquía?

En cualquier caso, la argumentación de Frínico fue enérgica pero no decisiva. Los reunidos no cambiaron de parecer y acordaron enviar a un pequeño grupo a Atenas con la misión de preparar la ciudad para estas nuevas decisiones.

Frínico, derrotado, se dijo que los atenienses llamarían a Alcibíades y que le revelarían la actitud que él había adoptado. Tuvo miedo. Y el resultado fue una serie de gestiones y contragestiones, intrigas y contraintrigas francamente increíble.

Los hechos, según los narra Tucídides, se desarrollaron de la siguiente manera:

Frínico, viéndose en peligro, envió un mensaje secreto al jefe lacedemonio por el que le revelaba que ahora Alcibíades actuaba contra Esparta y ofrecía a los atenienses la amistad de Tisafernes.

Era ésta una traición de envergadura. Porque tales revelaciones las hacía Frínico al jefe militar del país contra el que estaba en guerra. En la misma carta se disculpaba explicando —¡no lo hubiera hecho mejor el propio Alcibíades!— que él estaba en guerra contra Alcibíades, y que era lícito perjudicarle, aun a expensas de su patria. Es decir, también para él las desavenencias privadas legitimaban una traición pública. Bien se ve que la democracia ateniense estaba en crisis.

¿Qué hizo el jefe lacedemonio al recibir esta misiva? Inmediatamente fue en busca de Alcibíades y Tisafernes que estaban en Magnesia, cerca de Éfeso y les explicó el asunto ¡alineándose fielmente a su lado!

¿Por qué? Decididamente, las costumbres no pueden estar a un nivel más bajo: el lector recordará que Tisa-

fernes había tenido la precaución de dar dinero a diversos jefes peloponesios, para obtener su aquiescencia para la rebaja de la soldada.[18] El jefe en cuestión era uno de ellos, y cabe pensar que estaba más o menos comprado por Tisafernes. Tucídides no lo dice, pero se hace eco del rumor, diciendo que el hombre había obrado «por su beneficio personal, según se decía».[19] El traidor Frínico era traicionado, ¡y por dinero!

Él lo supo, naturalmente. Y aquí se produce un gesto que sorprende: asustado del atolladero en que se ha metido, escribe una nueva carta secreta... ¡al mismo! ¡Extraña obstinación la de un hombre que se sabe traicionado! Es cierto que, esta vez, ofrecía mucho más y quizá esperaba sobrepujar con su oferta todo lo demás: ofrecía a los lacedemonios la posibilidad de aniquilar al ejército ateniense de Samos, y les mostraba el medio de desembarcar. Sabía que ésta era una traición más grave todavía, pero todo le parecía permitido: «No se le podía reprochar que hiciera esto, ni que hiciera cualquier cosa, con tal de no dejarse aniquilar por sus peores enemigos.» Era, sencillamente, cuestión de vida o muerte. Pero no todos hubieran considerado —afortunadamente— que semejante situación lo disculpaba todo...

Lo más curioso es que, al escribir la carta, Frínico desconfía —y con razón— de aquel a quien la dirige; porque, a la inversa, él mismo se hubiera apresurado a denunciar el peligro de un desembarco de los peloponesios en Samos y reclamar la construcción de fortificaciones.

En esto llegó la carta de Alcibíades que tanto temía Frínico: el jefe lacedemonio se lo había revelado todo y ahora Alcibíades se dirigía a los atenienses de Samos para acusar a Frínico de traición.

Maravilla de maravillas: para una vez que decía la verdad, ¡no le creyeron! Pensaron que, según la fórmula al uso, era «poco seguro» *(ou pistós)* y que se había inventado esta historia para perjudicar a Frínico. Si el enemigo tenía el plan de desembarcar en Samos, era natural que Alcibíades lo supiera... por los mismos peloponesios. Por lo tanto, su carta no hacía sino confirmar

los rumores de los que Frínico se hacía eco.[20] Admirable moraleja: después de tantas mentiras, Alcibíades no consigue hacer que le crean, lo mismo que el que siempre está gritando que viene el lobo acaba por no asustar a nadie. Y perfecta ironía del juego entre mentiras y verdades por el que las intrigas se anulan entre sí para restablecer el *statu quo*.

Menos suerte tuvo Frínico con los atenienses: el emisario de los conjurados de Samos lo denunció en Atenas y Frínico fue relevado del mando. No tenía más que un recurso: hacerse fervoroso partidario de una oligarquía que, con el rumbo que habían tomado las cosas, ahora se alejaba de Alcibíades. Frínico acabaría asesinado bajo la oligarquía.

Porque la oligarquía iba a llegar. Pero, antes de seguir la evolución de los hechos en Atenas, es necesario volver sobre ciertos detalles del extraordinario embrollo que, en el relato de Tucídides, opone las traiciones de Frínico a los manejos de Alcibíades. Es un relato a la vez dudoso y muy revelador.

Frínico era un hombre inteligente, dice Tucídides. Su primera gestión cerca del lacedemonio fue una imprudencia, pero la segunda fue una locura increíble. ¿Un hombre que es traicionado y que lo sabe se fía por segunda vez del mismo personaje en un asunto en el que está en juego su vida?

Muchos historiadores modernos han considerado que no se puede creer el episodio tal como se cuenta aquí.

Rizando el rizo podemos compartir el parecer de los atenienses de Samos: Alcibíades es poco seguro y se ha inventado esta historia para perjudicar a Frínico. Al fin y al cabo, nuestro hombre era capaz de urdir semejante intriga, y es posible que Tucídides haya sido inducido a error por sus fuentes.[21] Porque, ¿cómo comprobar...? No obstante, resulta difícil creer que el episodio, en el que intervinieron tantos personajes importantes (Alcibíades, Frínico, el jefe lacedemonio) y que debió de con-

mover a la opinión pública, no se funde en pruebas. Las cartas debían de existir.

Pero hay otra manera de comprender el texto y son numerosos los críticos que la han adoptado.[22] Consiste en admitir los hechos tal como son consignados, pero pensando en que un hombre tan sagaz como Frínico, a la vista del resultado de su primera traición, no daría el segundo paso sino para tender una trampa: ahora se trata de una falsa traición. Él sabe que Alcibíades la esgrimirá contra él, por lo que al mismo tiempo toma todas las medidas necesarias para la defensa de Samos, con lo que neutraliza por adelantado la denuncia de Alcibíades e incita sutilmente a la recusación ateniense que, de hecho, se produciría. Frínico no sería un necio, sino, por el contrario, un maestro en el arte del engaño.

Es una hipótesis posible. No concuerda del todo con el texto de Tucídides, pero prescindiríamos de esta divergencia si no existiera la manera de conciliarlo todo.

Frínico envió efectivamente la segunda carta al lacedemonio. Quizá esperaba que, si ofrecía mucho más, se le atendiera mejor.[23] Pero no ignoraba el peligro que se le avecinaba y debió de calibrarlo mejor todavía una vez cometida la felonía. Entonces, rápidamente, previno el peligro adoptando la única actitud que le permitiría hacer frente a la denuncia de Alcibíades.[24] Esta combinación concuerda con el relato de Tucídides y con la fama de inteligente de Frínico.

Pero aquí se ve lo difícil, incierta y controvertida que es la interpretación de los textos. ¿Y cómo no había de serlo, si todo el mundo miente, traiciona y lo sacrifica todo a sus problemas personales? ¿Cómo estar seguros de algo frente a estas versiones, aventuradas y acaso falaces? ¡Quizá Alcibíades se inventó la historia de las cartas! ¿Montó Frínico una falsa traición para tender una trampa? ¿Qué novela policíaca de nuestro tiempo llevaría la intriga a tales extremos? Y vemos acrecentarse la posibilidad de no creer en nada. Pero, incluso con la hipótesis, un tanto descabellada, de que tuviéramos las cartas de Frínico, no sabríamos ni si son auténticas, ni si son sinceras. Porque, en definitiva, las intrigas perso-

nales no perjudican sólo a los enemigos personales, dañan además por adelantado el conocimiento mismo de la verdad.

Precisamente el mayor interés de este episodio reside en su carácter de indicio revelador. De forma directa, pudo tener el efecto de inspirar ciertas dudas en Tisafernes acerca de su seductor consejero que, aparentemente, coqueteaba con los atenienses.[25] Pero, más allá de esta influencia directa en el curso de los acontecimientos, de forma más general, el episodio nos ayuda a medir, por lo tortuoso de las modalidades, el tremendo auge que adquirían estas intrigas y traiciones.

En un principio, hemos visto en Alcibíades un ejemplo aislado del ciudadano que antepone sus intereses a los del Estado porque se deja influir por un ambiente de conflictos internos entre jefes políticos. Era un ejemplo que parecía grave. Pero ahora resulta que en el año 411 ya no es aislado. Alcibíades ya no tiene la exclusiva de esta ruina del espíritu cívico, ya no es el único que lo encarna: encontramos también su equivalente en sus adversarios y en el bando contrario. El mal se extiende, es el signo de la nueva edad de la democracia. Por lo demás, no nos engañemos: Tucídides, en el juicio de carácter general citado más arriba, utiliza el plural. No dice que esta ambición personal fuera acto de uno de los sucesores de Pericles ni de determinados sucesores de Pericles: la frase era general. «Al contrario, los hombres que siguieron eran, por sí mismos, más iguales entre sí y aspiraban cada uno a ese primer puesto», o también: «Los atenienses no sucumbieron sino a los golpes que ellos mismos se asestaron a causa de sus conflictos particulares.»[26] Estas frases no apuntan a un solo hombre sino al espíritu de una época.

¿Y esto por qué? Tucídides indica la falta de un jefe indiscutible; pero podía haber también otras razones.

En primer lugar, el contagio. Porque resulta evidente que, en esta lucha encarnizada, la inquina de uno empuja al otro, por efecto del miedo, a recurrir a medios extremos, sin consideración por el bien común. Alcibíades traiciona porque sus enemigos van a condenarle a

muerte; Frínico traiciona porque teme que Alcibíades le haga condenar a muerte. Los golpes son cada vez más bajos porque los hombres están empeñados en una lucha sin cuartel. Análogamente, en un universo diferente, si un partido recurre a casos de corrupción de tipo económico, el otro, para resistir, se inclinará a hacer lo mismo. Y nunca es casualidad que, en un país, los «casos» y las muertes sospechosas se multipliquen súbitamente en todos los bandos. Tampoco es buena señal; y ahí está el ejemplo ateniense para recordárnoslo.

También puede ocurrir —y así lo apunta Tucídides— que la constante dependencia respecto de un pueblo todopoderoso suscite ambiciones egoístas: hay que complacerle, hay que hacerle promesas y, tan pronto como las cosas se ponen tirantes con él, la reacción normal es la de «cambiar la constitución» —no por el bien del Estado sino por el de los individuos o de los grupos deseosos de aferrarse al poder—. Alcibíades, que reclamaba una revolución oligárquica, sería llamado por los demócratas; y Frínico, que se oponía a la llamada, se convirtió en uno de los miembros activos de esta oligarquía. ¿Y qué puede ser peor para un país que estos bruscos cambios, sobre todo, si ocurren en plena guerra y los partidos se suman a ellos?

En efecto, las luchas individuales y la oposición de tendencias políticas, conducirán en este año terrible de 411 a una revolución y casi a una guerra civil... precisamente cuando Atenas está amenazada por todas partes. ¿Quién había hecho estallar estos conflictos, hasta entonces latentes y bien dominados? No fue la guerra con sus desastres sino Alcibíades, con su súbita exigencia de un cambio de régimen.

Como ocurre con frecuencia en la historia, esta exigencia no tuvo el efecto que él deseaba sino que precipitó a Atenas a unas peripecias de las que hay que atribuirle a él la plena responsabilidad.

Y, una vez más, este pobre diablo, después de sembrar tanto drama, no podía salir mejor librado. Ya se anunciaba su regreso a Atenas.

VIII

CON LOS ATENIENSES DE SAMOS

Por una curiosa paradoja, Alcibíades había exigido la adopción de un régimen oligárquico que pusiera fin a más de un siglo de democracia; la idea fue lanzada y no tardó en cuajar y adquirir fuerza, pero, como el fuego que corre a lo largo de un hilo conductor provoca una explosión en un lugar lejano, así la oligarquía fue instaurada, pero sin Alcibíades y contra Alcibíades. De todos modos, él no perdió nada: Atenas, sometida a la oligarquía, estaba contra él, pero los atenienses de Samos, fieles a la democracia, le dieron su confianza.

Semejante vuelco de la situación exige explicaciones.

Como hemos visto,[1] los oligarcas de Samos, pese a la oposición de Frínico, habían enviado una delegación a Atenas para preparar el cambio de régimen y el regreso de Alcibíades. Mandaba la delegación un tal Pisandro. Otra peculiaridad de los usos políticos de la época: este Pisandro había sido demócrata y uno de los investigadores del caso de los Hermes, ¡por lo que no debía de sentirse muy predispuesto a convertirse en abogado de la oligarquía y de Alcibíades! Pero lo fue, y muy elocuente. A pesar de la hostilidad que se manifestaba en los distintos sectores de Atenas (tanto entre los demócratas, como entre los grupos religiosos como, simplemente, entre los que desconfiaban de Alcibíades), Pisandro salió a la tribuna y apostrofó uno a uno a los principales opositores: «Les preguntó —escribe Tucídides— si abrigaban alguna esperanza de salvar la ciudad, ahora que

los peloponesios no poseían menos barcos que ellos para combatirlos en el mar y contaban con más ciudades aliadas, ahora que el Rey y Tisafernes daban dinero al enemigo, ahora que ellos ya no lo recibirían a menos que se convenciera al Rey de que se pusiera de su lado. Y, a su respuesta negativa, él les dijo categóricamente: "Pues la única manera de que nosotros podamos conseguir esto es la de adoptar una política más sensata[2] y encomendar el gobierno a un número más restringido, a fin de obtener la confianza del Rey; es decidir hoy pensar en nuestra salvación antes que en el régimen (porque después siempre podremos cambiar de él aquello que no nos guste); es llamar a Alcibíades, el único que hoy puede realizar todo esto."»

Dos puntos son dignos de destacar en este texto:

El primero, evidentemente, es el papel de hombre providencial que Alcibíades ha sabido asumir. Porque todos creen que Tisafernes se deja guiar por él en todo (al fin y al cabo, está en su corte), él tiene en su mano los cordones de la bolsa y la posibilidad de dar la victoria a unos o a otros y, por lo tanto, de vender cara su colaboración. El desterrado de ayer se ha convertido en la única esperanza para Atenas. En resumen, ha jugado bien.

La otra observación es el quiebro que hace Pisandro al referirse al paso a la oligarquía. No pronuncia la palabra oligarquía. Habla de una política «más sensata», un eufemismo de los que tanto han agradado siempre a los partidos reaccionarios; y habla de confiar el gobierno a un número más restringido, lo cual estaba en el programa de este partido en Atenas. Pero era un programa que podía cubrir realidades muy diversas.

Atenas conoció dos breves períodos de oligarquía consecutivos. La que se instaura en Atenas el año 411, a consecuencia de las actuaciones que acabamos de ver, es una auténtica oligarquía. Se la ha llamado el gobierno de los Cuatrocientos, porque una de las medidas que se adoptaron fue la de sustituir el Consejo democrático, formado por quinientas personas elegidas al azar, por un Consejo de cuatrocientos miembros, reclutados por cooptación a partir de varios presidentes.[3] La segunda oligar-

quía, establecida después de la derrota y bajo la ocupación enemiga, se llamó régimen de los Treinta, o de los Treinta Tiranos, porque el poder fue puesto en manos de treinta personas. Ambos regímenes eran duros, amparaban arrestos y ejecuciones arbitrarias y no cabía la posibilidad de oposición legal.

Pero, en uno y otro caso, se manifestó una oposición interna, en nombre de la «democracia moderada».

Los partidarios de esta tendencia reclamaban una asamblea; admitían que fuera más reducida que en el pasado, pero representaría una posibilidad de expresión y de discusión. Triunfaron transitoriamente en el 411, y Tucídides aprueba el régimen que entonces se instauró, por el equilibrio que representaba. La política «más sensata» que pedía Pisandro podía comprender tanto una como otra de estas tendencias. Y esto permitió a Pisandro convencer a los atenienses. Por otra parte, dejaba una puerta abierta al sugerir que podía ser una solución provisional.

Así se establecen los gobiernos reaccionarios: a consecuencia de una guerra perdida, bajo el signo de la moderación y en nombre de una regeneración moral. No hace tanto tiempo hemos conocido ejemplos.

Atenas fue, pues, ganada para este programa de salvación pública. Y envió a Pisandro y a otros diez delegados al Asia Menor a negociar con «Tisafernes y Alcibíades».

* * *

¡Pero allí, la decepción! La negociación va mal. Y Alcibíades es el primero en hacer que vaya mal.

Poderoso lo es: él es quien habla en nombre de Tisafernes. Pero sus exigencias resultan catastróficas. En el curso de tres reuniones sucesivas, reclama primeramente para el Rey toda Jonia, además de las islas vecinas, ¡y el derecho a construir una flota, libre de actuar a su antojo en todas las costas del país! Eran exigencias inaceptables y deshonrosas para un pueblo de la tradición ateniense, y así serían calificadas durante décadas.[4] Los atenienses, naturalmente, las rechazan y regresan con-

vencidos de que Alcibíades ha pretendido embaucarles.

Es ésta otra historia extraña. ¿Cómo explicar la actitud de Alcibíades? Desde luego, él no es más que el portavoz de Tisafernes y no tiene parte en el planteamiento de las condiciones que expone. Pero se presta a exponerlas, y Tucídides admite que con esto se hace parcialmente responsable. Su explicación, a decir verdad, es complicada y poco convincente. Alcibíades, al parecer, habría comprendido que Tisafernes, fiel a la política basculante que él mismo le había aconsejado en un principio, no aceptaría el acercamiento a Atenas, pero quería que el rechazo partiera de los propios atenienses, para evitar un grave daño a su propio prestigio: «Alcibíades, que veía a Tisafernes hostil a todo acuerdo, quería hacer creer a los atenienses que él no era incapaz de convencer a Tisafernes y que, por el contrario, éste estaba deseoso de llegar a un acuerdo, pero que Atenas le ofrecía muy poco» (56, 3). La explicación sería convincente si hubiera servido a Alcibíades para preservar su prestigio, si hubiera dejado una puerta abierta a eventuales negociaciones. Pero el relato no sugiere tal cosa.

¿Fue, pues, Alcibíades esta vez instrumento pasivo en manos de un Tisafernes más recalcitrante de lo que él esperaba?

Quizá no sea necesario suponer tal cosa: después de todo, nadie podía obligar a Alcibíades a destacarse de este modo asumiendo un papel semejante. En realidad, al contemplar los acontecimientos posteriores, se nos ocurre otra explicación, puramente hipotética, cierto, pero más acorde a la idiosincrasia del personaje y apta para combinarse discretamente con la versión que da Tucídides. Sí, Alcibíades podía desear que la ruptura partiera de los atenienses (y que llegara antes); pero también podía mirar más allá y, después de haber puesto en marcha todo este movimiento en favor de la oligarquía, preguntarse si, en definitiva, no sería preferible esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No podía ignorar que para él Pisandro era un aliado inquietante, y que en Atenas el horizonte no estaba despejado. También debía de saber que en Samos, aho-

ra tan partidaria de la oligarquía, habría también gentes del otro bando. Y viendo en las dificultades de la situación la ocasión para introducir un compás de espera, decidió no emplearse a fondo en pactar con los enviados atenienses.

Porque este hombre, tan hábil para convencer, también sabía —lo que es aún más difícil— aprovecharse de la irritación que inspiraba. En nuestros días, pocos políticos saben hacer eso. Pero los ha habido, y muy ilustres.

Lo cierto es que, por culpa de Tisafernes y por culpa del propio Alcibíades, se rompieron las negociaciones y todo hacía creer que las cosas se ponían difíciles para él. Tisafernes volvió a ayudar a los peloponesios; concertó con ellos un nuevo acuerdo y les prometió subsidios y barcos. Por otra parte, Samos recibió a Pisandro y se adhirió a la oligarquía dejando a un lado a Alcibíades. La delegación de Pisandro, durante su regreso a Atenas, abolió la democracia en todas las ciudades por las que pasaba, antes de rematar el trabajo en Atenas donde sus amigos habían preparado el terreno. Incluso se había recurrido a la violencia: Androcles, el antiguo adversario de Alcibíades, fue asesinado, ¡por ser adversario de Alcibíades!, por un grupo de conjurados que ignoraban que no se iba a llamar a Alcibíades. Y la oligarquía se instaló sin él.

¿Qué posibilidad le quedaba a este nuevo gobierno, sino la de pactar con Esparta? «Se enviaron emisarios a Agis, rey de Esparta, que se encontraba en Decelea, para decirle que querían negociar presumiendo que le sería más fácil llegar a un acuerdo con ellos que con aquel pueblo indigno de confianza.»[5] Agis, al ver el desorden que reinaba en la ciudad, no quiso negociar. Los atenienses insistieron: su única esperanza consistía en parar la guerra. Sin Alcibíades, había que admitir la derrota y acabar.

Hubiera podido hacerse así, pero no se hizo: la situación cambió, y Alcibíades, una vez más, se encontró en primera fila.

* * *

El cambio partió de Samos.

Al principio, Samos se precipitó hacia la oligarquía. Hubo actos de violencia. Hipérbolo, el demócrata al que Alcibíades había conseguido hacer condenar al ostracismo, fue asesinado. Androcles en Atenas e Hipérbolo en Samos: los enemigos de Alcibíades caían como por casualidad. Pero estos desórdenes provocaron reacciones. Se alertó a los estrategos, que eran más bien contrarios a la oligarquía y también a los más destacados enemigos de este régimen. Éstos, a su vez, se dirigieron a los soldados. Y, el día convenido, cuando los conjurados partidarios de la oligarquía quisieron desencadenar la violencia a mayor escala, se encontraron frente a gentes prevenidas y llevaron las de perder. Se pactó la paz entre los dos bandos, una paz que los unía bajo un régimen democrático.

Estos partidarios de la democracia, ahora vencedores, ignoraban cuál era la situación en Atenas. Deseosos de informar a la ciudad, enviaron una delegación a bordo del *Paralia*, un navío escogido que había contribuido a su éxito. ¡Pero llegaron en mal momento! Varios de los delegados fueron detenidos y algunos, muertos. El jefe pudo escapar y regresó a Samos inmediatamente. Allí refirió lo sucedido en Atenas «exagerándolo todo», dice Tucídides. Pintó un cuadro espantoso de la tiranía imperante, y fue tan fuerte la indignación, que faltó muy poco para que se cometieran actos de violencia.

Pero se impuso la serenidad. Ahora había dos Atenas: el gobierno de Atenas, oligárquico, y el de Samos, democrático. Estaba decidido: en el ejército, todo el mundo, tanto oligarcas como demócratas, juró «vivir en democracia y buen entendimiento, librar enérgicamente y hasta el final la guerra contra los peloponesios y tratar a los Cuatrocientos como a enemigos, sin enviarles heraldos».[6]

Ahora Samos, o, mejor, los atenienses de Samos, se consideraban soberanos. La verdadera Atenas estaba en Samos. Y, para dar a entender que la ciudad de Atenas ya no estaba con ellos, los atenienses de Samos decían

que se había «separado», palabra con que habitualmente se designaba a los que rompían una alianza.

En la historia reciente hemos conocido «separaciones» de esta índole. Francia tuvo un Gobierno en Vichy y un Gobierno en Londres. Pero salta a la vista la diferencia. De las dos Atenas, ninguna estaba ocupada por el enemigo ni refugiada en el extranjero: la división era únicamente entre atenienses y atenienses. Por otra parte, era más profunda de lo que podamos imaginar, aunque no fuera más que por la distancia y el tiempo necesario para toda comunicación. Sin duda el teléfono, la radio y la televisión hubieran dado a los acontecimientos un curso muy distinto. Y debe de haber muy pocos ejemplos de división de una ciudad tan pequeña en la que las dos facciones enemigas quedaran situadas tan lejos una de otra.

Esta división había nacido de la iniciativa de Alcibíades y cambiaría el curso de su vida.

* * *

Algunos de los dirigentes atenienses de Samos, decididos a continuar la guerra, deseaban que se llamara a Alcibíades, entre ellos Trasíbulo, uno de los artífices del giro hacia la democracia. Entonces era trierarca. Por cierto que este hombre enérgico tendría el mérito de hacer triunfar la democracia durante la segunda oligarquía, al final de la guerra, y presidir después la reunificación de Atenas.

Trasíbulo acabó convenciendo a los soldados que, reunidos en asamblea, votaron el regreso de Alcibíades y garantizaron su seguridad y él en persona fue a buscarlo a la corte de Tisafernes. Tucídides explica que «la única posibilidad que les quedaba era que Alcibíades hiciera pasar a Tisafernes del campo de los peloponesios al de ellos» (81, 1).

Y aquí tenemos, pues, a Alcibíades convertido en árbitro de la situación y a punto de regresar, si no a Atenas, por lo menos a una de las dos Atenas, la Atenas democrática de Samos. Lo que había propuesto a los oligarcas

se hacía ahora con los demócratas. No podemos menos que admirar este nuevo giro. Hemos visto una primera combinación: la oligarquía asociada con Alcibíades; después de la ruptura, oligarquía sin Alcibíades y, en Samos, democracia; ahora habría oligarquía sin Alcibíades en Atenas y democracia con Alcibíades en la Atenas de Samos. No hace falta ser un lince en política para adivinar que la democracia con Alcibíades sería la más fuerte y que el gobierno de los Cuatrocientos tenía los días contados.

Entretanto, Alcibíades entra de nuevo en la política ateniense con habilidad y firmeza.

En sus primeros contactos, evoca su exilio para conmover y, sobre todo, por supuesto, promete. Tucídides subraya que promete mucho: «Hacía una promesa que era el colmo de la baladronada: Tisafernes, decía, le había jurado que, mientras conservara algo y si podía mantener su confianza en los atenienses, a éstos no les faltarían subsidios, aunque él tuviera que vender su propio lecho;[8] las naves fenicias, que ya estaban en Aspendos, serían entregadas a los atenienses y no a los peloponesios; pero él no se fiaría de los atenienses más que si Alcibíades en persona volvía sano y salvo y respondía de ellos ante él.»[9]

Después de esto, ¿alguien se asombrará de que los soldados inmediatamente nombraran estratego a Alcibíades y le confiaran el cuidado de sus asuntos? Estaban contentos y esperanzados; triunfarían, ¡Alcibíades lo arreglaría todo!

Naturalmente, Tucídides no se equivoca al hablar de baladronada, porque lo que hemos podido ver del carácter de Tisafernes no concuerda con estas hiperbólicas declaraciones, ni con estos juramentos, ni con estas seguridades. Pero Alcibíades tenía que convencer ahora o nunca. Y los atenienses, apremiados por las dificultades, distinguían con agrado aquel rasgo de carácter que también era suyo y que habían advertido los corintios en el libro I de Tucídides, es decir, el optimismo, en griego, la facultad de tener «buena esperanza» o «esperanzas felices», de ser *euelpides*, que es el nombre que Aristófanes

da a los dos atenienses que figuran en su comedia *Las aves*. «Ellos practican, decían los corintios, la audacia sin medir sus fuerzas, el riesgo sin detenerse en la reflexión, y el optimismo en las situaciones graves.»[10] Por lo tanto, creían que iban a triunfar fácilmente en todos los campos, con la ayuda de Tisafernes.

Dicho esto, su entusiasmo nos da una nueva prueba de la seducción de Alcibíades, de sus dotes de persuasión y del *aura* que envolvía a este personaje por lo demás tan inquietante.

Pero Alcibíades no era uno de tantos demagogos que dirían cualquier cosa con tal de complacer al pueblo; su primer gesto denota visión y firmeza.

Animados de su nueva confianza, olvidando los riesgos de la guerra, los soldados de Samos estaban dispuestos a zarpar rumbo al Pireo para poner fin a la oligarquía: Alcibíades, a pesar de su insistencia, se opuso resueltamente. Lo habían llamado para que se ocupara de la guerra, y de ella se ocuparía: inmediatamente iría a ver a Tisafernes. Así lo hizo: había evitado a los suyos no sólo una guerra civil sino una derrota segura en la guerra contra Esparta.

Y esto no fue todo. Un poco más adelante, cuando llegaron a Samos los enviados de los Cuatrocientos (¡siempre las demoras!) que pretendían mostrarse apaciguadores y tranquilizadores, los soldados de Samos se lo tomaron muy a mal y nuevamente sintieron el impetuoso deseo de partir hacia Atenas, abandonando Jonia al enemigo. Una vez más, Alcibíades intervino en el mismo sentido, y Tucídides destaca el servicio que entonces prestó: «En esta circunstancia, en la que ningún otro hubiera sido capaz de contener a la multitud, él supo al mismo tiempo hacer abandonar la operación y detener con ásperas palabras a los que pretendían exigir a los delegados satisfacción de agravios personales. Él personalmente despidió a la delegación con la respuesta de que no se oponía al poder de los Cinco Mil[11] pero que invitaba a los atenienses a apartar a los Cuatrocientos y restaurar el Consejo en su forma anterior, la de los Qui-

nientos.» Se pronunciaba por la continuación de las hostilidades y un acuerdo entre los dos partidos.

Con esto, Alcibíades evitaba el desastre. Y se acercaba al ideal que pronto triunfaría sobre los Cuatrocientos: el de una democracia moderada y un equilibrio entre las diversas tendencias. Finalmente, y sobre todo, hablaba como un jefe.

Ciertamente podríamos sorprendernos de esta especie de doblete histórico y sorprendernos también de ver a Tucídides extenderse tanto en la segunda ocasión y tan poco en la primera: pero no hay que preocuparse por ello. La primera vez, se trata de veleidades; la segunda, los representantes de los Cuatrocientos están allí y la cólera estalla: la crisis es más grave. También es la ocasión de dar una prueba de autoridad más contundente, de hacer un planteamiento político más concreto. Y por ello Tucídides insiste con una fórmula cuyas palabras por cierto se prestan a discusión: «Y parece que Alcibíades, por primera vez en este momento [o "el primero en este momento"] [12] y mejor que nadie, prestó un buen servicio a la ciudad.»

Según el texto que se adopte, el elogio es más o menos acentuado: si hacemos escribir a Tucídides que Alcibíades prestó un buen servicio a Atenas «por primera vez» ello supone un juicio severo para Alcibíades; si le hacemos escribir que él fue entonces «el primero» en prestar ese servicio, el elogio no encierra reserva alguna. Cualquiera que sea la solución que se adopte, es manifiesta la insistencia sobre el papel desempeñado por Alcibíades en esta ocasión.

Y, a decir verdad, uno se siente conmovido al verle convertido en un jefe responsable, adoptando el tono que caracterizaba a Pericles. Tucídides alaba la capacidad de Pericles para oponerse a la multitud: «Cada vez que les veía entregados a una insolente confianza, los fustigaba con palabras, inspirándoles temor...» Es decir, era razonable ante su sinrazón: Alcibíades, por una vez, imita este modelo.

Esta actitud dio sus frutos.

Los dio, en particular, a la propia Atenas, donde se

manifestó una cierta resistencia de los moderados, animados «por la firme posición de Alcibíades en Samos y por la impresión de que el régimen oligárquico no resistiría» (89, 4). Terámenes, a la cabeza de los moderados, triunfó. Hubo desórdenes, miedo a una acción enemiga; cerca de Eubea se libró una batalla en la que Atenas perdería esta isla. Pero, a pesar del pánico, triunfaron los moderados. Los jefes de la oligarquía se retiraron a Decelea. Se instauró la democracia moderada y, sin más tardanza, se votó el regreso de Alcibíades.

Estaba ganada la partida, a condición de que la guerra lo estuviera también. Y aquí merece la pena observar cómo actuó nuestro hombre para dar la impresión de que, efectivamente, traía la alianza de Tisafernes bajo el brazo.

Durante este período se habló mucho de la famosa flota que Tisafernes aprestaba en Fenicia y que debía desequilibrar las fuerzas en la guerra entre Atenas y Esparta.

En la obra de Tucídides se hace alusión a ella desde el momento en que Alcibíades se instala en la corte del sátrapa: Alcibíades le aconseja no dar a Esparta una superioridad excesiva «cediéndole los barcos que justamente estaba haciendo equipar» (46, 1). Es una simple alusión; pero es evidente que hacía tiempo que la llegada de estos barcos era prometida, discutida y esperada. La llegada dependía de Tisafernes, pero también del Rey; porque Fenicia no pertenecía a la satrapía de Tisafernes.

Cuando Alcibíades se acercó a los atenienses de Samos, la flota no había llegado, pero al parecer ya estaba lista y en camino, y Alcibíades no vaciló en prometer que no vendría en ayuda de los peloponesios sino de los atenienses: «Las naves fenicias que ya estaban en Aspendos serían entregadas a los atenienses» (81, 3).

Pero entonces Tisafernes, al ver el descontento de los peloponesios, decidió mantener la balanza en el fiel e hizo un gesto «Se dispuso a reunirse con las naves fenicias en Aspendos e invitó a Licas (el espartano) a acompañarle» (87, 1).

¿Va a entregarlas a Esparta? ¿Quiere entregarlas a Esparta? Esto sería grave para Alcibíades, pero Tucídides reconoce que no es seguro: «Acerca de la intención con que marchó a Aspendos y después volvió de allí sin los barcos no todo el mundo está de acuerdo.» El número de barcos, puntualiza, era de ciento cuarenta y siete.[13] Lo hubieran cambiado todo. Y no llegaron. ¿Quería Tisafernes servirse de uno y otro bando sin ayudar a ninguno? ¿Simulaba, para complacer a Esparta? ¿Había dificultades de dinero? Tucídides se inclina por la primera explicación y sugiere que la larga ausencia del sátrapa tenía por objeto prolongar el *statu quo* y la espera. También es posible que en el seno del imperio persa apuntaran dificultades que aconsejaran no alejar la flota.[14] Lo cierto es que las tan esperadas naves no aparecieron.

Tisafernes se justificó: no había traído la flota porque no era tan numerosa como él había previsto... ¡Palabras y nada más!

Alcibíades sabía la importancia que el asunto tenía para él y no titubeó en ningún momento. Al enterarse de que Tisafernes iba a Aspendos, se hizo a la mar con trece naves y con el mismo destino.

Y ésta es la segunda promesa que hizo a los atenienses en el momento de partir: les prometió «prestarles un servicio seguro y considerable; porque, una de dos, o traía la flota fenicia a los atenienses o, por lo menos, impediría que fuera para los peloponesios».

¡Admirable Alcibíades! Su primera promesa fue conseguir la flota fenicia para Atenas. Pero debía de saber, o de intuir, que ello no sería fácil y que se exponía a encontrarse ante un Tisafernes decidido a no ceder. ¿Qué hace entonces? Se atribuye un mérito de lo que, en realidad, es un fracaso: se jactará de haber impedido que la flota se una a las fuerzas de Esparta. Este resultado es más fácil de conseguir. Y hasta podría tener un efecto positivo respecto a Esparta: puesto que Alcibíades había seguido a Tisafernes, Esparta podría pensar que Tisafernes le había escuchado y se decantaba del lado de Atenas. Según explica Tucídides, «Alcibíades deseaba com-

prometerlo como si fuera amigo suyo y de los atenienses: esto obligaría a Tisafernes a inclinarse más aún del lado de los atenienses» (88). ¡Cuántas intrigas, cálculos y presiones en torno a una flota que brilla por su ausencia! Pero los resultados no fueron desdeñables. Esparta, efectivamente, empezó a dudar de la llegada de las naves e inició un acercamiento a Farnabazo, el otro sátrapa. Con ello, la ausencia de la flota era un tanto a favor de Alcibíades.

En realidad, ni siquiera es seguro que llegara a Aspendos. Tucídides nos dice que fue hasta el sur del Asia Menor, a Faselis y a Caunos, para regresar después «de Faselis y Caunos».[15] Pudo no haber pretendido más que mostrarse y acechar a distancia. Pero fue suficiente: regresó a Samos, ufano de haber impedido la entrega de los barcos a los peloponesios y haber conseguido este resultado: «Ahora, gracias a él, Tisafernes tenía más amistad que antes con Atenas» (108, 1).

¿Pura leyenda? ¿Magnificación hábil de una intervención que tal vez tuviera un poco de trascendencia? Aquí se manifiesta un arte para la propaganda personal que desafía cualquier crítica para siempre.

Lo que podríamos llamar «la cita de Aspendos» ha quedado como un hermoso ejemplo del arte de sacar el mejor partido de las situaciones menos propicias.

Pero Alcibíades no se conformó con esta acción de sabia diplomacia. Cuando los otros jefes de los atenienses de Samos volvían de librar una batalla cerca de Quíos, él, recién llegado de su expedición, zarpa a la cabeza de una veintena de naves: va a reclamar dinero a Halicarnaso y a fortificar la isla de Cos, situada frente a sus costas. El dinero se necesitaba para sufragar la guerra. En cuanto a Cos, tenía que mantener a raya la Caria. Solventados estos asuntos, también él se dirige hacia el Norte, tras la flota peloponesia y las fuerzas de los atenienses de Samos. Pronto el propio Tisafernes subirá primero a sus Estados y después al Helesponto: la lucha se desplaza hacia los estrechos.

En realidad, los refuerzos que llevó Alcibíades contribuyeron a una victoria notable: servía bien a su patria recuperada.

Pero ¿podemos decir «recuperada»? El regreso de Alcibíades a Atenas se votó cuando él estaba todavía ocupado por la cita de Aspendos. Ya podía regresar. Era el verano del año 411. ¿Regresaría?

Aquí la cronología sorprende: Alcibíades no regresaría a Atenas hasta cuatro años después, en el verano de 407.

¿Por qué tanta demora? ¿Por qué la espera? Por prudencia, evidentemente.

La situación no estaba aún muy clara en ningún sitio.

No estaba clara en Atenas desde luego.[16] La ciudad había sido sacudida por disturbios revolucionarios. Vivía bajo un régimen mixto, completamente nuevo, que pronto viró hacia la democracia y vio renacer la influencia de los demagogos, como aquel Cleofón que representa la democracia extrema, la misma que preconizaban Androcles e Hipérbolo, viejos enemigos de Alcibíades. Y los demócratas seguían sin mirar con buenos ojos a Alcibíades que, no hacía mucho, había propuesto regresar a Atenas exigiendo la instauración de la oligarquía. A fin de combatir esta desconfianza, era necesario reconstituir un poco el grupo de los amigos de Alcibíades y preparar el terreno. Alcibíades, que mandaba de hecho una parte de las fuerzas atenienses, no podía regresar más que como estratego elegido y reconocido. Este momento estaba lejos. Y ahora él ya había adquirido experiencia y perspicacia suficientes como para darse cuenta de ello.

Por otra parte, tampoco las cosas estaban claras en la guerra. Él había prestado buenos servicios, y se ufanaba de su magnitud, pero todavía no había podido conseguir una victoria decisiva. Sus relaciones con Tisafernes eran complicadas y poco seguras. Militarmente, la guerra no estaba perdida, pero se había estancado. Él era responsable en gran parte del desastre de Sicilia, de la ocupación de Decelea en el Ática, de los triunfos pelo-

ponesios en Jonia, donde se habían producido graves defecciones: era necesario algo más que la ausencia de las naves fenicias para que pudiera regresar como salvador.

En este período de cuatro años —cuatro largos años— , Alcibíades conseguiría realizar esta transformación. Porque, después de todo lo que había logrado, ¿cómo no iba a conseguirlo?

El siguiente objetivo es, pues, Atenas; pero no podrá alcanzarlo sino después de muchas operaciones a largo plazo.

* * *

Antes de abordarlas, dejaremos un momento la Historia para pasar al teatro. Ya hemos citado una tragedia de Eurípides a propósito de la expedición a Sicilia. Mientras Atenas vive estos acontecimientos, Eurípides representa *Las fenicias*, tragedia que escenifica la lucha fratricida entre Eteocles y Polinice, hijos de Edipo. En ella, Polinice aparece más simpático de lo habitual, y el autor le hace evocar las amarguras del exilio. Aquí tenemos a un exiliado que entra en guerra contra su patria, a fin de poder volver a ella. Inmediatamente, la gente pensó que este Polinice era un trasunto de Alcibíades. Incluso es una de las razones que se invocan para datar la obra poco después del 411.

A decir verdad, la crítica sacaba punta a todo, con tal de encontrar coincidencias entre Polinice y Alcibíades. Polinice tomaba esposa en Argos: ¡la política argiva de Alcibíades! Había yeguas en el escudo de Polinice: ¡la cuadra de carreras de Alcibíades! Etcétera. Hace ya treinta años que criticamos con firmeza estas interpretaciones.[17] Quizá haya en tal o cual detalle una asociación más o menos consciente; pero el significado de la obra no reside ahí sino en la pugna entre ambiciones que pone en peligro la ciudad. En ese afán de poder que impulsa a Polinice a atacar a su patria y a Eteocles a declarar que está decidido a sacrificarlo todo por la Soberanía. Y, para poner de relieve la gravedad de semejante

actitud, Eurípides les contrapone al joven Meneceo, dispuesto a dar la vida por su patria.

¡Sí, también entonces existía la actualidad! Y los últimos acontecimientos relatados aquí demuestran la necesidad y la urgencia del alegato de Eurípides. Coincide con el veredicto de Tucídides al atribuir las desgracias de Atenas al efecto de las ambiciones personales. Más aún: Tucídides señala sobre todo este efecto de las ambiciones personales en los años de crisis que acabamos de contemplar, y escribe, a propósito de la agitación del año 411: «La mayoría se dejaba guiar por su ambición personal» (VIII, 89, 3). Si la tragedia de Eurípides alude a Alcibíades no es por pequeñas coincidencias con Polinice de carácter externo, sino por la manera en que también él supeditaba los intereses de Estado a los propios, lo mismo que los dos hijos de Edipo.

Por lo demás, el veredicto de la obra no coincide sólo con el de Tucídides sino también con el de Platón en el *Gorgias*, donde presenta a Calicles, un ambicioso tan franco y decidido como Eteocles. Calicles apoya sin reticencias la ley del más fuerte. Evidentemente, no es Alcibíades, aunque es posible que hombres como Alcibíades pudieran ayudar al autor a trazar el personaje.[18] Éste es, empero, el símbolo de la crisis que Alcibíades contribuyó a animar y de todas las crisis comparables que surgen en la Historia cuando una democracia pasa por momentos difíciles. Quizá la nuestra no sea una excepción. La tragedia *Las fenicias* aboga por el civismo, como deberíamos clamar también todos nosotros.

El autor clama contra la rivalidad de las ambiciones, reconciliación y entendimiento. Éstas fueron en Atenas las consignas de la democracia moderada que sucedió al régimen de los Cuatrocientos. Pero ¿era total el apaciguamiento? Alcibíades debía de dudarlo, puesto que, cuando ya tenía al alcance de la mano su objetivo, que era el regreso a Atenas, demostrando una prudencia insólita en él, no regresaba sino que se mantenía a la expectativa.

SEGUNDA PAUSA

ALCIBÍADES ENTRE DOS HISTORIADORES

Los últimos acontecimientos relatados corresponden a las últimas páginas de la obra de Tucídides. Ésta debía abarcar hasta el final de la guerra, a la que por cierto el historiador alude en numerosas ocasiones. Pero, en el otoño del año 411, la crónica se interrumpe bruscamente.

Es Jenofonte el que la continúa con *Las Helénicas*. No obstante, a pesar de que, evidentemente, Jenofonte se proponía continuar la obra inacabada, su relato es muy diferente. No consigna sino lo que hace referencia directa a la guerra, sin ahondar en móviles ni cálculos, ni desprender o sugerir lecciones políticas. Ello ha provocado cierta falta de coordinación hasta en los relatos modernos relativos a este período.

Pero este cambio de tono llama la atención, en primer lugar, sobre un hecho: Tucídides y Jenofonte, cuando hablan de Alcibíades, hablan de un hombre de su tiempo, de su entorno político e intelectual, un hombre al que sin duda habían tratado personalmente.

En relación con los capítulos anteriores, hay que decir una cosa: la cuestión de las relaciones entre Alcibíades y Tucídides ha sido objeto de atención, y con razón, puesto que es algo que interesa directamente a la estructura del relato de Tucídides.

En vista de lo bien informado que parecía Tucídides sobre todas aquellas intrigas, secretas y destinadas a seguir siendo secretas, existe la hipótesis de que hubo un

contacto personal entre Alcibíades y Tucídides.[1] Más aún, se ha tratado de distinguir, en el libro VIII, los pasajes que son fruto de esta información directa, dimanada del propio Alcibíades, y los que parecen desconocerla: de este modo, se ha trazado una historia de la composición del libro según sean los capítulos anteriores o posteriores a un encuentro entre los dos hombres, en el curso del cual Alcibíades habría aportado su información.

No queremos arrastrar al lector a estos debates. Nos parece imposible que, ni con entrevistas secretas, Alcibíades «solo» hubiera podido hacer tantas revelaciones. Ya entonces había filtraciones, como las habrá siempre: amigos bien informados, amigos de los amigos, comentarios discutidos y rectificados. Tucídides, de todos modos —y así lo indica frecuentemente— tenía numerosas fuentes de información. Pero reconstruir a partir de ahí la génesis del libro VIII tampoco es empresa fácil. El libro está inacabado. También es deficiente. No incluye ningún discurso (a diferencia de los otros libros). Incluye, por el contrario, defectos de composición, saltos atrás en el tiempo, enlazados con más o menos claridad y alguna que otra ambigüedad. Pero, ¿es culpa del autor? Él había decidido narrar una guerra y el desarrollo de las incidencias militares, desentendiéndose del trasfondo histórico. Pero llega una fase de la guerra en la que las operaciones se desarrollan lejos y la política interior lo domina todo, una fase en la que entran en juego Esparta y Atenas, pero también Tisafernes, Farnabazo y las dos Atenas en desacuerdo entre sí. Se hace imposible un relato lineal y claro, sobre todo para un hombre que distingue el sutil entramado de las diversas causas. Quizá hubo dificultades de información. La posibilidad de que se consiguieran nuevas informaciones puede explicar ciertas particularidades de la obra. Quizá algunos pasajes se escribieron después de recibir datos más concretos. Quizá algunos procedan del propio Alcibíades, pero se observará que hay aquí demasiados «quizás» como para que nos arriesguemos a ofrecer al lector la novela de estas relaciones, de este encuentro entre los dos hom-

bres[2] y de esta reconstitución de un trabajo que estaba en gestación.

Pero, más allá de este debate, que permanece todavía abierto, podemos consignar, por lo menos, dos hechos indiscutibles.

En primer lugar, se cuestiona la información de Tucídides; pero no es por la más o menos acusada simpatía que se refleja en el relato por lo que puede medirse la hipotética influencia de los contactos personales. En todo momento, Tucídides se admira de la inteligencia que despliega Alcibíades. Y en todo momento señala que, esencialmente, sus intrigas no tienen otro objetivo que su propio interés. Esta lucidez y este sentido del matiz indican que no se regía por informaciones privilegiadas... y tendenciosas.

Por otra parte, esa vacilación que algunos observan en el detalle y que nosotros hemos tratado de explicar por la naturaleza de los acontecimientos, puede deberse a la misma evolución de la política. Alcibíades, en la política ateniense, abre la época de las intrigas, traiciones, negociaciones secretas y propaganda. No es el único que practica estas artes, que se generalizan; Tucídides lo ha dicho. Ahora bien, es evidente que, si la política toma estos derroteros, el historiador ya no puede seguirla: todo dependerá de la calidad de su información, de su habilidad para detectar mentiras e infundios: ya no podrá mostrarse ni tan claro ni tan seguro. Esto no es culpa de Tucídides. Para simplificar, podríamos decir que es culpa de Alcibíades.

Ciertamente, también Jenofonte trató a Alcibíades: él figuraba entre los discípulos de Sócrates y se interesaba por la política. Pero no tiene tanta curiosidad por comprender el porqué de los acontecimientos: con él tendremos sobre todo hechos, a veces concretos y brillantes, pero salpicados de silencios y, en cierta manera, desnudos. Con Tucídides teníamos análisis que en ocasiones podíamos tratar de criticar: con Jenofonte la tarea de analizar, de explicar, de entender las razones profundas

de los acontecimientos queda a cargo del lector moderno.

Pero hay más, incluso los hechos comportan, como acabamos de decir, silencios. Un simple detalle puede servir de ejemplo: en *Las Helénicas* no hay ni una palabra sobre la muerte de Alcibíades, a pesar de que él desempeña el papel principal en el libro I y en el principio del libro II, y a pesar también de que su muerte fue dramática y estuvo ligada a la política de varios responsables de entonces.

Al observar estas incongruencias en su relato, se ha pensado que la causa era una falta de documentación; y hasta se ha supuesto que Jenofonte podía tener en su poder notas legadas por Tucídides incompletas.[3] Pero se trata de una pura hipótesis que no ha podido ser confirmada.

En general, Jenofonte no parece interesado en juzgar a Alcibíades. La relación entre Alcibíades y Sócrates no despierta su interés como despertó el de Platón. A veces presenta una versión de los hechos favorable a Alcibíades;[4] pero nunca habla de él con calor ni interés. Sin duda se sentía inclinado a rechazar a un hombre que, por brillante que fuera, representaba al mal discípulo, como Critias, el oligarca.[5] Esta actitud no se marca todavía en *Las Helénicas* como se destacará más tarde. Pero es evidente que entre el militar virtuoso que era Jenofonte en el fondo y el brillante aventurero que siempre fue Alcibíades no podía existir gran simpatía.

No nos referimos a la circunstancia de que Jenofonte estuviera exiliado, al igual que Alcibíades, y acogido por Esparta. Cuando escribía esta primera parte de *Las Helénicas*, no lo había sido todavía. Pero la misma diferencia entre una y otra manera de llevar el exilio y de ser amigo de Esparta da la medida de la diferencia de temperamentos.

Con Tucídides nos asombramos de que el historiador sepa tanto; nos cuesta trabajo abstenernos de citar análisis, a cual más agudo y esclarecedor. Con Jenofonte, nos asombramos de que diga tan poco: el relato adquiere el aspecto de esos paisajes en los que el haz luminoso

de un faro incide un instante en una imagen para dejarla en seguida en la oscuridad al seguir su trayectoria. Por lo tanto, con frecuencia habrá que completar el relato con fuentes diferentes y algunas, posteriores.

Entonces intervendrá, de modo particular, Diodoro de Sicilia, historiador que aporta pocos análisis pero que había leído mucho y consultado autores que hoy se han perdido, como Éforo. Con frecuencia, en esta última parte de la obra, nos encontramos con versiones diferentes y vacilamos sobre los detalles. Al pasar de Tucídides a Jenofonte tenemos que avanzar, incluso en el detalle de los hechos, con precaución y, a veces, a tientas.

IX

REGRESO TRIUNFAL

Cuatro años demoró su vuelta: cuatro años de luchas y de victorias.

El primer episodio no es muy favorable. Nuestro audaz personaje, sin desesperar de su prestigio ante Tisafernes, decide ir a entrevistarse con él, ahora en calidad de jefe ateniense, no de exiliado. Llega muy ufano con un solo barco y con regalos de hospitalidad, como el que se dispone a tratar de poder a poder. Pero Tisafernes no lo recibe como a un igual, sino que lo hace detener y encarcelar en Sardes «declarando que tenía órdenes del Rey de hacer la guerra a los atenienses».[1] El encarcelamiento no duró mucho: Alcibíades se fugó al cabo de un mes. Plutarco nos dice al respecto que huyó a Clazómenes «haciendo correr contra Tisafernes la voz de que él mismo le había puesto a salvo». ¡Qué mundo! O Alcibíades se sirve una vez más de la mentira para mantener su prestigio, o Tisafernes juega realmente un doble juego para tratar de reconciliarse con Esparta sin romper del todo con los atenienses. Son las costumbres de aquellas dictaduras a la oriental que tanto chocaban con el pensamiento griego. Pero una cosa es cierta: Alcibíades, por más que pretenda disimular, ya no puede ufanarse de ser quien procure a los atenienses la alianza y el dinero del Rey, en virtud de sus privilegiadas relaciones con Tisafernes. Por lo tanto, también este episodio retrasa su vuelta a Atenas: Alcibíades necesita encontrar otros argumentos y otro medio de presión.

Los encontró en una serie de victorias, cosechadas todas en la zona del Helesponto y los estrechos. No las consiguió solo, pero estuvo presente en todas ellas y, en la mayoría, desempeñó un papel muy activo.

Habíamos dejado a las tropas peloponesias y atenienses navegando hacia el Helesponto, donde Alcibíades debía reunirse con ellas. Ahora las encontramos instaladas a cada lado del estrecho del Helesponto: las peloponesias, en la orilla meridional, cerca de Frigia y las atenienses en la orilla septentrional, en el Quersoneso. Las primeras están en Abidos y éstas en Sestos.

No podemos hacer un detalle de las operaciones militares. Pero podemos enumerar las batallas principales. La primera la encontramos todavía en Tucídides: es la batalla de Kynos-sema o «del monumento de la Perra», en la que los atenienses consiguieron la victoria. Tucídides dice que entonces perdieron el sentimiento de inferioridad que les habían provocado el desastre de Sicilia y una serie de fracasos diversos. Capturaron más de veinte naves al enemigo. Y renació la esperanza.

Alcibíades no había llegado todavía. Pero llegó al poco tiempo, con dieciocho barcos, justamente mientras se libraba entre ambas flotas un combate que no estaba decidido. Su intervención lo cambió todo, y los peloponesios tuvieron que huir a Abidos. Los atenienses recuperaron los barcos que habían perdido en Kynos-sema y, dice Jenofonte, capturaron al enemigo otros treinta (I, 1, 4-7).

Envalentonados por esta victoria —y este respiro—, los jefes atenienses se preparan, y cada uno va a las islas y ciudades próximas a buscar dinero y barcos, Alcibíades lo mismo que los otros.

Después se libra una nueva batalla, en la orilla sur de la Propóntide, en Cízico, que termina con otra victoria para los atenienses. Según Jenofonte, esta victoria es en gran medida obra de Alcibíades. Se sabe que el jefe peloponesio Mindaro y el sátrapa Farnabazo están en Cízico: Alcibíades reúne a los soldados y pronuncia una arenga en la que se percibe la vibrante y aguerrida elocuencia de un Churchill. Les dice que tendrán que luchar en el mar, en tierra y al pie de los muros del ágora: porque

«nosotros no tenemos dinero, mientras que nuestros enemigos reciben del Rey cuanto desean» (I, 1, 14). ¡La dureza de estas declaraciones se acentúa cuando recordamos que, hace sólo unos meses, Alcibíades prometía a los atenienses que, gracias a él, recibirían todo el dinero del Rey! Pero Alcibíades sabe sacarle partido hasta a sus reveses...

En la acción, suma a su elocuencia las dotes del buen estratega. Sabe rodearse de un secreto absoluto. Y, llegado el momento, por la mañana, bajo una lluvia torrencial acompañada de truenos que impide ver con claridad, Alcibíades arremete contra el enemigo. El tiempo es el menos indicado para presentar batalla; pero la borrasca, que no le detiene, le ayuda: con su acción, Alcibíades cierra el paso a los sesenta barcos enemigos que maniobraban lejos del puerto. Los barcos buscan refugio en tierra, él los persigue, unos y otros desembarcan, luchan, el jefe de los peloponesios cae y todos sus barcos son capturados o incendiados. Al día siguiente, Alcibíades entra en la ciudad. Tres semanas permaneció en ella y exigió un fuerte tributo. ¡Y Cízico estaba en la orilla sur, la orilla del sátrapa! Fue un hermoso golpe. Alcibíades había triunfado por su audacia y su rapidez.

A decir verdad, el relato de Diodoro es un poco diferente,[2] y en él Alcibíades no desempeña un papel tan importante. Según él, la iniciativa del desembarco corresponde a Alcibíades, pero las otras decisiones se atribuyen a los estrategos, y Alcibíades, una vez en tierra, no triunfa más que gracias al apoyo de éstos. ¿Bebe Diodoro de buena fuente?[3] ¿Atribuye Jenofonte un mérito excesivo a Alcibíades? Es posible. No obstante, la audacia parece propia del personaje. Y, en cualquier caso, todo se reduce a una cuestión de grado. Su participación y su decisión son indiscutibles.

Y es una victoria importante. Jenofonte y Plutarco citan el mensaje enviado por los lacedemonios a las autoridades de Esparta: según la fórmula es «lacónico», pero de una claridad terrible. Dice así: «Pertrechos, perdidos; Mindaro, muerto; tropas, hambrientas; no sabemos qué hacer.»[4]

Todo esto era verdad, y las consecuencias no tardaron en llegar. Alcibíades cosechó los frutos de la victoria inmediatamente. Los habitantes de Perintio le abren las puertas de la ciudad; los de Selimbria le dan dinero: ambas ciudades están al oeste de Bizancio. Alcibíades fortifica una tercera, más al Este, lo que en lo sucesivo permitirá a los atenienses —¡preciosa prerrogativa!— percibir un tributo de los barcos que crucen el Bósforo.

Eran resultados buenos. Quizá él confiaba en que bastaran para asegurar su regreso. Lo cierto es que se concedió un tiempo de descanso. La victoria de Cízico data del invierno del 411 al 410. Y no tenemos más noticias hasta el verano del 409. Hay que decir que en Atenas el poder estaba en manos del demagogo Cleofón, que era hostil a Alcibíades, desde luego.[5] Quizá éste esperaba una señal de buena voluntad. En vista de que ésta no llegaba, se lanzó de nuevo a la acción. Instaló sus cuarteles de invierno en Lampsaco, con lo que amenazaba a Farnabazo e incluso trató de atacar Abidos. Después, a la primavera siguiente, lo encontramos otra vez a las puertas de Bizancio, atacando a los bárbaros de los alrededores, luego se volvió contra la gran ciudad de Calcedonia, justamente enfrente de Bizancio, y la cercó con un gran muro que iba de mar a mar. El enemigo hizo una salida y presentó batalla a los atenienses, mandados por el otro jefe. Y la batalla se prolongaba... «hasta que llegó Alcibíades, con unos cuantos hoplitas y su caballería» (I, 3, 6): allí se consiguió otra victoria, y las gentes de Calcedonia volvieron a someterse a Atenas y a pagar tributo.

Pero, mientras se concertaba el acuerdo que ratificaba esta sumisión, Alcibíades ya estaba en otro sitio: ahora había ido en busca de dinero al otro extremo del Helesponto.

El dinero. Siempre el dinero. Antaño, la grandeza de Atenas se nutría de las sumas que le entregaban sus aliados, de mejor o peor grado. Pero, con la ocupación de Decelea por los espartanos y las defecciones de los aliados que siguieron al desastre de Sicilia (dos circunstancias atribuibles en gran medida a Alcibíades), con el es-

fuerzo heroico realizado para reconstruir una flota y con la pérdida de Eubea, el dinero se había convertido en la preocupación principal. Y Alcibíades sabía lo que Pericles había dicho diez años antes: «Son las reservas las que sostienen las guerras.» En él, la intrepidez en la lucha estaba acompañada de un espíritu práctico y realista.

En el viaje de regreso, Alcibíades pone sitio a otra ciudad, Selimbria, se apodera de ella y regresa a Bizancio con hombres de a pie, griegos y bárbaros, y caballería.

Llama la atención la caballería. Casi todas las batallas del Helesponto fueron batallas navales. Pero a Alcibíades le gustaba desembarcar. Le gustaban los combates rápidos y los ataques repentinos. Y quería poder plantar cara a las fuerzas del sátrapa. Por eso apreciaba la caballería: ya hemos visto cómo, bajo sus órdenes, había desempeñado un papel importante en la batalla de Calcedonia.

Cuando regresó con tropas de refresco y dinero en abundancia, le esperaba una gran satisfacción. En su ausencia habían negociado los otros jefes el acuerdo entre los atenienses y el sátrapa a propósito de Calcedonia. Pero el sátrapa no se contentaba con el compromiso de los otros jefes: «Consideraba necesario que Alcibíades jurara también; y esperaba su regreso.»[6]

¡Qué homenaje, una exigencia semejante! Era reconocer que Alcibíades era el verdadero jefe de las fuerzas atenienses, el auténtico vencedor. Alcibíades lo entendió así y se aprovechó: exigió al sátrapa una nueva ratificación expresa para él y un intercambio de juramentos de poder a poder, y así se hizo. El compromiso se adquiría en nombre de la comunidad. ¡No estaba mal, para un exiliado!

Este acuerdo nos ha quedado grabado en piedra.[7] Y es impresionante imaginar el ritual que acompañó a la ratificación. Debió de ser como la marca de un nuevo estatus para Alcibíades. Había sido mimado por Tisafernes, al que había guiado y aconsejado; después sus relaciones se enfriaron. Pero ahora, de pronto, el otro sátrapa parecía no reconocer a nadie más que a él. Y —lo

que es más importante— parecía no reconocer a nadie más que a él como jefe y representante de una ciudad en la que, oficialmente, ya no era nadie.

Indudablemente, al fin había llegado el momento de hacer que las cosas cambiaran. La atención de Atenas estaba fija en él. Cuando, en el 409, Sófocles hizo representar *Filoctetes*, quizá muchos pensaron en Alcibíades: Filoctetes había sido desterrado a una isla; pero la victoria en la guerra de Troya dependía de su ayuda; Alcibíades estaba en el mismo caso.[8] En todas partes, y cada vez con más fuerza, se sentía cercana la solución. Ya no tardaría.

Durante la espera, otro éxito, y no pequeño: ¡la toma de Bizancio!

La ciudad estaba ocupada por los peloponesios y sitiada por los atenienses. El jefe peloponesio se fue a pedir subsidios a Farnabazo. En virtud de una negociación secreta, se llegó a un acuerdo con algunos de sus habitantes; Alcibíades pudo entrar con sus tropas en la ciudad por una puerta que le abrieron, y Bizancio se rindió. El procedimiento ilustra, una vez más, cómo dominaba Alcibíades el arte de la intriga y la persuasión.

Para hacernos una idea de la situación, podemos contemplar el cuadro que pinta J. Hatzfeld, que refleja los resultados obtenidos tras la destrucción de la flota peloponesia en Cízico: «Los estrechos, reconquistados; restablecida la comunicación con el Ponto Euxino y las tierras del trigo; una aduana, instalada en la entrada del Bósforo; la flota ateniense, alimentada por abundantes requisas y el pillaje del territorio enemigo, y sin tener que sufrir por lo tanto la penuria de las finanzas de la capital; y las ciudades de la región habían vuelto a la obediencia y pagaban tributo de nuevo.»[9] A lo que se suma la neutralidad de hecho de Farnabazo y el apoyo de los bárbaros tracios...

Todo junto, sumaba mucho. Esta vez, sumaba lo suficiente. A la primavera siguiente, se anunciaba en Atenas la candidatura de Alcibíades a las funciones de estratego. Las elecciones se retrasaron. Alcibíades esperó

más en Samos, después fue a recaudar tributos a Caria y, finalmente, se puso en camino, dando un rodeo...

Estaba de viaje cuando se enteró de la noticia: había sido elegido estratego —al mismo tiempo que otro personaje, comprometido también no hacía mucho en el caso de los misterios—. Todo estaba olvidado; todo estaba reparado. Alcibíades regresaría triunfante.

* * *

En Atenas, no obstante, la opinión seguía dividida. Jenofonte, que sin duda estaba presente, evoca las discusiones, que debían de ser encarnizadas. Era fácil guardar rencor a Alcibíades; algunos recordaban que «él fue la causa de los males pasados» y podía sin duda suscitar otros en el futuro. Los argumentos no faltaban: al escándalo de los misterios había que sumar la traición, los consejos dados a Esparta que habían acarreado el desastre de Sicilia, la ocupación de Decelea, la defección de las colonias de Jonia, la ayuda prestada a Esparta por Tisafernes... Pero, frente a esto, se evocaban sus dotes y el carácter precipitado de la condena que lo había empujado al otro bando. Se recordaba que él había querido justificarse, pero que había sido víctima «de las maniobras de quienes, menos poderosos que él, compensaban su debilidad con la maldad de sus propósitos» y que después «se habían aprovechado de su ausencia para privarle de su patria». Se evocaba el exilio al que había sido «forzado», los peligros que había corrido, su imposibilidad para ayudar a su patria...

Se buscaban justificaciones, incluso, en los análisis que entonces estaban en boga: su misma situación, se decía, tenía que impedirle desear un cambio de régimen en aquel momento: sólo sus adversarios menos favorecidos podían sacar ventaja del cambio. Aquí tenemos un argumento-tipo que encontramos largamente desarrollado en el discurso XXV, 9-14 de Lisias *(Para un ciudadano acusado de maquinaciones...)*. En resumen, se debatía en todos los sentidos y con profusión de argumentos acerca de cuáles podían ser los verdaderos sentimientos

de Alcibíades. Pero sobre todo se pensaba en el futuro. Descartándolo a la ligera, se le había obligado a actuar contra la patria: devolviéndole sus derechos y el primer puesto se le facultaba para servirla mejor.

De ahí el apasionado interés con que se esperaba este regreso.

Tenemos de él varios relatos. Uno de ellos, el de Jenofonte, podría muy bien ser el de un testigo ocular; los otros son posteriores y los debemos a Plutarco y a Diodoro.[10] Pero los dos pueden haber utilizado fuentes anteriores y bien informadas, en particular el historiador Éforo, cuyo texto se ha perdido, y Duris de Samos, que se decía descendiente de Alcibíades.

Importa mencionar estas fuentes por dos razones.

La primera es de carácter literario: se da el caso de que el relato más concreto y más vívido, y también el más apto para estimular la imaginación y la emoción no es el de Jenofonte, el testigo directo, sino el que escribió unos cinco siglos después Plutarco. Aquí se ve lo que pueden el talento y las dotes literarias. También es posible que la diferencia se deba a razones menos puras. Porque quizá el relato del gran día fuera enriquecido y exagerado cada vez que pasaba de boca en boca.

Según Jenofonte, Alcibíades llega sólo[11] con veinte trirremes. Más adelante, en otros textos, lo vemos llegar al mismo tiempo que los otros estrategos con infinidad de naves. Para colmo, según Duris de Samos, que cita Plutarco, su barco tendrá una vela púrpura y estará seguido de un alegre cortejo dionisíaco. Incluso el mismo Plutarco manifiesta reservas al respecto.

A decir verdad, y aparte la prudencia que pudiera contener a Alcibíades, la realidad debió de ser espléndida.

El regreso tuvo lugar el día en que se celebraba la fiesta de las Plinterias en la que se lavaban los vestidos de la estatua de Atenea (de *plúno*, yo lavo); la elección puede parecer aventurada, ya que ese día la estatua de Atenea estaba cubierta por un lienzo, y nadie hubiera realizado un acto importante en semejante momento. Pero también era día de fiesta, y toda la ciudad se precipitó al puerto: la muchedumbre llegaba del Pireo y de

Atenas, excitada por el acontecimiento y deseosa de ver al gran hombre.

Ya llega. Veinte barcos, dice Jenofonte. Pero Plutarco agranda el cuadro: «Las embarcaciones estaban adornadas en derredor con muchos escudos y botín, llevando a su estela muchas naves tomadas al enemigo y ostentando, en mayor número todavía, los mascarones de proa de las naves vencidas y echadas a pique, que entre unas y otras no bajaban de doscientas» (32, 1). ¿Por qué no agregar a la pequeña escuadra victoriosa este largo cortejo de emblemas que recordaban sus victorias? Alcibíades no era hombre que desdeñara semejante argumento ni semejante exhibición.

Y ahora dejémonos seducir un poco por los detalles, quizá imaginarios, de Duris. Porque Plutarco prosigue: «Lo que añade a esto Duris de Samos, que se da por descendiente de Alcibíades, diciendo que Crisógono, coronado en los juegos píticos, les llevaba la cadencia a los remeros con la flauta; que daba las órdenes Calípides, actor de tragedias, adornado de un rico vestido, con el manto real y todo el aparato de teatro» (32, 2). ¿Y por qué no, después de todo?[12] No iremos tan lejos como para creernos lo de la vela púrpura, para no pasarnos de la raya, pero es indudable que este regreso, aun al cabo de los años, era apto para estimular la imaginación.

Alcibíades, por si acaso, estaba ojo avizor: reconoció a los amigos, a los familiares que lo aclamaban, y entonces desembarcó.

«Luego que estuvo en tierra —prosigue Plutarco—, cuantos le iban al encuentro ni siquiera parece que veían a los otros estrategos, sino que puesta la vista en él, le aclamaban, le saludaban, le acompañaban y acercándose le ponían coronas; los que no podían llegarse a él le miraban de lejos, y los más viejos lo mostraban a los más jóvenes» (32, 3).

Inmediatamente, Alcibíades —que se encontraba en una situación extraña, puesto que ahora era estratego, pero sobre él pesaba todavía una pena de muerte— sube a la ciudad, rodeado de una escolta de amigos seguros, dispuestos a evitar cualquier tentativa de acercarse a su

persona. Es recibido en el Consejo y después en la Asamblea, ante la que pronuncia un discurso de justificación sin que nadie se atreva a intervenir. Y el pueblo... le ofrece coronas y lo proclama jefe supremo, con plenos poderes.

Poco después, seguirían los honores y reparaciones. «Se decretó asimismo que se le restituyesen sus bienes y que los eumolpidas y heraldos levantaran las imprecaciones que habían proferido contra él por orden del pueblo.»[13] Sabemos que incluso se le concedieron tierras, en compensación por los bienes que le habían sido confiscados.[14] En definitiva, la gente no sabía qué hacer para borrar los recuerdos del pasado. Le fue otorgada una corona de oro, mejor dicho, varias coronas de oro (nos dice Plutarco, 33, 2). Más adelante, se hablará de los «presentes» que recibió del pueblo.[15] Prueba de la fragilidad del favor popular es que estos presentes le serían arrebatados nuevamente; pero el hecho no quita nada al fervor del regreso. Alcibíades no podía esperar recibimiento más solemne.

Alcibíades debía de sentir dudas y temores. Así lo afirman Jenofonte y Plutarco. Jenofonte escribe que, a su llegada, no tenía prisa por desembarcar, pues temía a sus enemigos y «de pie sobre el puente, trataba de ver si estaban presentes sus allegados» (I, 4, 18). Dice también que sus amigos le rodeaban para prevenir cualquier mal golpe. Plutarco, a su vez, le atribuye estos temores guiándose por un criterio de verosimilitud: desecha los detalles exagerados que encuentra en Duris con esta explicación: «Además de que no es de creer que se presentara a los atenienses con tan insolente lujo, volviendo del destierro, y después de haber pasado tantos trabajos. Antes, entró temeroso...» (32, 2).

Sí, estaba corriendo riesgos. Los que le habían expulsado seguían allí. Y su conducta de los últimos años había podido suscitar contra él nuevas hostilidades. Pero la timidez no entraba en su carácter. Gusta imaginar esa rápida ojeada del jefe, para comprobar que sus amigos han venido; después, confiado por naturaleza, no debió de sentirse sorprendido de un triunfo que con tanta ener-

gía había preparado y orquestado. Si hay que mencionar estos temores y estos riesgos es sólo para destacar la magnitud del triunfo. Nadie se alzó. Nadie protestó. El triunfo, a pesar de los pesares, fue absoluto y sin reserva.

Y, a decir verdad, es un triunfo asombroso.

Es un triunfo que ha asombrado a muchos a lo largo de los siglos. Mably, por ejemplo, escribe con vehemencia en sus *Observations sur l'histoire de la Grèce* (en 1766): «El pueblo, que no sabía en quién depositar su confianza, volaba delante de él y lo idolatraba cuando antes lo había perseguido.»

La Historia ha conocido muchos regresos triunfales de héroes vencedores. Todos salimos a la calle para ver a De Gaulle, aunque fuera de lejos. Todos lloramos de emoción en medio del fasto de los Campos Elíseos recuperados para los franceses. Todos hubiéramos votado cualquier cosa para dar las gracias al que la víspera era todavía un rebelde. Pero ¡cuidado! El héroe al que aclamábamos no había sido condenado por un tribunal popular. No había traicionado a su país. No había acudido junto a Hitler para ayudarle a vencer a Francia. No había viajado a los Estados Unidos para sugerirles que debían ayudar a Alemania... Nunca, en el curso de la Historia, ha sido más evidente la veleidad popular que en este recibimiento triunfal que dispensó a Alcibíades que, cinco años antes, aún combatía contra Atenas. ¡Si sería voluble el pueblo! ¡Si sería brillante y capaz Alcibíades...!

Porque hay que agregar que se le recibía como a un salvador, pero Atenas no estaba salvada. Con motivo del regreso de Alcibíades, Plutarco hace una reflexión sobre los remordimientos que debían de tener los atenienses al pensar en todos los males que habían tenido que padecer por haberse privado de Alcibíades; y, por otro lado, ya admiraban todos los bienes que le debían: «Pues que aun ahora, tomando a su cargo la ciudad desposeída casi del todo del mar, y dueña en la tierra apenas de sus arrabales, dividida además y sublevada contra sí misma, levantándola de tan débiles y apocadas ruinas no solamente le había restituido el imperio del mar, sino que

hacía ver que también por tierra doquiera había vencido a sus enemigos» (32, 4).

En realidad, este halagüeño cuadro está muy lejos de la realidad. Alcibíades había conseguido victorias en el Bósforo y se había ganado aliados para Atenas; pero la guerra continuaba, los persas seguían ayudando a Esparta y, en plena Ática, las fuerzas enemigas ocupaban Decelea con un bloqueo que causaba a los atenienses, además de una humillación fácil de imaginar, graves daños económicos.

Es ahora cuando Alcibíades da un golpe genial con una audacia que aún hoy nos impresiona.

Para comprenderlo, hay que recordar que los Misterios de Eleusis se celebraban una vez al año y que los atenienses tenían por costumbre asistir a ellos en una gran procesión oficial. Se hacía en septiembre. Era un acto de Estado comparable a las Panateneas o a las Dionisíacas. Ahora bien, desde que Decelea estaba ocupada, la procesión no podía seguir el itinerario normal sin peligro: Eleusis quedaba al oeste de Atenas y Decelea al norte. Pero el enemigo podía presentarse y cortar el paso. Por ello, los participantes se trasladaban a Eleusis por mar, sin ningún fasto. Y esta modificación acarreaba el abandono de varios ritos, porque la costumbre exigía paradas y sacrificios.

Esto afectaba a Alcibíades de dos maneras: había sido condenado precisamente por haber parodiado los misterios; y las maldiciones contra él habían sido pronunciadas por quienes tenían la misión de velar sobre ellos. Por otra parte, la ocupación de Decelea era obra suya, puesto que él la había aconsejado a los lacedemonios, y todos lo sabían.

De ahí esta gesta que denota toda su bravura y también su gusto por la ostentación, para no decir la provocación y, por encima de todo, su habilidad para ganarse a la opinión pública.

Corría el mes de mayo y los misterios debían celebrarse en otoño. Ahora él era el jefe militar; debía actuar, combatir, conseguir victorias. Pues no: esperó a

septiembre. Quería restaurar la procesión, bajo su protección.

«Parecióle a Alcibíades —escribe Plutarco— que ganarían en piedad respecto de la diosa y en gloria respecto de los hombres, dando a la fiesta su aspecto tradicional, acompañando por tierra la pompa de la iniciación y pasando las ofrendas por entre los enemigos, porque, o haría estarse quieto a Agis [el rey de Esparta], pasando por esta humillación, o librarían una batalla sagrada y grata a los dioses, por la causa más sacrosanta y más noble, ante los ojos de su patria; teniendo a todos sus compatriotas por testigos de su valor» (34, 5).

Así lo hizo. Con la aprobación de los eumolpidas y los heraldos, apostó centinelas, agrupó a sus tropas alrededor de los dignatarios religiosos y, dice Plutarco, «los condujo con orden y sin ruido».

Plutarco, hombre religioso, no tiene palabras para describir la emoción y la admiración que puede inspirar un gesto semejante. Y lo cierto es que los atenienses se conmovieron. Alcibíades se convirtió de sacrílego en garante de la ceremonia; él, que tan dura condena había recibido por haber escarnecido a los hierofantes, recibió los más altos honores en la celebración de los misterios. ¡Fue nombrado mistagogo y hierofante!

Y el enemigo no se movió. Los ocupantes habían tenido miedo de él: era invencible.

El éxito fue, incluso, excesivo. Porque, entre la alegría y las esperanzas que suscitaba su regreso, empiezan ya a apuntar las viejas banderías políticas: todo el mundo quería confiarse a él, utilizarlo. Diodoro cuenta que los pobres veían en él «a su mejor valedor y al hombre más capaz de sacarlos de la miseria por una revolución política».[16] Plutarco cuenta que varios hombres del pueblo, en vista del éxito de la procesión, le propusieron convertirse en tirano, invitándole a que «despreciando la envidia, se sobrepusiera a los decretos, a las leyes y a los embaucadores que perdían a la ciudad, para poder obrar y manejar los negocios como le pareciese, sin temor de calumniadores». ¡Extraño destino el de este hombre que, atacado y apartado años atrás por ser sos-

pechoso de aspirar a la tiranía, ahora era instado a aceptarla! En el entusiasmo del momento, hubiera podido hacerlo. Pero no lo hizo. Los meses que siguieron así lo demuestran: gobernó con plenos poderes, pero según las reglas democráticas.[17]

Porque, en efecto, estas sugerencias son un signo un poco inquietante en la vida política de Atenas: demuestran que, bajo las apariencias de una unanimidad recobrada, siguen alentando rencillas y pasiones políticas.

Pero, por el momento, la agitación era sólo halago; y estos ofrecimientos y sugerencias demuestran en qué medida Alcibíades había triunfado desde su regreso: todos depositaban sus esperanzas en él, volvían los ojos hacia él, contaban con él. Era el hombre providencial.

* * *

Puede ser peligroso heredar este papel. Ha ocurrido, incluso muy recientemente, que el hombre providencial acaba en un amargo retiro. También ha sucedido que los regresos inesperados empiezan con charanga y acaban como el rosario de la aurora: el regreso de la isla de Elba duró cien días.

Alcibíades los había conquistado a todos: al pueblo, a los que sentían la religión, a los patriotas que esperaban la victoria. Era como un dios, adorado por todos.

Pero había que conseguir otras victorias a toda costa, y pronto. Los triunfos personales siguen a las victorias, pero también las exigen.

X

UN POCO MÁS QUE LOS «CIEN DÍAS»

Había que conseguir victorias; pero éstas no se presagiaban que fueran a ser fáciles.

Dos circunstancias nuevas pesaban en la balanza, desfavorables las dos.

La primera era la presencia, en el lado lacedemonio, de un nuevo jefe con unas dotes notables. Este jefe era Lisandro, el que finalmente daría la victoria a Esparta y vencería a Atenas, personaje lo bastante preeminente como para que Plutarco lo incluyera entre sus grandes hombres y nos legara su biografía; es el único que ha merecido tal honor de todos los reyes y jefes militares que Esparta tuvo durante esta guerra: el autor lo pone en paralelo con Sila. Era ambicioso y autoritario, pero desinteresado. Estos dos hombres competentes y enérgicos, Lisandro y Alcibíades, se parecían también por su tendencia a llenar la escena. Se dijo de Lisandro que Grecia no hubiera podido soportar a dos como él: la misma frase se ha aplicado también a Alcibíades; y Plutarco trata de hacer una distinción, oponiendo la dureza de Lisandro a la arrogancia de Alcibíades.[1] Ciertamente, estos dos adversarios eran tal para cual. Un historiador moderno ha escrito incluso: «Lisandro es el Alcibíades del Eurotas.»[2]

Ya están frente a frente. Alcibíades regresa a Atenas en el verano del año 407 y Lisandro se pone a la cabeza de la flota enemiga en la primavera del mismo año. En el

momento decisivo, derrotará a la flota que estaba bajo el mando de Alcibíades.

Pero tuvo ayuda; porque la otra circunstancia nueva es que entonces Persia se decidió a apoyar a Esparta. Se habían terminado las dilaciones y los subterfugios de los dos sátrapas: el rey de Persia envió a su propio hijo, Ciro (no confundir con Ciro el Grande, fundador del imperio persa y héroe de la *Ciropedia* de Jenofonte).[3] Su misión era clara, porque era portador de una carta del Rey cuyo texto nos ha conservado Jenofonte, en la que se le nombraba *caranos* o jefe absoluto de todas las fuerzas del Asia Menor. Su primera medida fue ordenar a Farnabazo que retuviera a una embajada ateniense: ésta había partido antes del regreso de Alcibíades a Atenas y no llegó hasta tres años después.[4] Este primer gesto de Ciro era ya una señal: el segundo fue más grave. Lisandro, apenas se hizo cargo del mando, fue a visitarlo y consiguió de él promesas muy generosas para la soldada de las tropas peloponesias. Ciro respondió que éstas eran las instrucciones recibidas de su padre y que él mismo haría cuanto estuviera en su mano: traía quinientos talentos y, si no eran suficientes, aportaría más de su propia fortuna, además de lo que le había dado su padre; si tampoco bastaba, haría fundir hasta el trono en el que estaba sentado, que era de plata y oro.[5] Aquí reconocemos el estilo de las promesas que había hecho Tisafernes y que Alcibíades había trasladado a los atenienses de Samos:[6] pero Ciro hablaba en serio, y esta vez las promesas se cumplirían. Y el dinero de Persia iría a Esparta y no a Atenas.

En realidad, Lisandro desempeña ahora junto a Ciro el mismo papel que Alcibíades junto a Tisafernes: le halaga y seduce. Plutarco, en su *Vida de Lisandro*, escribe que, hablando mal de Tisafernes y por su conversación en general, «Lisandro conquistó el afecto del joven, y, habiéndolo conquistado sobre todo por la forma en que lo halagaba, lo reafirmó en sus disposiciones relativas a la guerra».[7] Se repite el juego de la seducción que hemos contemplado entre Alcibíades y Tisafernes. ¡Con jardín incluido! Jenofonte, en *La Économia*[8] cuenta cómo el Rey

mostró a Lisandro su «paraíso» de Sardes. Que Lisandro admiró extasiado: «En verdad, Ciro, es admirable tanta belleza, pero más admiración merece el que ha dibujado y construido este jardín.» A lo que Ciro responde, encantado: «Soy yo quien lo dibujó y lo construyó, incluso he plantado con mis propias manos algunos de estos árboles.» Y Lisandro queda debidamente impresionado, y no tarda en sacar la conclusión de que el Rey debe su felicidad a la virtud... Evidentemente, este edificante diálogo debió de mantenerse más tarde. Pero marca el tono y pone de manifiesto de forma impresionante cómo se repite la Historia y las vueltas que da el mundo.

Pero Lisandro mantiene los pies en el suelo. Pide al joven rey una buena soldada para sus hombres: un dracma ático para cada uno, el doble de la soldada ateniense. Ciro responde que lo normal es medio dracma. Lisandro calla y, después, cuando tiene ocasión de formular un deseo, pide un óbolo más[9] y lo consigue. Esta soldada es superior a la ateniense: cuatro óbolos contra tres. Y Ciro paga un mes por adelantado.

Esta decisión era desastrosa para Atenas, que envió una embajada por mediación de Tisafernes. A ésta, a pesar del apoyo que parece haberle prestado el sátrapa, ni siquiera la recibió.

Un jefe y dinero: las cosas habían cambiado, lo que complicaba la tarea de Alcibíades.

Estas circunstancias le obligaron a recurrir a procedimientos extraños a su manera de ser pero necesarios. Entre otros, el pillaje y las requisas. Aquí se nos dice que Alcibíades parte hacia la Caria «en busca de dinero»; más allá, que partía «a navegar por doquier para amasar dinero».[10] Uno de los episodios que ilustran este proceder es su ataque a la ciudad de Cime, pese a ser aliada de Atenas. Sus habitantes, indignados por las exacciones, se revolvieron contra las tropas.[11] Estos incidentes pesaban contra él; eran agravios que no dejarían de ser esgrimidos en su contra cuando la situación se deteriorara.

Por otra parte, cundía la indisciplina entre las tropas,

mal pagadas y con la autoridad de los jefes minada por los avatares políticos. Y Alcibíades no tenía tiempo para poner coto a la insubordinación.

A pesar de todo, era necesario actuar. Y así lo hizo.

Después de las victorias conseguidas en el Helesponto, Alcibíades decidió atacar ahora a Jonia. Y, en octubre del año 407, zarpa de Atenas con cien barcos. Plutarco nos dice que los ciudadanos más influyentes, otra vez inquietos por el prestigio que pudiera estar adquiriendo, «dieron calor a que se embarcara cuanto antes» (35, 1) y la indicación no deja de tener cierto significado: nos recuerda que el menor fracaso podía reavivar las viejas rencillas.

Las cosas no empezaron bien. Camino de Jonia, Alcibíades hizo escala en Andros, que se había separado de Atenas y estaba tomada por un pequeño cuerpo de ocupación. Alcibíades hizo un desembarco y obtuvo la victoria, pero no reconquistó la ciudad. Dejó en la isla veinte barcos con la misión de proseguir las operaciones. En realidad, pues, no sólo no había triunfado sino que había sacrificado efectivos.

Prosiguiendo su ruta, llegó a Samos, la gran base ateniense, siempre segura. Allí se reunió con él su colega Trasíbulo, que volvía de Tracia, dode había cosechado victorias. Ahora debían actuar los dos, y pronto.

La flota peloponesia se encontraba mismamente enfrente de Samos, en Éfeso, donde estaba siendo reparada gracias a la liberalidad de Ciro. ¿Atacaría Alcibíades? Con el grueso de la flota se dirigió a Notio, situada en el continente, un poco al norte de Éfeso,[12] desde donde se podía vigilar la flota peloponesia. Y desde Focea, que Trasíbulo había ido a sitiar, se podía llegar a Notio con facilidad (Focea estaba un poco más al Norte). Por lo tanto, también Alcibíades podía llegar a Focea sin peligro. Todo parecía estar bien calculado. Alcibíades dejó sus barcos en Notío al mando de otro: él no estaría lejos.

Pero aquí se da una paradoja casi increíble: hubo una batalla que terminó en derrota para los atenienses;

Alcibíades ni siquiera estaba presente, es más, había prohibido expresamente que se librara el combate; y esta derrota lo perdería definitivamente.

Evidentemente, él tiene su parte de responsabilidad. En su calidad de comandante de la flota con plenos poderes, debía dejar a un sustituto con instrucciones. Y la elección que hizo aún hoy nos asombra. No confió la flota a un oficial cualificado sino a Antíoco, su piloto, un viejo amigo, pero hombre de rango subalterno y carente de experiencia.

¡Ya conocemos a Antíoco! Cuando, en la Asamblea del pueblo, Alcibíades dejó escapar la codorniz, en medio del alboroto general, fue Antíoco quien la recuperó y se la devolvió.[13] Desde entonces se había desarrollado entre los dos hombres un sentimiento de camaradería y lealtad. Pero este personaje era sin duda poco recomendable. Plutarco lo tacha de «tonto y zafio»; y sin duda en él hemos de pensar cuando se acusa a Alcibíades de «abandonar el mando en manos de hombres que han medrado a su lado por su afición a la bebida y sus bufonadas de marinero».[14] Quizá Alcibíades delegó en él el mando porque desconfiaba de los otros que tal vez estuvieran confabulados con sus enemigos; o quizá no pudo resistirse a su viejo afán de provocar: así demostraba que podía elegir a quien mejor le parecía, sin atenerse a consideraciones de rango ni costumbre, ¡y que cada cual pensara lo que quisiera! Finalmente, hay que agregar que, si Antíoco le hubiera obedecido, la misión no hubiera tenido trascendencia: Lisandro no atacaría, su flota aún no estaba en condiciones, y Alcibíades había dejado una consigna clara: había dicho a Antíoco «que no fuera al encuentro de los barcos de Lisandro». Había sido categórico, tajante, inequívoco.

¡Ay!, Alcibíades se fiaba demasiado de este amigo suyo.

Porque, hay que insistir una vez más, en esta Atenas tan igualitaria en teoría, siempre nos encontramos con esta función de los «amigos» y los «enemigos»; estos gropúsculos, hostiles entre sí, que arropan a un jefe y se acechan mutuamente. Incluso fuera de los grupos orga-

nizados que eran las heterías,[15] la política estaba regida por asociaciones desprovistas de todo carácter oficial y de todo fundamento ideológico. Parece que, en este caso, los mismos usos habían llegado al ámbito militar.

En cualquier caso, esta vez el amigo pecó por exceso de celo. Seguramente, quería corresponder con una victoria sorpresa a la confianza que Alcibíades había depositado en él. Y, desobedeciendo sus órdenes, ¡entró con trirremes en el puerto de Éfeso!

El relato de la batalla que hace Jenofonte difiere del de Diodoro. Jenofonte dice que Antíoco entró en el puerto con dos trirremes, lo cual hubiera sido una provocación dentro de los límites de lo razonable: Diodoro y *Las Helénicas de Oxirrinco* hablan de diez de sus mejores barcos (XIII, 71); y puntualiza que Antíoco había ordenado a los demás que estuvieran preparados. En ambos casos, la provocación es flagrante. Con sus trirremes se acercó, dice Jenofonte, «hasta tocar las proas de las naves de Lisandro» (I, 5, 12). Plutarco agrega que, además «hacía y decía mil extravagancias y bufonadas» (35, 6). La intención no podía estar más clara.

Naturalmente, hubo batalla. Lisandro no ordenó hacerse a la mar más que a un pequeño número de naves, para perseguir a Antíoco; pero la flota ateniense acudió en su ayuda con un cierto orden y entonces Lisandro atacó, con toda su flota en línea. Su victoria fue aplastante: los atenienses perdieron, por lo menos, quince trirremes, y también hombres[16] y, según *Las Helénicas de Oxirrinco* y Diodoro, quizá fueran veintidós.

Alcibíades regresó a Samos y trató de reanudar el combate; pero Lisandro era muy avispado como para arriesgarse y se conformó con la victoria conseguida en ausencia de Alcibíades.

Esta batalla de Notio fue su ruina. Porque sus enemigos inmediatamente levantaron cabeza; y la loca confianza que había saludado su regreso se extinguió bruscamente a este primer revés. Se esperaba demasiado de él. Como escribe Plutarco, «parece que, si algún hombre fue víctima de su propia gloria ése fue Alcibíades. Sus éxitos le habían valido una tal reputación de audacia y

de inteligencia que, cuando fracasaba, la gente pensaba que era por falta de interés, en lugar de reconocer las dificultades de la empresa; porque, si se hubiera afanado, pensaban, no se le hubiera escapado de entre las manos. Los atenienses esperaban la noticia de la toma de Quíos y del resto de la Jonia. ¡Y se enfadaron porque él no lo había hecho todo deprisa y bien como ellos querían!» (35, 2-5).

Hay que señalar que concurrieron otras circunstancias.

Ya hemos hecho alusión a los incidentes de Cime que siguieron a la derrota de Notio. Habría que mencionar también, si creemos a Diodoro,[17] una audaz escaramuza de las fuerzas de Decelea contra los mismos muros de Atenas. En esto no intervino Alcibíades, pero el gesto señalaba la fragilidad del orden que él había impuesto: venía a ser la respuesta a la procesión de los misterios.

Así pues, la decepción fue grande. Todavía resuena el eco después de su muerte. Lisias, en un discurso sobre el hijo de Alcibíades, dice del padre: «¿Y qué? Durante su exilio, su poder le permitió hacer daño a la ciudad, y cuando, engañándoos, consiguió regresar a Atenas y se le dio el mando de una flota numerosa, no pudo ni expulsar a los enemigos de vuestro territorio ni conseguiros la amistad de los habitantes de Quíos a los que había separado de vosotros[18] ni proporcionaros la menor ventaja.»[19]

Prometía demasiado, siempre. Pero esta vez la decepción fue demasiado fuerte. Por una batalla perdida, librada por otro, por una cierta lentitud en remediar la situación, toda la confianza depositada en él le fue retirada bruscamente.

A partir de este momento, las cosas van deprisa. En su ausencia, Atenas se agita. La gente protestaba. Un hombre del partido democrático llegado de Samos habló del descontento de los hombres y el desorden del ejército. Volvía a murmurarse de su desenfreno. Se aludía a actividades sospechosas que, al parecer, Alcibíades había desarrollado en Tracia. Y pronto Cleofón, otro representante del partido democrático, un demagogo cuya hos-

tilidad hacia Alcibíades ya había pesado anteriormente,[20] formuló una acusación oficial. Todo volvía a empezar.

La Asamblea destituyó de inmediato a Alcibíades y a los otros estrategos, a los que se hacía responsables de la derrota; y, en las elecciones que siguieron, a primeros del año 406, no fue reelegido. El otro estratego comprometido en la misma empresa conoció la misma suerte; también el fiel Trasíbulo fue apartado. En su lugar, se eligió a demócratas decididos.[21]

¡Se había trazado una raya! El triunfo de una primavera había acabado antes de la primavera siguiente en la ruina total.

Los errores y las enemistades del pasado sólo un momento quedaron cubiertos por el ruido de las aclamaciones, pero ni se habían perdonado los unos ni habían dejado de existir las otras.

Es un poco simplista atribuir el hecho, sin más, a la inconstancia popular.

La inconstancia existe, sin duda; y los autores del siglo V aluden a ella con frecuencia. Tucídides hace observaciones sobrias y tajantes, cargadas de desdén cuando, al señalar un cambio en la opinión, agrega: «como es propio del pueblo», para no citar más que un ejemplo, esto es lo que ocurre cuando los atenienses, después de haber impuesto una multa a Pericles, olvidan su cólera y le confían la dirección de todos los asuntos.[22] Pocos años después, Aristófanes, a su vez, utiliza una bonita expresión para definir a los atenienses, al decir que tienen «facilidad para decidirse» y «facilidad para mudar de decisión».[23] Más cerca de la época que nos ocupa (pero antes de los acontecimientos relacionados con Alcibíades), Eurípides, en *Orestes*, presenta la misma idea pero con más colorido, haciendo decir a Menelao que «el pueblo, en el ardor de su cólera, es como un fuego excesivamente vivo para ser extiguido», pero que, si no se le lleva la contraria, después se apacigua: «Es capaz de la compasión, es capaz del furor; y, para el que ace-

cha la ocasión, no hay bien más precioso» (696-704). Se trataba, pues, de un mal conocido, a menudo denunciado y quizá cada vez más perceptible.

Pero la misma repetición del rechazo de que los atenienses hacen objeto a Alcibíades invita a buscar causas más concretas que expliquen la actitud del pueblo hacia el personaje.

En efecto, es evidente que el pasado seguía pesando. No olvidemos el tiempo que había dejado transcurrir Alcibíades antes de regresar ni la aprensión que algunos le atribuyen en el momento de su regreso. Al fin y al cabo, desde la época de los Hermes y los misterios y de los grandes y pequeños escándalos de sus años de juventud, él había traicionado a su patria infligiéndole más daño que nadie; había intrigado con los oligarcas para unirse después a los demócratas; había hecho un doble juego con Tisafernes, y había demostrado que podía sacar partido de todo en beneficio propio. ¿Cómo iban a olvidar o perdonar los atenienses? Se habían dejado convencer por sus promesas y habían cedido a la presión del momento; pero las dificultades financieras subsistían; Persia no había ayudado a Atenas, sino al contrario: ¿cómo iban a confiar en él? La menor imprudencia (y ya hemos visto que la cometió) tenía que hacer patente la profunda inestabilidad de la situación.

Y, al fin y al cabo, ¿no es una buena moraleja? No se puede borrar un pasado que está profundamente grabado en la Historia. Ni se puede cambiar de carácter.

* * *

Pero, ¿adónde ir esta vez? No había ciudad ni gobernante que pudiera ya acoger a Alcibíades.

Por otra parte, ahora no estaba condenado ni exiliado. Hubiera podido regresar a Atenas para tratar de justificarse. Pero debió de comprender que sería inútil. Y seguramente ya tenía prevista desde hacía tiempo una eventualidad semejante. Había tomado precauciones y se había asegurado refugios a distancia prudencial en Tracia. Nada más saberse destituido, Alcibíades aban-

donó la flota, renunció a regresar a Atenas y partió sin más demora para Tracia y, antes, para el Quersoneso, zona limítrofe de Tracia.[24] «Y Alcibíades —escribe Jenofonte (I, 5, 17)—, mal visto ahora por el propio ejército, partió con una sola trirreme hacia el castillo fortaleza que poseía en el Quersoneso.»

«Castillo fortaleza» es, quizá, una traducción un poco inexacta: el texto griego dice que entró en sus fortificaciones. Al parecer, había adquirido anticipadamente varios fortines en la región, por si un día eran necesarios.

Estos fortines eran de su propiedad personal desde hacía más de dos años. Su adquisición se remontaba a los tiempos de sus actividades victoriosas en la zona de los estrechos; pero no se puede hablar de compras. Por aquel entonces había estado en negociaciones con Tracia que le habían valido ayuda para la guerra y, también, al parecer, ventajas para sí mismo. Es una circunstancia que, al parecer, en política se da en todas las épocas... Conocemos las plazas fuertes. Cornelio Nepote es el único que da la lista de los tres nombres (Bisanthe, Ornoi y Neonteichos) mientras que otras fuentes nombran sólo una u otra.[25]

Se da el caso curioso (pues es el segundo paralelismo entre ambos personajes) que estas mismas plazas fuertes, diez años después, fueron entregadas a Jenofonte, que habla de ellas en la *Anábasis*; y la vaguedad de la fórmula que él emplea en *Las Helénicas* ha hecho pensar que esta obra pudo haber sido escrita antes de que las conociera.[26]

Naturalmente, estas adquisiciones fueron divulgadas y sirvieron de argumento a los acusadores de Alcibíades.

Lo cierto es que ahora podía vivir tranquilo, en espera de tiempos mejores, en aquel país en el que había conquistado victorias y se sentía como en casa. Además, no era un lugar comprometedor y, si aquel cambiante pueblo de Atenas mudaba de parecer, él estaría disponible. ¿Quién podría asegurar que Alcibíades no lo esperase todavía?

Pero esta vez aquel pueblo no cambió. No obstante, en la literatura de la época descubrimos que estaba dividido y que muchos atenienses seguían cifrando sus esperanzas en Alcibíades y deseaban su vuelta. Poseemos un testimonio que data de un año después: es el que nos aportan *Las ranas* de Aristófanes.

Esta comedia fue representada en enero del año 405; la obra sugiere, o incluso proclama, que, a pesar de sus traiciones y a pesar de su ambición, sólo un hombre podría salvar a Atenas. También la emprende el autor contra Cleofón, el célebre demócrata, causante de las desgracias de Alcibíades y a la sazón todopoderoso. ¿Es casualidad que en la obra encontremos también alusiones al coro de los misterios de Eleusis,[27] al que Alcibíades con tanta gallardía había abierto paso a su regreso? Aristófanes formula la pregunta directamente. Como es sabido, la obra presenta un concurso que tiene lugar en los infiernos entre Esquilo y Eurípides (Eurípides había muerto en el 406), concurso del que Dionisos sería juez. Hacia el final de la competición propiamente poética, Dionisos explica que devolverá la vida a quien de los dos pueda dar a la ciudad un consejo saludable: «En primer lugar, acerca de Alcibíades, ¿qué parecer tenéis uno y otro?» (1422-1423).

Así pues, la gente sigue interrogándose, se piensa en él. Y el texto agrega: «A la ciudad le cuesta parir.»

A decir verdad, es difícil precisar cuál era la opinión de Aristófanes. Porque, en la obra, ambos poetas juzgan con severidad a Alcibíades.

Eurípides emite una condena tajante, que coincide con el juicio de Tucídides sobre la corrupción de los jefes políticos: «Detesto al ciudadano que es lento en servir a su patria y presto a causarle grandes males, que tiene inventiva para sí mismo pero está falto de recursos para la ciudad» (1427-1429).

Esquilo, fiel a su estilo, se sirve de una metáfora: su consejo es «sobre todo, no criar un león en una ciudad; de lo contrario, una vez criado, habrá que aceptar sus maneras» (1431-1432).

La imagen del león es, sobre todo, peculiar en él, y

recuerda lo que en *Agamenón* decía acerca de Helena, en un pasaje tan bello que merece ser transcrito: «Y ocurre que un hombre cría en su casa un cachorro de león que, muy pequeño, ha sido privado de la leche materna, y, en sus primeros días, lo ve jugar dulcemente con los niños y divertir a los mayores, hasta lo ha tomado en brazos más de una vez como a un recién nacido, lo ha visto restregarse contra la mano a la que su hambre le hace obedecer. Pero, con el tiempo, el león revela el alma que debe a su naturaleza. En pago por los cuidados de los que le han criado, se invita a sí mismo a un festín de ovejas. La casa se inunda de sangre, irreparable calamidad para sus habitantes, carnicería ruinosa...» (717-735). Pero, al mismo tiempo, la comparación con el león evoca al rey, al amo absoluto: ¡Alcibíades, sea o no tirano, tiende hacia ese poder absoluto, sembrado de peligros para el futuro!

Algunos[28] vieron en esta respuesta una aceptación del regreso de Alcibíades, acompañada de la idea de que habrá que aceptar sus maneras, es decir, la dictadura. Pero esta condición, proclamada en pleno teatro, equivale a un rechazo. Y la misma idea del león, tal como la hemos evocado, refuerza la impresión. Es decir, que la obra, más que ofrecer una solución, plantea el problema. Y podemos decir que, al fin, los dos poetas coinciden.

Después de estas dos apreciaciones, el Eurípides y el Esquilo de Aristófanes proponen otras medidas para reconstruir y fortalecer el Estado.

Lo cierto es que la cuestión se debatía y que, manifiestamente, un año después de la destitución de Alcibíades, la ciudad todavía se preguntaba si no habría que recurrir a él una vez más.

A este respecto, se puede hablar de la versatilidad popular; pero hay que ir más allá, y el texto de Aristófanes nos invita a ello. Porque, antes de responder a la pregunta sobre Alcibíades, Eurípides pregunta a Dionisos qué opinión tiene de él la ciudad, y el dios responde con la cita de un verso trágico, más o menos retocado.[29] Este verso pinta la pasión de un corazón dividido entre el

amor y el odio. Dice así: «Ella lo ama y lo odia y quiere poseerlo.»

Las opiniones de los dos poetas nos explican bastante claramente por qué no se llamó a Alcibíades. Pero el verso nos explica también las pasiones encontradas que suscitaba este hombre excepcional. Más allá de la división entre amigos y enemigos, nos sugiere la imagen de Atenas como una persona viva, dividida en sus deseos, seducida por Alcibíades, dolorida por el daño que le ha causado pero, en el fondo, incapaz de prescindir de él.

Esta reacción apasionada pero ambivalente responde a las dos caras del personaje, a sus dotes excepcionales y a su falta de escrúpulos; pero se matiza de afecto, como es propio de los pueblos y como sin duda era propio de todas las relaciones con Alcibíades. ¿No estaba también su relación con Sócrates impregnada de pasión e irritación, de ternura y de rechazo? También sus relaciones en Esparta y en Sardes fueron apasionadas: primero se le adora y después no se le conoce o, mejor, querría uno reconocerlo...

El ejemplo que da Alcibíades en materia de política es de un rigor lógico ejemplar y se presta muy bien al análisis de un Tucídides; pero siempre encontramos asociadas a su persona las contradicciones de la afectividad y el apasionamiento.

Atenas «quería poseerlo», pero las cosas no pasaron de ahí, y la escena de *Las ranas*, en su conjunto, explica con bastante claridad por qué: demasiados agravios se habían acumulado, demasiados temores inspiraban su persona y su ambición, demasiadas esperanzas habían quedado defraudadas y demasiados rencores fermentaban contra él. Ya era tarde. Alcibíades no regresaría a Atenas jamás.

XI

ÚLTIMAS APARICIONES: DRAMA Y MELODRAMA

Alcibíades se encontraba, pues, en sus fortines de Tracia, bien instalado e independiente.

Sin duda alguna, mantenía los ojos puestos en Atenas. Y no carecía de medios. Se había formado una fuerza militar propia con mercenarios tracios, gracias a los cuales había reunido un buen botín. Estos medios le permitían ejercer una acción.

Primeramente, en la región. Porque en Tracia había agitación y disturbios, y él podía intervenir y ayudar al Rey a sofocarlos. Por otra parte, podía vigilar los alrededores y, como dice Plutarco, «proteger a los griegos de la región de las incursiones de los bárbaros» (36, 5). Ello suponía velar por las ciudades que no hacía mucho había incorporado a Atenas. ¿No podía ser éste un medio para conciliar la opinión de Atenas y prepararse, quizá, un segundo regreso...?

Esta idea de un pequeño reino independiente cerca de los estrechos no era nueva. El famoso Milcíades, el vencedor de Maratón, consiguió su fuerza gobernando el Quersoneso, gobierno que era debido a la circunstancia de que su tío, otro Milcíades, había sido tirano de Quersoneso. Aquí podemos admirar, pues, una vez más, la rapidez con que Alcibíades, doblegado por los acontecimientos, traza un nuevo plan político, audaz y con posibilidades de enderezar la situación. Inmediatamente él reacciona. Inmediatamente, vemos perfilarse un nuevo plan.

Pero había que esperar.

Pudo pensar que había llegado su oportunidad con motivo de la batalla de las Arginusas. Esta batalla fue librada por Conón, su sucesor, en el otoño del año 406. Fue una batalla ruinosa: Atenas perdió veinticinco trirremes, bienes y personas; y, para colmo, los jefes faltaron al sagrado deber de recoger a los muertos y moribundos. Hubo un proceso clamoroso. Se destituyó a todos los estrategos que habían intervenido en la batalla. Éstos echaban la culpa a los trierarcas, que no habían obedecido su orden, y los trierarcas, a la tempestad. Hubo acres discusiones sobre el procedimiento a aplicar. Y aquí vemos reaparecer a Sócrates, que fue el único que rechazó toda medida o enjuiciamiento que no fuera conforme a la ley. El asunto desembocó en la condena a muerte de los ocho estrategos encausados, de los que seis, que se encontraban en Atenas, fueron ejecutados. Poco después, los atenienses lo lamentaban... como suele ocurrir en estos casos.

Estos desórdenes no afectaban a Alcibíades, pero hubieran podido darle una oportunidad, porque revelaban una Atenas sumida en el desconcierto. Y debió de haber movimientos en su favor: éste es el momento en el que se sitúa la comedia de Aristófanes *Las ranas*, que hemos comentado en el capítulo anterior.

En realidad, no pasó nada, Alcibíades no reaparecería en la historia de Atenas más que una sola vez, al año siguiente. Pero fue en circunstancias sobrecogedoras e inolvidables.

* * *

Fue la víspera de la batalla que marcaría la derrota definitiva de Atenas, la derrota de Egospótamos. Y ocurrió no muy lejos de los fortines de Alcibíades, a la entrada del estrecho del Quersoneso.

Lisandro, una vez reparada la flota, súbitamente la llevó de Rodas al Helesponto. Llegó a Abidos. Los atenienses, al enterarse, zarparon también hacia el Norte. Mientras Lisandro recuperaba la vecina Lampsaco, los

atenienses se aproximaban al Quersoneso con intención de llegar a Sestos, en el lado norte. Pero, deseosos de acercarse a la flota de Lisandro, fondearon en Egospótamos, una pequeña aldea cuyo nombre significa «arroyo de la cabra» situada también en la orilla norte, pero justamente frente a Lampsaco, donde estaba Lisandro. La pequeña aldea marcaría uno de los hitos más ilustres de la historia de Grecia.

Entre una y otra escuadra estaba el Helesponto. Pero Jenofonte puntualiza que en este punto el estrecho no mide más que unos quince estadios, menos de tres kilómetros.

Ya están frente a frente las dos escuadras. Los atenienses tenían ciento ochenta naves, situadas en un mal fondeadero. Lisandro contaba con una flota en excelente estado (Ciro le había concedido nuevos subsidios), surta en un puerto abrigado: le convenía esperar.

En consecuencia, Lisandro hacía como si fuera a presentar batalla, pero no salía de puerto. Así, cuatro días.

Y entonces se produjo la aparición por sorpresa de Alcibíades. Se presentó en el campo ateniense para aportar su experiencia y las observaciones que había tenido ocasión de hacer. Se ofrecía en calidad de consejero en el momento crucial, el punto culminante de los dramáticos acontecimientos, con lo que demostraba, por última vez, su sentido de la oportunidad.

Desde sus fortines se había enterado de todo y lo había comprendido todo. Había visto que el fondeadero de la flota ateniense era malo: una simple playa, sin ninguna ciudad cerca. Había visto que era necesario llevar el avituallamiento desde Sestos. Y así lo dijo claramente a los generales. También había observado el cariz que tomaban las cosas y el partido que Lisandro podía sacar de ellas. Porque, cada vez que la flota volvía a fondear sin que el espartano aceptara el combate, las tripulaciones atenienses se desmandaban: se veía a los hombres, dice Plutarco, «una vez bajaban a tierra, yéndose cada uno y dispersarse a placer, cuando frente a ellos tenían la escuadra enemiga, acostumbrada a ejecutar sin protestar las órdenes de un comandante único» (36, 6). Todo

esto, explica el mismo autor, Alcibíades no podía verlo con indiferencia: llegó, criticó, aconsejó.

Por más que se esforzara, un dramaturgo no podría encontrar un episodio que tuviera mayor fuerza dramática ni un simbolismo más impresionante. La víspera de la gran batalla en la que se hundirá definitivamente la grandeza de Atenas, reaparece este exiliado, este solitario que llega a caballo, salido de la nada, dando inmejorables consejos ¡y no se le escucha...! Ciertamente, el tema del consejero que no es escuchado es frecuente en la historia y en la tragedia griegas. Pero aquí aparece en plena acción, y por sorpresa, y en el momento más patético. Alcibíades se presenta como una verdadera aparición. Y, suprema ironía, él que siempre había convencido a todo el mundo, incluso cuando sus consejos eran nefastos, ya no convence. Lanza una advertencia, pero Atenas sigue adelante, impelida por su impulso, hacia la hecatombe.

Se comprendería que los estrategos se mostraran irritados y suspicaces. ¿Iban a permitir que el hombre que había sido destituido por Atenas les cuestionara su conducta? ¿Iban a situarse en segundo término, para dejarle ejercer una vez más la supremacía? Envidias aparte, debieron de sentirse estupefactos por su llegada, inquietos por sus intenciones y disgustados por sus críticas. En la mente de aquellos hombres pesaban todas las cosas reprobables que él había hecho, impidiendo que se materializara el gran servicio que por fin hubiera podido prestar. Su respuesta, por su acritud, revela sus sentimientos. Aquellos hombres se llamaban Tideo y Menandro.[1] Pidieron a Alcibíades que se retirara, manifestando: «Tú no eres estratego: otros lo son» o, mejor, según la cita que da Jenofonte: «Los estrategos somos nosotros, no tú.»[2]

Alcibíades partió, sospechando, dice Plutarco, «que había traición en la actitud» de sus interlocutores; y al marcharse hizo otra de sus provocativas promesas, afirmando que «si los estrategos no le hubieran ofendido de esta manera, en pocos días hubiera obligado a los lacedemonios a combatir a pesar suyo o a abandonar su flota».[3]

¿Lo hubiera logrado? No es imposible. En realidad, Alcibíades ofrecía algo más que críticas. Diodoro (al igual que Cornelio Nepote) indica que ofreció a los estrategos el apoyo de los reyezuelos de Tracia con los que se había aliado; y a esto se refiere su observación final que citamos en parte más arriba; Plutarco, al comentarla, agrega que podía «traer consigo a gran número de tracios, lanzadores de jabalina y jinetes» para obligar a Lisandro a luchar o huir.[4] Él aportaba, pues, no sólo la crítica de un buen estratego sino una oferta de alianza y de apoyo, como era habitual en él. Y esto agrava la responsabilidad de los estrategos.

Éstos pagaron cara su actitud. Lisandro cayó sobre las fuerzas atenienses, que se encontraban (lo mismo que otros días, y él lo sabía) imprudentemente dispersas; las trirremes estaban vacías u ocupadas sólo por la mitad de remeros. Nueve barcos consiguieron escapar; todos los demás fueron apresados en la costa. Lisandro reunió a la mayor parte de los hombres en tierra y lo transportó todo —hombres y barcos— a Lampsaco. Allí se decidió la suerte de los prisioneros, y tres mil hombres fueron degollados.[5] La guerra estaba prácticamente terminada. Poco después, Lisandro tomaba Atenas, incendiaba la flota y destruía las fortificaciones que garantizaban la seguridad y la autonomía de la ciudad.

Si los estrategos hubieran escuchado a Alcibíades, ¡quién sabe si la Historia no hubiera tomado un rumbo muy distinto!

* * *

Pero también él fue alcanzado por el desastre y la derrota. Siendo ahora Lisandro el amo de la región, Alcibíades no podía permanecer en ella. En la Atenas vencida, Esparta impuso el régimen de los Treinta Tiranos, y siguieron los destierros y las ejecuciones. Alcibíades, al que muchos temían, fue exiliado, al igual que su amigo Trasíbulo. De este modo, los Treinta pensaban soslayar toda posibilidad de movimiento contra ellos, eliminando a un posible jefe. Esta vez Alcibíades no podía refu-

giarse en Esparta ni buscar asilo al lado de Tisafernes. ¿A quién recurrir? No quedaba más que un hombre: el único contra el cual había combatido sin que existiera entre ellos odio personal: Farnabazo, el otro sátrapa. Se recordará que éste le había mostrado cierta consideración; y hasta se había rumoreado sobre un convenio concertado, a título personal, entre los dos hombres.[6]

Farnabazo gobernaba Bitinia. Pues bien, ya tenemos a Alcibíades en Bitinia. Pero, ¿podrá quedarse? Farnabazo era aliado de Esparta, y Esparta podía presionar sobre Farnabazo. Se cerraba la tenaza; la jauría era más numerosa; el toque de acoso estaba próximo.

Esparta (con Lisandro a la cabeza) pidió a Farnabazo, sencillamente, que matara a Alcibíades. Por lo menos, es lo que dicen todas nuestras fuentes, desde Isócrates hasta Plutarco y Diodoro.[7]

Pero Alcibíades no encontraría la muerte en la corte del sátrapa. Había llegado, tras muchas vicisitudes y la pérdida de sus bienes, y permaneció en ella varias semanas. Pero, cuando se recibió la orden, él ya no estaba.

A partir de aquí, el rastro se borra, se pierde la pista, las versiones se contradicen. Una cosa es cierta: Alcibíades había abandonado la corte del sátrapa y la muerte lo sorprendió en Melisa, una aldea de Frigia.[8]

¿Qué había ido a hacer allí? ¿Adónde se dirigía?

Una versión, que se remonta al historiador Éforo y que recogen Diodoro y Cornelio Nepote,[9] presenta un argumento diferente de las otras fuentes, tortuoso e impregnado de perfidias orientales. Según esta versión Alcibíades habría descubierto una conjura contra el Rey, la habría revelado a Farnabazo y habría partido en busca de un salvoconducto; pero Farnabazo, temiendo verse comprometido en la conjura (sin que pesara en su decisión Esparta ni los Treinta), lo habría hecho matar.

Esta versión tenemos que rechazarla; sólo sirve para dar una idea de la oscuridad en la que nos movemos desde el momento en que la historia de Alcibíades deja de confundirse con la de Atenas.

Plutarco así lo confirma al exponer una versión que exculpa no sólo a Esparta y a Atenas sino al propio Far-

nabazo: Alcibíades habría seducido a una joven, hija de una buena familia, y la habría mantenido a su lado; los hermanos de la muchacha, indignados, habrían incendiado la casa. Plutarco no se muestra más convencido por este relato que Diodoro por el de Éforo: se limitan a exponerlos. Como se ve, empezaban las fabulaciones...

Pero, una vez descartada la versión de Éforo, subsiste la incógnita: ¿Qué hacía Alcibíades en Frigia? ¿Adónde iba? ¿Qué esperaba? Aquí se nos sugiere una posibilidad conmovedora. Porque, efectivamente, es probable que Alcibíades hubiera tomado el camino que conducía hasta el Rey, movido por una nueva esperanza: presentarse al soberano, seducirlo y ofrecerle sus consejos a cambio de la vida.

No lo sabemos. Pero existía un ilustre precedente, y hemos visto cómo Alcibíades estaba imbuido de los ejemplos del pasado ateniense. El precedente de Temístocles que, alejado de Atenas por el ostracismo y posteriormente acusado de traición, tras muchas vicisitudes, acabó por escribir una carta a Artajerjes para pedirle asilo. El Rey se sintió magnánimo y, al cabo de un año, Temístocles había aprendido la lengua persa y las costumbres del país y «ocupaba cerca del Rey un lugar importante, como no lo había tenido ningún otro griego». Es el propio Tucídides el que, hacia el final del libro I, retrocediendo en el tiempo, cuenta con numerosos detalles esta llegada de Temístocles al país del que fuera su adversario en Salamina.

Y Alcibíades, acosado a su vez, ¿no iba a acariciar el sueño de acabar como Temístocles? ¿No era éste el modelo que siempre le ponía Sócrates? ¿Y no había llorado él, en otro tiempo, por no poder igualarlo? Encontramos la evocación del ejemplo de Temístocles aplicado a Alcibíades en el *Alcibíades* de Platón y en el de Esquines de Esfeto. En el *Gorgias*, Platón menciona a Temístocles a la cabeza de los hombres que habían llenado la ciudad de puertos, arsenales y fortificaciones, haciéndola víctima de una enfermedad de la que tal vez un día, dice Sócrates, Calicles deba pagar las consecuencias «o mi amigo Alcibíades» (519 a). Tantas afinidades no pue-

den ser debidas al azar. Por otra parte, ambos destinos muestran semejanzas evidentes. Temístocles, el vencedor de las guerras médicas, el hombre que había puesto las bases del poderío naval de Atenas, y que había acabado en el exilio, presenta muchas facetas que se prestan a las comparaciones. Alcibíades soñaba con el gran proyecto, al igual que Temístocles; también había sido adorado en Atenas y condenado, expulsado y acogido en Asia por Tisafernes, antes de acudir a Farnabazo. Era lógico y natural que soñara con ser acogido también por el Gran Rey. La comparación surge espontáneamente en todo momento. Así, Ateneo señala que Alcibíades había aprendido la lengua persa «como Temístocles». Finalmente, siente uno la tentación de poner en boca de Alcibíades, como en la obra de Campistrón que le fue consagrada: «Temístocles está siempre presente en mi pensamiento», verso que en la tragedia es seguido por otros diez que desarrollan el paralelismo.[10]

Cierto, Campistrón no es una referencia. Pero, por lo menos, el pasaje muestra con qué facilidad podían establecerse comparaciones entre los dos hombres.

Por otra parte, volviendo a nuestras fuentes, Plutarco admite esta explicación; hablando de Alcibíades, escribe: «Entonces decidió subir hasta Artajerjes, convencido de que no parecería inferior a Temístocles si el Rey lo ponía a prueba, tanto más cuanto que tenía un motivo más noble, porque él no ofrecería sus servicios contra sus conciudadanos, como había hecho Temístocles, sino por su patria y contra sus enemigos» (37, 7).

Y aquí, en plena adversidad, vemos resurgir la vieja emulación de Temístocles de la que hablan los textos socráticos.

Es cierto que algunos críticos modernos se muestran escépticos y piensan que Plutarco y todos los que le siguieron estaban influidos por el modelo de Temístocles.[11] Por lo tanto, la asimilación sería literaria y sobreañadida.

¿Cómo saberlo? Es posible. Pero también pueden combinarse las dos explicaciones. Porque, ¿cómo negar que Alcibíades pudo concebir esta idea, que parece imponerse con fuerza? La acogida que le dispensó Tisafer-

nes no dejaría de proporcionarle elementos de reflexión. Y, conociendo su carácter, resulta difícil pensar que este precedente no alimentara su imaginación y sus sueños. Es natural, y es bonito descubrir, en este momento de desconcierto, este pálpito de esperanza y este nervio heroico, en el hombre que va a morir.

Porque, pese a todo, iba a morir.

* * *

La muerte de Alcibíades fue, al contrario de su vida, oscura y miserable. Pero también tan patética que ningún autor de melodramas se hubiera atrevido a llegar a tanto.

Es posible que los historiadores, por falta de datos, hayan inventado y exagerado.[12] Pero el relato que nos hacen, casi todos de la misma forma, nos deja estremecidos ante el contraste entre una vida tan brillante y una muerte tan trágica.

Farnabazo había enviado a cometer el asesinato a dos de sus parientes: su hermano Bageo y su tío Susamitres. Esto es lo que dice Plutarco (39, 1-7): el texto merece ser citado en su totalidad.

La escena se desarrolla muy lejos, en un pueblo de Asia. No intervienen más que dos personajes.[13] Alcibíades y una mujer, una prostituta de gran corazón. Y, como en una tragedia, todo empieza por un sueño profético.

«Alcibíades se encontraba en cierta aldea de Frigia, teniendo en su compañía a la cortesana Timandra. Mientras dormía, tuvo la siguiente visión: parecióle que se había adornado con las ropas de su amiga, y que ésta le sostenía la cabeza y lo peinaba y le pintaba la cara como a una mujer. Otros dicen que vio en sueños a Bageo y los de su facción le cortaban la cabeza y quemaban su cuerpo. Pero todos convienen en que su muerte fue precedida de este sueño.»

La primera versión del sueño anunciaba sin duda los cuidados que la cortesana daría al cadáver de Alcibíades. Pero en el relato aparecen ya los asesinos:

«Los que fueron enviados contra él no se atrevieron

a entrar en la casa, sino que la rodearon y le prendieron fuego.»

¡Atrapado en la madriguera como una alimaña!

Pero él aún se defiende.

«Alcibíades, al advertirlo, hizo un gran montón con vestidos y cobertores y lo arrojó al fuego; y enrollándose a la mano izquierda la clámide, con la diestra desenvainó la espada, y pasando con la mayor intrepidez por encima del fuego, que todavía no había prendido en las ropas, con sólo presentarse dispersó a los bárbaros porque ninguno de ellos se atrevió a esperarlo a pie firme y venir a las manos con él, sino que desde lejos le lanzaron jabalinas y flechas.»

Entonces cayó, herido de muerte. Pero frente a la cobardía de los asesinos destacan la lealtad y la valentía de la mujer con la que vive:

«Cuando él hubo caído y los asesinos se retiraron, Timandra recogió el cadáver y, envolviéndole con sus propias ropas, le hizo el funeral y honrosas exequias que las circunstancias permitían.»

Timandra, agrega Plutarco, era la madre de Lais, la corintia de la que diría en el *Diálogo sobre el Amor* (767 s) que fue cantada por los poetas y muy amada: «Ya sabéis que encendió de deseo a toda Grecia o, mejor, que se la disputaban de un mar a otro mar.» Incluso bajo amenaza de asesinato en una aldea frigia, Alcibíades, con el empaque de los valientes, mantiene la elegancia en la elección y tiene a su lado una compañía femenina ardiente y apasionada.

Este relato concuerda con el de los otros historiadores. Todos hablan de la casa incendiada, pero hay discrepancias sobre la presencia de Timandra y un hombre, o Timandra y otra mujer: los críticos modernos, escépticos, suponen que estos testigos fueron inventados para imprimir autenticidad al relato. Pero nosotros conservaremos, por lo menos, a Timandra: conociendo a Alcibíades, ¿cómo imaginar que estuviera solo? También hay vaguedad sobre la suerte del cadáver, provocada por los dos sueños proféticos: o fue amortajado por Timan-

dra, o decapitado por los dos asesinos; y Cornelio Nepote dice que llevaron a Farnabazo la cabeza de Alcibíades.

Nunca sabremos la verdad exacta. Pero se desprenden dos impresiones de conjunto.

En primer lugar, durante todo el episodio, choca esa mezcla de perfidia y crueldad. En gran medida, es la marca de los bárbaros; y en los autores griegos encontramos frecuentes alusiones a estos dos defectos de los orientales, tan alejados del ideal griego. Hemos visto ya, en torno a Alcibíades, la crueldad de Tisafernes, el otro sátrapa, del que Plutarco decía que «no había en él ninguna rectitud y sí mucha maldad y perversidad», y hemos visto ya la crueldad de uno de sus lugartenientes, que dio muerte a traición a los griegos de Delos.[14] Los bárbaros en general eran considerados sanguinarios y pérfidos por los griegos, en contraste con ellos.[15] Y esto explica el significado de «cruel» que conserva en nuestra lengua la palabra «bárbaro».

En cierto sentido, el contraste entre esos asesinos que se esconden en la oscuridad y ese hombre solo que sale entre las llamas sin protección y les hace huir es símbolo de una oposición de culturas a la que los griegos eran muy sensibles. Y la traición de Farnabazo, y el ataque nocturno, todo lleva la marca del bárbaro.

No obstante, se impone introducir ciertos matices en esta imagen en blanco y negro.

Al fin y al cabo, no olvidemos que Farnabazo, en este caso, ejecutaba las órdenes o los deseos de Lisandro, y Lisandro era griego. A esto se puede responder que Lisandro ha sido criticado incluso por Plutarco por la dureza que mostró durante toda su vida y que ya había mostrado después de la batalla de Egospótamos... ¡Muy bien! Pero también los atenienses habían dado pruebas de crueldad, o de intenciones crueles. Y el exilio con que los Treinta habían castigado a Alcibíades, sin razón suficiente, lo exponía a lo que le ocurrió.[16] Hay que admitir, pues, que a la gran oposición existente entre griegos y bárbaros se sume el endurecimiento moral que marca cada vez con más fuerza todo este período. Este endurecimiento acompaña sin duda alguna la intensidad de las

luchas que causaban estragos en Grecia y también en las ciudades. ¿Acaso el relato de la vida de Alcibíades no está jalonado de denuncias y asesinatos, capítulo tras capítulo?

No obstante, este mismo endurecimiento no dejaba de provocar entre los griegos una cierta reacción. A diferencia de los bárbaros, o de lo que se sabía de ellos, los griegos se escandalizan de su propia manera de ser y ensalzan los sentimientos de indulgencia, tolerancia y humanidad, que en los textos apuntan aquí y allá y al fin de la guerra florecen por todas partes.[17]

Alcibíades muere víctima de estas luchas que todo el siglo siguiente se esforzará en recubrir con un ideal restaurado.

A este respecto, su muerte adquiere un gran significado en la historia de las ideas morales, aunque no precisa de tales comentarios para imponerse con fuerza y cobrar un valor trágico evidente para todos.

Sí, los detalles son vagos. ¿Y cómo estar seguros? El fin de Alcibíades se produjo en un lugar remoto, prácticamente sin testigos. Los autores contemporáneos nada dicen al respecto. El primer autor que habla de esto cuya obra ha llegado a nosotros, vivió nada menos que cinco siglos después de los hechos, y las fuentes que invoca son posteriores a ellos en medio siglo. Quizá en el relato intervinieron el sentido literario y la imaginación. Pero es innegable que da a la vida de Alcibíades un final digno de ella. Lo tiene todo para conmover y lo tiene todo para alimentar una meditación sobre los avatares del destino.

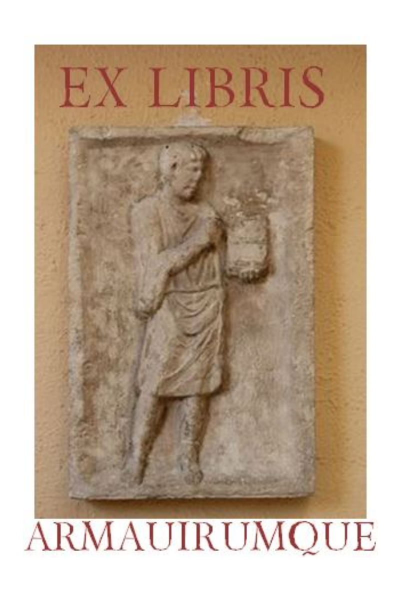
Conmueve porque, de pronto, este hombre que se ha valido de tantos subterfugios e intrigas, se nos revela con todo el esplendor de su fortaleza de espíritu. Y pensamos en el bello retrato que hizo de él el abate Barthélemy en su *Viaje del joven Anacarsis*: «No cabía buscar en su corazón la elevación que produce la virtud; pero en él se encontraba el arrojo que da el instinto de la superioridad. No había obstáculo ni desgracia que pudiera sorprenderle ni desanimarle: parecía convencido de que, cuando las almas de un cierto orden no hacen todo

lo que quieren es porque no se atreven a hacer todo lo que pueden.» Su conducta ante la muerte da a Alcibíades talla de héroe.

Y su muerte en sí es la de un héroe trágico. Porque —al igual que el Edipo de Sófocles—[18] Alcibíades se precipita de la mayor gloria al peor desastre. El hombre mejor dotado de Atenas, en el que se conjugaban inteligencia, belleza y valentía, que había dirigido la política de Atenas, la de Esparta y la de un sátrapa persa, el que había conocido el regreso más triunfal que Atenas podía ofrecer, cae asesinado por orden de un bárbaro, solo, abandonado por todos, salvo, quizá, por una mujer. Lo había conocido todo. Todavía no tenía cincuenta años.

En la aldea donde murió, Ateneo, en el siglo III d.C., dice que aún se conservaba su tumba. El emperador Adriano había hecho levantar allí una estatua de Alcibíades, y todos los años se le ofrecía un sacrificio.[19]

¿Estatuas de Alcibíades? Cinco o seis siglos después de su muerte había varias, mientras que el nombre de Farnabazo estaba olvidado y muy pocos conocían el de Lisandro. ¡La muerte no es el final para un hombre como Alcibíades!



XII

REPERCUSIONES

Alcibíades había muerto. Pero aquí no acabó todo. Al contrarío, una vez muerto él, y terminada la guerra, vemos cómo Atenas entera se interesa por Alcibíades, que se convierte en objeto de una intensa actividad literaria. Es, evidentemente, el momento en que los historiadores trabajan sobre su carrera y tratan de enjuiciarla. Primero, Tucídides y, poco después, el Jenofonte de *Las Helénicas*. Pero la cuestión de Alcibíades y del juicío que deba emitirse sobre él ocupa a otros muchos. Se siguen procesos contra el hijo de Alcibíades: es la ocasión para que los más célebres oradores escriban a favor o en contra del padre. Sócrates, a su vez, es juzgado y condenado a muerte; es la ocasión de tratar de averiguar el papel que pudo desempeñar en la vida de Alcibíades. Platón, Jenofonte y todos o casi todos los filósofos socráticos, se ponen a escribir sobre Alcibíades, o se inspiran en las lecciones que sugiere su vida. El caso de Alcibíades suscita una pléyade de comentarios cuyo fulgor ha llegado hasta nosotros.

Ante todo, nos encontramos otra vez en Atenas, donde se reavivan las disensiones a propósito de Alcibíades, con ocasión de los procesos seguidos contra su hijo.

Éste no era más que un indeseable que no respetaba ni a su padre y al que Alcibíades tampoco quería mucho.[1] Pero tanto los que atacaban al hijo como los que le defendían, tenían las miras puestas en el padre.

En su momento hemos evocado el asunto del carro presentado por Alcibíades en los Juegos Olímpicos del año 416;[2] más de quince años después, volvió a abrirse el proceso, y obra en nuestro poder la segunda parte de un discurso de Isócrates redactado en aquella ocasión, entre los años 398 y 395 para el hijo de Alcibíades. Es el discurso XVI titulado *Acerca del tiro de caballos*. Más que una defensa del hijo, es un elogio al padre. Recuerda que los mismos hombres destruyeron la democracia y exiliaron a Alcibíades (la segunda vez); relata todo el asunto de los misterios como si fuera un montaje de quienes, en realidad, eran los enemigos de la democracia; evoca la obstinación de sus enemigos y su condena, y declara que entonces Alcibíades «fue obligado» a refugiarse en Esparta (9). Después acusa a los enemigos de Alcibíades de mala fe; y es aquí donde compara la actuación de Alcibíades en el exilio a la de los demócratas en el 403.[3] Finalmente, alaba la actuación realizada a su regreso, su gestión cerca de Tisafernes, sus victorias, afirmando que nunca, estando él al mando, «los enemigos alzaron un trofeo por una victoria sobre los atenienses» (21). Habla después de sus antepasados, de su juventud, de sus victorias en Olimpia: en suma, toda la vida de Alcibíades desfila en una docena de páginas de justificación o de elogio, sin que aparezca ni el menor defecto. Y el fervor del texto es encendido y sin reservas. Y ello, insistimos, menos de diez años después de la muerte de Alcibíades y en una Atenas nuevamente democrática.

Al parecer, no se trata de puro argumento de abogado. Porque, cincuenta años después, Isócrates vuelve, sin una razón de peso, sobre la persona de Alcibíades. Lo hace en el tratado titulado *Filipo*. Y, aunque esta vez reconoce todo el daño que Alcibíades causó a Atenas ayudando a Esparta, él es el primer modelo que el orador presenta a Filipo para mostrarle lo que puede la energía de un hombre.[4]

Frente a estos elogios están las acusaciones. El hijo de Alcibíades fue procesado por haber faltado a sus deberes para con el Estado: había intentado servir en la caballería sin pasar el examen. El asunto es posterior en

varios años a aquel para el que Isócrates había escrito su discurso. Y conservamos dos alegatos, o partes de alegatos, a nombre de Lisias; su autenticidad ha sido cuestionada, pero no de forma unánime. En cualquier caso, esta vez ya no cabe hablar del padre. Pues bien, figura en el centro del debate.

Sí, ahí se nos revelan todos los escándalos del hijo (véase 25-28). Costumbres disolutas, fiestas con cortesanas, encarcelamientos, matanzas, incesto, de todo, hoy diríamos, con nombres y apellidos. Y en él se reconoce el hábito paterno de actuar en todo a su aire. Pero, junto a estos ataques contra el híjo, muchos otros apuntan al padre, ya sea para decir que éste no constituye excusa para la conducta del hijo, ya para afirmar que también él tenía mucho que hacerse perdonar. Habría habido que ejecutar a Alcibíades cuando era joven. Marchó contra Atenas. Instó a los lacedemonios a ocupar Decelea, levantó a las islas. El autor replica a Isócrates que había comparado a Alcibíades exiliado a los demócratas del año 404 y refuta sus argumentos. Niega, incluso, que fuera hombre competente: dice que traicionar es fácil y que, después de su regreso, en realidad, Alcibíades no había conseguido nada (36-37).[5] El discurso llega a acusar a Alcibíades de haber entregado la flota a Lisandro (38): en política, los ataques no conocen límites.

A través de estos dos discursos, el de Isócrates y el de Lisias, vemos cómo, en cierto modo, el proceso de Alcibíades se desarrolla con apasionamiento en la Atenas de después de la guerra; y los dos alegatos se oponen entre sí: alegato a favor, que no reconoce ningún defecto; alegato en contra, que no admite ningún mérito. Los amigos y los enemigos de Alcibíades siguen enfrentados, como cuando él vivía.[6]

Pero había algo más grave que estos procesos: la cuestión de Sócrates. En este terreno, las repercusiones fueron tremendas.

Sócrates no había ocultado su interés por el joven Alcibíades Ahora bien, en la democracia restaurada, no fal-

taban los que pensaban que, a fin de cuentas, Sócrates había estado rodeado de gentes poco recomendables. Y ello debió de pesar en los sentimientos de los que lo atacaron.

El proceso tuvo lugar en el 399, cinco años después de la muerte de Alcibíades. Conocemos los dos motivos expuestos en la acusación: «Sócrates es culpable de no reconocer como dioses a los dioses de la ciudad y de introducir a otros nuevos; también es culpable de corromper a la juventud. La pena solicitada es la muerte.»

Aquí podemos dejar de lado la acusación relativa a los dioses y al famoso «demonio» de Sócrates; pero, ¿cómo hay que interpretar la acusación de que «corrompía a la juventud»?

No sería sólo porque les contagiaba su presunta impiedad.[7] Quizá también porque sustituía a los padres y apartaba a los jóvenes de las actividades prácticas. La *Apología de Sócrates* de Jenofonte da a entender que tal fue el caso de Anito, el acusador de Sócrates, según el cual el filósofo había apartado a su hijo del oficio de curtidor al que su familia lo destinaba (29).

Pero esto no le hubiera valido la muerte. Anito tenía otras razones para quejarse de Sócrates. Por lo menos, era en aquella época un firme demócrata, de los que habían regresado por la fuerza después de la tiranía de los Treinta. Ahora bien, en torno a Sócrates (y Platón) había habido gentes muy comprometidas, entre otros, Critias, el más preeminente y enérgico de los Treinta. ¿Hubo en el proceso de Sócrates un componente político? Probablemente.[8] Platón en la Carta VII subraya el contraste existente entre este proceso y la moderación de que dieron pruebas, en general, los demócratas victoriosos.[9] Pero resulta difícil separar netamente la política y la moral. ¿Quién delimitará la parte de la una y de la otra cuando, en nuestros días, se acusa a alguien de haber «colaborado»? Corromper a los jóvenes era hacerles perder el respeto hacia las instituciones democráticas, hacer de ellos enemigos del pueblo, gentes sin principios.

En todo caso, se podía invocar a Alcibíades por dos razones: Alcibíades había frecuentado a Sócrates y después había obrado con una ambición sin escrúpulos para

desgracia de Atenas, Alcibíades había sido acusado de aspirar a la tiranía y, durante un tiempo, había negociado con los oligarcas del año 411.

Alcibíades y Critias habían muerto, uno en el año 404 y el otro en el 403; pero aún se recordaban sus nombres con temor y constituían, en todos los aspectos, discípulos comprometedores.

Es de suponer que, durante el proceso, los discursos los mencionaran explícitamente. O quizá el panfleto de Polícrates contra Sócrates, publicado años después del proceso, era más claro. De todos modos, Jenofonte se muestra tajante. El día en que quiso defender la memoria de su maestro escribiendo *Los Memorables*, empezó por dos capítulos con los que respondía a las dos acusaciones principales: los dioses y la corrupción de los jóvenes; y, en esta segunda parte de su respuesta, es categórico: «El acusador afirmó que Critias y Alcibíades, después de haber frecuentado a Sócrates, causaron los peores males a la ciudad» (I, 2, 12).

Aquí vemos cómo Alcibíades se convierte en causa de acusación contra Sócrates, cómo contribuye a su muerte y cómo, para defender a Sócrates, antes tendremos siempre que solventar el caso de Alcibíades.

Ello nos parece injusto y pueril: hoy a nadie se le ocurriría incriminar a un maestro (y, menos, condenarlo a muerte), simplemente porque algunos de sus discípulos han obrado mal. Pero tenemos que recordar varias cosas: primera, la importancia primordial de la ciudad en aquella época; segunda, la circunstancia de que no se trataba de simples lecciones, sino de un vínculo personal y estrecho entre personas adultas y que Alcibíades había sido un discípulo muy amado, lo que no era un secreto para nadie; y, finalmente y sobre todo, que Sócrates, cuyas palabras muchos habían oído o habían oído en boca de otros, había atacado con frecuencia a los grandes hombres de la democracia ateniense y había denunciado los peligros de las votaciones incompetentes, en definitiva, puntos que parecían graves para la democracia ateniense. Basta contemplar la comedia que Aristófanes consagró a Sócrates en 423, *Las nubes*, con todas

las injusticias que describe, para comprender la forma que podían tomar, más o menos correctamente transmitidas, palabras de este tenor en la esfera política. A su manera, Sócrates enseñaba bien la política, puesto que enseñaba la justicia: resultaba fácil creer que se trataba de ideas partidistas.

Por lo tanto, había razones para tener miedo, había razones para imaginar a un Sócrates capaz de crear a un Critias y a un Alcibíades, para desgracia de Atenas.

Según los textos, encontramos los dos nombres o sólo el de Critias.[10] Pero el principio de la acusación no deja lugar a dudas.

La respuesta de Jenofonte es simple e insistente. Consiste en afirmar que los dos, Critias y Alcibíades, eran ambiciosos: si buscaron el trato de Sócrates era con el propósito de pertrecharse para el éxito y luego se apartaron de él; nunca tuvieron intención de vivir como Sócrates. Porque las personas cambian: si Sócrates hubiera ejercido sobre ellos una mala influencia, hubieran sido peores en la época en que lo frecuentaban; y ocurrió todo lo contrario. Uno y otro fueron picados por el orgullo, cedieron a la tentación y se apartaron de Sócrates quien, por cierto, nunca aprobó sus inclinaciones. Por lo demás, Alcibíades pronto le tomó el gusto a las discusiones políticas: la política lo apartó de Sócrates (47). Por otro lado, Jenofonte enumera toda una serie de buenos discípulos que seguían las enseñanzas de Sócrates con buen fin y a los que nada podía reprocharse.

Este texto, por su franqueza, merecía encabezar la serie. Pero no está aislado, ni mucho menos, ni es el primero por orden cronológico. Incluso se ocupa directamente de Alcibíades menos que otros muchos. Porque, junto a los textos del propio Jenofonte que tratan de Sócrates sin nombrar expresamente a Alcibíades, como su pequeña *Apología de Sócrates* y su *Banquete*, a partir del proceso de Sócrates, encontramos una serie de obras impresionantes, como si, de repente, todo el mundo se hubiera puesto a escribir sobre lo mismo.

¿Y qué no encontraremos? Basta citar los títulos. Por cierto, de muchos de estos escritos es casi lo único que tenemos. Pero, como prueba, es suficiente:

— un *Alcibíades* de Platón;

— un segundo *Alcibíades*, atribuido también a Platón, pero cuya autenticidad es más que dudosa;

— un *Alcibíades* de un amigo de Sócrates llamado Esquines de Esfeto (no confundir con el orador Esquines): el texto se ha perdido, pero un retor del siglo II d.C. nos ha conservado algunos pasajes;[11]

— un *Axioco* del mismo Esquines de Esfeto, consagrado al tío de Alcibíades y que, de pasada, trata de Alcibíades, así lo sabemos por Ateneo, autor del siglo III d.C.;

— un *Alcibíades* de Antístenes, el discípulo de Sócrates que fundó el cinismo;

— un *Ciro* del mismo Antístenes, del que Ateneo, también aquí, cita fragmentos relativos a Alcibíades;

— un *Alcibíades* de Fedón, el Fedón que da nombre a un diálogo de Platón: el texto se ha perdido, y lo menciona brevemente Diógenes Laercio;

— un *Alcibíades* de Euclides de Megara, otro socrático (no confundir con el matemático: la obra nos es tan desconocida como la anterior).

La lista es larga y, seguramente, no está completa. Los vagos retazos que conservamos muestran cómo se gestaba ya la leyenda. Frente a una hermosa imagen como la citada a propósito de Sócrates,[12] encontramos injurias gratuitas, como las de Antístenes, que acusan a Alcibíades de haber practicado el incesto... ¡con su madre, su hija y su hermana!

Como puede verse, no todos los discípulos de Sócrates tenían simpatía para aquel cuya vida había avergonzado a su maestro. Pero de estos textos perdidos no puede sacarse más que el testimonio de un interés sin precedentes.

Por otro lado, examinar lo que significó Alcibíades en la obra de Platón.

En primer lugar, desde la perspectiva que aquí se abre, podemos pasar revista a varios de los rasgos que hemos

señalado al principio de esta obra y que aquí encuentran su justificación.

En el momento en que Alcibíades entraba en la vida política, la elección que se le planteaba está expuesta en el *Alcibíades* de Platón.[13] Este diálogo hoy forma parte de una serie, y adquiere su verdadero valor, que es apologético.

Ciertamente Platón nos dejó también una *Apología de Sócrates* que es muy célebre, pero en ella no se menciona a Alcibíades.

Si se conviene con nosotros (y con Maurice Croiset, entre otros)[14] en que el *Alcibíades* es de Platón, es de suponer que lo escribiera muy pronto, seguramente durante su estancia en Megara (y, por lo tanto, quizá antes que la *Apología*). En este caso, constituiría una respuesta aparte, centrada enteramente en la cuestión de Alcibíades.

En realidad, el *Alcibíades* nos muestra a un Alcibíades poseído de una ambición sin freno. Lo poco que sabe no ha de permitirle satisfacerla: ante todo, debe saber lo que es la justicia. Alcibíades consiente. Sócrates tiene sus dudas, donde se percibe, evidentemente, que Platón ya sabe lo que sucedió después. «Tengo mucho miedo —concluye Sócrates al fin—. No es que desconfíe de tu naturaleza, pero veo el poder de nuestro pueblo y temo que nos venza a ti y a mí.»

No podría justificarse mejor a Sócrates que mostrando en qué dirección iban sus esfuerzos y cómo la ambición de Alcibíades y la influencia popular habían de frustrarlos.

También se comprende por qué todos estos textos insisten tanto en la extrema juventud de Alcibíades. Ya lo hemos visto en *El Banquete*.[15] Ello se aprecia aún mejor en el *Alcibíades*, un diálogo en el que asistimos al que fue casi el primer diálogo entre Sócrates y Alcibíades, y en el que éste no hace sino prepararse para hablar al pueblo «próximamente».[16] Además, el joven es todavía ingenuo y conciliador: precisamente esta falta de brillantez ha engañado a algunos críticos. Ahora bien, en la serie de textos que enunciamos, está bien clara la idea de esta ju-

ventud extrema: hace patente que Alcibíades no se relacionó con Sócrates sino mucho antes de iniciar su carrera política y que sus faltas ulteriores responden no a las enseñanzas de Sócrates sino al rechazo de las mismas.

¿Y por qué este rechazo? Importa señalar que, desde las primeras palabras de Sócrates, se trata de la ambición y que, en el curso del diálogo, Sócrates opone a la ambición la justicia. Este tema central del platonismo se apunta aquí con claridad a propósito de Alcibíades.[17]

Finalmente se ve aparecer la idea de que comportarse como un ignorante y no perseguir más que los bienes materiales es una forma de desgracia. Esta idea, eminentemente socrática, sugiere indirectamente que la ambición puede perder a un hombre o a un Estado: en el caso de Alcibíades, que no escuchó a Sócrates, estas dos desgracias —la suya y la de la ciudad— son estrepitosas. Platón se guarda de cualquier alusión: él defiende un ideal y no sabría recurrir a argumentos de orden práctico; sólo al final traza una imagen esplendorosa del hombre y de la ciudad que hubieran optado no por el poder absoluto sino por la virtud.

Si insistimos en esta argumentación es porque, en lo sucesivo, muchos de los escritos y las doctrinas de Platón se referirán a ella: es como si el caso de Alcibíades le hubiera preocupado especialmente y dado motivo de reflexión.

Ya sé que el *Alcibíades* puede que no sea auténtico. En este caso, las coincidencias con diversos diálogos platónicos se deberían tan sólo a que el autor del *Alcibíades* se habría inspirado en ellos. Pero, incluso en este caso, la sugerencia que hacemos aquí sigue siendo válida. Y éste es el punto importante. Porque, a fin de cuentas, podemos apartar a un lado el *Alcibíades* como se aparta la lámina transparente que tiene impresos los nombres de un mapa mudo: lo que no quita que los nombres sigan siendo útiles para leer el mapa, le den sentido y precisión. Igualmente, se puede prescindir del diálogo en cuestión: ello no quita que el personaje de Alcibíades que describe con claridad, con todos los problemas suscitados por sus relaciones con Sócrates, nos proporcione

una explicación que resulta coherente y que se revela extraordinariamente satisfactoria. Podría muy bien tratarse de Alcibíades incluso donde no se le nombra.

Esto puede decirse, ante todo, del *Gorgias*.

La relación, por cierto, es evidente: aquí encontramos —en un diálogo cuya autenticidad no ofrece la menor duda— diversas cuestiones y temas que aparecen en el *Alcibíades*: los grandes hombres, como Pericles, no supieron transmitir a sus hijos sus dotes políticas. O también: la ciudad no necesita fortificaciones, ni barcos, ni talleres, ni grandeza, sino virtud. Estos temas son retomados, desarrollados e ilustrados en el *Gorgias*.

Pero, sobre todo, esta insistencia corresponde a una similitud en la inspiración general. El *Gorgias*, como es sabido, se refiere a la retórica, pero también, más allá de la retórica, a los éxitos prácticos obtenidos con desdén para la justicia. El diálogo se desarrolla en tres tiempos y con tres interlocutores a cual más enérgico. El último, Calicles, no es conocido, no es ni un sofista ni un maestro de retórica: es el prototipo del ambicioso, un ambicioso sin reservas, sin escrúpulos, que defiende la ley del más fuerte. Este rasgo sugiere la evocación de Alcibíades.

No quiero decir, naturalmente, que Calicles sea Alcibíades, ¡ni pensarlo! Ya he explicado que Calicles me parece un personaje ficticio, destinado a plasmar el fondo de las enseñanzas de los sofistas, tal como las entendían ciertos discípulos.[18] Pero esta ambición sin freno, esta ambición que Eurípides pinta con nitidez en el 410 con el personaje de Eteocles,[19] esta ambición que Tucídides denuncia en la misma época, la época de las intrigas más desaforadas, ¿cómo pensar que Platón no la asociaba también, él, más que cualquier otro, al recuerdo del gran ambicioso que fue Alcibíades? Calicles no es Alcibíades, pero hay algo de Alcibíades en él. Mejor, Sócrates se sirve de él para condenar su misma conducta en los Estados y el error de los que quieren acrecentar su poder por la fuerza; todo el mundo comprende que se trata del imperio de Atenas, de este imperio-tiranía que creció, se

hipertrofió y se hundió. ¿Cómo no había de pensar Platón en el que fue autor del gran proyecto, que quiso conquistar para Atenas no sólo Sicilia sino todo el mundo griego y que al fin la dejó privada de sus aliados, de su flota y de sus fortificaciones? Esta condena forzosamente tiene que referirse también a Alcibíades

Por otra parte, hacia el final del diálogo, Sócrates, criticando a los grandes políticos de Atenas que se habían excedido en buscar la grandeza de la ciudad a expensas de la justicia, señala que la ciudad, ahíta de ventajas y aquejada de la debilidad que éstas suelen comportar, se revolverá entonces contra los sucesores de estos políticos: «Quizá te ataquen a ti, si no vigilas, o a mi amigo Alcibíades, cuando se hayan perdido, con las nuevas adquisiciones, todos los bienes de antaño, aunque vosotros no seáis los verdaderos culpables sino, quizá, sólo cómplices» (519 a-b).

El nombre de Alcibíades, con la alusión a sus futuras tribulaciones, aparece como una confirmación y una confesión: el caso de Alcibíades ha nutrido el pensamiento de Platón y le ha llevado a transformar los virtuosos principios de su maestro, de los que Alcibíades no se había aprovechado en una teoría profunda de la política y sus objetivos.

Porque las cosas no acaban aquí: después del *Gorgias* viene *La República*, que es un análisis de lo que debe ser la justicia en un Estado, e insiste en la necesidad de subordinarlo todo al bien del conjunto. Alcibíades está olvidado, pero en el corazón del platonismo siguen alentando las cuestiones planteadas por su vida. Incluso podría decirse, apurando las cosas, que lo que puede parecer excesivo rigor de la ciudad platónica puede atribuirse al horror de ver surgir en una ciudad hombres como Alcibíades o como Calicles.

Antes de terminar con Platón, el análisis de estas ideas nos convida a detenernos un instante en estas conclusiones de Platón, análogas a las de Tucídides.

Uno y otro culpan a la ambición, en la que ven la ra-

zón del desastre final; pero cada uno sitúa el límite en un lugar diferente.

Tucídides considera que el gobierno de Pericles fue excelente, que aplicó una política sabia y que, si se le hubiera escuchado, Atenas hubiera podido ganar la guerra y conservar su imperio. Un imperio que, según nos muestra Tucídides, era cada vez más duro y más ambicioso, por lo que suscitaba hostilidades y daba lugar a imprudencias que lo perdieron. Pero tuvo su época hermosa, que Tucídides alaba por boca de Pericles en términos luminosos. Enuncia con vehemencia su principio, su carácter irresistible y su belleza. Incluso lo asocia a la virtud: «Contemplad mejor cada día, en su realidad, el poder de la ciudad, dejaos cautivar y, cuando os parezca grande, decíos que los hombres que adquirieron todo esto mostraban audacia, discernían cuál era su deber y actuaban con honor...» (II, 43, 1). Tucídides hace una neta distinción entre Pericles y sus sucesores, entre el tiempo del civismo y el de las ambiciones.

Platón, por el contrario, engloba en su condena a los grandes hombres del pasado: los Temístocles, los Cimón, los Milcíades, los Pericles. Arremete contra el principio mismo del imperio, el principio mismo del poder político. Restablece la continuidad entre Alcibíades y sus predecesores y, por esta razón, debe recurrir a un Estado ideal... ideal e irreal. Aquí se produce el divorcio entre el pensamiento político del historiador y la reflexión política del filósofo: las desgracias de Alcibíades se inscriben en dos series que, en adelante, divergen.

* * *

Todo ello constituye una secuencia bastante coherente, si no existiera el diálogo por el que ha empezado este libro, a saber, *El Banquete*. Y, al final de nuestro recorrido, tenemos que volver a él.

¿Por qué elegir al discípulo descarriado para hacer de él el personaje más brillante de este diálogo y por qué haberle hecho destinatario, precisamente a él, de este vibrante elogio de Sócrates, sin igual en toda la obra? ¿Por

qué aquí este Alcibíades tan abierto, tan penetrante, tan próximo a Sócrates? ¿No existe una contradicción con la reacción y la condena que acabamos de contemplar?

En primer lugar, hay que señalar que, incluso en los textos que implican una condena del modo de vida y del papel político elegidos finalmente por Alcibíades, el tono de Platón, o mejor el tono que Platón atribuye a Sócrates, está matizado de una especie de indulgencia afectuosa; en el *Alcibíades*, el maestro no tiene ninguna dificultad en conseguir las promesas del adolescente; y, al acogerlas con escepticismo, puntualiza cariñosamente que no desconfía de Alcibíades sino de las influencias que triunfarán «sobre ti y sobre mí». Y, en el *Gorgias*, en el momento de los peores vaticinios, sigue llamándole «mi amigo Alcibíades» con una conmovedora reticencia a considerarlo culpable, «sólo, quizá, cómplice».

Ahora bien, en *El Banquete*, no se trata de ambición ni de política: el tema del diálogo es el amor. Y, al igual que la profetisa Diotima, citada por Sócrates, describía las virtudes del amor como la facultad de dar el ser a la belleza, al igual que el amor que ella describe inspira al que ama los más bellos pensamientos para comunicarlos al objeto de su amor, y puede llevar a ambos a la contemplación de la Belleza, así también la enseñanza de Sócrates, inspirada por el amor e inspiradora de amor, puede elevar las almas a otra forma de amor y conducirlas al Bien. No se trata ya de la discusión metódica ni de las argumentaciones sobre lo justo: tiene que intervenir otro aspecto que liga la enseñanza de Sócrates a una especie de iniciación y que, partiendo del amor, en el sentido corriente del término, lleva al amor del Bien.

Para sugerir este aspecto había que evocar a Sócrates por boca de un hombre inspirado y en el límite de la embriaguez, un hombre que había mantenido con Sócrates una amistad íntima y tierna, un hombre, sobre todo, capaz de descubrir que Sócrates le profesaba un amor distinto del que él esperaba y estaba acostumbrado a inspirar.

El texto se configura, pues, en estos dos tiempos que hemos expuesto aquí sin tratar de averiguar la razón:[20]

en primer lugar, un retrato de Sócrates hecho por un hombre que se siente lo bastante seguro de sí como para hablar libremente y también lo bastante delicado como para confesar que se siente desconcertado, conmovido y turbado por las revelaciones que Sócrates deja entrever; y después un relato crudo pero lleno de ironía para consigo mismo: el de una oferta amorosa que no conduce más que a una magna lección sobre el verdadero amor y la verdadera belleza.

Alcibíades, después de este episodio, se siente a la vez molesto y lleno de respeto. Comprende lo excepcional que es Sócrates. Comprende la maravilla de la enseñanza vislumbrada y de aquellos discursos divinos «relativos a todo lo que conviene no perder de vista para convertirse en un hombre de honor».

Alcibíades termina con unas bromas; pero la confesión que se le atribuye es la más bella ilustración de esta transposición del amor que pone en el corazón del platonismo un calor y un fervor que muchas veces la dialéctica nos hace olvidar.

No hay, pues, contradicción entre los textos que hemos visto y éste: podemos lamentar las elecciones hechas por Alcibíades en su vida y extraer de ellas una reflexión moral, pero, también, ver en él, mejor que en cualquier otro, el agente del milagro que se asocia a la persona de Sócrates, el milagro por el que el amor se eleva hacia el Bien y te lo hace desear.

De modo que, al final del libro, podemos recuperar sin escrúpulos la imagen del principio, la imagen seductora y provocativa del hombre joven, coronado de hiedra y violetas, que llega al banquete con retraso y ya borracho. Podemos olvidar las aventuras futuras, las intrigas y las traiciones, la gloria y el asesinato. A pesar de todo, se puede querer a Alcibíades, el bello Alcibíades... Y se puede pensar que el extraordinario desorden de su vida no adquiere verdadero relieve y concreción sino en conjunción con este retrato que deja un escritor en un diálogo ficticio, en el que Alcibíades, *a priori,* no tenía nada que hacer.

Lo que permanece es, siempre, el arte literario.

CONCLUSIÓN

Alcibíades ha llegado hasta nuestro tiempo tanto por el camino de la Historia como por el de los textos literarios, y ha podido beneficiarse de todos los retornos que se han hecho hacia una y otra fuente.

Hemos encontrado, como epílogo a su muerte, los honores que hizo rendirle en su tumba el emperador Adriano, y que nada tienen de sorprendente, pues Adriano era muy amante de las letras griegas. Por lo demás, tampoco es de extrañar que los latinos cultos conocieran a Alcibíades. Leían a Platón y a los historiadores griegos y, después, a Plutarco. Cicerón se refiere con frecuencia a nuestro héroe; y, para no hablar de Cornelio Nepote, al que hemos citado más de una vez, podemos decir que aparece en los escritos de todos los eruditos de la época imperial: Valerio Máximo, Frontino, Justino...

¿Y después? Después cae el pesado silencio de la Edad Media, y no se vuelve a hablar de Alcibíades hasta que resurgen las letras griegas.

En el siglo XV, un extraño testimonio nos permite hacernos una idea del olvido que pesaba sobre estos nombres y estos hechos: Villon, en la *Ballade des dames du temps jadis*, incluye entre los nombres de cortesanas célebres el de una tal Arquepiada, en la que los especialistas coinciden en identificar *(horresco referens!)* un recuerdo deformado, tanto en el nombre como en el sexo, de aquel que figuró entre los hombres ilustres de Plutarco o de Cornelio Nepote.[1] ¿Tienen razón los especialistas? ¿Será

posible? El solo hecho de que se admita semejante hipótesis da idea de la distancia que habría que recorrer para que Alcibíades volviera a ser conocido.

El camino se anduvo con rapidez, gracias al Renacimiento. Y, sólo un siglo después, vemos cómo Montaigne cita en sus *Ensayos* a Alcibíades unas quince veces con todo detalle. Conoce las anécdotas y los escándalos que cuenta Platón. Comenta la belleza de Alcibíades y su pronunciación afectada. Se muestra familiarizado con los hechos que se evocan en *El Banquete* de Platón y otras fuentes relacionadas con Sócrates.[2] En conjunto, el personaje le merece simpatía. Incluso sorprende un poco ver hasta dónde le lleva a veces esta simpatía: en el ensayo II, 36, en el que Montaigne evoca a los grandes hombres, se lee: «Para un hombre no santo pero galante [...] la vida más rica que pueda darse entre los mortales, como suele decirse, la compuesta por las más ricas y deseables partes es, en suma, la de Alcibíades, a mi entender.» ¿Cómo? ¿Un hombre que traicionó a su patria, que fue dos veces proscrito y que murió asesinado sin que nadie le ayudara? Esta declaración es casi tan desconcertante como la curiosa metamorfosis que, según los estudiosos, transforma al personaje en la Arquepiada de Villon. ¿Se deja arrastrar Montaigne por la brillantez de los textos de Platón? ¿Se ha dejado seducir por ciertas evocaciones de Plutarco? Lo cierto es que no se guía ni por un conocimiento muy sólido de la historia ni por los análisis de Tucídides.

Otra sorpresa cuando, en el siglo siguiente, en 1685, Campistron nos presenta a Alcibíades como personaje de tragedia. La obra lleva su nombre y en ella se ve morir a Alcibíades, no abandonado en una remota aldea de la Alta Frigia sino en la corte de Persia, en presencia del Rey y del sátrapa, y de dos mujeres, las dos, enamoradas de él. También él está enamorado, ¿cómo no había de estarlo, en una obra de finales del siglo XVII? Ama en secreto a la hija del Rey. Además, no tiene nada de traidor: se niega a asumir el mando de los ejércitos persas por fidelidad a Grecia. Tiene, sí, la seducción y el arrojo que le conocemos. Y está exiliado. Pero aquí termina la

semejanza. El resto es fruto de la imaginación del autor, alimentada por la lectura de Plutarco y el recuerdo de Temístocles.

No obstante, el conocimiento de la Historia progresa. En el siglo siguiente, autores como Kably, el abate Barthélemy o Rollin mencionan con soltura a Alcibíades en el contexto de la historia griega. La erudición gana en precisión; se clasifican las fuentes y se sitúan los hechos. Ello no quiere decir que sean conocidos de todos. Si consultamos los manuales, o los testimonios fortuitos, comprobamos que, en general, se conoce mal a Alcibíades y se le condena con precipitación. No se retiene de él más que su intervención en la mutilación de los Hermes, que se funda en una mala interpretación, o el caso del perro al que le corta el rabo, del que muchos ignoran el significado real y alarmante. Si algo más se sabe es que fue un hombre singular, con un destino excepcional, que tuvo altibajos, grandes glorias y grandes desastres, aunque no se acaba de comprender cómo ni por qué se encadenan aquéllas con éstos.

Ahora bien, esta concatenación y sus causas tienen hoy para nosotros un significado especial y merecen ser meditadas. He insistido en ellas y con ellas deseo terminar.

Yo, al igual que todo el mundo, soy consciente del carácter excepcional del personaje y del destino de Alcibíades. Y confieso que hubiera disfrutado menos escribiendo este libro si las locas aventuras del personaje, sus éxitos, sus audacias y las dramáticas peripecias de su vida no me hubieran asombrado y encandilado a cada paso, a pesar de conocer de antemano el desarrollo y el desenlace. Un contemporáneo de Alcibíades dijo que Grecia no hubiera podido soportar dos Alcibíades.[3] Pero es que no podía haber dos Alcibíades: en el bien y en el mal es único. Y también lo es su vida.

Pero yo, ante todo, soy lectora de Tucídides y me atengo al rigor de sus análisis. Por otra parte, escribo este libro en un momento en que nuestra democracia tiene que hacer frente, día tras día, a multitud de crisis y problemas, y sentimos la urgente necesidad de com-

prenderlos, con el fin de salir de ellos lo mejor posible. Evidentemente, con semejante bagaje de lecturas y en semejante ambiente intelectual, yo no podía limitarme a evocar este destino excepcional sin ser sensible a las analogías y a las reflexiones que nos sugiere el destino de este hombre.

Porque los puntos de coincidencia no escasean: página tras página, me parecía que cada detalle me hacía una seña y me hablaba, más o menos claramente, de nuestro tiempo; y página tras página, a la luz de las reflexiones de Tucídides, me parecía ver abrirse perspectivas generales que también nos afectaban.

En otra época, incluso reciente, este paralelismo y estas perspectivas sin duda se me hubieran aparecido con otro orden de importancia.

Por ejemplo, estoy segura de que, hace cincuenta años, cuando escribí una tesis sobre Tucídides y el imperialismo ateniense y la guerra contra Hitler convulsionaba a toda Europa y el norte de África, lo más llamativo, a mis ojos, en la vida de Alcibíades hubiera sido su manera de identificarse con el imperialismo de Atenas y, gracias a Tucídides, la posteridad ha podido identificarlo con el imperialismo en general. Me hubiera impresionado su deseo de intervenir hasta en el Peloponeso y la audacia de la expedición a Sicilia y del gran proyecto que se esconde en este primer deseo de conquista. Hubiera admirado la forma en que van desencadenándose las fuerzas que impulsan al poderoso siempre a nuevas conquistas, puesto que debe hacer frente a enemigos más numerosos; y hubiera apreciado el ejemplo de esta expedición que constituye el principio del desastre final; porque, al fin, todos se unen contra el conquistador. Por lo tanto, hubiera reparado en la manera en que Tucídides marca diferencias entre este imperialismo de Alcibíades y el más moderado y prudente que encarnaba Pericles. Hubiera subrayado la forma en que, como permiten prever los análisis de Tucídides, pronto se hizo la unión contra Atenas, primero en Sicilia y, después, en Jonia y en casi

todo el mundo griego. Y me hubiera admirado ver cómo, al cabo de los años, también los conquistadores hitlerianos calculaban mal sus fuerzas y acababan en un desastre parecido.

No hay, desde luego, parecido alguno entre Alcibíades y Hitler; pero la lección que los propios griegos extrajeron de la historia de Alcibíades hubiera podido aplicarse a una experiencia muy distinta.

En un ámbito más general, sin duda, yo hubiera advertido en estos acontecimientos el encadenamiento entre *hubris* y *némesis*. Y, sobre todo, hubiera podido felicitarme de ver nacer, a propósito del imperialismo y a propósito de Alcibíades, la idea de la importancia de la opinión.

Esta idea se desprende, como en negativo, de la obra de Tucídides. Algunos de sus oradores se atreven a decir a los atenienses: «¿No vais a alienaros la buena disposición de las ciudades, al conduciros de este modo?» Otros apuntan que habría que apoyarse en lo que resta de esta buena disposición. La palabra griega es *eúnoia*. E Isócrates, a principios del siglo siguiente, construye toda una teoría de la *eúnoia*, que hay que saber granjearse en política exterior, en política interna, o en la actividad de orador.[4]

Alcibíades, con su política imperialista, contribuyó a hacer perder a los atenienses este bien; y prueba de ello es la reacción de las ciudades de Sicilia. Pero, al mismo tiempo, Alcibíades, con sus insolencias y provocaciones, se alienó el apoyo de una parte de la ciudad, se creó enemigos, y estos enemigos acabaron con él.

Tucídides lo dice claramente: las insolencias de su vida privada repercutieron en su carrera política: «Como no podían soportar su manera de obrar en lo privado, no tardaron en perder la ciudad confiando a otros sus asuntos.»

Alcibíades, que tan bien sabía seducir cuando se lo proponía, al principio, no supo ganarse la confianza de quienes, al fin, dependería su suerte. Así se demuestra cómo, según Isócrates, la moral puede resultar beneficiosa.

Hoy, en este campo de la política exterior, quizá fuéramos más sensibles al drama de estos conflictos entre ciudades griegas que arbitraba con dureza el oro asiático.

También esta experiencia fue cruel para los griegos. Pero, como les ocurrió tantas otras veces, no dejó de resultar fecunda. Porque comprendieron que era una locura que ciudades tan próximas por la cultura guerrearan unas contra otras. Alcibíades había intervenido en los conflictos, los había avivado y exacerbado e, indirectamente, fueron la causa de su perdición. Pero ya en vida de Alcibíades se detectan entre los griegos reacciones contra estos pactos con los bárbaros. Y, varios años después, a comienzos del siglo IV, se alzarán voces para reclamar la unión y la formación de un bloque de griegos frente a aquellos bárbaros excesivamente poderosos: Gorgias, Lisias e Isócrates apoyan el programa y batallan por él. Se crean federaciones y confederaciones. Nosotros, que estamos creando a Europa, ¿no veremos en el escándalo de los últimos años de Alcibíades y en sus intrigas con los sátrapas, el revulsivo que nos haga reaccionar y enmendarnos?

La lección es que no hay que hacer ni lo del Alcibíades imperialista de la primera época ni lo del pedigüeño de las cortes bárbaras que unas veces le hace el juego a una ciudad griega y otras, a la rival. Los actos de Alcibíades invitan aún hoy a un planteamiento de principios.

Pero esta relación de Alcibíades con la creación de Europa es sólo indirecta y sobreañadida: hoy, al contemplar su vida, lo que nos impresiona y estremece es la crisis de la democracia. Aquí los paralelismos saltan a la vista y nos sorprenden a cada paso.

Están, en primer lugar, las rivalidades entre los hombres, que acaban por paralizar al Estado. El conflicto está en Nicias contra Alcibíades, por más que, en general, sus ideas sean las mismas y únicamente difieran en política exterior. El pueblo se inclina por uno o por otro según los casos. El primer inconveniente de esta situación es que condiciona y malogra el resultado de cada

actuación. El segundo, que da lugar a presiones, triquiñuelas y golpes bajos. Hasta el ostracismo, inventado, por lo menos en parte, para evitar tales enfrentamientos, es instrumentalizado con maniobras y alianzas de un día. La ambición, cuando quiere imponerse, no repara en medios y se aprovecha hasta de los resortes que deberían atajarla.

Porque de esto se trata: de la ambición personal, del individualismo, del ansia de poder. Los atenienses desconfiaban de Alcibíades porque sospechaban que aspiraba a la tiranía; pero la ambición, como sabe todo el mundo, también puede obrar en el seno de las instituciones democráticas y causar tanto daño como la misma tiranía.

Y es que estas ambiciones individualistas acarrean no sólo la demagogia sino también, llevadas al extremo, la provocación y el recurso a cualquier golpe bajo.

Por este camino se llega a los «casos», de los que también nuestra época está bien surtida.

En torno a Alcibíades, los hay para todos los gustos.

El afán por la ostentación, íntimamente ligado al ansia de poder, le hace gastar dinero para conseguir glorias deportivas que atraigan la atención general, como así ocurre, en efecto. Pero las adquisiciones hechas con este fin se sufragaron de modo dudoso y acarrearon procesos que duraron mucho tiempo. Estas cosas ocurren cuando la ambición va acompañada de audacia y no conoce límites ni escrúpulos. Pero también es señal de que algo falla en la democracia.

Y luego ocurre que, con motivo de un escándalo cualquiera, los «casos» se multiplican. Se acusa. Se denuncia. Se encarcela. El vendaval del pánico troncha carreras. De él fue víctima Alcibíades. Y, probablemente, este hombre, al que tantas cosas podían reprochársele, fue destruido por la imputación de unos hechos de los que hubiera podido justificarse.

El clima de la democracia es proclive a las suspicacias, y las pasiones se encrespan con facilidad: «Aspira a la tiranía», dicen los enemigos de Alcibíades, como hoy se dice: «Eso es fascismo.» En ambos casos se habla de

conjura contra el Estado. Y entonces el miedo hace que la pugna degenere en drama.

A partir de este momento, la senda de la justicia y la de la política se cruzan. En Atenas los cruces eran casi constantes: en la Asamblea y en los tribunales de justicia votaba el mismo pueblo. En ocasiones, la Asamblea tenía también poderes de tribunal de justicia. Entre nosotros, por el contrario, la justicia es una esfera independiente, y todo el mundo repite que debe seguir siéndolo a toda costa. Pero la prensa hace de enlace entre la justicia y la opinión. Y no se repetiría tanto que la justicia debe ser independiente si no existiera la impresión de que, en la práctica, a menudo hay enojosas interferencias. Entre las personas que hoy son objeto de investigación, ¿cuántas no se sentirán pilladas en una trampa como Alcibíades?

Por supuesto, no hay que forzar las similitudes. Las dos épocas que yo comparo no tienen la exclusiva de los «casos». La Roma de Cicerón es pródiga en procesos que hablan de prevaricación y corruptelas. Y, en la Europa actual, nuestro país no tiene la exclusiva de los «casos» de corrupción.

No obstante, ¿cómo no sentir un pequeño sobresalto de sorpresa ante estas similitudes? ¿Y cómo no hacernos preguntas?

Por ejemplo, ya se trate de la Grecia de antaño o de la Francia de hoy, no podemos sustraernos a la impresión de que este fenómeno tiende a agravarse. Tucídides dice que estas ambiciones rivales aparecieron después de Pericles, y afirma que se debían a que ninguno de los jefes del pueblo destacaba netamente por su superioridad. ¿Puede valer esta explicación para nuestros días? En Francia, aunque en el pasado de la democracia ha habido grandes escándalos, incluso con muertes, es poco probable que pueda encontrarse fácilmente un período en el que haya prosperado como ahora esta costumbre de perseguir a los políticos por malversación y encarcelarlos a bombo y platillo. ¿Es porque, como ocurría en Atenas, la lucha entre los jefes políticos no deja a un vencedor claro? La explicación no parece pertinente, por

lo menos de forma directa. Pero la lucha entre los partidos, o entre los hombres, oficialmente lícita, cuesta dinero e incita a las imprudencias: ¿no es, pues, el mismo principio, planteado en términos de grupos y de economía?

¿Se trata, entonces, de un mal inherente en la democracia? El ejemplo de Atenas sugiere que no: hemos visto cómo, en el año 411, desesperando de su causa, Atenas renuncia a la democracia; pero nada cambia, ni en las pasiones de los individuos ni en el sentir de las ciudades. Pero, ya que el peligro existe, por lo menos dentro de la lid democrática, el mal viene determinado por la catadura moral de los hombres, la fuerza de sus principios y su civismo.

Ahora bien, todos sabemos que Atenas, que había ido a la guerra con confianza, había gastado en ella sus fuerzas y su fe. Todos sabemos que los sofistas podían haber fomentado el realismo y el escepticismo de la juventud. Todos sabemos que la moral estaba minada por la guerra. Tucídides analiza estos efectos de la guerra y de la guerra civil en la moral. ¿No ocurre hoy lo mismo? ¿No se habla ahora, como entonces, de una crisis de valores? La democracia no puede apoyarse sobre unos valores disminuidos. Por esta razón, la calidad de la educación que forma a los hombres del futuro debería ser la mayor preocupación de los políticos amigos de la democracia. Y, por lo que se ve, no lo es.

Por otra parte, la experiencia de Atenas también tiene un factor positivo; porque siempre puede llegar el revulsivo. El de Atenas fue la derrota y la ocupación, porque entonces los atenienses, tras derrocar al gobierno de los Treinta, hicieron que la primera gran decisión de la democracia restaurada fuera la de poner fin de una vez por todas a las disensiones y no «volver al pasado». Para nosotros la derrota y la ocupación nazi fueron un revulsivo similar que provocó una movilización en defensa de los viejos valores que llegó hasta el heroísmo. Puede haber otros revulsivos, y, si somos lúcidos, quizá no hagan falta tan graves amenazas para hacernos reaccionar.

Pero estas reflexiones nos llevan lejos de Alcibíades. Y exceden de la experiencia que se inscribe en su vida: la reconciliación entre partidos y la aspiración a la unión de las ciudades no surgieron sino como reacción, después de él y sin él. Porque él vivió los años de crisis, aportando a la contienda los dones más prestigiosos, pero pronto cayó en la vorágine de intrigas, disensiones y revoluciones. Contribuyó a ellas con ligereza y arrojo, con inconsciencia, con imaginación. Y de ellas fue víctima. Hubiera podido hacer mucho bien a Atenas y a Grecia. Su vida nos revela todo el mal que le hizo, para no hablar del que se hizo a sí mismo. Este hombre maravilloso ofrece, a cada instante, un ejemplo a meditar... y a no imitar.

* * *

Entonces, a fin de cuentas, ¿habré propuesto el ejemplo de un historiador griego de lucidez admirable pero, también, el de un héroe griego que no nos da más que lecciones negativas? Afirmar tal cosa sería olvidar las rutilantes imágenes que conservamos de él. Sería olvidar la belleza, la inteligencia viva, la palabra fácil, el valor frente al enemigo y la adversidad. Desde el momento en que dejamos la política, vuelven a brillar sus dones y cualidades. Alcibíades es como los héroes de la tragedia griega que se destacan por encima de la media de los hombres y caen derribados por un primer error. Tiene un poco de Agamenón, que ofrece en sacrificio a su hija; un poco de Áyax, que un día se permitió una insolencia para con Atenea; de Eteocles, que no sabe resistirse a la maldición paterna; de Heracles, que se enamora imprudentemente de una joven cautiva... Tiene tanto atractivo como ellos, y acaba tan mal como ellos.

Que nadie se llame a engaño: aquí se trata del hecho de que héroes admirables caen por causa de un error o una imprudencia y ofrecen este contraste, eminentemente trágico, entre la gloria y el desastre, que es característico de Alcibíades y característico de la tragedia. No se

trata de trazar una semblanza concreta con alguno de ellos. No obstante, en este libro hemos mencionado paralelismos. Por su ambición, algunos han creído reconocer a Alcibíades en los rasgos de Eteocles, el personaje de Eurípides, que ensalza el afán de poder; por su alejamiento de los suyos y también por su condición de indispensable para el triunfo futuro, ha sido comparado con Filoctetes, el héroe de Sófocles del que dependía la conquista de Troya. Estas coincidencias episódicas no son nuestro objetivo, a pesar de que el brillo del personaje pueda prestarse a tales identificaciones.

Lo cierto es que en su vida existe una componente trágica innegable.

Quizá estaba preso en un lazo que no era el del destino sino el del destino político. Quizá lo atenazaba un cepo como los que tendían los dioses a los héroes trágicos.

Pero él resistió, obstinadamente, a todo. Este hombre, que nunca se dejó intimidar, que con tanto arrojo se batía en el combate, al que Sócrates hizo obtener la recompensa de los valientes, no se mostraba menos audaz para tratar de escapar al desastre. Siempre plantó cara al peligro con lucidez y obstinación, con sagacidad y audacia. Y así lo vemos afrontar la muerte. Al igual que los héroes homéricos que, sabiéndose perdidos, exclamaban: «¡Qué importa! Lucharé.» Luchó, y solo. Esto siempre es una lección positiva.

Me desconcertó un tanto ver, en una edición de Tucídides, que el editor había puesto en la cubierta la figura de Leónidas, desnudo, con la espada en la mano. El espartano Leónidas fue, a principios del siglo V, el gran héroe de las guerras médicas. Fue también un héroe de leyenda que practicaba un combate muy distinto de las maniobras estratégicas descritas por Tucídides a finales de este mismo siglo. Pues bien, hoy imagino a Alcibíades saliendo de la casa en llamas como aquel Leónidas. Cuando de Grecia se trata, hay que estar preparados para estas cosas. Incluso en períodos sombríos y ante unos hechos que, narrados por el más severo de los jueces, nos recuerdan lo más sórdido de nuestra experien-

cia moderna, hay que estar preparados para ver cómo la luz del heroísmo transfigura al hombre, lo arranca a este triste contexto y lo proyecta fuera del tiempo, a un mundo de belleza en el que se le puede contemplar con orgullo.

NOTAS

Prólogo

1. Salvo indicación en contra, a ella se remiten nuestras referencias cuando se trata de Plutarco.

2. En las referencias es costumbre poner entre corchetes el nombre del autor cuando se considera que la obra no es suya. Así, [Andócides] significa «seudo Andócides», diálogo falsamente atribuido a Andócides.

3. Existen también varios documentos sobre papiro. El pequeño fragmento de una biografía de Alcibíades (Grenfell y Hunt, III, 411) no aporta nada nuevo. Pero fragmentos de *Las Helénicas de Oxirrinco* (obra del siglo IV, de un historiador continuador de Tucídides) incluyen un relato de la batalla de Notio (Pap. de Florencia, C, publicado en 1949).

4. Una de las mejores y más razonables es inglesa, Walter M. Ellis, *Alcibíades*, Routledge, Londres y N. Y., 1989, 141 pp. Como adaptación vívida y novelada podemos citar el libro *Mi maestro Alcibíades*, en griego, de A. Vlachos que ha tenido varias reediciones desde 1990. Cabe citar también, en alemán, H. Bengtson, *Griechische Staatsmänner* (1983).

5. Lo mismo podría decirse de las ediciones comentadas de los otros autores a las que, para un personaje como Alcibíades, habría que recurrir siempre de forma sistemática. Ocurre otro tanto con las obras relativas a estos autores.

I. **Todos los dones, todos los medios...**

1. *Los Memorables*, I, 2, 24.
2. Véase *El Banquete*, 218, 219.
3. IV, 12. Véase también I, 9, sobre la belleza de Autóli-

co, que va acompañada de modestia y reserva: «En un principio, en efecto, como una luz que aparece en la noche y atrae las miradas de todos, así la belleza de Autólico hacía que todos los ojos se volvieran hacia él. Después, entre los que lo miraban no había nadie que no sintiera el alma conmovida por su aspecto. Unos guardaban silencio y otros trataban de disimular.»

4. Ateneo, XII, 534 d. Para las estatuas, véase Plinio, *Historia Natural*, XXIV, 80 y 88; el detalle, por cierto, ha sido cuestionado.

5. *Cfr.* p. 141. Un historiador inglés ha escrito que «sabía envolver tan bien su insolencia con el encanto de sus maneras, que la ofensa se borraba de la memoria y no quedaba más que el recuerdo de la gracia del ofensor». (W. Ferguson en *Cambridge Ancient History*, V, p. 263).

6. La genealogía de Alcibíades es objeto de discusiones, en las que no entraremos. Por ejemplo, se ha pretendido que Pericles no era tío de Alcibíades sino primo (W. E. Thompson, en 1970); podemos remitirnos a P. Bicknell, que en 1975 trazó el árbol genealógico (*M.Ph.L.*, I, pp. 51-64). Pero su pertenencia a las dos grandes familias es indiscutible.

7. VI, 61, 3; VIII, 17, 2. Si las ciudades de Quíos, Éfeso y Lesbos participan en las fiestas dadas en su honor, *cfr.* p. 46, es porque sin duda también en ellas tenía amigos.

8. Véase Isócrates, XVI, 35; [Andócides], IV, 20; Plutarco, *Alcibíades*, 16.

9. Se habla también de Critón: véase Diógenes Laertes, II, 105.

10. Sobre esta venta, *cfr.* p. 107. Las estelas se publicaron en 1953. Véanse los artículos de W. K. Pritchett y Anne Pippin en *Hesperia*, de 1956, pp. 178, 317 y 318, 328. Incluso después del regreso de Alcibíades los autores siguen discutiendo tanto acerca de su fortuna como de sus malversaciones: véase Lisias, XIV, 37 y XIX, 52.

11. VI, 15, 4: sobre esta fórmula, *cfr.* pp. 49 y 111.

12. *Cfr.* pp. 51-52 y 228-229.

13. Acerca de las razones de esta elección, véase más abajo pp. 232-233.

14. 215 d. Las citas que van a continuación ocupan las páginas inmediatamente siguientes.

15. *Cfr.* capítulo siguiente, pp. 42-44.

16. La historia de la seducción frustrada que relata y que encontramos en el capítulo siguiente es anterior, evidentemen-

te, a la fecha supuesta del banquete; pero no nos es presentada como una vieja historia.

17. VI, 12, 2 y 13, 1.

18. VI, 17, 1; el pasaje que se cita a continuación está en 18, 6.

II. **Insolencias y escándalos**

1. *Apotegmas*, 186 d y 234 d.

2. Ateneo, XII, 534 c.

3. 7, 1; otro que tenía un ejemplar con correcciones autógrafas, recibe cumplidos no exentos de ironía (7, 2). Montaigne, que cita la primera anécdota (en II, 36), la refiere bellamente, llamando a Alcibíades «ese travieso de Alcibíades» y explica el gesto diciendo «como quien encontrara a uno de nuestros curas sin breviario».

4. Esquines de Esfeto: sobre este personaje, *cfr*. p. 227.

5. La anécdota procede de un tal Chamaileon; para la crítica, véase Hatzfeld, p. 132, que trata también de otros casos.

6. 10, 1: *cfr*. pp. 41 y 197.

7. 7, 3. La frase aparece en Diodoro, que se hace eco de tradiciones según las cuales Pericles habría puesto en práctica inmediatamente los consejos de su pupilo y declarado la guerra (XII, 38). La frase la cita también Plutarco en los *Apotegmas*, 186 e.

8. La fuente principal es un fragmento de un discurso atribuido a Lisias. La anécdota se encuentra también en Ateneo, acompañada de la mención de otras heterías conocidas por sus relaciones con Alcibíades.

9. *Cfr*. p. 227.

10. Fragm. 4 Budé. Es todo lo que queda de este texto: no lo citamos entre las fuentes en el Prólogo.

11. Plutarco, 8, 4-5.

12. Tucídides no lo dice, pero véase [Andócides], 22.

13. Sobre este hecho, *cfr*. p. 132.

14. Y, sin duda, otro, Teodoto de Atenas (así Ateneo, XIII, 574); *cfr*. p. 215.

15. Jenofonte, *Los Memorables*, I, 2, 29, cuenta cómo llamaba cerdo a Critias por haber pretendido exigir los favores del joven Euridemo.

16. Fragmento 11; véase el buen comentario de G. Vlastos, *Socrate, Ironie et philosophie morale*, pp. 340, 341 de la traducción francesa.

17. Tucídides, VI, 16, 2; Isócrates, *Acerca del tiro de caballos*, 34; Eurípides, en Plutarco, 11, 3.

18. Plutarco, 11, 3; la *Vida de Demóstenes* recuerda esta oda y señala que no es seguro que sea de Eurípides, a quien ya nadie la atribuye hoy.

19. Sobre este proceso, *cfr.* p. 222.

20. En el análisis que se cita más abajo, que constituye como una anticipación de VI, 15.

21. Existe la duda de si la frase «a pesar de que hubiera tomado las mejores decisiones relativas a la guerra» puede aplicarse a su breve mando de la expedición a Sicilia o se trata de hechos posteriores. Destaquemos aquí la doble posibilidad.

PRIMERA PAUSA. **Alcibíades entre dos formas de vida**

1. *Cfr.* pp. 228-229.

2. Aún no tiene veinte años, dice el texto (en 123 d, véase también 118 e); otro pasaje introduce cierta vaguedad a este respecto, pero la impresión sigue siendo de extrema juventud.

3. Nos ha conservado este texto el retor Elio Arístides.

III. **La entrada en política: la alianza con Argos**

1. Tucídides, V, 29, 2.

2. Tucídides, V, 27, 2.

3. V, 35, 4.

4. Véase L. Robert, *Études épigraphiques et philologiques* (Bibl. Éc. Hautes Études), CCLXXII, pp. 296-307.

5. Tucídides, V, 45, 2.

6. Tucídides, VIII, 6, 3: *cfr.* p. 19.

7. J. Hatzfeld, *Alcibíades*, pp. 89-95.

8. R. B. Kebric, en *Mnemosine* de 1976.

9. Tucídides, VI, 43, 1 y VII, 26, 1: quinientos argivos, más doscientos cincuenta mantineos y mercenarios.

10. VI, 28, 3. Acerca de la oferta de servicios a los demócratas de Samos, véase VIII, 86, 8-9. Argos dará asilo a Alcibíades durante un tiempo (Isócrates, XVI, 8-9).

11. En cierto momento, se habló de una conjura antidemocrática fomentada en Argos por los amigos de Alcibíades (VI, 61, 3). Pero ¿fue cierto? Parece dudoso. Para un juicio ri-

guroso sobre esta política respecto a Argos, véase Bloedow, en *Klío*, de 1991, pp. 49-65.

12. Una inscripción sugiere una fecha un poco más tardía (A. G. Woodhead, *Hesp.*, 1949); pero el texto no es categórico.

13. 1304; véase también *Las nubes*, 1065; *Las avispas*, 1007; *La paz*, 681-682.

14. Sólo en Plutarco, véase *Arístides*, 7, 3-4; *Nicias*, 11 y *Alcibíades*, 13. Sobre las diversas hipótesis, véase Gomme, Andrewes y Dover, *A Historical Commentary on Tucydides*, VIII, 73, 3.

15. En la *Vida de Nicias*, 11, no puntualiza tanto, pero tampoco lo niega.

16. Tucídides, VIII, 73, 3. Aquí se deja oír el juicio severo del historiador, cuando recuerda que Hipérbolo fue sometido al ostracismo «no por miedo a su influencia o su prestigio» sino por odio a sus defectos. La misma idea se encuentra en el Platón poeta de la comedia, fr. 187 («No se inventó el ostracismo para gentes como él»).

IV. **El gran proyecto**

1. Se ha encontrado parte de la inscripción.

2. *Cfr.* p. 69.

3. Se ha pensado que Tucídides daba al ataque contra Milo un carácter excesivamente gratuito, ya que la isla aparece inscrita en una lista de tributos anterior a la expedición. Pero es posible que su inclusión en la lista esté relacionada con presiones infructuosas. ¿Cuándo habría sido tomada o anexionada Milo?

4. *Cfr.* p. 38.

5. *Cfr.* p. 46.

6. Tucídides, III, 86-88.

7. Al año siguiente Mesina volverá a pasarse al bando de Siracusa, a consecuencia de una expedición de los siracusanos (IV, 1).

8. IV, 60, 1. La hostilidad «natural» es la que opone a las razas: dorios contra jonios. Tucídides insiste siempre en que esta oposición, perfectamente real, es más pretexto que verdadera razón, y cuenta menos que el diálogo del miedo y la ambición.

9. IV, 61, 3.

10. IV, 65.

11. La fórmula utilizada por Tucídides es eco de otras con las que se califica en otros textos la ambición ateniense.

12. Estas fórmulas están extraídas del paralelismo entre atenienses y lacedemonios trazado por los corintios en I, 70, 2; la idea precedente resume la argumentación de los atenienses en I, 75-76.

13. *Alcibíades*, 17; véase *Nicias*, 12; la fuente parece ser el historiador Timeo (siglo IV a.C.).

14. 220. Esta mención no figura en las habituales enumeraciones de los lugares de exilio posibles.

15. Había un precedente reciente: en 428, los atenienses habían votado una represión terrible contra Mitilene; al día siguiente, bajo presión de la opinión pública, tuvo lugar una nueva Asamblea y se anuló la decisión. Pero la anulación fue inmediata y exigida por la mayoría de ciudadanos (III, 36, 5).

16. *Cfr.* p. 28.

17. *Cfr.* p. 48.

18. Porque, dice, «no es razonable prever que hagan campaña imperio contra imperio» (11, 3). La idea es que entonces se expondrían a las mismas hostilidades que Atenas. El argumento no carece de fuerza; pero Siracusa, dueña de Sicilia, sería para Atenas un peligro que tomaría formas distintas a la amenaza militar.

19. Plutarco, 16, 1; pero no concreta que el catre de tijera, instalado en su trirreme, lo fuera para esta ocasión. Alcibíades hacía bien las cosas.

20. Dice: «Grecia entera» con lo que indica que también los espartanos habrían sido reducidos, pero la previa sumisión de Cartago denota una dominación que llega más allá de Grecia.

21. *Cfr.* p. 82.

22. ¡Cuando se conoce a La Fontaine, por descontado! Pedimos perdón a los lectores jóvenes por esta referencia de una erudición hoy pasada de moda.

V. **Los «casos»**

1. El Hermes de la tribu egeida se salvó: se pretendió que Andócides lo tenía a su cargo (véase su *Acerca de los Misterios*, 62).

2. El discurso *Acerca de su regreso* (discurso II) es del

año 410 o 407, el discurso *Acerca de los Misterios*, del 399 (el caso en sí data del 415).

3. *Cfr.* p. 57.

4. Pp. 574-587.

5. Los versos citados son, respectivamente, 502, 1074 y 620. Dos meses después, en *Las Tesmoforias*, la mujer pronuncia una maldición contra diversos culpables, entre ellos todo hombre que pudiera tener intención «de ser tirano o de ayudar a restaurar al tirano»: véase nuestro artículo de 1969 sobre «Il pensiero di Euripide sulla Tirannia», *Actes de l'Institut National du Drame Antique*, pp. 175-187.

6. VI, 53, 3; 59, fin.

7. *Cfr.* p. 218. Hasta en la época moderna, aparece esta acusación en los textos de algunos críticos (como Cinzia Bearzot, en *Prometheus*, 1988) (!).

8. Tucídides habla de otras mutilaciones de estatuas cometidas por jóvenes que habían bebido y querían divertirse, y habla también de la parodia de los misterios «en algunas casas particulares»; pero parece tratarse de un compendio de diversas denuncias.

9. *Alcibíades*, 17; el papel de Androcles lo confirma Tucídides, VIII, 65, 2 con motivo del asesinato de éste: «Había influido mucho en el exilio de Alcibíades.»

10. Es la comedia de Eupolis titulada los *Baptai* (es decir, algo así como «Los bautizados»). Probablemente, es un poco anterior a los «casos». La participación en este culto no era ilegal.

11. Véase Cicerón, *Ad Att.*, VI, 1, 17 (el origen sería Duris).

12. Isócrates, XVI, 5. Según el texto, los que más adelante debían implantar la oligarquía se dirigieron a Alcibíades y, en vista de su negativa, decidieron deshacerse de él. Desde luego, vemos que Pisandro, uno de los investigadores, instauró la oligarquía en el año 411. Pero entre ambos hechos median cuatro años (lo que es mucho para que sea válido el comentario del hijo: «Cuado se hubieron librado de él, abolieron la democracia»). ¡Y en el 411 Pisandro propondría que se llamara a Alcibíades!

13. E. F. Bloedow, «Alcibiades reexamined», *Historia Einzelschriften*, XX, 1973.

14. VI, 61, 2. Andócides, I, 45.

15. Nada hace pensar que este personaje (Alcibíades de Flegonte) actuara de acuerdo con su ilustre primo, pero pudo haber querido salvarlo con esta lamentable iniciativa.

16. Él podía ser inocente, y sus amigos aprovecharse de que estaba herido (I, 61-62).

17. Andócides nombra a su primo Cármides (48), que también sería incriminado por el asunto de los misterios. Plutarco nombra a Timeo, un amigo. Pudo haber diversas presiones; y los consejos de Timeo, muy realistas, no hubieran constituido una buena defensa para Andócides.

18. Aquí tenemos el resumen de Andócides, I, 48-55.

19. Tucídides, VI, 60, 5.

20. Tucídides, VI, 61, 6-7.

21. IG I^2 325-334, con suplementos. *Cfr.* p. 21.

22. *Cfr.* pp. 130-131.

23. Véase II, 65, 8 (juicio sobre Pericles), VI, 12, 2 (discurso de Nicias: Alcibíades quiere «encontrar en el desempeño del cargo el medio de sufragar sus enormes gastos»); VI, 15, 3 (apreciación de Tucídides: «Sus gustos le hacían ir más allá de lo que le permitían sus recursos, tanto para el mantenimiento de su cuadra de caballos como para sus otros gastos»).

24. Puede tratarse de recibir dinero o, lo más seguro, contribuir por una tolerancia ilícita a hacer vender un producto o conseguir un mercado.

25. *Edipo Rey*, 1202-1206.

VI. **En el exilio: la apología de la traición**

1. Tucídides, VI, 74: Plutarco, *Alc.*, 22: «Una consecuencia inmediata de la marcha de Alcibíades fue que los atenienses perdieron Mesina.»

2. Tucídides no nombra expresamente a Argos, pero véase Isócrates, XVI, 9 y Plutarco, 23, 1.

3. Isócrates, XVI, 8-9.

4. XVI, 9.

5. A pesar de Hatzfeld, p. 208, n. 5.

6. *Cfr.* pp. 65-67.

7. *Alcibíades*, 22, 3, *Apotegmas*, 186 e, 6 y 7.

8. Véase, p. ej., a partir del libro I, el argumento esgrimido por los corcirios en 34, 1 y, después, por los corintios en 38, 2.

9. *Cfr.* p. 19.

10. Isócrates, XVI, 26: «Alcibíades y Clístenes, uno bisabuelo paterno y el otro bisabuelo materno de mi padre (es decir, de Alcibíades) tomaron el mando de los desterrados, reu-

nieron al pueblo, expulsaron a los tiranos y establecieron esta democracia que...»

11. En esta época de divisiones, empieza a insistirse en la idea de que la democracia es el poder del pueblo «en su conjunto»: véase VI, 39, 1 («yo digo que la palabra pueblo designa un todo completo»); esta idea salvará a Atenas durante los disturbios del año 411: véase VIII, 93, 3.

12. Véase Isócrates, XVI, 36.

13. 23, 3.

14. En esta última parte de la frase, ya no se trata de los enemigos en la guerra sino de Alcibíades que se convirtió en enemigo de Atenas, cuando era su amigo: es, pues, enemigo en los dos sentidos.

15. No sorprenderá ver que, en el libro de A. Vlachos, en el que un fiel servidor de Alcibíades cuenta su vida, se cita una parte del discurso de Esparta... ¡pero no ésta!

16. *Cfr.* p. 69, y, respecto a este último caso, V, 83, 3.

17. XVI, 13.

18. O el autor del discurso transmitido con su nombre: *cfr.* p. 13.

19. XVI, 32-34.

20. VI, 91, 4.

21. Final del libro VII (87, 5).

22. I, 142, 4.

23. Prácticamente, es la actual Navarin; este episodio ocupa todo el principio del libro IV de Tucídides.

24. VII, 19, 1.

25. VII, 27, 3; las citas que siguen están sacadas de los apartados 27 y 28.

26. *Cfr.* p. 132 y el final de la cita de Lisias.

27. A pesar de la vigilancia que debían ejercer los éforos, a juzgar por lo que dice Sócrates (precisamente a Alcibíades) en el *Alcibíades* de Platón, 121 b.

28. Véase la discusión por Hatzfeld: R.E.A., 1933, pp. 387-395.

29. Véase el Prólogo, p. 13. Después de las sospechas de Beloch y Niese, la primera crítica importante fue la de M. Luria (en *Klio*, 1927, pp. 404-420); véase también Westlake en 1938 y Littman en 1969. No obstante, la mayor parte de los historiadores admiten los hechos (entre otros, Ferguson, Ehrenberg, Glotz, Hatzfeld...).

1. VIII, 2, 2.
2. Tucídides, VIII, 17, 2.
3. VIII, 12, 1.
4. 12, 3: es nuestra traducción; pero sería preferible decir: «Endios y los otros éforos».
5. VIII, 45, 1, «enemigo de Agis» significa que era detestado por Agis.
6. Véase Justino, V, 2, que es muy claro: «*Fue informado por la esposa del rey Agis, a la que había conocido en adulterio.*» Cornelio Nepote dice que Alcibíades poseía «tal sagacidad, que no se le podía engañar, en especial cuando el asunto le importaba» (5).
7. *Vida de Alcibíades*, 24, 5-7.
8. *Cfr.* p. 217.
9. Tucídides repite la frase, utilizando el verbo *didaskein*, en VIII, 45, 3.
10. VIII, 46, 2, La conclusión está en 46, 4.
11. Plutarco, por otra parte, resume fielmente el análisis (25, 1).
12. VI, 11, 3.
13. 25, 1.
14. Aquí es donde utiliza el verbo *didaskein*; *cfr.* nota 9.
15. La palabra tiene una connotación social; se contrapone a los «malvados» (aquí, «pillos») o *poneroi*; podría decirse también «la chusma»; también se decía «los villanos».
16. Véase Mc Gregor, en *Phoenix,* 1965 (p. 27).
17. VIII, 48, 1. La parte que aquí se omite dice: «precisamente ellos, que soportaban la carga más pesada»: los ciudadanos acomodados sufragaban la guerra, y pensaban que, por pagar más que los demás, debían tener mayor poder político.
18. VIII, 45, 3: *cfr.* p. 145.
19. 50, 3; véase Delebecque, *Thucydide et Alcibiade*, pp. 87-88 y 110, así como su reseña del libro de H. D. Westlake en la *R.E.A.* 1969, p. 475. Algunos consideran que la acusación carece de fundamento: p.ej., Westlake, Ellis; este último considera que el lacedemonio, al rendir cuentas a Tisafernes servía bien a su patria (*Alcibíades*, p. 77).
20. Algunos especialistas destacan que Frínico se había manifestado en contra de Alcibíades con ocasión de los escándalos, y que ello podía inducir a los atenienses a la desconfianza.

21. Véase Hatzfeld, p. 232-233.
22. Grote, Brunt, Westlake y también É. Delebecque (*Thucydide et Alcibiade*, pp. 87-88).
23. Véase Ellis, *Alcibiades*, 76.
24. Es, poco más o menos, lo que sugiere K. Dover en el Comentario histórico al libro VIII, en el que se encontrarán las referencias a las otras obras críticas.
25. Y, por lo menos en esto, Frínico habría podido alcanzar parcialmente su objetivo (como señala Westlake, *Journal of Hellenic Studies,* 1956, pp. 99-104).
26. II, 65, 10 y 12: *cfr.* p. 59.

VIII. **Con los atenienses de Samos**

1. *Cfr.* pp. 150-151.
2. Las palabras —según se adivinará— quieren decir: «más cerca de la oligarquía». El texto completo está en VIII, 53, 2-3.
3. Igualmente, fueron apartados los magistrados en funciones y suprimidas las indemnizaciones. Estas decisiones se tomaron en una asamblea extraordinaria que no se celebró en la Pnyx sino en Colona, fuera de la ciudad (VIII, 67, 2-3).
4. Se ve en las discusiones sobre la «paz de Calias» que a este respecto habría dado garantías a los griegos contra los bárbaros.
5. VIII, 70, 2.
6. VIII, 75, 2. No enviar heraldos es el equivalente de nuestra «ruptura de relaciones diplomáticas».
7. VIII, 76, 3: *aphésteken.*
8. Ciro el Joven, en Jenofonte, emplea una fórmula análoga (*Las Helénicas*, I, 5, 3: «Mandará demoler hasta el trono *(thronos)* de plata y oro en que se sienta»). Nosotros diríamos: «empeñar hasta la camisa»; el texto reproduce fórmulas a la oriental.
9. Aspendos está en Panfilia, al sur del Asia Menor.
10. I, 70, 3.
11. Los Cinco Mil es la Asamblea del pueblo cuya instauración prometían los oligarcas, una Asamblea reducida en relación con el pasado y que representaba, en suma, una democracia censal.
12. VIII, 86, 4: en lugar de *prôton* («por primera vez»), en la mayoría de manuscritos se lee *prôtos* («el primero»). Recientemente hemos sostenido la lectura de *prôton*, con Clas-

sen, contra Schwartz. La diferencia no es capital para la idea que aquí nos ocupa.

13. Isócrates dice 90, Plutarco dice 150 y Diodoro, 300. Puede ser que hubiera variaciones entre las cifras previstas y las reales; la de Tucídides es, en cualquier caso, la más aproximada.

14. Hatzfeld, pp. 252-253.

15. VIII, 88 y 108, 1.

16. La misma invitación al regreso está rodeada de imprecisiones. Critias, futuro miembro de la oligarquía de los Treinta, se ufanaba de haber propuesto el decreto (Plutarco, 33, 2); pero la decisión es atribuida a la iniciativa de Terámenes (Diodoro, XIII, 38); y varios sabios modernos sitúan el decreto efectivo más adelante, en 408.

17. «Les *Phéniciennes* d'Euripide ou l'actualité dans la tragédie grecque», trabajo presentado en el IV Congreso Internacional de Estudios Clásicos (Filadelfia, 1964) y publicado en la *Revue de Philologie*, 1965, pp. 28-47).

18. *Cfr.* p. 230.

SEGUNDA PAUSA. **Alcibíades entre dos historiadores**

1. Véase É. Delebecque, *Thucydide et Alcibiade*, Facultad de Aix-en-Provence (Ophrys), 1965, 245 páginas, y P. A. Brunt, «Thucydides and Alcibiades», *Revue des Etudes Grecques*, 65, 1952, 59-96.

2. Este encuentro se sitúa, según Delebecque, hacia el 406-405, probablemente, en Tracia. Y Alcibíades pudo ser el promotor de este asunto: «El personaje se puso a buscar y encontró a su autor», (p. 169).

3. E. Delebecque, *Vie de Xénophon*, p. 44.

4. *Cfr.* p. 180.

5. *Cfr.* pp. 225-226.

IX. **Regreso triunfal**

1. Jenofonte, *Las Helénicas*, I, 1, 9; según Plutarco (27, 7), de este modo Tisafernes pretendía atajar las quejas de los lacedemonios.

2. XIII, 51 con fórmulas como: «Terámenes corrió en ayuda de Alcibíades que se encontraba en peligro.»

3. Algunos piensan en Éforo. Los historiadores modernos

están divididos casi a partes iguales entre las dos versiones (o han tratado de corregir una en función de la otra). A la diferencia de apreciación general se suman diferencias de detalle, particularmente sobre el número de barcos.

4. I, 1, 23 = Plutarco 28, 10; traducción ligeramente modificada.

5. Como Hipérbolo o Androcles: *cfr.* p. 170. Un primo de Alcibíades, desterrado al mismo tiempo que él, fue hecho prisionero por los atenienses y lapidado, lo que tampoco resultaba demasiado estimulante.

6. También, más brevemente, Plutarco, *Alcibíades*, 31, 2. Este hecho no figura en el relato de Diodoro (XIII, 66).

7. IG I², 116.

8. Véase Glen Bowersock, *Fiction as History*, p. 57 que observa que un proverbio citado dos veces por Elio Arístides, una de ellas, en relación con Filoctetes, es citado por Alcibíades en *El Banquete*, 217 e.

9. *Alcibíades*, p. 288.

10. Véase Jenofonte: *Las Helénicas*, I, 4, 12-20; Plutarco, *Alcibíades*, 32-33; Diodoro, XIII, 69. Hay que agregar Cornelio Nepote, 6.

11. Plutarco habla de los otros estrategos, pero sin decir que desembarcan con él. Diodoro habla del regreso de los estrategos del Helesponto, juntos. Jenofonte no puntualiza, pero alude a regresos separados.

12. Ateneo XII, 535 c-d reproduce las mismas indicaciones.

13. Plutarco, 33, 3, señala: «Todos se retractaron, excepto el hierofante Teodoro, que declaró: "Yo no lo maldije más que si era culpable ante el Estado."»

14. Isócrates, XVI, 46.

15. Lisias, XIV, 31.

16. Diodoro, XIII, 68.

17. Se han recogido textos de decretos sobre piedra: se trata de decretos regulares, en los que se le ve proponer medidas de tolerancia respecto de las ciudades o de la población que han vuelto al bando ateniense (J. Hatzfeld cita al respecto IG I², 116 y 117).

X. **Un poco más que los «Cien Días»**

1. Plutarco, *Lisandro*, 19, 5-6.

2. G. Glotz, *Hist. Grecque*, 2.ª ed., III, pp. 113-114.

3. Por otra parte, es el Ciro que encontramos en la *Anábasis* del propio Jenofonte asociado a hechos un poco posteriores.

4. Jenofonte, I, 4, 3-7.

5. Jenofonte, I, 5, 3.

6. *Cfr.* pp. 163-164.

7. *Lisandro*, 4, 3.

8. IV, 20-25.

9. Un dracma tiene seis óbolos.

10. Plutarco, 35, 5.

11. El episodio se expone con detalle en el relato de Diodoro, de quien sabemos que sigue a Éforo, también oriundo de Cime. Véase también Cornelio Nepote, 7, 1-2. Nuestras fuentes no coinciden en el orden de los desplazamientos de Alcibíades.

12. Diodoro, XIII, 71.

13. *Cfr.* p. 35.

14. Plutarco, 36, 2.

15. *Cfr.* p. 57.

16. Quince trirremes según Jenofonte y Plutarco (*Lisandro*, 5, 2).

17. XIII, 73. Jenofonte no menciona el hecho, pero Diodoro da múltiples precisiones y no existe razón para dudarlo (son numerosas las omisiones de Jenofonte).

18. La acusación es fundada: *cfr.* p. 139.

19. XIV, 26.

20. *Cfr.* p. 182.

21. Y Critias, el autor del decreto por el que se pedía el regreso de Alcibíades, fue desterrado, quizá aproximadamente en el mismo momento; por lo menos, tenemos alusiones a su estancia —y a sus intrigas— en Tesalia (Jenofonte, *Las Helénicas*, II, 3, 36) y Aristóteles (*Retórica*, I, 1375) señala que fue atacado... ¡por Cleofón!

22. Tucídides, II, 65, 3-4.

23. *Las Acarnienses*, 632.

24. Según Diodoro, habría esperado la llegada de su sustituto; pero Jenofonte es categórico, y su versión es la más verosímil; véase Hatzfeld, p. 318, n. 1.

25. Cornelio Nepote, *Alcibíades*, 7, 4; véase Plutarco, *Alcibíades*, 36, en su cita de una fortaleza que se habría construido cerca de Bisanthe y Lisias, XIV, 35, que menciona Ornoi sin más detalles.

26. Hatzfeld, prólogo a las *Helléniques* aprobado por E. Delebecque, *Essai sur la vie de Xénophon* p. 33.

27. Véanse versos 369-382.

28. Véase Hatzfeld, pp. 330-331. Sobre la comparación del león, véase, recientemente, E. F. Bloedew, «On "nurturing lions in the State": Alcibiades' Entry on the Political Stage in Athens», *Klio* 73 (1991) 49-65 que se sirve de esta figura para condenar los primeros pasos de Alcibíades.

29. Este verso está tomado de *Guardianes* de Ión de Quíos, pero en cierta medida fue reescrito. Posteriormente, sería recogido varias veces en latín.

XI. Últimas apariciones: drama y melodrama

1. Según Jenofonte; Plutarco no nombra más que a Tideo.

2. II, 1, 26: la otra cita es la de Plutarco, 37, 1.

3. Se trata sin duda de abandonarla por un combate en tierra; véanse las posibilidades ofrecidas por Alcibíades más abajo.

4. Los textos son: Diodoro, XIII, 105 y Cornelio Nepote, *Alcibíades*, 8, 3; por otro lado, Plutarco, 37.

5. La guerra había adquirido un encarnizamiento monstruoso. Con anterioridad, los atenienses habían decidido por votación cortar la mano derecha a todos los prisioneros, si quedaban vencedores. Esto trascendió y exasperó a los adversarios contra ellos. Adeimantos, el único estratego ateniense que había votado contra esta crueldad, fue perdonado: más tarde sería acusado de traición por Conón.

6. *Cfr.* p. 182.

7. Isócrates, XVI, 40; Plutarco, 38, 6 (que habla del *scutále* o mensaje secreto que se utilizaba en Esparta y agrega a las otras razones la del deseo de complacer al rey Agis, el viejo enemigo de Alcibíades), finalmente, Diodoro, XIV, 11.

8. Acerca del sitio, véase L. Robert, *A travers l'Asie Mineure,* 1980, p. 257 y siguientes.

9. Diodoro, XIV; Cornelio Nepote, *Alcibíades*, 9, 10.

10. *Alcibiade* (obra de 1685), acto I, escena 2. El desarrollo de esta acción empieza por evocar a Temístocles que se refugia en Persia:

«Aquel griego perseguido vino en busca de apoyo
en las mismas regiones en las que hoy me hallo yo...»

El paralelismo va más allá, puesto que, en la obra, Alcibíades se ve sometido a la misma angustia que Plutarco atribuye

a Temístocles (*Them.*, 31, 6): mandar el ejército persa contra Grecia o irritar al Rey con una negativa.

11. Véase B. Perrin Bernadotte, «The Death of Alcibiades», *T.A.Ph.A*, 1906, pp. 25-37.

12. Jenofonte no habla de la muerte de Alcibíades, que ya no forma parte del tema que le interesa (*cfr.* p. 176).

13. Cornelio Nepote agrega a la escena un hombre, un arcadio fiel hasta el final. Ateneo (XIII, 574 e-f).

14. *Cfr.* p. 142.

15. Acerca de esta crueldad bárbara véanse, entre otros, nuestros dos estudios recientes: «Les barbares dans la pensée de la Grèce antique», *Phoenix*, 1993, pp. 283-292; y «Cruauté barbare et cruautés grecques», *Wiener Studien*, 1994-1995 (Festschrift H. Schwabl), pp. 187-196.

16. En la tragedia de Campistrón, citada más arriba, la amenaza viene de una embajada griega que exige la muerte de Alcibíades, y nadie más le desea mal alguno. En algunos momentos, la obra tiene visos de verdad histórica.

17. Sobre esta eclosión, véase nuestro libro *La douceur dans la pensée grecque*, Les Belles Lettres, 1979.

18. *Cfr.* p. 115.

19. XIII, 574 c.

XII. **Repercusiones**

1. Había entregado uno de los fortines de su padre; sobre los sentimientos de éste, véase Lisias, XIV, 27.

2. *Cfr.* pp. 46-47.

3. *Cfr.* pp. 126-127.

4. *Filipo*, 58-61; Isócrates, fiel a su criterio, demuestra que Alcibíades perjudicó a Esparta en la medida en que le hizo adquirir el imperio del mar.

5. *Cfr.* pp. 198-199.

6. El discurso de Lisias ataca las intervenciones de altos personajes que se producirán en favor del joven Alcibíades, e invita a no tomarlas en consideración: la ciudad estaba tan dividida por el apasionamiento como en vida del gran hombre.

7. El orden de las dos quejas difiere en Platón y en Jenofonte: en la *Apología*, 24 b, Platón pone en primer lugar la corrupción de los jóvenes.

8. Paul Cloche se niega a ver en el proceso un atentado contra los juramentos de reconciliación (*La Restauration démocratique à Athènes en 403 av.J.-C.*, París, 1915); véase una

apreciación más política en J. Luccioni, *Les idées politiques et sociales de Xénophon* (Ophrys, 1918), y Delebecque, Essai., pp. 87 y ss.

9. Carta VII, 325 c-d.

10. Véase Esquines, Contra Timarco 173: «Así, atenienses, disteis muerte a Sócrates el sofista porque se había demostrado que fue él quien instruyó a Critias, uno de los Treinta que derribaron la democracia.»

11. Por lo que se refiere a Esquines de Esfeto, véase el trabajo de H. Dittmar en *Philologische Untersuchungen* 21, 1912 (pp. 65-173), que duda de la autenticidad de varios textos de los títulos que aquí se citan. El retor que se cita en el *Alcibíades* es Elio Arístides. Para el *Axioco* véase Ateneo, V, 220 c; lo mismo para Antístenes.

12. *Cfr.* p. 43.

13. *Cfr.* pp. 51-52.

14. Lo mismo Friedländer; pero muchos difieren (Dittmar piensa que este diálogo podría estar inspirado en pasajes de textos socráticos de los que se enumeran aquí. Véase R. S. Bluck, *Class. Quarterly*, n,s, 3, 1953, pp. 46-52).

15. *Cfr.* p. 27.

16. 106 c: véase 123 d «antes de tener veinte años»; respecto a que antes Sócrates seguía a Alcibíades «sin decir nada», véase 106 a.

17. *Cfr.* pp. 229-231.

18. *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès,* éd. de Fallois, 1988, pp. 210-217. Yo tampoco atribuyo la falta de escrúpulos de Alcibíades a las enseñanzas de los sofistas (como Bloedow, *Klío,* 1991, en las páginas 64-65): en uno y otro caso, no se trata sino de una relación indirecta.

19. *Cfr.* pp. 171-172.

20. *Cfr.* p. 43.

Conclusión

1. ¿Y no es una metamorfosis sorprendente que encontremos en los mártires de Lyon, en 177, a un san Alcibíades?

2. Una o dos alusiones resultan un poco misteriosas y podrían ser erróneas.

3. Plutarco, 16, 8.

4. Véase nuestro artículo «*Eúnoia* in Isocrates, or the political importance of creating good-will», *J.H.S.* 78 (1958), pp. 92-101.

CRONOLOGÍA DE PUNTOS DE REFERENCIA HISTÓRICOS

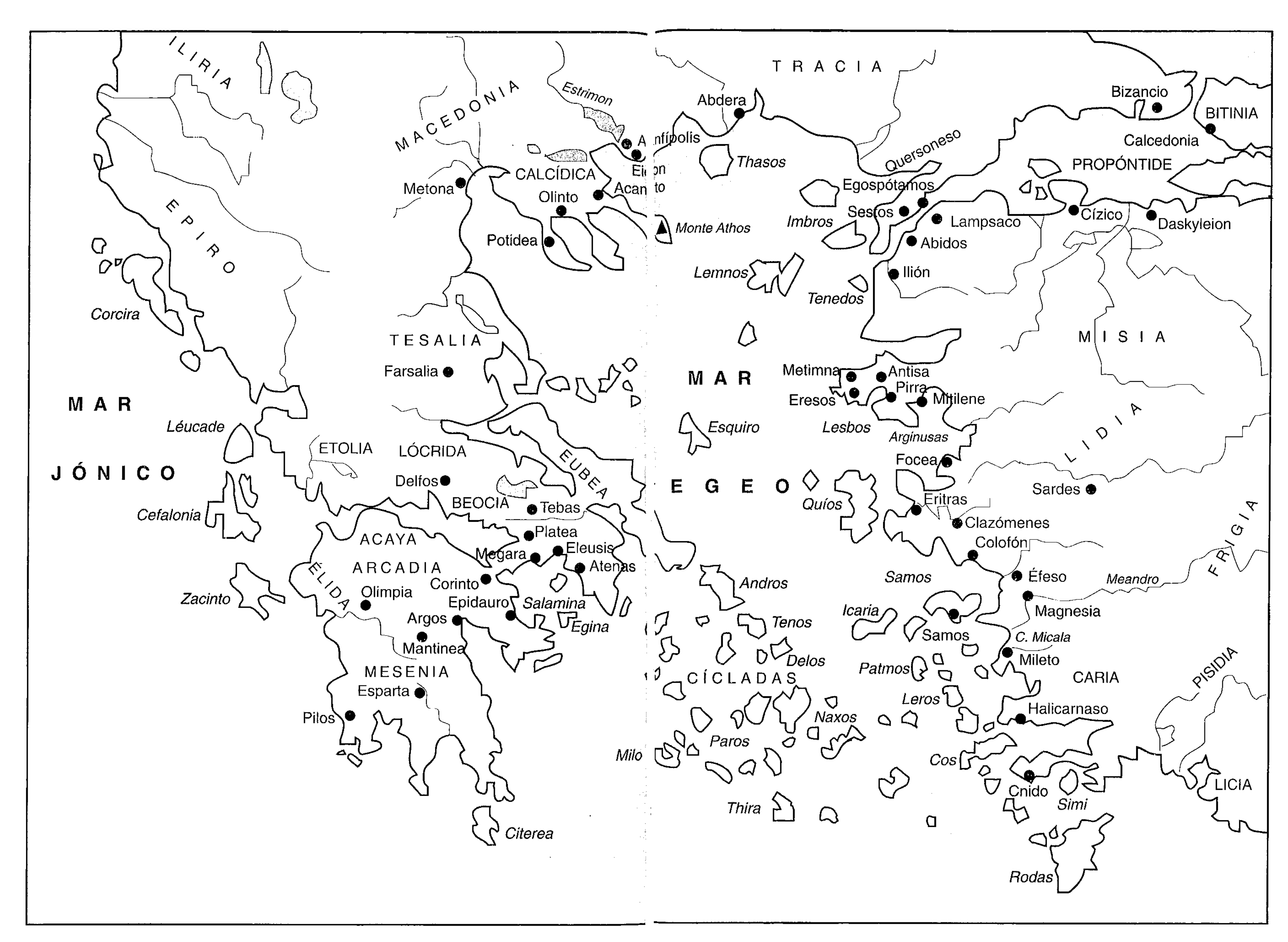
508 a.C.	Nace la democracia ateniense.
490-480	Guerras médicas, victoria de los griegos sobre los bárbaros.
480-430	Formación del imperio de Atenas.
461	Se inicia la influencia personal de Pericles.
450	Fecha aproximada del nacimiento de Alcibíades, que fue adoptado por Pericles en el 447.
447-432	Construcción del Partenón.
443-429	Pericles reelegido estratego (muere en 429).
431-404	Guerra del Peloponeso (entre Atenas y Esparta).
421	Paz de Nicias.
420	Alcibíades entra en la vida pública.
415-413	Expedición ateniense a Sicilia.
Verano 415	Casos de los Hermes y de los misterios: Alcibíades, para evitar la condena, marcha a Esparta.
Verano 412	Alcibíades marcha a Jonia con una flota peloponesia.
411	Año de agitación política en Atenas. La flota ateniense de Samos permanece fiel a la democracia y acoge a Alcibíades (que estaba en la corte de Tisafernes).
Invierno 411-410	Victoria de Cízico.
407	Regreso de Alcibíades a Atenas.
407-406	Derrota de Notio: Alcibíades abandona Atenas definitivamente.

404	Batalla de Egospótamos: termina la guerra con la derrota de Atenas.
	Muerte de Alcibíades.
399	Proceso y muerte de Sócrates.

ÍNDICE DE LOS PASAJES DE AUTORES GRIEGOS

En este índice encontrará el lector los textos citados, mencionados o simplemente resumidos en el libro. No encontrará los que se mencionan sólo en las notas ni las diversas fuentes en las que se basa el relato de los hechos. Por el contrario, en el índice se señalan ciertas referencias que no se dan en el texto.

ÍNDICE DE PERSONAJES HISTÓRICOS



Grecia y el mar Egeo

Hyccara
Panormo
Soloeis
Himera
Erix
Segesta
Motye
Selinunte
Agrigento
Gela
Camarina
Casmenal
Mesina
Rhegium
Naxos
Mte. Etna
Inessa
Catania
Hybla Geleatis
Leontini
Megara
Thapsos
Siracusa
Acral
Éforo

Sicilia

ÍNDICE

Impreso en el mes de junio de 1996
en Romanyà/Valls
Verdaguer, 1
Capellades
(Barcelona)